

TLA
TELOL
CO
centro
cultural
universitario

LA OTRA CARA DE LA PATRIA



Judith Reyes





Judith Reyes, *La Tamaulipeca* • sin fecha
Archivo personal Judith Reyes [APJR]

La otra cara de la Patria

autobiografía





LA OTRA CARA DE LA PATRIA

autobiografía

Judith Reyes

[reedición a partir del libro
que la autora publicó en 1974]

TLA
TELOL
centro
cultural
universitario CO

Brigadistas es una colección del Centro Cultural Universitario Tlatelolco-UNAM, dedicada a la recuperación y divulgación de la memoria de procesos de resistencia política y social en México.

La otra cara de la Patria, autobiografía
de Judith Reyes

Primera edición 1974

Primera edición en la UNAM: agosto de 2019

D.R. © 2019 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán,
C.P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro Cultural Universitario Tlatelolco
Ricardo Flores Magón 1, colonia Nonoalco-
Tlatelolco, Delegación Cuauhtémoc, C.P.
06900, <http://ccutlatelolco.com/>

D.R. © del texto, Josué Alarcón Reyes

ISBN de la obra: 978-607-30-2017-6

Editor: Ricardo Cardona / rcardona@unam.mx

Cuidado de la edición: Ricardo Cardona,
Regina García Burgos, María Buss y Paulina
Domínguez.

Transcripción: María Buss

Diagramación, formación y diseño de portada:

Mariko Lugo

Ilustración de portada: Jimena Estíbaliz

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y encuadernado en México

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
RECTOR

Leonardo Lomelí Vanegas
SECRETARIO GENERAL

Leopoldo Silva Gutiérrez
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Jorge Volpi
COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL

CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO TLATELOLCO

Ricardo Raphael
DIRECTOR GENERAL

Carlos Jiménez
JEFE DE LA UNIDAD ADMINISTRATIVA

Ander Azpiri
SUBDIRECTOR ACADÉMICO

Paola Zavala
SUBDIRECTORA DE VINCULACIÓN

Yuridia Rangel
SECRETARIA DE PLANEACIÓN

Eunice Hernández
COORDINADORA DEL M68 Y COLECCIÓN
CIUDADANÍAS EN MOVIMIENTO

DEDICATORIA

Dedicat@ria

A los prisioneros políticos de México:
compañeros, obreros, estudiantes,
profesionistas y militantes en general
—de los que se sabe, porque se ha
publicado y de los que se ignora,
porque son innumerables
víctimas anónimas— que, con
su sacrificio y perseverante
conducta cívica, se identifican,
desde las mazmorras del
régimen, con los cuarenta
millones de mexicanos
explotados, con los
que me encuentro
en *la otra cara de
la patria.*

J.R.



Índice

- 11** Epílogo... ¡al principio?
- 13** Prólogo de Josué J. A. Reyes
- 17** 1: ¡CARNE QUE VUELA!
• Pablo y Dolores • mangos, ciruelas y gitanos • la guitarra y el espejo • las primeras giras • en la colonia Guerrero • el velorio de don Manuel • Magaly • ¡la forma geográfica de mi país! • pruebas y padrinos • el tío Jesús y el Diablo • los chivos del circo y el uniformado • barbacoa de Durango • Torreón • Josué y los migrantes • Ciudad Juárez • Mexicali-Azcapotzalco • Berenice: entre resorterías y machetes • la enfermedad
- 75** 2: BALAS EN LOS ARGUMENTOS
• campaña en Santo Domingo • encostalar, coser y transportar... • la maestra Carmen • Coconito Club • cucharas grandes... • terratenientes vs campesinos • “habrá que ponerle balas a nuestro argumento” • solicitante de tierras • el diente de Josué • la lección de Gámiz • lucha libre en la secundaria • toma de un latifundio • los hijos de Tacha • en marcha a Durango • profesor José Santos Valdés • voz revolucionaria del pueblo • un motín por el candidato • en la cárcel • está muy pelón que me callen • elecciones • los mariachis • el encuentro • Chiapas • ¡éste es para Fidel! • Arturo Gámiz: la guerrilla • los ministros • ¡Honor y gloria a los jóvenes guerrilleros de Chihuahua! • Marulanda • un militarote en la familia • el chicano • la compositora y el general

208 3: EL PAÍS DE LAS CONJURAS

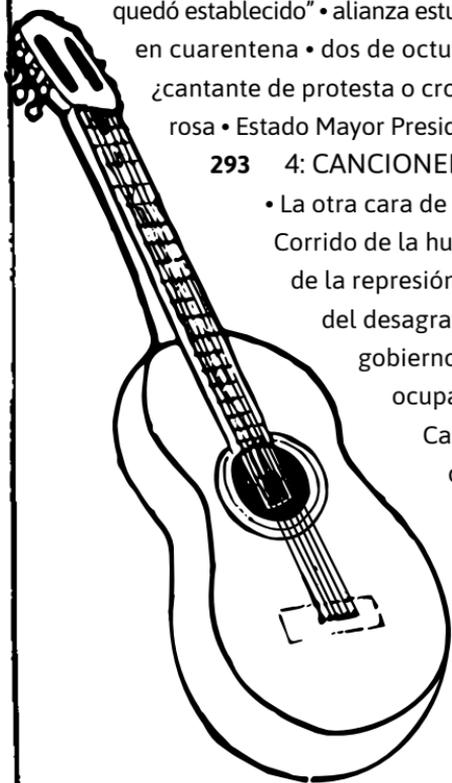
- ¿qué puede gustarle a una revolucionaria? • ¿exceso de precauciones?
- matrimonio • huelga de choferes • la caravana del hambre: mineros en huelga • Lecumberri • 900 petroleros en marcha • anemia • conflicto médico • las escuelas agrónomas • julio 26: los estudiantes • “el orden quedó establecido” • alianza estudiantil • una voz solidaria • 4° informe, en cuarentena • dos de octubre • Canadá • corridos del 68 • ¿cantante de protesta o cronista musical? • el secuestro • Zona rosa • Estado Mayor Presidencial • ¿por qué no nacimos perros?

293 4: CANCIONERO

- La otra cara de la patria • Rebeldía rural • Pueblo • Corrido de la huelga Peralvillo-Cozumel • Corrido de la represión estudiantil del 26 de julio • Corrido del desagravio • Corrido del 4° informe del gobierno de Díaz Ordaz • Corrido de la ocupación militar de la universidad • Canción de la Universidad • Canción del Politécnico • Corrido de los combates de Zacatenco • Coplas de las medallas • Tlatelolco • Marcha de los caídos

313 APÉNDICE

- cartas de presos políticos de Lecumberri



CIRCOLO
RIZZOLINA
CULTURALE
CARPI

VENERDI'

27

marzo - ore 21

TEATRO
COMUNALE
CARPI

la messicana

JUDITH REYES

presenta un programma di

**BALLATE DEI
CAMPESINOS
MESSICANI**

RISERVATO AI SOCI

PRÓLOGO

Prólogo

Josué J. A. Reyes

Judith:

En el exilio, fue a instancias de los compañeros comunistas y compañeras de la Unión de Mujeres Italiana (UDI), de Reggio Emilia, que esculpiste *La otra cara de la Patria*; a instancias de obreros comunistas que por largo tiempo combatieron al fascismo, primero, y la ocupación alemana después (tuve la suerte de conocerlos, de escuchar su lacerante testimonio; vi sus cuerpos mutilados, estuve ante las tumbas simbólicas de sus desaparecidos... Aún siendo yo joven, no podía dejar de admirar su fe indeclinable); partisanos, pues, que comprendían las miserias que los mexicanos padecíamos de tiempo atrás, el 68 y los presos políticos.

Como secuela del fascismo y preludio a la vorágine del 68 y Vietnam en el mundo, en 1960, obreros italianos fueron reprimidos y asesinados precisamente en Reggio Emilia, en la plaza, como ocurrió en Tlatelolco... aquel día... terrible.

Hacia 1970, en la *Emilia Rossa*^{*}, como años antes en Parral, Chihuahua, asististe a la cita natural en donde habrías de reafirmar tu asombroso destino.

Cuando, entre presentaciones, descansabas arropada en un viejo sillón (que algún compañero tuvo a bien proporcionar),

* Región italiana caracterizada por el predominio social de los comunistas. Hoy en día (2019), Reggio Emilia destaca como sede del sistema de educación infantil más evolucionado del mundo.

cuaderno en mano y tu cafecito eterno sobre un taburete, alternabas trazos rápidos con cavilaciones extensas... miradas suspendidas en el éter, en donde —enseguida percibía yo y casi me sentía culpable— tus ojos trémulos veían las fantasmales escenas entintadas de rojo denso, de nuestra verdad.

Así fue.

Yo era joven y distraído. Un día, tontamente, pregunté a los compañeros por qué tanta insistencia para que concluyeras ese libro: *I ragazzi debbono sapere, e soltanto Judith può insegnare*.

Y pensé, *Judith, insegnante?*

Entre sobresaltos, incertidumbres y trajines, finalmente el texto estaba listo, incluso el magnífico prólogo de Elías Condal, aunque por razones que desconozco (quizá porque se requería de tu presencia en otros solares), el libro no se publicó en Europa.

Después, por algunos años, no supimos uno del otro.



Es claro que no dejaste en el olvido la encomienda de los partisanos reggianos y de las compañeras de la UDI: publicaste el escrito tres años después, en México. Supe también que había sido texto recomendado por el Colegio de Bachilleres.

Han transcurrido 49 años desde 1970. Si bien el libro es para todo lector, es especial para los jóvenes... los muchachos que llevan tanta energía, tan temidos por el moderno oscurantismo (le dicen muy ligeramente neoliberalismo, sí, así lo digo y lo sostengo), pues esos muchachos universitarios, politécnicos, bachilleres, *ninis* —en donde estén— les tocará tomar la batuta para dirigir la sinfonía del humanismo y persistir en el asalto a los cielos.

* “Los chicos tienen que saber, solo Judith puede enseñarles”.

EPÍLOGO

Epílogo... ¡al principio?*

¿Por qué he escrito lo que ~~se acaba de~~ **está usted por** leer? ¿Por qué lo he hecho, sabiendo que actualmente no me puedo hacer ilusiones sobre su circulación normal en mi patria, y por lo tanto comenzará difundiéndose en el exterior? ¿Para promover mi “carrera de escritora”? ¡No, gracias! A mi déjenme con mi guitarra y mis convicciones, que son fuerza vital.

La camarilla oligárquico-imperialista en el poder dirá que agravio a México con este relato de mi vida. Yo, en cambio, me anticipo a sostener que lo hago en honor de México. Ahora bien, ¿de cuál México? ¿O es que la patria tiene dos caras? Pues sí, señores, evidentemente se trata de dos puntos de vista: el que se apoya en las bayonetas —lo que en este caso todavía es un eufemismo— y el que brota de mi guitarra.

Haciendo este texto no he obedecido a otro impulso que exaltar a mi México, porque quiero proclamar a los cuatro vientos que estoy sumamente orgullosa de mi pueblo. Por eso he tratado de exponer aquí las traiciones, la explotación y el asesinato que ha sufrido y que sufre; y también he querido poner en evidencia

* La edición original de 1974 cierra con este agudo epílogo escrito por la propia autora. A casi cincuenta años de distancia, ese “mañana” del que habla en las últimas líneas ha llegado: lo que entonces fue una conclusión pertinente, hoy nos abre de par en par las puertas de su autobiografía. [N. del Ed.]

cómo ha sabido rebelarse contra el atropello —aunque por ahora lo haya hecho en posición tan desventajosa— y cómo despierta su conciencia, cómo recobra su vitalidad luego de soportar, sobre su cuerpo hambriento y enfermo, seis décadas de infamia.

México, para la camarilla del PRI*, tenía que representar hacia el extranjero el papel de la beata pudorosa, que es tan pura que no se deja ver de puertas adentro. Si hay alguien preocupado por ocultar algo, ése es precisamente el régimen, que ha hecho de la soberanía nacional una prostituta de lujo del imperialismo. Será por esto que... *¿como México no hay dos?*

El pueblo —mis hermanos campesinos, obreros, estudiantes— no tiene nada que ocultar al mundo; al contrario, está orgulloso que los demás pueblos sepan de nuestra Patria Grande, que es América Latina y todo el Tercer Mundo, que la lucha que mantienen es la misma de todos.

El gobierno entreguista de mi país ha hecho de México una gema preciosa del sistema capitalista mundial. De ahí que la liberación de nuestro pueblo y la conquista de un modo de vida socialmente digno y justo —que significa al mismo tiempo una derrota del imperialismo— es de interés de todos los explotados del orbe. ¡Ellos con el pueblo de México; el pueblo de México con ellos!

Por eso hice este escrito, que los mexicanos conocerán, si no hoy, mañana... La marcha de la historia es implacable.

J.R.

Reggio Emilia, Italia. Abril de 1970.

* Siglas del Partido Revolucionario Institucional, partido único en el poder en México durante casi 70 años del siglo xx. La alternancia llega hasta el cambio de siglo, cuando Vicente Fox, candidato del Partido de Acción Nacional, ganó las elecciones presidenciales en el 2000. Judith Reyes falleció en 1988. Su carácter político fue, de punta a punta, como opositora al régimen priista. [N. del Ed.]

AGRADECIMIENTOS

Josué Jorge Alarcón Reyes
Liliana García Sánchez
Moisés Ramírez Tapia
José Luis Apolinar Zavaleta





1 ¡Carne que vuela!

[LA CONDICIÓN SOCIAL]*

Tendría yo tres años de edad cuando vivíamos en el monte a orillas de la laguna. En aquel paraje, mi padre, además de cultivar la tierra, hacía carbón que vendía en las bodegas de Tampico.

Dice mi madre que en esa época yo apenas empezaba a hablar y a caminar y que a ella le parecía gracioso verme correr entre los surcos pretendiendo alcanzar los zopilotes, al grito de:

—¡Cane...! ¡Cane...! ¡Cane que vola...! (carne que vuela).

—Ya estamos hartas del pescado de la laguna —dijo a mi padre—. Mira, la niña cree que los zopilotes son gallinas y quiere alcanzarlos. Mejor nos fuéramos pa' Tampico, quien quita y agarres trabajo en la refinería.

Mi padre dejó de cultivar la tierra y hacer carbón; vendió los burros y se fue con la familia a probar fortuna en los campos petroleros.

* Consignamos entre corchetes los títulos originales que Judith Reyes usó para su publicación de 1974. Los encabezados y subtítulos de esta edición fueron agregados con el fin de ofrecer al lector mayor orientación sobre los contenidos de la lectura. [N. del Ed.]

La compañía petrolera más importante era El Águila, en manos de los ingleses. Éstos y los norteamericanos explotaban nuestro petróleo, aprovechando el auge que se produjo en 1923 y eran los amos de la región. En sus colonias, celosamente protegidas por alambradas, no penetraban mexicanos, excepto los de servidumbre.

Mi tía Toribia era trabajadora doméstica de una norteamericana. Había gran demanda de trabajadores. Dicen que hubo un tiempo en que en Tampico resultaba más caro pagar por el lavado de una camisa que comprar una nueva. El tráfico de carga y descarga en los muelles era intenso. Y por la ribera del Pánuco llegaban constantemente chalanes copeteados de plátanos. En las cantinas se daban abundantes botanas de jaiba. Y en Tampico Alto los camarones eran tan grandes que parecían langostinos. El dólar y el peso mexicano estaban a la par y se cantaba una canción que decía que «Tampico hermoso» era nada menos que el segundo New York.

Mi padre fue trabajador transitorio en la industria petrolera. Un día resolvió dejar aquello e irse a los Estados Unidos, como centenares de mexicanos se van, atraídos por el dólar. Seguramente vivió días difíciles en el extranjero, porque por algún tiempo no supimos nada de él. Para sobrevivir, mi madre tenía que trabajar lavando, planchando y haciendo tortillas para el vecindario.

Un día, muy oscura la mañana, sentí que mi madre se levantaba y luego de vestirse y recogerse el pelo, se echó sobre la cabeza una mesa y un banco y salió de la habitación llevando, además, un cántaro en la mano. Ahora sé que iba al mercado a vender leche, producto que le daba —en gesto generoso— una señora ganadera, pariente del general Luis Lárraga, personaje vinculado a la política en San Luis Potosí.

Aunque era muy pequeña, me caló profundamente ver a mi madre pasando los trabajos que pasaba y creo que fue desde

entonces que en mi pensamiento se clavó la idea de que cuando fuera grande no permitiría que trabajara.

Pasado algún tiempo, mi padre volvió a establecer contacto con la familia y empezaron a llegar cartas y giros postales. A mi madre le costaba trabajo reclamar la correspondencia porque muchas veces tenía que firmar y ella no sabía escribir, apenas aprendió a leer en la Biblia (ésta ha sido la fuente de sus conocimientos. En una ocasión, al hablarme de los sueños de Nabucodonosor, se molestó cuando le dije “¡Pobre hombre! ¡Bastante tiene con cargar el nombrecito que le dieron y todavía le echan encima las pesadillas!”).

Debido a la religión familiar, los cantos evangélicos están indeleblemente ligados a mi niñez, pues asistía a los cultos de la iglesia Bautista, junto con mis hermanos Emma y Pablo. Mi hermana sigue asistiendo y mi hermano lo hizo hasta el último de sus días. Yo hace mucho que dejé de ir, pero entonces...

De niña participaba en los coros y los festejos navideños. Muchas veces fui un ángel blanco, con vestido vaporoso y escarchado y alas de alambre forrado de papel de china rizado y salpicado de brillante polvo de plata.

Una vez representábamos un cuadro compuesto por cuatro pastorcitos de Belén y un ángel, que era yo. En lo alto del escenario una estrella anunciaba el nacimiento de Jesús. Un pastorcito más entraba en escena y saltando jubiloso decía:

—¡Hosana! ¡Hosana...! ¡Ha nacido Jesús...! ¡Qué feliz me siento! —y al decirlo soltó un pedo tan fuerte que él mismo se sorprendió. En realidad, nos sorprendimos todos y no se pudo continuar porque nos ahogaba la risa. De modo que echaron el telón y se acabó la fiesta, pues en aquel templo nadie pudo recuperar la seriedad.

Pablo y Dolores

El regreso de mi padre a la patria fue intempestivo. Un día lo vimos entrar en casa y no lo reconocimos. Habían pasado cinco años; yo ya tenía nueve y principios de tuberculosis. Cuando él empezó a referir sus cosas, dijo que “los gringos hijos de perra” le habían robado sus inventos. Durante su estadía hizo estudios de mecánica y otras materias, y no recuerdo qué cosas inventó en relación con la fabricación del hielo y refrigeración en general. Que inventó algunas cosas lo doy por cierto, porque yo lo acompañaba siempre a las reuniones con un grupo de investigadores de Tampico y Ciudad Madero. Me maravillaba oyéndoles hablar de sus invenciones y de las dificultades que tenían para realizar sus proyectos.

En ese tiempo yo era una chinche prendida a los pasos de mi padre y lo acompañaba también a las reuniones del sindicato de carpinteros y de albañiles, a los que pertenecía en virtud de que desempeñaba diferentes labores, según la chamba que caía.

Mi padre es el hombre de mayor ingenio que he conocido. Su mente es un generador de ideas. Resuelve todo en forma práctica y sencilla; cuanta chatarra cae en sus manos se transforma en instrumento de uso y provecho. Cuida sus herramientas de trabajo con gran esmero. Cuando —tiempo después— yo exclamaba “¡Hum... qué buena guitarra!”, al encordar mi guitarra, mi padre tomaba una herramienta y parodiaba, “¡Hum... qué buen serrucho...!”.

Muchos de los utensilios que se usaban en casa eran fabricados por él; mi madre decía que funcionaban mejor que los que se compraban en el mercado.

Estar al tanto de lo que sucedía en el mundo era muy importante para mi papá. No se perdía jamás un noticiero y, mientras escuchaba, le oía murmurar “¡Gringos, hijos de perra...! Se la pasan haciendo guerras por todas partes del mundo”. Solo concedía poca atención a los eventos deportivos, a menos de que se tratara de

gente de color. Desde pequeña le oí decir que uno debe luchar por las cosas que desea y bastarse a sí mismo. Permanentemente nos amonestaba acerca de que no debíamos perder el tiempo lamentando el infortunio, sino que teníamos que aprender a construir con el esfuerzo propio.

Fue un fanático del orden y nos inculcó el hábito de tenerlo: el orden debía ser tan riguroso que uno pudiera entrar a su casa con los ojos vendados y encontrar lo que necesitara. Hacía hincapié en que no se deben dejar obstáculos en el camino de las puertas y ventanas, porque éstas vías deben estar libres en los momentos de emergencia. Decía también que si el hombre necesita religión para vivir, que la tenga, pero no es justo censurar a los que la rechazan porque, sencillamente, si no la adoptan es porque no la necesitan. Éstos son los rasgos característicos de Pablo Reyes, mi padre.

La personalidad de mi madre, Dolores Hernández, es diferente. Ella piensa que somos pobres porque Dios lo quiere. Es resignada y paciente, compasiva y conciliadora. Nunca maldice, jamás insulta. Detesta las discusiones y las riñas. Es laboriosa desde las primeras horas de la mañana hasta la noche; cuando descansa, lo hace tejiendo con su aguja de gancho o leyendo la Biblia. Hace poco, viendo la devoción con que leía, le dije bromeando que nos iba a suceder lo que al camello, que cuando logró pasar por el ojo de la aguja —por donde no pudo pasar el rico— encontró que no había cielo a dónde ir. Naturalmente, mi madre culpa a Lenin de mi incredulidad.

mangos, ciruelas y gitanos

Siempre fui una niña renuente a usar zapatos. En el camino de casa a la escuela los llevaba puestos, pero de la escuela a casa, era común verme regresar con ellos al hombro. Me los quitaba porque me estorbaban para *chapalear* en los charcos que dejaba

la lluvia, atrapar peces en las alcantarillas o perseguir ranas en las zanjas. Muchas veces me quedé sin calzado y sin libros porque en un descuido se los llevaba la corriente.

En cierta ocasión fui con mi madre a visitar a una campesina que vivía por el rumbo de Altamira. Me gustaba ir allá, atraída por los numerosos árboles de ciruelo; mi vicio eran las ciruelas verdes, hasta las hojas del árbol me las comía como sal... Doña Lala, como la mayoría de las campesinas mexicanas, tenía su casa muy barrida y regada, las carpetas limpias, la colcha de la cama perfectamente estirada y las fundas de las almohadas bordadas con letreros de vivos colores que decían “No me olvides, corazón”, “Sueña conmigo” o “No puedo vivir sin ti”.

Mientras mi madre y doña Lala charlaban, yo, sentada en la cama que era muy alta, no cesaba de balancear los pies hacia adelante y hacia atrás. Al hacer este último movimiento, me intrigaba el hueco *tac, tac* que producían al chocar contra algún obstáculo. Cuando salieron al jardín, presurosa me tiré al suelo y levanté la colcha para ver lo que había debajo. Me llevé el susto de la vida al encontrarme a boca de jarro con un siniestro ataúd negro. Doña Lala, que no tenía familiares, se había anticipado a la muerte comprando su propio féretro.

Para ir a visitar a la tía Toribia, que vivía por el rumbo de Tancol, pasábamos por un enorme solar de cercado alto, donde había una gran cantidad de árboles de mango. A veces el fruto se desprendía antes de madurar y nosotros, la *palomilla* del barrio, no resistíamos la tentación. Nos tirábamos de barriga y metíamos el brazo entre los barrotes con una vara para atraer la fruta. De repente, desde una torre mirador, empezaban a disparar y nosotros salíamos en estampida. Nunca supe que hubieran herido a alguien, pero siempre nos pareció exagerada la forma de negarnos un mango que los dueños de la finca no iban a comer y que, para

nuestras carencias, resultaba exquisito. Después aprendí a tirar con resortera para tumbarlos por mi cuenta y si caían cerca de la calle, con seguridad paraban en mi morral. Los disparos desde el mirador no me quitaron el vicio por los mangos verdes. Aún me gustan.

Yo no jugaba a las muñecas. Prefería corretear con los muchachos del rumbo, jugar béisbol, encaramarme en los árboles, atrapar caballos en el día y luciérnagas en la noche, bailar el trompo y ponérmelo en la palma de la mano hasta que se quedara “dormido”; jugar a la rayuela, a las canicas y a la guerra.

En Tampico los soles son muy fuertes. Calientan la tierra en tal forma que quema a través de los zapatos. Para aligerar las molestias del calor, mi madre me hacía usar el pelo corto, al estilo de los muchachos. También usaba pantalón de mezclilla azul.

Así vestida, una vez vi desplazándose a lo largo de la calle un hombre sin piernas, apoyado en un cojín de lona. Pegadito al suelo, usaba sus brazos y manos a manera de remos para avanzar. Admirando su destreza, me pregunté, ¿si le tiro una pedrada, correrá más? Dicho y hecho. En posición de *pitcher* en lanzamiento, balanceé mi brazo piedra en mano y ¡pácatelas...! ¡Lo impacté! Rápidamente intenté ocultarme, pero mi víctima me vio y se fue derecho a casa a poner la queja.

—Señora, su niño me pegó con una piedra.

—¿Mi niño? —respondió mi madre con extrañeza— Sería otro, señor, porque *mijo* hace rato que no se mueve de mi lado... Era verdad, mi hermano Pablo había estado jugando toda la tarde a la vista de ella.

—Fue un chamaco de pantalón azul y el pelo sobre la cara —insistió el hombrecito.

—¡Ah! ¡Ven acá Judith! —aclaró llamándome a voces. Cuando estuve a su alcance, me puso frente al inválido tomándome de los cabellos.

—¡Sí, señora!, ¡éste fue! —aseguró reconociéndome.

—Perdone usted, señor, y considere las vergüenzas que uno pasa con los hijos... ¡Yo me encargaré de castigar a esta endemoniada muchacha!

Justamente indignada, mi madre castigó mi perversidad. Fue una de las pocas veces que me pegó.

Mis compañeras de escuela se burlaban de mí por protestante. Decían que bajo mi pupitre estaba el diablo, que yo tenía cola porque no estaba bautizada y que el día que me muriera no habría suficiente tierra para cubrir mi fosa. Aseguraban que si un día se me ocurría ir a su iglesia, el cura me lanzaría porque adivinaría que era una hereje aunque no me conociera.

Esto rebasó mi curiosidad, por lo que, para desengañarme, sin consultarlo con nadie, resolví colarme en el rosario. Ubicada cerca de la salida permanecí un rato y viendo que nadie reparaba en mí, cobré confianza y eché a andar por una lateral para contemplar las imágenes. Cuando en el atrio repartieron dulces, me dieron igual que a los demás. Nadie se incomodó conmigo. Así fue como ya de niña y gracias a mi propia investigación llegué al conocimiento de que un cura era un hombre como cualquier otro.

Aunque me pasaran cosas gordas nunca me rajaba. Una vez, jugando a los tirantes —un juego en parejas que consiste en tomarse de las manos y echarse hacia atrás, girando en círculo siempre a mayor velocidad— una compañerita me soltó y fui a dar violentamente sobre las tablas de una casa que recientemente había derribado el huracán. Un clavo me desgarró la carne en una nalga, pero a nadie se lo conté. La herida se infectó y el proceso infeccioso se extendió a la espalda y descendió por la pierna izquierda, pero seguía callando. Hasta que una vez, mi madre me dio una cariñosa palmada precisamente en el lugar de la herida y

fue tan terrible el alarido que lancé, que mi padre dijo asombrado, “Llévala adentro y mira qué es lo que tiene”.

Mi madre se llevó la gran sorpresa con mi infección. Llamó a mi padre y el drama creció. ¿Quién me había hecho aquello?, ¿dónde?, ¿por qué me había callado? Nunca dije que eso me había sucedido en el patio de la iglesia presbiteriana, donde nos dejaban jugar y donde nadie se había tomado la molestia de retirar los destrozos ocasionados por el ciclón.

—Con razón esta niña sale del baño con la ropa lavada —comentó mi madre—. Ya me extrañaba a mí tanta limpieza —agregó llorando ante aquella herida que me estaba convirtiendo en una torta de pus.

La casa en que vivíamos se nos venía abajo de tan apollada que estaba. En tiempo de lluvias, el techo dejaba trasminar el agua. Ni siquiera el lugar ocupado por las camas quedaba a salvo del temporal. Por las noches, mi mamá nos despertaba para correrlos al seco. Otras veces yo despertaba horrorizada al sentir que me caían encima ratoncitos recién nacidos; las ratas anidaban por todas partes, principalmente en las albardas del techo. Mis papás no tenían dinero para hacer reparaciones y resultaba imposible evitar compartir la morada con las alimañas, ¡tal nuestra pobreza!

Recuerdo con qué avidez devoraba las moronas que quedaban en el fondo del canasto de pan con que don Pedro recorría las calles arenosas de la ciudad. Don Pedro era el marido de mi tía Toribia. Cuando regresaba su esposo al concluir la venta, mi tía preparaba café y me llamaba:

—¡Véngase, ya llegó el canasto!

En ese tiempo yo hacía mandados, lavaba los trastes, barría solares y hasta los *desquelitaba** y acarreaba agua en cubetas para

* DESQUELITAR: Quitar la hierba. (Las notas en mayúsculas son de la autora)

los vecinos. Naturalmente, por estos trabajos me pagaban algunos quintos, que eran mi aporte al mísero presupuesto del hogar. Así llegué a cumplir los diez años. Época de sueños e ilusiones.

Me gustaba ver a los gitanos por su colorido, al igual que las fiestas populares del carnaval y las pastorelas. Creo que también de ese tiempo arranca la fascinación que los puertos ejercen sobre mí, pues entonces soñaba con ir tan lejos como la luz del faro en la Barra de Tampico. Recuerdo cómo me extasiaba contemplando la incansable rotación de esta aurora de los mares.

Eran las seis de la mañana de un florido día de mayo cuando el ruido de un motor me despertó. Mi padre daba instrucciones para introducir por el paso que dejaban las begonias un *tosijoso* y desvencijado camión de redilas. Asomada por la ventana, vi con asombro que dentro se movían diez inquietos cochinitos que mi papá había adquirido a crédito para negociar. Instantáneamente resolví que podía ayudar; salté por la ventana y ofrecí mi colaboración. Ahora me explicaba para qué era el pequeño corral que se había improvisado en el patio.

Una vez *enchiquerados** los cerdos, mi papá y su ayudante pasaron a la cocina y se sentaron a la mesa para almorzar. En tanto, yo entraba al corral con un balde de agua y maíz; levanté la tranca para abrir la puerta y un cochinito se me escapó. Traté de atraparlo y entonces escapó otro y otro... Se escaparon todos. Temerosa del enojo de mi padre, eché a correr tras ellos para capturarlos. Me caía y me levantaba bañada de tierra, al tratar de asirlos ora por una pata, ora por la cola; pero los cerditos se me resbalaban chillando a más no poder. ¡Vaya escandalera!

Mi padre dejó de lado la servilleta y salió a ver qué pasaba. Comprobó que los diez chanchos y yo hacíamos tantos destrozos que estábamos acabando con el jardín.

* ENCHIKERADOS: Encerrados en el *chiquero*, el corral.

—¡Mis begonias! —exclamaba mi madre— ¡Ya se acabaron mis begonias!

Si alguna quedaba en pie no duró mucho porque mi madre y mi padre, su ayudante, mis hermanos y yo, nos lanzamos en equipo en persecución de aquellos malditos cerdos resbalosos y chillones.

El castigo que me dieron fue tener que plantar de nuevo el jardín. Pocas semanas después había allí lirios, violetas, malvones, albahaca y, naturalmente, las begonias de mi mamá.

la guitarra y el espejo

Un día por la tarde, estábamos sentados en rueda familiar a la sombra de un framboyán —árbol típico de la región que expande sus ramas en floración de fuego—. Tras el cercado vimos a mi padre que se aproximaba lentamente con una guitarra en la mano. Llegó y poniéndola en mi regazo dijo:

—¡Toma, si quieres cantar aprende a tocar!

Yo había estado insistiendo en ir a los programas infantiles que transmitía la radio local.

—¿Pero esto es una guitarra o un contrabajo? —respondí. Se trataba de una enorme guitarra sexta doble. Tenía las cuerdas y la maquinaria oxidadas, adornos de concha nácar en algunos trastes y a pesar de la mica protectora, la madera estaba bastante arañada por las uñas de no sé cuántos ejecutantes. ¡Quién sabe de dónde sacaría mi papá aquel guitarrón para su “hija judas”, como él me dice! A los pocos días me trajo un maestro y éste aconsejó cambiarla por una adecuada al tamaño de mis manos. Al poco tiempo ya me acompañaba todo lo que cantaba y empecé incluso a componer canciones.

Cuando mi hermana Emma tenía quince años, un cómico afamado se enamoró de ella, quien se mostraba desdeñosa a sus

diarios galanteos. Él trató entonces de conquistar a la familia para tener acceso a la casa. Así, un día llegó con un aparatoso envoltorio, diciéndome:

—¡Es tu regalo de cumpleaños!

—¿De veras? —me costaba trabajo creer que pudiera recibir un regalo; pero sí, era el 22 de marzo, fecha de mi nacimiento.

—¡Qué paquetote...! ¡Éstos no son chocolates ni perfume! —expresaba entusiasmada palpando y olfateando la forma irregular del envoltorio.

—Ábrelo, te va a gustar —aseguró.

Rompí la envoltura y quedó al descubierto un espejo de pared de aproximadamente 70 centímetros de largo. Me sentí muy contenta; el único espejo que había en casa era uno muy pequeño que usaba mi padre para rasurarse y siempre estaba colocado a la altura de sus ojos. En un espejo así podría peinarme como las chicas que van al salón de belleza y arreglarme la cara con cosméticos. El día que estrenara los vestidos viejos que mi prima Josefina le daba a mi madre para que los achicara, podría verme de cuerpo entero y ya no tendría que ir a la casa de la vecina y decirle, “Doña Julia, ¿me deja ver en su espejo?”.

las primeras giras

A los catorce años empecé a cantar en las fiestas que organizaban en el teatro de los Alijadores* y pronto me incorporé a los grupos de variedades que recorrían los campos petroleros. Mis primeras giras fueron por el rumbo de Tuxpan, Veracruz. Con pocos elementos hacíamos el espectáculo, a veces en una escuela, en un cine o

* ALIJADORES: Trabajadores portuarios.

en un jacalón, donde se pudiera. A la puerta mi madre recogía los boletos. Trabajábamos en forma de cooperativa.

Como no podía comprarme un traje apantallador como los que usaban las artistas afamadas, yo lucía pobre en escena, pero con mucho colorido: jamás me faltaron los enormes aretes de filigrana o argollas, muchos collares brillantes de papelillo y toda una runfla de pulseras que resbalaban sonoras en mis brazos. Así ataviada, me colocaba las manos en la cintura, aunque me criticaban diciendo que parecía una jarra de dos asas; luego, con todo el cuerpo marcaba el ritmo de la canción, dando brinquito como un resorte. Nunca fui una buena cancionera, pero la gente me aplaudía y jamás me silbaron.

Mi madre me acompañaba en estas giras porque yo era muy joven para debatirme sola. Entre función y función salíamos a cenar en los alrededores del teatro. Cierta vez, una señora se acercó y cautelosamente me previno:

—¡No salga, niña! ¡Allí afuera está el sargento del Álamo y dice que se la viene a llevar! No se vaya con él, no le haga eso a su madre. ¡Usted no sabe lo que son los militares! —retrocedí asustada; me daba pavor pensar que un tipo me llevara por la fuerza y fuera yo a dar a un cuartel entre militarotes. ¡Qué me iba a ir con él, ni con él ni con ninguno!

Mi madre, viendo que yo no participaba de los planes del sargento aquel, me hizo volver al camerino y agradeciendo la advertencia a la mujer, fue sola a comprar unos tacos y refrescos y cenamos dentro del teatro. Salí sólo cuando la función terminó y en compañía de todos los artistas. De pasada, vimos en las proximidades un carro sospechosamente estacionado, con tres o cuatro militares en su interior...

en la colonia Guerrero

Emma consiguió estudiar enfermería en un colegio de Puebla. Poco después, yo me trasladé a la capital de la República. Me acompañaba mi madre, como siempre, y mi hermano Pablo, que empezó a estudiar en una escuela del Instituto Politécnico Nacional.

Entonces vivíamos por el rumbo de Arcos de Belén, donde, muy cerca de Salto del Agua, alquilamos un cuarto con la casera más impertinente que he conocido. Siempre estaba espiando, preguntando, registrándolo todo. Hasta hojeaba la libreta donde escribía yo mis canciones y se permitía opinar sobre nuestra forma de comer y de vestir. Se interesaba mucho en saber si yo era “señorita”.

Como nos estaba vedado utilizar la cocina, a hurtadillas mi madre cocinaba los alimentos en una plancha de ésas que antes usaban los sastres y que tienen depósito para el carbón. Los expendios de carbón eran pocos, se vendía por kilos y debíamos hacer colas para comprarlo.

—Hay carbón, pero está mojado —decía el expendedor; triquiñuela que le permitía aumentar sus ganancias, dado que mojado pesaba más. ¡Ay, los trabajos que pasaba mi madre para hacerlo arder!

Mientras tanto, yo había empezado a trabajar alternadamente, ya en una carpa, en la radio, en los centros nocturnos y los fines de semana en Popo Park. Había empresarios que organizaban un día a la semana funciones combinadas de box y variedades en los barrios populares. Los artistas cantábamos en el cuadrilátero. Con el dinero que ganaba empecé a comprar, para adaptarme, los trajes de teatro que otras artistas ya no se ponían.

A los dieciséis años hice dueto con un compositor y terminé casándome con él. Instalamos nuestro hogar en una vecindad de la calle Magnolia, en la colonia Guerrero. Era una típica vecindad de

gente pobre. En el centro del patio había una hilera de lavaderos circundando una pileta. Bajo los tendales de ropa —que formaban sobre nuestras cabezas una verdadera maraña— era constante el travieso corretear de los niños que gustaban de estampar sus manos sucias en las ropas limpias que se secaban al sol. Desde que Dios amanecía, era incesante el entrar y salir de los aboneros*.

Nuestra vivienda era un cuarto sin ventilación y una cocinita al descubierto. En tiempos de aguas o de fríos no se podía cocinar allí.

Las riñas de vecindarios menudeaban porque al escasear el agua, la del 4, la del 7, la del 9, todas querían poner su cubeta delante de la otra. Los excusados eran de uso común y las casetas no tenían puertas. Cada quien debía llevar un lienzo para cubrir la entrada mientras estaba dentro. Por otra parte, resultaban tan incómodas por pequeñas, que había que encaramarse en el retrete para poderlo usar. Luego había que echar agua con un balde para que quedara limpio. ¿Limpio? ¡Qué caray, aquello nunca estaba limpio!

Diariamente renegaba por tener que hacer cola para tirar la basura, porque muchas veces, cuando ya estaba bañada y vestida para irme a un ensayo o programa de radio, sonaba la campanilla del servicio de limpia anunciando que el carro recolector llegaba. Entonces todas las mujeres de la vecindad salíamos presurosas con el bote de los desperdicios. Al empleado público que vaciaba el contenido, más de una vez le oí preguntar: “¿Quién fue la cochina que echó un aborto en la basura de ayer? ¡Ah, viejas atascadas...!”. Por otra parte, al vaciar los botes lo hacían en manera tan descuidada que esparcían sobre nuestras cabezas parte de las inmundicias. Yo desesperaba de mi condición de artista pobre y me preguntaba si

* ABONEROS: Vendedores que venden en abonos, a domicilio.

las grandes figuras de los espectáculos capitalinos desempeñarían tareas tan poco elegantes como las mías.

Para las posadas navideñas, Cristinita, la portera, adornaba el patio desde la entrada con tiras de papel crepé en colores festivos y dejaba colgantes en espirales que se mecían a impulsos del viento. No faltaba el pesebre con mucho heno, a manera de alfombra para los pies de la virgen, San José y los pastores adorando al niño. Los faroles de papel en forma de acordeón enmarcaban el vecindario que cantaba los villancicos y hacía la ronda llevando en la mano una velita encendida. Todo esto yo lo veía por una hendidura, sin participar, porque consideraba el ritual una devoción católica.

el velorio de don Manuel

Un día de enero, mi madre me dijo apesadumbrada:

—A ver si vas un rato a acompañar a doña Gume y le das el pésame. Fíjate que se murió don Manuel y lo tienen tendido. Doña Gume vivía en el 14, al fondo de la vecindad. Me encaminé allá con un ramo de flores en la mano. Al entrar en la vivienda vi que el ataúd estaba colocado en el centro, en medio de cuatro cirios. Por los rincones, algunas mujeres vestidas de negro permanecían silenciosas, sentadas en cajones de madera.

Al dar los primeros pasos en la habitación, sentí que con mi peso las tablas se hundían con un quejoso rechinar, ocasionando que el ataúd se inclinara. Preocupada por hacerlo recuperar su posición, me apresuré a dar un paso más, cuando un cirio, haciéndome una reverencia, se vino abajo. Tratando de evitar este bailoteo me encaminé por el otro costado del muerto y entonces el féretro se inclinó en ese sentido. Yo no sabía qué hacer con mis 44 kilos. El piso, donde quiera que me apoyara, rechinaba

amenazador. Flores en mano, me quedé de una pieza, indecisa y muda. Doña Gume vino a mi encuentro y yo, balbuceando torpes palabras de consuelo, no hice más caso del crujir de tablas y me dirigí a donde se hallaban las mujeres enlutadas y, con expresión piadosa, me senté como ellas, en un cajón. Envueltas en el murmullo de los rezos, parecía que las horas de aquella noche se hubieran congelado.

Cuando llegó don Cuco, las viejas tablas volvieron a rechinar y el féretro se balanceó amenazando de nuevo resbalar al suelo. La escena se repetía y un espíritu burlón empezó a lamer mi faz. Pero pude contenerme, cosa que ya resultó imposible cuando una tercera persona llegó y el previsible zarandeo del féretro no se hizo esperar. Mi risa subió como la marea, los demás se contagiaron y pronto estábamos allí, en el velorio de don Manuel, a carcajada suelta.

Avergonzada por mi actitud, me levanté sin poder decir ni siquiera buenas noches, y salí riendo estúpidamente. Cuando estuve de regreso en casa, mi madre me preguntó sorprendida:

—¿Qué pasó? ¿No fuiste con doña Gume?

—¿Doña Gume? ¡Ja, ja...! —le respondía sofocadamente—
¡Si vieras a doña Gume!

—No creo que la muerte de alguien pueda ser motivo de risa... Se trata de don Manuel y tú debes estar allí...

—¡Ja, ja! ¡Don Manuel...! ¡Si tú vieras como se balancea don Manuel y con qué ojos lo mira doña Gume!

Mi madre se puso muy seria y me soltó un sermón acerca de la reverencia que debemos guardar ante la muerte. Además, don Manuel no merecía esa falta de respeto. ¡No cabía duda de que yo había nacido con el demonio adentro!, terminó diciendo.

Magaly

Cuando nació Magaly todavía vivíamos en aquel cuartucho de las calles de Magnolia, acompañados de la pobreza con que llegamos. No habíamos podido comprar cama para nosotros ni cuna para Magaly. ¡Ay...! ¡Para mi pobre hija no hubo precisamente cuna con tules, ni colchas orladas de encajes! Su cuna fueron los brazos de su madre, los de su abuela y los de su tío Pablo.

La canastilla que preparé para su nacimiento fue en su mayor parte confeccionada con el espaldar de las camisas viejas que me regalaban. Y casi todo lo hice a última hora porque, aunque a mí se me deshacía el alma en deseos de coser prendas para mi retoño, todavía a los siete meses de embarazo sentía vergüenza consultar con mi madre sobre lo que debía proveerme.

Sólo Irene, una amiga de la casa, le trajo regalos cuando nació. A los cuarenta días la llevé —como es de uso— para su presentación a Dios y a la Iglesia, a un templo bautista de la Villa, el mismo en el que se celebró el matrimonio de mi hermana con un ferrocarrilero.

Cuando mi niña empezó a caminar, teníamos que vigilar todos sus pasos para ponerla a salvo de los peligros dado que el piso estaba tambaleante y lleno de agujeros, como aquel del 14 en el fondo del vecindario. Tan deteriorada estaba nuestra vivienda que una ocasión desperté hacia la media noche al sentir que pasaba sobre mí algo como del tamaño y peso de un gato. Al tiempo que instintivamente lo rechazaba, creí sentir el piquete de un aguijón. Encendí la luz y horrorizada vi que mi brazo y oreja escurrían sangre. ¡Una rata me había mordido!

Esa noche la náusea me impidió dormir y pasé las horas en vela por temor a que los roedores hicieran víctima a Magaly, que también dormía en el suelo. A la mañana siguiente compré veneno colocándolo abajo por entre las hendiduras con la consecuencia de que alguna rata se quedó muerta en el entrepiso. Al entrar

en descomposición se produjo una pestilencia inaguantable que durante muchos días saturó mi morada. Aunque el piso de madera ya estaba carcomido, yo no podía levantarlo para buscar y sacar aquella carroña.

Mi matrimonio, efectuado a tan temprana hora de la vida, andaba mal. Mi marido, aquel bohemio de elocuente guitarra, había caído en el vicio del alcohol. A pesar de que se sabía un excelente guitarrista y buen compositor, se volvió tan informal —por lo mucho que bebía— que le resultaba imposible aprovechar de sus facultades. Tampoco podía hallarse fácilmente un momento propicio para tratar con él los asuntos de familia. Su desconsideración e irresponsabilidad hacían que en nuestra relación no hubiese la más mínima base de apoyo o interés recíproco, como el que debiera haber en un matrimonio. Además, su carácter era siempre malhumorado y violento.

Nunca olvidaré aquella actitud suya cuando Magaly enfermó de un ganglio. ¡Ah, maldito ganglio! Creció tanto que le formó una fea y dolorosa bola entre el maxilar y la oreja. Cuando vi que ningún remedio casero la sanaba, como pude la llevé al médico y éste dijo que era necesario operar. ¿Operar? ¿Y con qué dinero iba a pagar la operación? Ya tenía algunos trajes de teatro empeñados en el Monte de Piedad y había precisado vender mis libros para comer, libros cuya lectura en ese tiempo me fascinaban, *Sinuhé*, *el Egipcio*, *Corazón de Piedra Verde*, de Madariaga y otros.

¡Cómo me dolía ver a mi hijita dolorida y llorosa! ¿Qué hacer? Salí del consultorio llorando y así llegué a casa, secando mis ojos y secando los de mi criatura que también lloraba. Al vernos llegar así, mi marido se irritó y dijo que yo estaba haciendo teatro; le referí la opinión del médico y respondió que los médicos eran unos charlatanes que vivían cuidando que a la gente le doliera una uña para hincharse ganando plata.

—Además —agregó— exageras tu amor por esa muchacha.
¡Ya veo que quisieras metértela otra vez!

Su respuesta me hizo enmudecer, salió de la casa y en tres días no regresó. Mi madre, que había presenciado la escena, dijo:

—Ya no llores; vamos a buscar el dinero para la operación. Tengo encargadas tres blusas de hilo y veré que me las paguen adelantado.

Cuando Magaly cumplió dos años de edad, su padre me propuso un día:

—Arregla a la niña. Vamos a llevarla con nosotros al programa, mi madre quiere conocerla y nos alcanzará en la radiodifusora.

—¿Y por qué en la radiodifusora? Mejor que venga a nuestra casa o vamos nosotros a la de ella.

—¡Cosas de mi mamá! —se limitó a decir.

¡Cosas de su mamá!, repetí mentalmente. Bueno, ¿para qué discutir? Arreglé a Magaly y me arreglé yo con especial esmero para impresionar a mi suegra. Al fin iba a conocerla. Aquella señora nunca había demostrado el menor interés por nosotras y ésta era una oportunidad. La invitaría a comer en casa para que viera que yo no sólo era una muchacha de teatro que sabía cantar huapangos, sino que también podía preparar un menú.

Poco antes de llegar a los estudios de la radio XEQ, mi marido me advirtió un poco abochornado:

—Cuando llegue mi madre, me dejas la niña y tú te vuelves a casa.

—No es correcto; tu mamá pensará que le hago una grosería si me despido a su llegada.

—Es que tú te irás antes de que llegue. Mira, ella está enferma del corazón y si llegara a hacer un coraje se pondría mala. Será mejor que te vayas a casa.

¡Zas!... Para él era yo como un perro al que se echa sin contemplaciones. Nada respondí, pero un sin fin de rebeldías invadió mi mente.

—Mi madre es maestra de novicias de la Tercer Orden de San Francisco —agregó como respondiendo a mis pensamientos—. Ella tiene prejuicios religiosos que tú no comprenderías. Más vale que hagamos las cosas así.

Yo era sumisa y me alejé a prudente distancia antes de que doña Isidra llegara. Pero repentinamente resolví no aceptar la humillación, de modo que me fui acercando y me presenté sola.

—Buenos días, señora. Yo soy la madre de su nieta.

Levantó los ojos a través de sus lentes claros y me sentí traspasada por el relámpago de una mirada rencorosa. Aunque no había pronunciado una sola palabra, estaba segura de que pensaba, *Hereje, ¿por qué no te llevó el diablo antes de casarte con mi hijo...?*

Simultáneamente con aquella mirada hostil, me fulminó la de su hijo y me sentí culpable no sé de qué. Así fue el inicio de una relación forzada por las circunstancias. La señora no era mala, sencillamente no le gustaban las protestantes.

¡la forma geográfica de mi país!

Por esos días, un empresario integró con nosotros un cuadro de variedades para presentarlo en uno de los teatros de Frank Faust, en Los Ángeles, California. La temporada era por Semana Santa y aquello resultó un fracaso que afectó a catorce artistas mexicanos en el extranjero. Hubo ocasiones en que no tuvimos plata para pagar el hotel ni para comer. El empresario había desaparecido dejándonos a la buena de la suerte. Cuando Frank Faust lo supo, nos mandó decir que pasáramos diariamente por la taquilla de uno

de sus teatros para que nos entregaran cinco dólares por cabeza, mientras conseguíamos trabajo.

En ese tiempo vendí cuatro de mis canciones, las mismas con las que había recorrido las casas impresoras de discos — intentando grabarlas yo misma— y me las habían rechazado. No obstante, cuando fueron presentadas por quien las compró, grabaron dos inmediatamente. Allí en Los Ángeles conocí un par de compositores que, según se comentaba, siempre estaban comprando las obras de autores modestos en apuros.

En uno de aquellos miserables días, recibimos un llamado de la agencia artística de Marty Kramer, que se interesaba en el dueto folklórico que integraba con mi marido. “Los espero en la oficina con las guitarras y vestidos como aparecen en el escenario”, pidió. Jamás olvidaré la hora en que crucé la Sunset Boulevard, luciendo mi traje de china poblana, cuyas lentejuelas doradas resplandecían al sol. Pasada la prueba, obtuvimos el contrato que en ese momento fue nuestra salvación.

Partiendo de Los Ángeles, hicimos una *tourné** de siete meses por toda la Unión Americana. Formábamos parte de un espectáculo que se llamó «Nations in Review» y no creo exagerar diciendo que nuestro número, a dos voces y dos guitarras, era de lo más gustado. En esta gira tuve oportunidad de conocer los estragos que hace la guerra en el ser humano, dado que nosotros actuábamos en el auditorio de los hospitales y manicomios para militares. Llegamos a cantar y bailar directamente entre las camas de los enfermos, todos veteranos de guerra. Muchas veces se me hacía un nudo en la garganta y me costaba trabajo cantar y sonreír, debido a la impresión que me causaba ver a tantos jóvenes soldados en

* Gira. [N. del Ed.]

condiciones físicas y psíquicas deplorables. La gira era financiada por el gobierno de los Estados Unidos.

Nuestro arribo a Chicago me produjo exaltación y palabra que hasta cariño sentí por la ciudad donde mi padre había estudiado y vivido cinco años de su vida. De pronto fui presa del rencor al pensar que aún estarían por allí los gringos *hijos de perra* que le habían robado sus inventos. No obstante la punzada de este recuerdo, disfrutaba al conocer la grandiosidad del desarrollo económico de ese país y recibir el aplauso entusiasta, muchas veces emocionado, de su gente.

Ciertamente estaba contenta con mi trabajo. Las relaciones con los componentes de la compañía siempre fueron cordiales; por eso recuerdo con agrado a Rosina Rossell, una soprano esbelta y rubia que cantaba en francés; a Jean Mueller, danzarina de extenuantes bailes rusos, muy culta además; a Lilly Connors, que tocaba la guitarra y cantaba al estilo de Texas; a Benito Moreno, el conductor del show y del conjunto orquestal; especialmente a Frank, un chico que tocaba dulcemente el saxofón y que vivía atormentado por un amor escabroso. Pobre Frank ¡siempre estaba alcoholizado! Yo era la *chicana** cuya personalidad en el concepto de ellos se componía de *pimienta y sal*.

Hallándonos en Topeka, Kansas, en ronda nos fuimos al *restaurant* [sic]. Era mediodía. En torno a la mesa donde nos disponíamos a almorzar sin ninguna ceremonia, se comentaba que, sin darme cuenta, estaba habituándome a comer al estilo americano. De pronto, un brazo vigoroso, pasando por encima de mi hombro, arrebató mi plato en forma tan grosera que cayó sobre mi falda y mi comida fue a parar en el suelo.

* En Estados Unidos, mexicana o descendiente de mexicanos. [N. del Ed.]

—¿Qué pasa, *whats ou mara?* [sic] —vociferé, más que pregunté, protestando por aquella intervención.

—¡Ah! —me dije—. Tal vez hay un bicho en la sopa y tratan de que no me lo coma por descuido... Está bien, muchas gracias, pero esas no son maneras.

Unos a otros se veían sorprendidos, apenados y confusos. Nuestro manager se levantó, fue a la caja y vimos que discutía acalorado, posiblemente con el dueño. Otros de mis compañeros se sumaron a la discusión sin resultado, porque a poco regresaron, diciéndome:

—Judy, *let's go. Everybody go.*

Sobre la mesa quedaron servidos los platos de todos, excepto el mío. Uno tras otro salimos ceñudos. Sólo cuando estuvimos lejos, los compañeros respondieron a mis repetidas preguntas. En ese “restaurant”, les dijeron, no se daba servicio *a negros, a mexicanos ¡ni a perros!*

Sentí que me tragaba la tierra. Me dolió mucho la ofensa personal, pero mucho más me dolió saber que se me habían negado el servicio sólo por ser mexicana, o chicana, como dicen allá. ¡Hacerme eso a mí, una mexicana *hasta las cachas!* Orgullosa hasta la arrogancia estaba de mi sangre y de mi bandera; orgullosa de nuestra historia, de nuestra lengua y de nuestra música. ¡Yo estaba orgullosa hasta de la forma geográfica de mi país!

Aquella ofensa quemaba mi rostro como si de pronto hubiera ardidado en llamaradas; luego sentí que el insulto se desparramaba calcinando la piel canela de mi cuerpo y penetraba en mi conciencia como una descarga eléctrica. Hasta entonces no se me ocurrió que un mexicano pudiera ser humillado de tal manera en ese país, porque nosotros los mexicanos crecemos con un sentido altivo de nuestra raza. Por eso vivimos creyendo que ninguno en el mundo es tan valiente como el mexicano. Para nosotros la vida no vale

nada; por una tilde nos la jugamos en un volado. No conocemos el miedo y por eso estamos acostumbrados a velar difuntos con cabezas de cerillos y a nosotros, ¡palabra que nos respeta el fuego aun estando en la quemadera!

Desde niños sentimos gran orgullo por nuestras cosas y siempre será superior la valoración que hacemos de ellas, en relación con las de otras latitudes. En ninguna parte hay un cielo tan azul como el nuestro, ni sol que brille con mayor esplendor, ni montañas más altas, ni lagos más tranquilos, ni mares más tibios, ni nieves más puras.

¿Quién se atrevería a decir que haya hombre más viril que un mexicano y una mujer más ardiente que la de mi raza? Por éstas y otras cosas se nos admira y respeta.

En el contexto local no se concibe que un mexicano vaya al exterior y fracase. Y si se trata de una artista más o menos colocada en el candelero, los comentaristas dirán que puso en alto la bandera de la Patria; amenizarán la gacetilla informando: *Triunfó en Falfurrias... Se compró ropa en París... Rechazó un film en Italia... Su belleza enloqueció a un rajá y la nostalgia le hizo volver a México, porque extrañaba los chilaquiles... y los mariachis... y el tequila.* Es que, claro, ¡como México no hay dos! Y al decirlo carraspeamos recio para que el patriotismo nos salga sin falsete. Ya después habría de comprender la demagogia y el patrioterismo que hay atrás de tantas frases, pero entonces la humillación en Topeka me zarandeó con todo el cargamento de conceptos que formaban mi conciencia párvula.

La impotencia dio paso a la indignación. ¡Ah, gringos hijos de perra, yo no les vengo a pedir nada! Aquí, en la tierra que ustedes nos robaron, sólo estoy cantando para dar un poco de alegría a los infelices mutilados de las guerras que ustedes hacen por todas partes del mundo. ¡Cabrones...!

Alternando la rabia con el dolor de mi mexicanidad herida, golpeaba furiosa el pavimento con los veinte centímetros del pie y terminé llorando en la vía pública la ofensa de la discriminación. Los gringos racistas habían clavado en mi conciencia un motivo de odio y yo también me volví discriminatoria respecto a ellos.

Volvimos a México luego de casi un año. Un año sin ver a mi hijita que había quedado bajo los cuidados de mi madre y mi hermano Pablo. Para compensarla un poco por mi ausencia, le compré la muñeca más linda que encontré en Los Ángeles. Pero al cruzar la frontera oí que el agente aduanal, aceradamente, me decía:

—Esa muñeca no pasa...

—¿Pero por qué, señor? Solamente es una muñeca...

—Precisamente por eso, porque es una muñeca. Juguetes no pasan.

—No sea malo, señor. Déjemela pasar, es un regalo para mi hija... Hace un año que no la veo —le rogaba humildemente.

—Eso es asunto suyo, yo cumplo con la ley y la ley prohíbe el paso de juguetes. —Apagando la voz, agregó— Déjese caer con cien pesos y pasa.

—¿Cien pesos? ¡Ni la muñeca me costó tanto! ¡Esto es un robo! —argüí con indiscreta voz.

—¡Fíjese en lo que habla, porque le puede costar caro! —amenazó—. Y ahora, para que se le quite lo irrespetuosa con un representante de la ley, la muñeca no pasa. ¡Contrabandista! ¡Chivera!

Y concluyendo con que la muñeca quedaría depositada hasta que fuera a pagar lo que la tarifa aduanal marcaba (pero que se negó a mostrarme), siguió revisando los equipajes del resto de pasajeros.

Ya en el autobús una señora me aconsejó:

—No sea tonta, jamás discuta con ellos. Cuando quiera pasar algo, bastará que ponga encimita de la ropa, de perdida un azul*. Así cuando él abre el veliz, lo toma sin que nadie se dé cuenta y asunto concluido.

Así fue como conocí *la ley de la frontera*.

pruebas y padrinos

No compramos casa, ni coche, ni alquilamos un lindo departamento. Solamente dejamos la ruinoso vivienda de Magnolia y alquilamos otra saludablemente asoleada, en Azcapotzalco. No obstante, los ahorros acumulados pronto se agotaron debido a que trabajábamos eventualmente. Mi marido seguía con sus vicios e infidelidades, por lo que empecé a pensar en la separación. ¿Pero qué iba a hacer para vivir? Únicamente sabía cantar con mi guitarra y con él; pensaba que en el ambiente artístico de la capital no habría lugar para una mediocre como yo. “Jamás seré una triunfadora en esto”, pensé; así pues, le dejaré el campo y me ocuparé de otras cosas.

Por eso fue que, sin consultárselo, me puse a estudiar taquimecanografía en una academia cercana a casa. Diariamente, mientras él dormía, yo estudiaba un turno por la mañana. Podría hacerlo porque no era costumbre suya alzarse antes de las doce, ya fuera por su trabajo nocturno o sencillamente porque hubiera trasnochado. Si durante mi ausencia despertaba y me llamaba, acudía mi madre diciéndole:

—Judith se fue al mercado. No tardará —después de lo cual venía presurosa a la escuela y desde la acera, a través de la ventana me informaba:

—Ya despertó.

* UN AZUL: En este caso, billete de \$50.00

—Voy enseguida —y la maestra me dejaba marchar porque cuando me inscribí le hice conocer lo irregular de mi caso. Temerosa pues, regresaba a casa con la preocupación de estar procediendo mal.

Pasado un tiempo fui a la Sociedad de Autores y Compositores de México a solicitar trabajo.

—¿Qué sabes hacer? —preguntó Pablo Martínez Gil, perteneciente entonces al ejecutivo.

—Estudio taquimecanografía —respondí con aplomo.

—Licenciado Montesinos, por favor, hágale una prueba a esta muchacha —le seguí a otro despacho y luego de ubicarse muy profesionalmente, Montesinos ordenó:

—Tome en taquigrafía lo que le voy a dictar.

En ese momento a mí se me olvidó toda la taquigrafía que había aprendido. Él, comprendiendo que no sabía gran cosa, cambió la prueba y señalando una máquina de escribir, dijo:

—Ponga original y tres copias y tome el dictado.

Yo hacía malabares con el papel blanco y el papel carbón; finalmente logré colocarlo y con torpeza escribí.

—Basta, es suficiente. Sígame... —cuando estuvimos de nuevo en el despacho, sugirió a Martínez Gil— Maestro, si usted desea emplearla, nos puede servir para rotular sobres.

—Pues rotulará sobres mientras aprende algo más, ¿verdad, muchacha?

—Sí, maestro —respondí con alegría. ¡Había conseguido empleo! Así, en el próximo problema que se me presentara, establecería la separación.

Mi trabajo consistió en checar la música que se utilizaba en las películas en exhibición y acreditarla a su correspondiente compositor.

Una vez, Tata Nacho se detuvo frente a mi escritorio y me preguntó de sopetón:

—¿Tú tocas la guitarra y cantas?
—Un poco, maestro.
—Ven conmigo —pidió a secas, conduciéndome al estudio.
Tomó una guitarra y me la entregó.
—Vamos a ver, cántame algo.
Canté «Corazón burlado», una de mis canciones de aquella época, grabada por Tito Guízar.
—Hum... No está mal. ¿Conoces todos los ritmos y todos los tonos?
—Casi todos, maestro.
—¿Y el pentagrama?
—También, maestro.
—Hum... No está mal —repitió monótonamente y agregó:
—Si quieres trabajar conmigo en *La Rondalla*, ganarás 18 pesos por programa. Uno a la semana.
Así, de repente, recibí la satisfacción de trabajar bajo la dirección de uno de los más prestigiados compositores mexicanos, ¡Tata Nacho!
Nunca he podido comprender cómo el Tata logró cantar con elegancia las penas de los peones del porfiriato.
Ese mismo año, apadrinada por él, hice mi solicitud de ingreso a la Sociedad de Compositores de México.
—¿Por qué no le llevas tus canciones a Jorge Negrete? — me preguntó un día el periodista Víctor Manuel Garza.
—Porque no tengo acceso a él... Y para qué me hago ilusiones, Víctor, si los artistas de medio pelo se ponen moños con los compositores desconocidos como yo; imagínate lo que será Jorge.
—Creo que te equivocas y para que te convenzas, dime cuándo quieres verlo y te lo presento.
—¿Hablas en serio?
—Claro... Te espero el lunes a las once horas en la XEW.

—Gracias, Víctor, no faltaré.

A Jorge le gustaron mis canciones, pero solamente grabó «Parranda larga» y la cantó en la última de sus películas, *El rapto*. Con posterioridad, esta canción fue utilizada fragmentariamente en el film francés *Los Héroes están Fatigados*, con el actor Gérard Phillipe.

Un día, de manos de Pedro de Lille, recibí una medalla como premio de radio popularidad: yo era La Tamaulipeca.

el tío Jesús y el Diablo

Al darme cuenta que estaría por dar vida a un segundo hijo, resolví que éste no nacería entre las ratas ni lo que era peor, entre el antagonismo de dos seres que no se toleraban más. Había dejado transcurrir los días sin plantear la separación, pero esta circunstancia me llevaba al extremo de decidirme. Hice un balance para saber con qué contaba; lo que ganaba en la oficina no me sacaría a flote, pero la «Parranda larga» me había dado una poca de popularidad y sumándola a mi guitarra y mi juventud, encontré que poseía mucho más que otras.

Analiqué el problema con mi tío Jesús, quien me estimuló:

—Haces bien en recuperar tu libertad porque con ese hombre nunca serás feliz.

Mi tío Jesús es el tipo más estafalario de la familia. Sin pretensiones en el vestir ni en su forma de vida. Luchador incansable contra la injusticia. Cuando fue dirigente de la Sección 3 del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, el general Lázaro Cárdenas llegó a Ébano, Tamaulipas, y mi tío lo recibió en la estación del ferrocarril. Cuentan que uno de sus compañeros le reprochó:

—¡Qué bárbaro! ¿Cómo se te ocurre venir de overol a recibir al señor presidente?

—El presidente Cárdenas sabe que somos trabajadores, no catrines. Lo siento, pero yo no me visto de mamarracho. No perdamos el tiempo, díles a los muchachos que se regresen con los carros. Iremos al campo a pie...

—¿El presidente va a hacer cuatro kilómetros a pie?

—Por supuesto. Después no tendremos que explicarle por qué los trabajadores de Ébano necesitamos una carretera.

El general Cárdenas hizo aquel trecho caminando igual que los trabajadores. Era el tiempo en que la papelería oficial del sindicato petrolero usaba el lema “Por una sociedad sin clases”. Últimamente he preguntado a algunos líderes cuándo y por qué lo cambiaron y ninguno ha sabido decírmelo. El caso es que hoy el lema es “Unidos venceremos”... ¿A quién? Tampoco lo saben los trabajadores...

Pues este tío mío me dio el pasaje y, además, infinidad de consejos.

Dejé el trabajo en la Sociedad de Compositores, a Magaly con mi madre y, guitarra en mano, llegué a Reynosa, Tamaulipas. Al no encontrar trabajo, sin pérdida de tiempo marché a Matamoros y allí tuve mejor suerte. El día de mi debut en un centro nocturno, cenaba acompañada de algunos de los artistas del cuadro de variedades, cuando un hombre corpulento, sombrero texano y pistola al cinto, se nos acercó. Recorrió el grupo con la mirada y tomándome por una muñeca, arbitrariamente me levantó, diciendo:

—Vamos a bailar.

—No, señor. Usted me perdonará, pero yo no bailo.

—Las que están aquí, están para bailar y tomar con los que vienen...

—Se equivoca, señor. Yo soy una artista. Si usted me obliga a bailar sufriré sanciones de mi sindicato. Mire —decía cada vez más atropelladamente—, nuestros reglamentos son muy claros en

este sentido y establecen que ninguna artista debe alternar con la clientela. Cualquiera que lo haga, se expone al castigo que nuestros estatutos dictan y yo pertenezco a la Asociación Nacional de Actores...

—¡Ah! ¿Sindicalista?

—¡Sí, señor! ¡No, señor! —titubeé—, pero retomé mi carrera—. Bueno, sucede que tengo una familia que depende de mi trabajo y si yo no respeto los principios de nuestra organización, el delegado, verá usted, que es una especie de comisión de vigilancia, me reporta y entonces...

—¡Ya párele! ¡Ahí muere! —me atajó agregando—. Yo no vine aquí a hacer política— Y dando media vuelta tranquilamente se fue a la barra a tomar su copa.

Volví a tomar asiento y entonces pude ver que mis compañeros estaban azorados:

—Órale, ¿pos qué pasó? ¿Acaso vieron al diablo?

—No te pongas nerviosa —dijo Maciel, un bailarín amanerado—, pero sucede que este tipo hace un mes mató a una porque se negó a bailar con él.

Súbitamente me atraganté:

—¿Y por qué no está en la cárcel?

—Averígualo... es un influente. Tal vez por eso anda libre.

los chivos del circo y el uniformado

En Coahuila, precisamente en un campo algodonero de La Laguna, encontré un circo pequeño donde pedí trabajo.

—No podemos ofrecerte gran cosa porque ésta es una carpa chica. Los que trabajamos aquí somos todos de la familia —me dijo el encargado—. ¿Qué sabes hacer?

—Traigo mi guitarra y canto canciones rancheras. También puedo ayudar al cómico o al mago; ya he trabajado con otros... También he trabajado en otros circos; no sea malo, deme usted la oportunidad. Sólo deseo juntar para mi pasaje a Ciudad Juárez; dicen que allá no falta trabajo. Estoy muy necesitada.

—Bueno, si nos va bien lo compartimos; si nos va mal, también. Puedes poner tus cosas por allí y prepárate para la función de la noche... si hay gente. Después veremos dónde te acomodas... ¡Ah!, si fumas, ten cuidado con las colillas —y se alejó.

—Sí, señor; tendré cuidado —dije y reflexioné— ¡pero si yo no fumo! ¿Por qué seré tan tonta para responder?...

Empecé a maquillarme con bastante anticipación y esmero. Es una tarea a la que una artista, si puede, dedica mucho tiempo y dinero. De pronto, al pasarme el cepillito por las pestañas, las vibraciones de un ¡beee... eee... eee! sacudiendo la tienda me pusieron de pie de un salto. Estaba compartiendo el camerino con los chivos amaestrados del circo.

En una difusora de Piedras Negras, durante un programa de radio en el que me aprestaba a participar, el locutor Weller anunció:

—Hacemos un paréntesis para notificar a los radioescuchas que hoy a las cinco de la tarde, en Los Ángeles, California, murió el actor Jorge Negrete.

La noticia me derrumbó. Sentía como si fuera a despeñarme. Advertí que a los presentes en el teatro-estudio también les causaba pena. Yo ya no pude cantar y ni siquiera excusarme. El programa concluyó sin mí porque abandoné el local como un autómatas.

Mis compañeros de aquella época fueron testigos de la medida en que el choque afectó mi salud. Me dolió mucho la muerte del que, valiendo tanto, había tenido para mí, insignificante compositora, atenciones y afecto. No fue mezquino en su trato ni escatimó consejo cuando lo necesité. Fue de los pocos que

pusieron atención a mis canciones. Algunas le hacían sonreír, tal vez por ingenuas; otras, inclusive me las corrigió. Por eso registré dos de ellas a su nombre.

Estuve atolondrada muchos días y finalmente resolví no volver a ocuparme de componer canciones. ¿Para qué? La mayor parte de los intérpretes mostraban fastidio cuando los asediaba con mis cuartetos bajo el brazo. Lo mismo sucedía en las casas grabadoras. Había muerto el mejor de todos y por eso no volvería a componer canciones para nadie: ésa fue mi decisión, en 1952.

Fue hasta 1960 cuando reinicié mi producción musical, pero en una modalidad diferente. Cinco años después me enteré que las canciones que ahora componía se llamaban “canciones de protesta”. Pero no nos anticipemos. Las cosas fueron sucediendo así...

Después de la muerte de Negrete llegué a Ciudad Juárez. Allí, con gran alegría de mi parte, volví a encontrarme con Patricia, a la que había conocido en Reynosa y que por entonces se ocupaba de hacer ropa para las artistas. No le faltaba trabajo porque muchas tenían la pretensión de cambiar vestuario cada semana. Ella había aprendido el arte de la “alta costura” con un tío, modisto de prestigio en la Ciudad de México. Una ocasión en que merendábamos en una cafetería frecuentada por el mundo teatral, se acercó un empresario que venía a la frontera —zona de centros nocturnos— a contratar variedades para Camargo, que se hallaba hacia el sur.

—¿Quién de ustedes es la que canta ranchero?

—Yo —le respondí—. ¿Puedo servirle de algo?

—Siempre y cuando tenga en su repertorio «El corrido de Chihuahua». ¿Lo sabe?

—Por supuesto.

Discutimos las condiciones del contrato. Solicité un anticipo para gastos y quedé muy formal de estar el sábado siguiente en aquella ciudad.

—Patricia, ¿por qué no me acompañas? Mira, ya no quiero andar sola; no sea que me nazca el hijo sietemesino. Siempre es bueno tener una compañera cerca. Total, nos regresamos el domingo.

—Tienes razón. Me preocupa lo hinchado de tus pies... Iré contigo a Camargo.

—Gracias, Paty... Ahora ayúdame a conseguir «El Corrido de Chihuahua», tendré que aprendérmelo de aquí al sábado.

—¿Acaso no lo sabes? ¿Por qué dijiste...?

—Claro que no lo sé; pero a mí no se me va un contrato a causa de una canción. Si no la sé, la aprendo y si no existe, la hago, ¡faltaba más!...

Al llegar a Camargo, ya me sabía de memoria el corrido...

La ciudad y sus gentes nos parecieron lindas por lo amables que eran; nunca nos imaginamos lo que por la noche tendríamos que lamentar.

Sucedió que, para cobrar, tuvimos que pasar entre las parejas que bailaban, abriéndonos paso hasta la caja. De pronto, un uniformado interceptó el paso en forma violenta a Patricia y ésta, indignada, protestó.

—Cálmate, muñeca, vamos a divertirnos... Yo mandé tocar esa pieza. Ven, vamos a bailar.

—¿Yo por qué voy a bailar con usted, majadero?

—Porque a mí se me antoja —respondió el sujeto con prepotencia.

La escena llamó la atención de las parejas y así pudieron ver cómo el uniformado, al estrujar a Patricia, fue causa de que soltara mi petaquilla de cosméticos y accesorios de trabajo. Al caer, el golpe hizo saltar el broche y todas las cosas se desperdigaron entre los pies de los bailarines. Yo llevaba colgado del brazo izquierdo el traje con el que había cantado y en la mano derecha, los papeles de la música instrumentada.

—Oiga —indiqué al encargado—. El señor se viene a divertir, nosotras venimos a trabajar. ¿Acaso aquí no hay respeto para la gente que trabaja? Dígale que nos deje en paz.

El uniformado estaba furioso como un tigre. Había sacado la pistola y retaba a todo mundo sólo porque lo miraban. Uno de los presentes, dejando su jaibol en la barra, aceptó el reto; hubo cambio de golpes y en segundos, el espontáneo escurría sangre desde la cabeza.

Un par de policías se acercaron al uniformado, diciendo:

—¿Hay que arrestar a alguien, jefe?...

Patricia, aprovechando la distracción del “jefe”, echó a correr buscando una salida, pero lo hizo con tan mala suerte, que fue a dar a la toilette [sic] para varones. El individuo la alcanzó y volvió a la carga sin que hubiera argumento o poder capaz de calmarlo.

Yo estaba indignadísima y temía por la vida de mi amiga. ¿A quién se recurre en momentos así? Recorrí el salón con la mirada cargada de angustia y vi que aún estaban allí los policías sin hacer nada, sólo a la expectativa. Blandiendo mis papeles pautados en sus caras, les increpé con violencia:

—¿Y ustedes para qué sirven? ¿Están esperando que la maten?... Par de zopencos, todavía vienen a preguntarle “¿hay que arrestar a alguien, jefe?”... ¡Claro que hay que arrestar al jefe! ¡Cabrones!

Sin tomar en cuenta mi estado ni medir las consecuencias, me lancé en defensa de Patricia dándole de guantones en la espalda al sujeto aquél, al tiempo que le decía:

—¡Pinche* militar cabrón! ¡Qué valiente es usted con las mujeres! ¡¿Para eso le dieron la pistola, para pelear con mujeres indefensas?!

* PINCHE: Mierdoso [sic].

—El asunto no es con usted, vieja fodonga. ¡Lárguese! ¡Nadie le ha dado vela en el entierro!

—¡Pues no me largo! Al contrario, me voy a sentar en una butaca para aplaudir las cosas que usted hace. ¡Cabrón!

Me dolieron las manos de tantos puñetes que le di porque mientras él le pegaba a Patricia, yo le pegaba a él, pero él como si nada; trató de deshacerse de mí dándome empellones, me arrebató el traje de china poblana y la música instrumentada y las pisoteó. Toda nadaba entre los orines... En medio del jaloneo, Patricia logró escapar y salí tras ella pisándole los talones. Al llegar a nuestra habitación, atrancamos la puerta hasta con el ropero, por temor a otra arremetida.

Al día siguiente tuve un programa de radio y en el estudio encontré que nos esperaban tres señoras.

—Supimos del bochornoso incidente de anoche en el club y como habitantes de esta ciudad, no queremos que se lleven la impresión de que la sociedad camarguense somos gente de esa índole. ¿Podríamos hacer algo por ustedes?

—Nada, muchas gracias. Su visita nos compensa.

barbacoa de Durango

Volvímos a Ciudad Juárez donde cada vez era más difícil que me dieran trabajo a causa de mi embarazo. Cuando conseguía contrato, era en la calle Mariscal, en los lugares de baja categoría. Yo no estaba conforme.

Por eso resolví que si viajábamos al interior del país, podríamos comprar tiempo de transmisión en una radiodifusora, obtener publicidad en el comercio local y producir nuestro propio programa. Cantar por radio no requiere precisamente una espléndida figura: bastan voz y sentimiento. Ya tenía la

experiencia de que al público de teatro se le entra por los ojos y al radioescucha por el oído.

Cuando arribamos a Durango no conocíamos a nadie ni teníamos un punto de partida. Yo era una artista sin cartel. ¿Cuánto nos llevaría conseguir el tiempo y venderlo para poder cobrar y comer? Lo grave consistía en que, para mí, el apetito era apremiante tres veces al día.

Caminábamos por una ancha avenida en busca de los estudios de la radiodifusora del ingeniero Stevenson, cuando a nuestro paso se detuvo un carro y desde el interior alguien preguntó:

—Señoritas, ¿están perdidas? ¿Buscan alguna dirección? Tal vez podamos...

—No buscamos nada —respondí al tiempo que Patricia decía:

—Buscamos la estación de radio del ingeniero Stevenson.

—Queda por lo menos a diez cuadras de aquí; tal vez para la señora resulte pesado caminar —dijo aludiendo a mi estado—. Si gustan las llevamos.

—Es suficiente con el informe, señor —dije con seriedad—. Muchas gracias.

—Mira cómo tienes los pies de hinchados, aprovechemos que los señores son tan amables en llevarnos...

—Pero, Patricia, ¿qué te pasa? Si estos tipos...

—Tú inspiras respeto; embarazada o no, tú inspiras respeto... Ya verás que no pasa nada.

Disminuida mi desconfianza, subimos al coche:

—¿Para qué buscan una difusora? ¿Acaso son artistas?

—Ella es cantante —me apresuré a decir antes de que Patricia dijera que la cantante era yo—. Vamos a arreglar las condiciones de su contrato. Patricia me dirigió una mirada de *¿y ahora qué te traes...?*

—Pues si la señorita canta, las invitamos al parque Guadiana, donde el partido le da hoy un banquete al diputado Maldonado. Hay mariachis y barbacoa; si la señorita es tan gentil, cantará para el diputado.

¿Barbacoa?, repetí mentalmente. ¡Ah, si pudiera comer a la medida de mi hambre un buen plato de barbacoa con guacamole y tortillas...! Ayer comimos, pero no cenamos y a esta hora, palabra que me siento hambrienta como un lobo... Calculando la ración de barbacoa que nos darían en una fiesta de políticos, me apresuré a aceptar:

—¡Pues vamos al Guadiana, señores! ¡Venimos a cantar! ¿Verdad que vas a cantar, Judith? —dije esto último con énfasis, dirigiéndome a Patricia. Ella, perpleja, replicó:

—¡Óyeme! ¿En qué compromiso me estás metiendo? Déjate de bromas, ya sabes tú que yo no...

—Sí, ya sé que tú no cantas sin ensayo; pero esto es informal ¿verdad, señores? —y con voz velada traté de explicarle mi plan.

—Tú eres Judith y vas a cantar, pero primero comemos, luego yo digo que me siento mal y desaparecemos, ¿OK?

Cuando llegamos al restaurant donde tenía lugar el agasajo, éste ofrecía el aspecto típico de las fiestas políticas de los jerarcas del PRI*.

Nos recibieron con aplausos y cuando el jefe del grupo musical fue llamado para que se pusiera de acuerdo con Patricia acerca de lo que iba a cantar, ésta, acorralada, terminó confesando:

—Señores, la que canta es ella, no yo. Además, es la autora de la canción que acaban de tocar los mariachis.

—La «Parranda larga»... Es la que cantaba Negrete. ¿Usted la compuso?

* PRI: Partido Revolucionario Institucional (el partido oficial).

—Pues sí...

—¡Que la cante! ¡Que la cante! —decían.

—Cántenos algo —solicitó con voz mesurada el agasajado.

—¡Sí, sí canto, diputado; pero primero deme algo de comer!

¡Tengo mucha hambre!

Ése fue el inicio de mi amistad con Caritino Maldonado.

Cuando tiempo después solicitaba mi concurso para cantar en algunos actos entre políticos, solía preguntarme, pensativo:

—¿Dónde la conocí, Judith, que no me acuerdo?

—Un día lo sabrá —le respondía siempre; en parte porque me daba pena descubrir que yo era aquella *fodonga* que llegó al Guadiana con los pies hinchados y hambrienta como perro de muladar...

Torreón

En cuanto a Patricia, me mortificaba ver que se sacrificaba a causa de mi amistad. Ella compraba ropita para mi bebé y dejaba de comer para que yo comiera. Su generosidad era diaria, sin el menor asomo de cansancio.

—Patricia, me da mucha pena que por acompañarme estés pasando días tan difíciles. En Ciudad Juárez no te faltaba trabajo, pero aquí, ¿a quién vas a hacerle vestidos de teatro? Mira, yo tengo una amiga actriz de radionovelas en Torreón; cuando fue a probar suerte en la capital la alojé tres meses en mi casa y la relacioné cuanto pude. Es mi amiga y si ahora le pido ayuda, no me la negará.

—Estaré contigo hasta el final. Ya falta poco para que nazca tu hijo.

—Pero me apena ver que casi no comes...

—He perdido el apetito; no sé qué me pasa... Lo único que quiero es café —decía invariablemente y fumaba sin cesar. Luego,

si algún pretendiente la invitaba al cine o a bailar, condicionaba el paseo:

—Primero le llevamos a Judith un sándwich y unas frutas.

Transcurrieron así más o menos treinta días entre aquél de la barbacoa en el Guadiana y el día que salimos para Torreón; porque había insistido en localizar a mi amiga la actriz, que finalmente accedió:

—En cuanto la encontremos y te vea instalada en su casa, me regresaré a Juárez o tal vez me vaya a la capital; tengo muchos deseos de ver a mi familia... Pero sólo me iré tranquila cuando vea cómo corresponde tu amiga a la hospitalidad que ayer le diste... Y recuerda que tu salud no es buena.

Llegando a Torreón nos lanzamos a la búsqueda de María Guadalupe. Al encontrarnos, fue evidente lo mucho que se alegró de verme; pero cuando planteé mi necesidad, su entusiasmo se redujo. No obstante, terminó invitándome a que me quedara.

—No será por mucho tiempo —le prometí—. Me pondré a trabajar en cuanto nazca mi hijo... Ojalá pudieras recomendarme una maternidad que no cueste mucho... Venderé la guitarra, mis arracadas* de oro, el reloj y este anillo y podré pagar.

—Pues mañana te llevo —prometió.

—Ya lo ves Patricia, ¡todo se está arreglando!

Dos días después, hallándome en el hotel donde Patricia preparaba las maletas para el viaje, oímos que llamaron a la puerta.

—Me dijeron que la señora Judith se encuentra aquí. Deseo hablar con ella.

—Pase usted —respondí reconociendo a la dueña de la maternidad a la que María Guadalupe me había llevado.

* ARRACADAS: Aretes en forma de aros.

—No me agradezca la visita; realmente siento mucho venir a lo que vengo.

—Con confianza, señora, dígame cuál es el problema.

—Pues verá usted... la señora Lupita regresó al sanatorio para decirme... —y no se atrevía a continuar.

—¿Qué cosa?

—Me dijo: “Señora, yo le traje a mi amiga porque ella me preguntó por una maternidad, pero cumplo en decirle que no tiene dinero para pagar sus servicios, así que, si usted quiere atenderla, será por cuenta suya. Yo no respondo por ella...” Esto me dijo, ¿sabe usted?... Y como no tengo muchas camas para mis enfermas o pudiera presentarse una complicación que requiera el auxilio de un médico, pues yo...

—¡Basta, señora! ¡Fuera de aquí! —gritó Patricia, transfigurada de indignación—. Mi prima le agradece sus servicios, pero no le son indispensables, ¡largo de aquí! —Y casi a empellones echó a aquella pobre mujer. Golpeando la mesa con el puño, prosiguió:

—¡Ah, qué amiga tan culo es la tal Lupita! Perdóname la palabra, pero si encuentras otra para calificar la amistad de esa señora, dímelas. ¡Y yo que pensaba dejarte con ella!... ¿Por qué hay tanta mierda en el mundo?... ¿Por qué?...

—Cálmate, Patricia, mañana pediré consulta en un dispensario público. Hay servicios gratuitos del Estado y aunque dicen que a los enfermos los tratan con la punta del pie, acudiré a ellos... Después de todo es un recurso más.

Patricia deshizo las maletas y al día siguiente me acompañó a consultar entre los menesterosos. Mientras hacía cola esperando turno para uno de los tantos exámenes —confundida entre mujeres descalzas y andrajosas—, observé que me miraba con los ojos húmedos de lágrimas.

—¿Por qué te apenas, Patricia? —dije adivinando su pensamiento. Aunque han pasado muchos años, aún me conmueve el recuerdo de su voz emocionada.

—Yo no puedo permitir esto. Tú, mendigando la caridad de una beneficencia pública. Pero si tú eres una artista de valor; tienes prestigio, ¡yo no puedo permitir esto! —Y me sacó de la formación.

—Pero, Patricia, no sabemos el resultado de los análisis....

—No importa. Me comprometo a que el mejor médico de Torreón te va a atender o dejo de llamarme Patricia.

Josué y los migrantes

Dos semanas después nació Josué. A los cinco días abandoné el sanatorio y tomé el tren para Ciudad Juárez.

Con mi niño en brazos viajaba en un vagón de segunda tan repleto que los pasillos se hallaban bloqueados por los pasajeros. Al detenernos en la ciudad de Chihuahua me llamó la atención una muchedumbre arremolinada en las proximidades.

—Caramba —dije—. No creo que tanta gente pueda abordar este tren. Pero viéndolo bien, éstos no son pasajeros comunes, estos son...

—Oiga, señor, ¿qué es toda esa gente?

—Son campesinos del interior que vienen a ver si consiguen tarjetas de braceros.

—¿Campesinos... tarjetas de braceros...? ¿Y para qué?

—Para irse a trabajar a los Estados Unidos. ¿No ve que aquí no hay trabajo y nomás los engañan con el cuento de que les van a dar tierra? Mire, aquellos son de Zacatecas, otros vienen de San Luis Potosí. Se pasan días y noches bajo el sol o la lluvia aguantando hambres, en espera de que los enganchen para la frontera.

El relato despertó mi interés. Puse mi atención en uno, luego en otro y otro y encontré siempre una mirada dura, casi inexpresiva. Eran tantos y se veían tan iguales, que me pareció una colmena prendida a los rieles del tren de la esperanza.

Estaba fascinada por la expresión endurecida de aquellos rostros: la piel morena, las manos callosas, agrietados los pies, unos con huaraches, otros descalzos; pero sus bocas, esos labios resecos y blancos me impresionaron más que cualquier otro pormenor. ¡Hambre!, pensé. ¡Estos hombres tienen hambre!

Hambre como la que yo sentía cuando mi tía Toribia anunciaba: “¡Véngase, ya llegó el canasto!” o como aquélla cuando en el parque Guadiana le respondí a un político, “Sí canto, diputado, pero primero deme algo de comer...”. Una pena muy honda me sacudió, de mis ojos manaba un arroyo de lágrimas... Mucha, poca, poca, mucha... Yo había experimentado desde niña los distintos grados del hambre, que había caminado en mi interior desde que nací... Pero aquélla era el hambre de muchos. ¡Tantas hambres juntas, qué cosa tan terrible!

¿Cuánto tiempo llevarán esperando la contratación? ¿Cuánto habrán de esperar aún? ¿Por qué se van de la Patria, seguramente a sufrir humillaciones de los gringos hijos de perra...? Aunque se ven fuertes, algunos ya son viejos; pero la mayoría son jóvenes, creo que bastante jóvenes...¿En qué condiciones dejan a sus esposas y madres? ¿Qué angustia sufrirán ellas por la suerte de sus seres queridos en el extranjero, donde el enfrentamiento más duro es el idioma? ¿Cuánto tiempo les llevará aprender cuando hay que responder “yes” y cuando “no”, considerando que su ignorancia será tanta que lo más probable es que ni siquiera habrán aprendido a caligrafiar nuestro alfabeto? ¿Soportarán las jornadas de trabajo que tendrán que realizar bajo la inclemencia de otros climas? Y si enferman, ¿quién verá por ellos? Volverán a la Patria fatigados

e inútiles y entonces serán como los árboles, que no reverdecen más a causa del cansancio de los años...

Pensando que el bebé que llevaba en los brazos un día sería hombre, exclamé estremecida:

—¡Hijo mío! ¿Será ésta tu suerte? —con mi hijo prendido al seno estaba llorando el drama de mi pueblo; pero todavía no era consciente de ello. La realidad que tenía ante mí, me condujo al encuentro de los recuerdos.

Mi abuelo fue peón acasillado* en el porfiriato. Mi abuela era hija de españoles acomodados. Nacieron ambos en San Luis Potosí. Por casarse con un peón, ella fue desheredada; pero supo adaptarse a la pobreza por amor. Un día mi abuelo fue a que el hacendado le hiciera liquidación. Llevaba su bolsa de ixtle pensando que al regreso podría comprar algo de mandado con lo que cobrara. El hacendado, aparentando pena, le dijo:

—Lo siento, Feliciano, no alcanzaste nada. Apenas pudiste pagar lo que debías en la tienda. Después de todo, no te fue tan mal, ¡alcanzaste a pagar...!

—Pero patrón, si su mercé dice que no alcanzo nada, ¿qué voy a hacer con la familia?

—Ése es problema tuyo, Feliciano... Tendrás que trabajar más.

—Pero si ya trabajo de sol a sol y de todos modos no alcanzo nada. ¿Cómo puedo volver a la casa con las manos vacías...? No sea malo, patroncito, siquiera déjeme levantar el maicito del suelo...

—Levántelo, Feliciano —respondió camandulero el amo.

—Y cuando rodilla en tierra hubo recogido grano a grano el maíz, luego de haberle sacudido el polvo, el patrón remató diciendo:

—Muy bien, Feliciano, ahora vacíalo acá porque este maíz también es mío—.

* ACASILLADO: Campesino semi-esclavo durante la dictadura de Porfirio Díaz.

Mi abuelo lloró de impotencia porque le dolía ver que “la niña Sidronia”, mi abuela, había dejado las comodidades de la casa rica de sus padres por la miserable choza de un campesino. Ella manifestaba su resignación, diciendo “Dios quiere que seamos pobres, ¿pos por qué queremos ser ricos a fuerza?” Seguramente que mi abuelo pensaba diferente, porque cuando estalló la revolución tomó el fusil y debe de habersele calentado muchas veces, a fuerza de disparar contra la dictadura.

Abstraída, no sentí transcurrir el tiempo. Cuando reaccioné, ya no tenía frente a mí a los campesinos esperando la contratación. Irrumpiendo en el blanco panorama del desierto, el silbato del tren sonaba melancólico y yo continuaba llorando...

Ciudad Juárez

Por tercera vez llegué a Ciudad Juárez y con el crío en brazos me ocupé de buscar alojamiento. Una vez instalada telefoneé a Colomba, una *strip tis* [sic] amiga mía que trabajaba en *El Follies*.

—Vente —me dijo con alegría—. Necesitan una ranchera en *El Molino Rojo*; tengo amistad con el dueño y con mi recomendación te dará preferencia.

—Ahora no puedo ir, Colomba...

—Si lo dejas para mañana, se nos anticipará otra.

—De veras no puedo y me da pena decirte porqué...

—¿Qué es lo que te pasa?

—No tengo zapatos, Colomba —le dije haciendo bocina con las manos para que otros no escucharan.

Mis pies habían estado tan inflamados durante el embarazo que hoy que recuperaban la forma, no tenía un par de calzado que ponerme.

—¡Ah, comprendo...! ¡Nomás hago mi show y voy a buscarte!

Llegó más tarde con dos pares de zapatos.

—Vamos a ver si te quedan.

—Claro que me quedan —respondí poniéndomelos y agradequé—. Yo nací con cuerpo de limosnera.

—Son elegantes y bonitos...

—No me chifles, Colomba. Son de exótica y recuerda que yo soy una ranchera. Bueno, lo importante es que gracias a ti ahora puedo ir a buscar trabajo.

Un día, entre un show y otro, por no alejarme resolví cenar en el *night club* donde cantaba. Era considerado uno de los mejores lugares de Juárez. ¡Qué tanto me puede costar aquí la cena...! A la mejor hasta descuento me hacen —dije, pensando que pudiera resultar un despilfarro.

—¡Si tienes *klinnex* [sic] úsalos! No uses la servilleta ni el mantel para limpiarte las manos o la boca —dijo al llegar hasta mi mesa una de ésas que rondan por los clubes frecuentados por turistas.

—¿Por qué? —inquirí sin comprender tan singular recomendación.

—Porque los gabachos* los usan para limpiarse.

—Pero lavan la mantelería, ¿qué no?

—Sí que la lavan, pero lo que ellos se limpian no creas que son las manos.

—Las manos, la boca, da lo mismo.

—Pues ellos se limpian otra cosa...

—No comprendo, dímelo más claro. Ora ya me intrigaste.

—Mira, muchos gabachos, cuando andan jariosos, no van al cuarto; invitan a una, piden un trago, bailan y pagan 35 centavos de dólar porque les hagan una puñeta... Entonces se limpian con

* GABACHOS: Del habla popular en la frontera, estadounidense.

la servilleta o la orilla del mantel... ¿Ya? De Fort Bliss nos llega mucha clientela de ésa.

Mexicali–Azcapotzalco

Mes y medio después me fui a trabajar a Mexicali y me sumé al elenco de la compañía de Paco Miller. Hicimos la gira del Pacífico con éxito en algunas partes y fracaso en otras: la visita de un obispo a la localidad de nuestra actuación ocasionaba que la función se diera a teatro vacío.

Yo pasaba bastantes trabajos, pues no tenía quién me ayudara a cuidar de Josué. Estaba frita con dos funciones diarias, ensayos, programas de radio y los viajes precipitados para llegar a tiempo. Aparte de esto, cada entrada al escenario la hacía con la zozobra de que fuera la última, pues una “estrella” me había dicho que a Paco no le gustaba que “sus artistas” fueran vistas por el público con niños.

En medio de la inseguridad, transcurría mi vida en el mundo de los espectáculos y un día, con resolución, los organicé por mi cuenta, lo mismo en la ciudad capital que en la provincia.

Todavía vivíamos en Azcapotzalco y Magaly asistía a la escuela en esa localidad. A su abuela y a mí nos costó mucho trabajo que aceptara la disciplina escolar en los primeros años. Una mañana sucedió que al llevarla a la escuela, a la mitad de la cuadra sonó la campanilla y el portón fue cerrado al instante. Los rezagados, con sus mochilas a la espalda, se quedaron viendo con resignación y yo, consultando mi reloj con incredulidad, lamenté:

—¡Mijita! Te quedaste fuera y te van a castigar...

—No importa, mami... Ahora corro. —Y ante mis ojos casi levantó el vuelo y se coló como un pajarito por entre las rejas. Una vez del otro lado, alzando su manita repetía:

—Adiós, mami... soy la única que cabe... Adiós.

¿Qué haré para que engorde?, pensaba yo, parece una plumita. Seguramente es la única que cabe por entre las rejas...

Mi marido, el bohemio de la guitarra huasteca, proponía la reconciliación. Aún estábamos casados, después de todo algo del cariño estaba a salvo del rencor y puede que hubiera cambiado. Pero pronto me di cuenta de que los inconvenientes que nos habían conducido a la separación, cinco años atrás, se habían extremado: su carácter era más iracundo y las borracheras diarias. Lo único que me busqué fue otro hijo. “Pues otra vez me voy”, proferí, prefiero la miseria sola que vivir chapoteando en una dicha imaginaria. Cada intento por estabilizar mi vida resultaba vano; el matrimonio no es el arrullo de palomas que yo creí.

Berenice: entre resortereras y machetes

Siete meses trabajé intensamente y luego me refugié con mi padre, que era ejidatario en San Luis Potosí.

Al principio, Josué extrañaba mucho a Magaly, a quien había dejado con mi madre, pero pronto encontró diversión correteando entre las milpas y espiando cómo las abejas saqueaban la miel de las flores.

Yo cocía panes en el horno de adobes que estaba en el patio y volví a manejar la resortera para espantar a los pájaros devoradores de las siembras. Por las mañanas salía al monte para cortar nopales tiernos y bombo* para el almuerzo y diario me recorría cuatro kilómetros a pie para saber si el correo había traído

* BOMBO: Legumbre de la región.

correspondencia. A lo lejos se oía el boom... boom... boom... de las instalaciones petroleras.

En una ocasión que Josué jugaba dentro de la cocina me llamó para mostrarme algo que le divertía:

—¡Mira, mamá! ¡Cómo sopla este animal! —y trataba de tocarlo con el extremo de una varita.

—¡Retírate, mijito..., es una víbora! —grité horrorizada.

Un reptil silencioso se había entretejido en los otates de la pared. Sin pensarlo mucho, tomé un machete asestándolo con precisión repetidas veces. No era la primera vez que matábamos víboras dentro de la casa; se introducían fácilmente porque el piso era de tierra y el techo de palma.

Allí viví hasta el nacimiento de Berenice, en Nochebuena. Después, con mis tres hijos, opté por radicarme en Chihuahua; primero, porque allá no me faltaba trabajo y segundo, porque consideré que el lugar que había sido cuna de la Revolución, era el más adecuado para que los niños crecieran y se educaran. Pronto, mi madre se vino a hacernos compañía, porque sinceramente me resultaba difícil atender la familia y el trabajo, generalmente foráneo y siempre nocturno.

la enfermedad

Para entonces, había empezado a padecer de la vesícula biliar. Trabajaba mucho, a veces preparando los trucos de un mago espectacular o prestándome como *palera* para hacer creer a un público maravillado los poderes de un clarividente. También formé parte de un mariachi femenino. Yo estaba ávida de ganancias, mi anhelo era reunir lo suficiente para comprar una carpa y presentar espectáculos populares.

Sin embargo, la vesícula me estaba trastornando los planes y cada día eran más frecuentes aquellos cólicos a los que pretendía restarles importancia.

Un día, los ojos y la piel se me pusieron amarillos como yema de huevo y los compañeros de trabajo, alarmados, me dijeron:

—Tú estás más enferma de lo que crees; vete a la capital y preséntate cuanto antes en la Asociación Nacional de Actores para que te atiendan.

Con grandes dificultades hice el viaje. Apenas podía mantenerme en pie cuando exponía mi caso en nuestras oficinas, en Artes y Altamirano. Además, no tenía el carnet.

—¡Es el colmo! —dijo Finance—. Se pasan la vida en el teatro y nunca arreglan sus cosas con la agrupación. ¡Mire nada más cómo viene! —luego, dirigiéndose a la secretaria—, señorita, hágame una tarjeta para el doctor Eduardo Echeverría Álvarez, pero rápido; que esta compañera se nos va a quedar muerta sobre el escritorio.

Nadia, una bailarina amiga, casi me llevó a cuestas a la consulta, dado que yo no podía desplazarme sola. Había avanzado tanto la gravedad del mal, que mi orina tenía el oscuro color del café y era tan espesa como la miel. El doctor diagnosticó:

—Cálculos biliares. Tenemos que operar inmediatamente; si hay aquí algún familiar de la enferma, deseo hablar con él. Nadia le puso un telegrama a mi hermana Emma, quien se apresuró a venir desde Puebla.

En el término de cuarenta días, fui intervenida dos veces y convalecí mucho tiempo en la Casa del Actor.

Mi situación económica se resquebrajó al máximo. Cuando volví a Ciudad Juárez, donde mi madre y mis hijos pasaban días amargos, ya no pude cantar porque el esfuerzo me hacía daño.















LA LUCHA CAMPESESINA

2

Balas en los argumentos

[LA LUCHA CAMPESINA]

Fue así como empecé a trabajar en una agencia de publicidad. Cierta vez, al llegar a la oficina, me notificó mi jefe:

—Tiene usted una llamada de larga distancia, repórtese a la Central —desde la ciudad de Chihuahua me llamaba la señora Delgado, ofreciéndome que me desempeñase en un periódico de su propiedad. Con carácter experimental me fui para allá y, al ver que me ajustaba al medio, trasladé a la familia.

Una tarde, estando en la redacción, entró Gonzalitos, uno de los reporteros, preguntándome:

—¿Ya vio la caravana?

—No, ¿cuál caravana?

—La de los campesinos de ciudad Madera.

—No me intrigue, Gonzalitos; explíqueme de qué se trata.

—Mejor la llevo... Véngase, en el camino se lo cuento.

—Pero necesito pedirle permiso a la señora Delgado.

—No sea tan formalista, a lo mejor también la señora anda por allá. ¡Bien que le gusta a ella todo esto...! No la conoce.

Ya en el camino de la indisciplina, guardé mis cosas en un cajón del escritorio; luego, mientras me retocaba, oí que Gonzalitos trataba de localizar telefónicamente a un amigo para que en su coche nos llevara a las afueras de la ciudad. En el trayecto me iba informando:

—Mire, son centenares de campesinos que vienen a pie desde la sierra para entrevistarse con el presidente de la República, que como usted sabe, está por llegar. No es seguro que los reciba. Estos campesinos han estado caminando treinta kilómetros diarios. Vienen muchas mujeres y niños.

—¿Y para qué quieren ver al presidente, Gonzalitos?

—Para denunciar a los latifundistas que los despojan de sus tierras. A causa de esto, los campesinos viven en la miseria, perseguidos y encarcelados... Han sentido mucho la muerte del profesor Luján, uno de sus líderes y claman porque se haga justicia.

—Yo no entiendo mucho de esto, Gonzalitos; pero si los latifundistas matan a los campesinos, que también los campesinos maten a los latifundistas.

—Ande... le parece muy fácil. Existen leyes.

—Pues entonces que los campesinos apelen a las leyes.

—Mire, los latifundistas son ricos, y aunque les vea cara bondadosa, para ellos lo importante es conservar y aumentar lo que tienen a como dé lugar. Si no son funcionarios de gobierno, tienen compadres entre ellos y los ayudan... La prensa acoge su versión de los problemas y no la de los campesinos, tal vez porque éstos no pueden exponerlos con la claridad necesaria... Bueno, ya llegamos. Ahora no me siga preguntando. Si quiere saber algo más, pregúnteselo a ellos... Aquí están los dirigentes.

—Hola, Alvarito, ¿cómo te va?; te presento a Judith, reportera de *El Informador*...

Así, por obra y gracia de Gonzalitos, me convertí en reportera.

Sin dar mucha importancia a las personas que me presentaron, mi atención se concentró en aquel conjunto humano haciéndome evocar la imagen de la colmena. ¿Serán quinientos? ¿Tal vez seiscientos o setecientos? No lo sé, pero allí estaban con el drama de su miseria, en la llanura, a un lado de la carretera. Bajo la luz de la luna y en torno a las chispeantes fogatas, pude ver sus rostros inexpresivos. ¿Será que el campesino mexicano ha aprendido a sufrir sin demostrarlo? Mis observaciones me permitieron establecer paralelo entre éstos y los que esperaban la contratación en la estación ferroviaria de Chihuahua. Traían las ropas hechas jirones y ninguna de las mujeres llevaba zapatos. Algunas, con sus niños, se habían acurrucado en cualquier parte para dormir, a cielo descubierto.

—Gonzalitos, ¿son tarahumaras?

—Algunos; otros son pimas.

En botes de aluminio con capacidad para diez galones, se hervía un café aguado, con la pretensión de espantar el sueño a los que debían velar. Otros tomaban “hojas”^{*} mientras intercambiaban impresiones: que hicieron otro escrito para las autoridades agrarias; que habían distribuido un boletín de prensa; que tal vez los estudiantes organizarían una colecta para ayudarlos; que aunque el PRI y la CNC[†] les jodieran la entrevista, ellos bloquearían el recinto del presidente, para no dejarle escapatoria. ¡Tendría que oírlos!

Yo advertía perpleja cada detalle y me sentía incómoda por mi ignorancia. Jamás había estado tan cerca de nadie que hubiera sufrido tanta miseria y tanta injusticia.

Silenciosamente, uno se me acercó ofreciéndome un pocillo con pinole diluido en agua. Agradecí y bebí con él. En ese momento

* HOJAS: Bebida aromática con algunas gotas de alcohol.

† CNC: Confederación Nacional Campesina (oficialista).

yo quería hablar y no sabía qué decir; pretendí sonreír y entonces sentí ganas de llorar; estaba tan impresionada, tanto que me sentí enferma de verdad.

—Señorita, usted que es periodista, escriba de nuestro problema. Escriba de lo que ve aquí esta noche. ¡Mire, somos víctimas de la Reforma agraria...!

—¿Víctimas...? ¡Pero si la Reforma agraria es un beneficio!
—pude decir al fin.

—Eso dicen los políticos. Hablan de Reforma agraria y hacen el latifundio, pero del latifundio no hablan. Es como si no existiera... Hemos sido pacientes, pero la verdad, la gente se cansa....

—¿Y la ley?

—Las leyes bailan con dinero, señorita... Nosotros somos pobres. Mire cómo venimos, las mujeres cansadas, los niños enfermos. Perdonando la comparación, pero mesmamente que como animalitos. ¿Usted cree justo? Y luego los periodistas no dicen la verdad. Si ustedes escribieran las cosas como son. Solamente eso, tales como son. Tal vez será porque no tenemos dinero pa'los periódicos, pero mire, señorita, si usted escribe justamente sobre nosotros, estoy seguro que Dios se lo pagará...

La emoción me fue invadiendo a medida que hablaba aquel hombre. Al callar, le prometí conmovida:

—¡Sí, señor! Yo voy a escribir sobre sus problemas. Y no sólo voy a escribir... ¡lo voy a cantar! ¡Voy a escribir canciones sobre todas las cosas que veo entre ustedes! ¡Se lo prometo! Es una promesa que les hago a todos.

Esto lo dije con voz de confianza, pero verdaderamente quería gritarlo. Después de ocho años, volvería a escribir canciones, esta vez con razón y con ganas... En adelante, mis canciones tendrán sabor a historia para cantarlas a todo pulmón.

Dando la espalda a la caravana en reposo, me alejé de mi interlocutor sintiendo vergüenza por haberme conmovido. Una vez a solas se desbordaron mis lágrimas y así quedé con mi emoción bajo las estrellas y con un pocillo de pinole en la mano.

Campeño de esta Patria
con otros hospitalaria.
Ya te dejaron sin tierra,
pero con Reforma agraria,
la que sirve de bandera

Al político del PRI
tú le sirves de escalera
porque en México es así;
cuando llegan al gobierno,
¡hasta se zurran en ti!

De regreso a la ciudad le reproché a mi colega:

—Ya ni la hace, Gonzalitos, ¿por qué les dijo que era reportera?

—Pues porque ya está bien que lo sea. ¿Acaso piensa pasarse la vida mendigando anuncios comerciales para un periódico que nadie conoce?

—No exagere, Gonzalitos. Está bien que *El Informador* aparece irregularmente porque la señora tiene problemas de dinero; pero cuando sale, la gente lo lee.

—No sea payasa. El periódico existe más en la mente de la señora que en la prensa; pero dejemos eso y dígame ¿qué le pareció la caravana?

—¡Ay, Gonzalitos, no sé si me hizo bien o mal! Yo no había visto tan de cerca cosas así y hoy que las conozco, palabra que me duelen. ¿Vio el hombre con el que hablaba...? Fíjese que sentí

remordimientos: le prometí escribir sobre el problema de los campesinos y usted sabe que yo no soy periodista. Por eso volveré a escribir canciones...

—¡Ah, sí, seguro!... Como la «Parranda larga».

—No, Gonzalitos... ¡Ahora será diferente!

campaña en Santo Domingo

No sólo la salida de *El Informador* era irregular, sino también nuestro salario. Por eso, volví a dismantelar mi casa y con la familia me radiqué en el mineral de Parral. Allí trabajé en *El Monitor*, de reportera por las mañanas y a la pepena* de publicidad por las tardes. Ocasionalmente conseguí también patrocinio para una serie radial que conformaba con canciones de la revolución que hicieron Zapata y Villa hace sesenta años.

Un día se presentó en la redacción Álvaro Ríos, aquel que Gonzalitos me presentó durante la marcha de los caravaneros de ciudad Madera. Venía a informar que los campesinos del Frente Villista División del Norte, acaudillados por Dionisio Sánchez Lozoya, habían invadido el latifundio de Santo Domingo, en el municipio de Villa Ahumada; y que estaban enviando comisiones a todos los rumbos del estado para notificar a la opinión pública la condición en que se hallaban y solicitar ayuda en virtud de que el ejército los tenía sitiados.

—¡Ah, pobres campesinos! No podemos dejarlos solos. Pediré al director del periódico que me envíe a recabar la información.

—La información puedo dársela yo —respondió Álvaro—. En todo caso, si usted nos quiere ayudar, ¿por qué no hace una campaña en favor de los campesinos?

* PEPENA: Búsqueda, recolección.

—Bueno, es que me gustaría ir... y también me gustaría hacer la campaña. ¿Qué es más importante?

—La campaña —respondió lacónicamente y salió de la redacción.

Una campaña... ¿Cómo se hace una campaña en un caso como éste? Sentí que la idea se suspendía en el aire como un colibrí frente a mis ojos. Yo sé hacer una campaña publicitaria para un producto comercial, pero esto es otra cosa... Bueno, con base en la información que vamos a dar, empezaré pidiendo a los anunciantes ayuda para los campesinos. Que me den lo que quieran. Pediré de todo... Pero esto así no más parece que no aguanta. Creo que debo integrar una comisión... ¿Cómo se llamará esto?... Sí, sí... Creo que se llama: comité. ¡Eso es! ¡Hay que construir un Comité de Ayuda a los Campesinos de Santo Domingo! Me entrevistaré con personas de diversas tendencias. Así será más amplio el radio de acción. Y si las personas que invite a integrar el comité dicen que no tienen tiempo, les diré que ellos no van a hacer nada; el trabajo lo haré yo, pero el Comité serán ellos... ¡A trabajar, pues!

Logramos dar información abundante a través de prensa y radio. Tocada así la sensibilidad ciudadana, la ayuda material empezó a palpase. Las imprentas proporcionaron gratuitamente los volantes de mano que solicitamos y esto nos permitió saturar calles, mercados, espectáculos y centros de trabajo. Un escuadrón de muchachas provistas de ánforas irrumpía en los cines y juegos de béisbol, interceptaban a los automovilistas y hasta en el pórtico de la iglesia de San José, se las veía con aquel brazalete: Comité de Ayuda a los Campesinos de Santo Domingo.

También alquilamos el auditorio municipal, donde hicimos una función que incluía concurso de aficionados, porque a falta de elenco de profesionales, había que apelar a la participación del público —que además le gusta intervenir—, para integrar el programa.

Un día, al entrar a la redacción de *El Monitor*, el licenciado Salustio González me dijo:

—Oiga Judith, qué buena idea tuvo...

—¿Cuál idea, licenciado?

—Esa de las ánforas a la salida de la iglesia.

—No es idea mía, la Cruz Roja hace lo mismo...

—Sí, pero a la salida de misa; eso de ayudar a los campesinos de Santo Domingo... La gente al pasar no se toma el trabajo de leerlo todo y sin pensarlo mucho, ¡zaz! deposita la limosna para ayudar al pobrecito Santo Domingo —reímos a coro la ocurrencia y seguimos comentando el éxito de la campaña.

Al final, habíamos reunido cuatro toneladas de víveres, ropa, zapatos, medicinas y tres mil doscientos pesos. Pero para entonces, empezaban a verme con ceñudo gesto en la presidencia municipal, en las oficinas del PRI, en la Liga de Comunidades Agrarias y demás organizaciones oficiales, impresión que se advertía también en algunos ganaderos. *Es una comunista*, decían.

Conducir la carga a Villa Ahumada, desde donde había que transportarla a Santo Domingo, fue un problema. Se me ocurrió que el gasto del flete mermaría la ayuda y por eso rogué a un maderero que en esos días hacía una remisión de madera a la frontera, contemplar la posibilidad de que en uno de sus camiones hiciéramos el traslado.

—El carro sale a las cinco —aceptó—. ¿Dónde hay que levantar la carga?

—En el callejón de las Golondrinas —respondí entusiasmada, agregando—. Si no tienes inconveniente, iré con el cargamento.

—De acuerdo. El camión es grande.

Loca de contenta iba yo con el producto de tantos días de trabajo imaginando el gusto de los campesinos al recibir el donativo de los parralenses, cuando al rebasar el límite de la ciudad, el conductor detuvo la marcha diciéndome:

—Es demasiada carga. El carro no puede. Lo siento mucho, pero aquí vamos a bajar sus cosas.

—No sea bromista, señor chofer. Aquí no es Villa Ahumada...

—Es demasiado peso, el carro no puede seguir —y haciendo una señal a los cargadores que viajaban atrás, les dio instrucciones de bajar todo.

—Usted no puede dejarme a un lado de la carretera con la carga. ¡No sea malo, señor chofer...!

—Ya pasará alguno y la levanta —dijo, y encendiendo de nuevo el motor, se fue. Quedé en el camino rodeada de sacos que se desbordaban, de cajas que crujían y de bultos de todo tamaño.

—Esto es una villanía. Y no es cosa del chofer, sino del maderero... Bueno, —dije, acomodando algunos bultos que habían colocado mal. Sacudiéndome las manos, empecé a hacer señales a los coches que pasaban. Pero sólo obtenía como respuesta un burlón:

—Adiós preciosa...

¡Ah!, me dije, la cosa es a la inversa, no debo hacer señales a los carros que salen, sino a los que entran; a fin de comunicar al Comité el trance en que me encuentro.

—Señor —dije al primero que se detuvo—, me hará usted un favor muy grande si al llegar a la ciudad telefona al Club Río de Janeiro y le dice al señor X que estoy abandonada con toda la carga a la salida de Parral.

Una hora después dos miembros del Comité llegaron haciendo acres censuras al maderero hipócrita que así nos había engañado.

—Es peligroso que continúe sola. Uno de nosotros la acompañará. Dentro de poco llegará una troca que alquilamos... y no se preocupe del alquiler, corre por cuenta nuestra. Los dejará en Villa Ahumada y de allí en adelante a ver cómo se las arreglan hasta Santo Domingo.

Cuando a las cinco de la mañana llegamos a Villa Ahumada, apenas habíamos hecho una parte del camino.

—Mire, compañero, si le parece bien, vaya a localizar esta dirección y yo me quedo cuidando las cosas. Es una peluquería que se llama El Rizo; pregunta por don Cirilo Mendoza y simplemente le dice que aquí estamos.

Sentada sobre una caja, al borde de la carretera, a un lado de los rieles del tren, vi cómo la silueta del compañero se fue desvaneciendo en la distancia. La calle estaba silenciosa y desierta; con un suspiro de satisfacción me puse a contemplar las estrellas que aún no borraba el amanecer. ¿Cuál de esas estrellitas será la mía? —pensé acariciando la idea, como tal vez acarician las cuentas de su rosario las beatas madrugadoras.

—¿Qué está haciendo aquí, señora? —me increpó con voz ronca un vigilante nocturno balanceando la macana.

—Buenos días, señor. Estoy esperando que vengan por mí.

—¿Y toda esa carga?

—Es mía, señor.

—¿A dónde lleva tantas cosas?

—Las llevo conmigo.

—Tendrá que decirme a dónde las lleva y qué cosas son...

—Son cosas para comer —respondí empezando a incomodarme por el tono de sus preguntas.

—¿Son cosas para los comunistas de Santo Domingo?

—Pues, señor, son cosas que los habitantes de Parral envían a los campesinos de Santo Domingo.

—Pues sepa que no está permitido el tránsito a Santo Domingo, así que esto será depositado en la Presidencia municipal.

—¿Ah, sí...?, ¿para qué me lo roben? Y usted qué dijo, ¡matanga...! ¿no? —ésa era la discusión cuando llegó el compañero Cirilo y tres más y como hormigas continuaron llegando campesinos y

más campesinos en procura del tan esperado cargamento. Entonces el policía concluyó:

—La voy a dejar ir porque es forastera, pero para otra vez, tendrá que reportar lo que traiga en la Presidencia municipal.

Luego empezamos a colocar la carga en una troca destartada y tomamos por la brecha el único camino para llegar.

Supe que el latifundio tenía una extensión de 588,000 hectáreas; que era propiedad del norteamericano Stevenson, quien había instalado allí una empacadora de carne. Recientemente el extranjero había muerto, detalle que no modificaba nada porque su viuda heredó la propiedad. Se cuentan fabulosas historias en torno a la rica hacienda: que tenía campo de aterrizaje privado al que arribaban aviones con artistas de Hollywood que venían a participar de escandalosas fiestas al estilo de vida americana; que cuando las tropas del general Pershing invadieron México y persiguieron a Villa hasta Parral, Santo Domingo sirvió para refugio y reposo de los soldados invasores y sus cabalgaduras...

—Y cerca de los ojos de agua hay un árbol hueco en que una vez el general Villa se ocultó de sus perseguidores, salvando así la vida —me refería el compañero Cirilo, al tiempo que con ambas manos yo me sujetaba el vientre: la herida de la operación de la vesícula era muy sensible al zarandeo de los caminos.

Al improviso, vimos ante nosotros, marcándonos el alto, dos soldados con fusil en mano. Otros aparecieron a un lado de la brecha.

—¡Vóytelas! ¿Y éstos de dónde salieron? —dije con asombro y un poco asustada.

Forzados a detenernos, me aprestaba a descender, cuando el oficial dejó caer su manaza sobre la manija de la portezuela.

—¡Nadie se mueva! ¡No pueden bajar!

—Pues no queremos bajar, lo que queremos es continuar.

—No hay paso, señora.

Pero cómo no va a haber paso, si somos mexicanos y éste es territorio nacional. La Constitución dice que somos libres para transitar sin pasaporte, salvoconducto o pase de cualquier índole. El hecho de que Santo Domingo pertenezca a un gringo no quiere decir que sea tierra de Estados Unidos. Venimos por aquí porque estos caminos, como habrá usted oído decir, son los caminos de México.

—No hay paso. Son órdenes. Si usted tiene algo que discutir, hágalo en la comandancia de la zona, en la ciudad de Chihuahua.

—¡Ah, sí...! Y usted me ayuda a echarme sobre la espalda las cuatro toneladas de carga que traigo, porque no pensaré que voy a dejarle aquí mis cosas.

—Usted puede dejar aquí sus cosas...

—¡Ah! Otra vez matanga, ¿no...? —y desde dentro del vehículo discutía con el oficial que no quitaba la mano de la manija.

A poca distancia se oía el inconfundible ruido de los aparatos de radio a través de los cuales seguramente reportaban nuestra presencia a la superioridad.

Entre discusiones conmigo y consultas a la comandancia nos embromaron el día. Había caído la noche cuando el oficial al fin autorizó:

—Pueden seguir adelante.

—¡Ah, qué generoso! —le dije, y levantando una polvareda, nuestro asmático vehículo arrancó ruidosamente.

Pero a poco una segunda patrulla militar volvió a interceptarnos el paso. Tuvimos que soportar otra andanada de preguntas y luego se nos dejó marchar sin mayor dilación. Seguramente tenían instrucciones al respecto. Pero cuando encontramos la tercera patrulla, ya la sangre se me estaba calentando.

—¡Pare! —dije al conductor. Y dirigiéndome al oficial, pregunté:

—Oiga, ¿nos da permiso?

—¿De qué?

—De mear aquí, porque por la vigilancia a que nos someten, parece que ahora hay que pedirles permiso para todo —luego, con discreción, les dije a los que venían conmigo:

—Aunque no tengan ganas, compañeros, bajen, no vayan a pensar éstos que nos estamos burlando.

El oficial nos dejó hacer y enseguida nuestro tosigoso camión arrancó haciendo un ruido infernal.

Cuando entramos a Santo Domingo serían las diez de la noche. Al resplandor de la luna pude ver, en lo que mi vista alcanzaba en derredor, las inconfundibles siluetas de los soldados. El latifundio invadido por los campesinos ahora se hallaba bajo la protección del ejército. La mayor vigilancia se localizaba en torno al caserío donde concentraron a las 168 familias participantes de la acción. También había aproximadamente 300 niños.

Hasta ese momento se les había negado toda posibilidad de recibir alimentos y el presidente municipal de Villa Ahumada dio instrucciones para privarles incluso del suministro de agua. Tampoco se les permitía salir de las chozas para satisfacer necesidades fisiológicas.

Pero la escena que presencié enseguida, me produjo tal escozor, que parecía que toda la piel se me hubiera llenado de sarna: un par de soldados traían a empellones a una mujer embarazada.

—Sorprendimos a esta huila* escapándose para ir a buscar armas...

—No es cierto —gemía la infeliz—, yo sólo iba a buscar algo para comer. Tengo hambre, no me peguen —y la mujer trastabillaba al impulso de los golpes que recibía ante la impasibilidad de los oficiales.

* HUILA: Puta.

Tiene hambre, pensaba yo, y los demás estarán igual... Y yo con mi camión cargado de víveres a sólo cuatro metros de ellos.

—Señor, oficial, soy portadora de un donativo de los habitantes de Parral, permítame entregarlo. Se lo ruego.

—Es de noche, señora. Mañana pediremos instrucciones a la Zona.

—Pero yo necesito hablar con los campesinos ahora, señor.

—¿Trae autorización escrita?

—¿Quiere decir que los campesinos están prisioneros?

—No están prisioneros. Mañana podrá verlos.

—Pero esta noche por lo menos permítame darle el café y los cigarrillos, no sea malo, señor —rogaba con afán.

En tanto, muchas cabezas asomaban por las puertas y ventanas de aquella cuartería; la voz lastimera de la mujer embarazada seguía escuchándose y yo acentué el dramatismo de mi ruego hasta que el oficial reaccionó:

—Café y cigarrillos, nada más.

—Y unas galletas para los niños —agregué con voz melosa.

—Está bien —respondió a secas.

—Y azúcar para el café.

—Y unos cerillos para prender la lumbre y licor para digerir la cena. ¡Señora, usted es de las que les dan la mano y agarran el pie!

No obstante lo refunfuñón, el oficial permitió que dos campesinos vinieran a la troca por el café, el azúcar, los cigarrillos y las galletas que buen trabajo me costó encontrar entre tantos sacos. Aproveché la proximidad para preguntarles en voz muy baja:

—¿Y Sánchez Lozoya?...

—Hizo viaje a la capital para ver al jefe del Departamento Agrario. Ahora lo estamos esperando.

—¿Y Álvaro?

—También anda fuera.

—Bien; dígales a todos que estas cosas las mandan los habitantes de Parral. Hablaremos mañana.

Transportaron las provisiones, encendieron fuego y al poco rato me hicieron llegar un pocillo con café. Esa noche dormí a la intemperie, sobre los costales de maíz, entre los campesinos de Sánchez Lozoya por un lado y los soldados de la 5ª Zona militar por otro.

Al día siguiente hicimos la repartición en un ambiente de algarabía y optimismo. Vivas a Parral, vivas a Judith, vivas a la solidaridad. Aunque nos movíamos bajo el ojo vigilante del ejército, nuestro ánimo era como de fiesta.

A lo largo de la mañana, los campesinos desfilaron al pie de la troca donde estuve encaramada, hasta vaciar los enormes sacos de azúcar, arroz, frijol, harina, piloncillo, café, chorizos, latas de aceite y hasta cuatro botiquines que nos dieron las farmacias. Al terminar la jornada, estaba irreconocible, cubierta de sudor y tierra; las pestañas y el pelo completamente blanco por el tamo del maíz. Con todo, sentía una gran satisfacción.

Al cabo de tres días regresamos a Parral y de inmediato me reintegré a mis tareas en *El Monitor*. Desde entonces seguí con mayor interés el desarrollo de la situación agraria de Chihuahua y particularmente con relación a Santo Domingo.

Cuando la 5ª Zona militar retiró la tropa, las autoridades del estado, que por entonces gobernaba Teófilo Borunda, empezaron a hacer una labor de convencimiento entre los campesinos, ofreciéndoles facilidades para que se fueran de braceros a los Estados Unidos. Sánchez Lozoya respondió que no les interesaba cultivar la tierra de los agricultores de Texas y California, sino la tierra mexicana, que la Reforma agraria, si fuera la verdad que el gobierno dice que es, debía rescatar de manos de los terratenientes empezando con los extranjeros. Los campesinos vieron en el

fondo de la maniobra la intención de proteger el latifundio de la norteamericana Stevenson.

Un día, atravesando por segunda vez aquella brecha, llegué a Santo Domingo con mi guitarra.

—Don Nicho —dije a Sánchez Lozoya—, vengo a cantarles un corrido.

—Pues me da mucho gusto, compañera —¡compañera! ¡Ya era la *compañera* de los campesinos de Santo Domingo...!

A la caída de la tarde, nos reunimos con los niños, las mujeres y los viejos, en la explanada que se halla frente a la iglesia. Se habían sentado ordenadamente en el suelo y me hicieron sentir persona importante debido a la curiosidad que manifestaban por conocer a qué había ido yo con mi guitarra.

—Compañeros —empecé experimentando un leve temblor en las piernas y en la voz—, no tengo un discurso qué decirles ni vengo con la representación de nadie, simplemente vengo a contarles una historia y a cantarles un corrido... Una vez, a la entrada de la ciudad de Chihuahua, conocí una caravana de campesinos que venía desde las sierras heladas de la región de Madera, para entrevistarse con el presidente López Mateos. Todo intento por conseguir la entrevista era obstaculizado por los allegados al presidente; esto, junto con las pocas ganas que tan altos personajes sienten de alternar con los pobres, hace que nuestros presidentes sean inaccesibles al pueblo. Aquellos campesinos iban a exponerle quejas y por lo que vi, les aseguro que jamás conocí a nadie tan necesitado de ser oído... Debido a la ligereza de un amigo, me tomaron por periodista y uno de aquellos caravaneros me abordó, haciéndome un ruego tan esperanzado, que les confieso que como nunca sentí el dolor de vivir la miserable vida de los pobres. Pues bien, el caravanero me pidió que escribiera sobre los problemas que les creaba el latifundismo y

la injusticia que estaban sufriendo; y yo le prometí, convencida de obrar bien, que no sólo escribiría, sino que denunciaría con mi canto las injusticias de que fuera tomando conocimiento... De acuerdo con mi promesa, hoy vengo a cantarles un corrido y es el que trata de la lucha de los campesinos de Santo Domingo... Es decir, la historia de la lucha de ustedes...

Cuando terminé de cantar, estábamos llorando.

—¡Gracias, compañera...! ¡Gracias! —no pudieron decir más y desde entonces me sentí envuelta en su cariño. Esto sucedió en los años 1960-61 y fue entonces que escribí el «Corrido de Santo Domingo», que tiempo después grabaría en París.

encostalar, coser y transportar...

Cuando Sánchez Lozoya, al frente de 178 familias invadió el latifundio de los Stevenson, tenía 75 años de edad. Durante más de ocho, su grupo había estado haciendo gestiones que sólo sirvieron para engrosar un expediente más de los miles que reposan en el cementerio burocrático de las dependencias agrarias. Pretendían que, de acuerdo con la ley, se afectara el latifundio en beneficio de cientos de campesinos mexicanos carentes de tierra.

En una de las paredes de la casa de Sánchez Lozoya, casa que servía también como oficina a este núcleo campesino que adoptó el nombre de Frente Villista División del Norte, vi una fotografía donde cabalga al lado de Pancho Villa, prueba indiscutible de su participación revolucionaria. No obstante haber hecho la Revolución con Villa, a 70 años del triunfo, el dirigente agrario todavía lucha por un pedazo de tierra.

La primera vez que Sánchez Lozoya me visitó en Parral, venía con hondas preocupaciones.

—Compañera, la gente en Santo Domingo está pasando muchas hambres... Ayúdenos a conseguir a crédito cuatro toneladas de maíz y otras tantas de frijol.

—Cuenta conmigo, don Nicho. Haré todo lo posible.

Aprovechando su visita hicimos un recorrido para platicar con los diferentes grupos campesinos de la región. Después regresó al norte. Yo me quedé con su solicitud dándole vueltas en la cabeza y otra vez experimenté la sensación de ver un colibrí suspendido en el aire, frente a mis ojos. Ocho toneladas... ¿Quién podrá darme ocho toneladas de maíz y frijol... ¡Pues los agricultores! ¡Ellos tienen las bodegas repletas!

Hice una lista con los nombres de los posibles proveedores y fui eliminando uno a uno según las posibilidades que veía de obtener su colaboración: éste no, anda de viaje; éste... no es momento para pedirle nada, tiene problemas con los campesinos de Casa Colorada; a éste otro... ¡carajo!, no se le puede ni hablar porque la mujer es muy celosa; y éste, ¡pucha, que es un cabrón!, ni pensar en él; pero éstos otros dos... si consigo el maíz será con ellos. Y no me fallaron, si bien cuando llegué a plantearles mi demanda, trataron de escabullírseme.

—¡Es el colmo! Mira que se necesita cinismo para venir a pedirnos ayuda para la gente que nos ataca.

—El pleito de los campesinos de Sánchez Lozoya es con los latifundistas del norte, no con ustedes.

—De todos modos, los del norte pelean con los del norte, pero los de aquí pelean con nosotros... Y ya que se ofrece, más vale que aclaremos una cosa desde ahora, ¡nosotros no somos latifundistas!

—¿Ah, no? —respondí con asombro, porque yo estaba hablando nada menos que con un dirigente local de la Unión Ganadera— ¿entonces qué son ustedes?

—¡Somos pequeño-propietarios!

No pude menos que reírme moviendo la cabeza a derecha e izquierda. Con qué frescura los dueños de miles de hectáreas se llamaban a sí mismos “pequeño-propietarios”. Dándose cuenta de que no me engañaban, optaron por reírse también y yo aproveché el buen humor para insistir.

—No vengo a discutir las medidas de sus predios, vengo a hacer un llamado a sus sentimientos de justicia, para que las mujeres y los niños de Santo Domingo puedan calmar un poco el hambre con el maíz y el frijol que ustedes guardan en sus bodegas... Además, no van a perder nada; sólo tienen que esperar un poco por el pago.

—Mira compadre —dijo uno al otro—, yo le doy el maíz y el frijol; pero tú avalas las letras de pago... ¿juega?

—¡Juega...! Pero cuidado con andarlo divulgando, Judith.

—Nunca se lo diré a nadie —prometí y formalizamos el trato.

A las ocho de la mañana del día siguiente, esperaba yo en las afueras de la bodega la llegada del agricultor.

—¿En qué te lo vas a llevar? —preguntó al llegar y antes de saludarme. Al punto abrió la puerta del bodegón y vi con asombro cómo se acumulaban hasta llegar al techo los preciosos granos.

—¿Que en qué me lo voy a llevar...?

—Claro, la costalera. ¿Dónde está la costalera...? ¿Quién va a llenar los costales, a cerrarlos y coserlos, a pesarlos y llevarlos a la estación? ¡Tú no puedes encostalar ocho toneladas!

—¡Ah, caray! En eso no había pensado. Bueno... —retrocedí hacia la puerta titubeando—. Voy a buscar la costalera y a traer quién me ayude... Volveré más tarde. ¿No te importa...?

Salí preocupada sin entender por qué en cuanto resolvía un problema brotaba otro. No tenía experiencia en estas cosas. Tal vez por eso me embelesaban las conversaciones en el café, donde con solamente palabras parecían resolverse los problemas del mundo.

Qué vergüenza —pensaba— si mis colegas llegaran a enterarse de que yo era incapaz de resolver algo tan simple como conseguir la costalera... Y caminando por una de esas calles retorcidas de Parral, iba diciendo entre dientes:

—¡Me lleva la chicharra...! ¡Ni modo de echarme en las orejas las ocho toneladas y transportarlas yo misma a Santo Domingo! En eso, tropecé de sopetón con un campesino que me detuvo tomándome del brazo.

—¿Qué te pasa, Judith? ¿Vas hablando sola?

—¡Álvaro...! ¿Cómo es que llegas tan a tiempo?

—¿Llegué a tiempo...? ¡Pues me alegro! ¿Para qué?

—Para encostalar el maíz. Son ocho toneladas. Hay que enviarlo a Santo Domingo porque la gente no tiene qué comer... bueno, mejor te lo cuento desde el principio. Vino don Nicho y reunimos nuestro dinero, pedimos prestado otro poco, adquirimos la costalera y allá vamos a la bodega.

Yo sostenía por la boca el saco y Álvaro lo llenaba; yo cosía ixtle y aguja de arrea el extremo superior y Álvaro se lo echaba al hombro para llevarlo a pesar. ¿Puede alguien hacerse una idea de lo que es encostalar, coser y transportar saco por saco ocho toneladas entre dos personas...? Al final de cada jornada quedábamos cubiertos de tamo hasta las pestañas.

—Estás hecho un monigote, Álvaro. ¡No se te ve color!

—Y tú estás como para darte una buena sacudida de polvo —reíamos sin fijarnos cómo la rozadura del ixtle me hacía sangrar las manos. Paralela al dolor de mis ampollas era mi admiración por Álvaro, ¡qué bárbaro!, ¿de dónde sacaba tanta fuerza?

Cuando al fin llevamos a la estación del tren aquellas decenas de costales, les pegamos una etiqueta que consignaba mi nombre como remitente y el de Sánchez Lozoya como destinatario.

Dos días después, un empleado de la oficina ferroviaria me informó que la policía había tomado nota de aquella remisión, porque sospechaban que yo estaba concentrando granos en algún lugar de la sierra, para un levantamiento armado de los campesinos... ¡Háganme el favor!

la maestra Carmen

En una ocasión, Sánchez Lozoya, otros y yo, tratábamos de llegar hasta el lugar donde se encontraban acampados un grupo de compañeros. El ejército había puesto sitio otra vez a Santo Domingo —tal vez lo hacen para que los soldados no se entuman por inactividad en los cuarteles— y no se permitía la entrada o salida de nadie. Pero los campesinos conocen mejor que los soldados todos los caminos en el monte y al amparo de la noche, nos echamos a andar, escurriéndonos entre la maleza. A poco trecho, yo iba con los pies espinados y las piernas arañadas por las breñas; mi paso se había convertido en un trote sofocado y torpe; a todas luces insuficiente para ir a la par de los campesinos particularmente de Sánchez Lozoya, quien, a despecho de su edad, tenía un paso imposible de igualar.

Desde lejos, los perros olfateaban nuestra presencia y ladraban y de repente, uno más atrevido se acercaba gruñendo amenazador. A las dos horas de marcha, sin saber por qué, empecé a vomitar, pero nadie me hizo caso. No nos detuvimos. No obstante Sánchez Lozoya apremiaba:

—¡Ándele, compañera..!

—Sí, don Nicho, vomito y camino. Me da mucha pena hacer esto, pero la verdad es que no sé qué me pasa. Le aseguro que no estoy enferma —yo seguía vomitando y él repitiendo:

—¡Ándele, compañera!

—No puedo ir más aprisa, don Nicho... casi voy corriendo.

—Pero para qué corre, compañera; yo vengo despacio...

—Sí, don Nicho; pero usted es de rodada doble—no sólo era una broma: Sánchez Lozoya medía uno noventa.

Llegamos poco antes del amanecer. Los soldados no se dieron cuenta de nuestra entrada al latifundio.

—Rafaelita, hazle un té a la compañera —dijo don Nicho a su mujer; y dirigiéndose a mí—. Ahora, cuénteme qué le pasa.

—Nada, don Nicho, le repito que no estoy enferma.

—Bueno, si para mañana ya acabó de vomitar, vamos a ir a Rancho Nuevo. Hay una maestra que la quiere conocer.

—Sí, don Nicho, ya se me pasó.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, iniciamos otra larga caminata. Llevaba mi guitarra a cuestas. La guitarra se había vuelto imprescindible en mi diálogo con el campesinado.

Al llegar al caserío nos dirigimos sin dilación a la escuela, que era una casona de adobes enjarrados. Estaba bastante deteriorada y constaba de un solo salón en el que se impartían las clases de los distintos grados.

Como las calles de Rancho Nuevo no están pavimentadas, nuestros pasos sobre la arena no se sentían, por eso, durante unos instantes, pudimos observar a una joven mujer sin que ella lo advirtiera. Estaba encaramada en lo alto de una escalera apoyada en la pared frontal; brocha en mano dibujaba en letras de molde el nombre de aquella escuelita rural. Al vernos, su cara se iluminó con una sonrisa, pero enseguida nos hizo un reproche, amistosamente:

—¿Por qué no me avisaron que venían hoy? —descendió cuidadosamente y agregó— Estoy hecha una facha; ustedes me perdonarán...

—No se preocupe, maestra. Usted de todos modos se ve bien —aseguró con galantería don Nicho.

Se trataba de la maestra Carmen, quuien en sus años de estudiante, formó parte del famoso equipo de basquetbol *Las Adelitas*.

—No se irán ahora, ¿verdad...? Me gustaría organizar algo para mañana...

—Nos quedaremos tres días —dijimos a coro, aceptando con gusto la invitación.

Al otro día hicimos una linda fiesta. Adornamos el patio de la escuela con ramas verdes y festones de papel de diversos colores; sacamos todos los pupitres colocándolos en derredor. Asistieron los padres de familia. Las niñas bailaron maquilladas como señoritas; los niños declamaron cosas de la Patria; don Nicho habló de la Reforma Agraria y de Zapata y yo canté mis primeras canciones “de protesta” (todavía no conocía el término). Al final, los alumnos me entregaron un paquete que recibí emocionada. Rompí las ataduras y encontré una tela de algodón, de vivos colores.

—Muchas gracias, ¿para qué se molestaron? Yo no vine por esto, ¡gracias a todos...!

—Es el homenaje de los niños —dijo la maestra—. Mañana te haré el vestido.

Y así fue. Al otro día me tomó las medidas y se puso a coser con una destreza que me dejó con la boca abierta. Al terminar, me lo mostró extendido:

—¿Te gusta?

—¡Es muy lindo! Ahora me lo pongo —y ya no me lo quité.

La maestra Carmen vivía muy necesitada de protección porque las autoridades lugareñas estaban bastante lejos de comprender lo que significaba para el pueblo la existencia de maestros tan abnegados. En las zonas rurales hay muchos a los que por meses y aun por años no les llega la paga del Estado; no obstante, permanecen en sus puestos, demostrando con su constancia, un efectivo amor a su profesión y a la niñez. El hecho de desempeñar

la profesión en lugares donde tanto se necesita, como son las zonas más apartadas del país, es digno de estímulo. En estos lugares se carece del confort que ofrecen las grandes ciudades. Hay muchos que sólo desean plaza en las capitales.

En el caso de Carmen, a quien conocí cuando por su propia mano hacía reparaciones a la escuela, hay una historia qué contar, que revela por una parte su sentido de responsabilidad profesional y por otra, el clima de terrorismo en que vivía.

Ella precisaba de andar armada para transitar por las calles, aun para dirigirse a la escuela, porque no sabía en qué momento podría ser agredida por el comisario ejidal o cualquier otro matasiete. Muchas veces habían disparado sobre su casa mientras dormía y en cierta ocasión que se bañaba en los ojos de agua, le robaron la ropa. También hacían labor para que los padres de familia no enviaran a sus hijos a la escuela, dado que, según estos pelafustanes con poder, los hijos de los campesinos no necesitan saber leer y escribir: basta con que aprendan a empujar el arado. En cuanto a las niñas, bueno, crecen y ya saben ustedes para qué sirven. Éstas fueron las impresiones que recogí en aquella visita a Rancho Nuevo.

—Ya no sé qué hacer —me dijo la maestra Carmen—. Tú que trabajas en un periódico, tal vez puedas ayudarme.

Consideré necesaria una entrevista con el ingeniero Elfego Piñón Córdova, delegado agrario en el estado. No lo conocía y fui a su encuentro temerosa porque se decía que tenía cara de muy pocos amigos. No importa, pensé, no voy en busca de su amistad, sino de la solución a un problema que debe conocer.

Ya en su despacho, empecé diciéndole:

—Ingeniero, es una vergüenza lo que ocurre en Rancho Nuevo; la maestra Carmen está a merced de un malandrín gubernamental y otro, instrumento de los latifundistas. Si usted no

interviene para remediar la situación, organizaremos una campaña contra las autoridades.

—Si las cosas son como usted dice, puedo intervenir en relación con el comisario ejidal, pero el comisario de policía depende de otras autoridades... No prometo nada sin conocer el asunto por mi propia investigación; pongamos tres semanas para resolver.

Vencido el plazo, comprobamos el cambio de ambos comisarios.

Coconito Club

Mi participación en los problemas campesinos no era impedimento para proseguir con mi labor en el periódico, solamente que en la redacción me hallaba de tres a cinco. El resto del tiempo lo administraba libremente en virtud de que era de mi incumbencia la obtención de anuncios comerciales.

Una tarde llegaron a la redacción dos jóvenes que por su forma de vestir identifiqué como artistas.

—Somos bailarinas del *Coconito Club* y usted que es artista, seguramente comprenderá nuestro problema.

—Haré cuanto pueda.

—Hablando sin rodeos, venimos a hacer una denuncia.

—Si se trata de un hecho delictuoso, tendrá que hacerlo del conocimiento de la policía... les ruego que se expliquen.

—Nos contrataron por 45 pesos al día, casa y comida, por hacer dos shows diarios durante la noche, cuatro semanas, en el Coconito. La dueña antes era artista pero ahora lo regentea en la zona de tolerancia. Allí es donde bailamos.

Esto no me extrañaba, porque a excepción de las fronteras y la Ciudad de México, en las provincias es común que los centros nocturnos que presentan variedades, se localicen en las zonas

donde funciona el mercado del amor. Por su parte, las artistas que lo desean, se mantienen independientes del ambiente en que trabajan.

—¿Y bien...?

—En un principio la señora era toda amabilidad y sonrisas con nosotras, pero luego empezó a exigirnos hacer sala y como nos negamos alegando que no teníamos obligación de hacerla, un día, al despertar, no pudimos salir de nuestros cuartos, porque mientras dormíamos, nos había encerrado con candado... Así nos dejó todo el día... y sin comer.

—¡Esto es increíble...!

—Es tal como se lo decimos... Y desde entonces el día entero nos tiene encerradas con candado. Sólo nos permite salir para hacer el show.

—¿Y por qué no han escapado?

—Porque retiene nuestra ropa y los policías, por encargo de ella, nos amenazaron con meternos a la cárcel si damos un paso fuera del Coconito. Como hoy termina nuestro contrato, ya no puso candado y nosotras nos animamos a venir por consejo de los músicos de la orquesta, que la conocen a usted y están seguros de que nos ayudará... En nuestro caso no habrá nada que hacer, pero otras vendrán...

—Una pregunta más, ¿por qué no presentaron su queja al delegado de la Asociación Nacional de Actores?

—Porque es el marido de la dueña.

—¡Ajá...! ¿De manera que el matrimonio es empresa y representante de los trabajadores al mismo tiempo? ¡Vaya armonía!

Desde *El Monitor* promovimos la nota para que apareciera simultáneamente en otros diarios del estado y logramos influir en la opinión pública, con la consiguiente ola de censuras para patrones tan potentes.

La señora también se defendió a través de la prensa — no faltan periódicos para defender a gente como ella—, difundiendo una declaración que le había sido otorgada y en la que se señalaba que era miembro honorable de una organización de artistas en la frontera. Con este aval, intentó entrevistarse con el gobernador, Teófilo Borunda, porque decía que se estaba lesionando su prestigio. El hecho de que la vieran en los corredores del Palacio de Gobierno, impresionó a algunos y como ella se jactaba de haber obtenido la entrevista, nosotros dijimos que no descartábamos la posibilidad de que le hubiera tomado el pelo al gobernador, pero que no podría hacer lo mismo con la opinión pública parralense, porque allí se conocía la clase de negocio que regenteaba. Y si eso era ser honorable...

Dicen que pueblo chico, infierno grande. Supimos que la primera autoridad del estado preguntó telefónicamente al presidente municipal de Parral:

—¿Dónde tiene esa señora el Coconito?

—En la zona de tolerancia.

—Entonces tome usted medidas para que no se hable más del asunto. ¡Ya estoy harto!

Y la señora fue invitada a cerrar el Coconito y salir de la tranquila ciudad de Parral, en un término de 24 horas.

cucharas grandes...

—Judith, estoy atrasado con mis notas... ¿Por qué no me haces un favor? —me dijo el reportero que transmitía las noticias de las 24 horas, desde la redacción de *El Monitor*.

—Tú dirás...

—Escucha: los mineros de la Sección XX reciben hoy a un alto dirigente sindical que viene de la ciudad de México. Yo conozco

el asunto que se tratará, pero necesito los nombres de todos los que intervengan.

—Bueno, pero recuerda lo que pasó con las notas que te ayudé a cabecear.

—Es que a veces usas unos conceptos muy duros; eso de “prostituta excomulgada en la cárcel”, no era muy acertado como cabeza de una nota periodística, aunque se tratara como se trataba, de una prostituta en la cárcel, por riña. Lo que hoy te pido es un concentrado del discurso y los nombres de quienes integran la comitiva... No te preocupes por los títulos de cada uno. A los más importantes, señálmelos simplemente como dicen los albañiles, “cuchara grande”... Ya sabré qué es cada cual...

—¡OK!

Nunca me imaginé que el colega Damiani llegaría a dar las noticias de media noche con tiempo tan limitado que no pudiera revisar mi nota, la cual sinceramente creí que redactaría con su estilo personal; el caso es que por muchos días estuvo disgustado conmigo porque la información que los radioescuchas recibieron, decía más o menos esto: “los mineros de la Sección XX dieron la bienvenida a Filiberto Rubalcaba, cuchara grande; que en compañía de José Aguilar, media cuchara y el Nené Hernández Lara, cuarto de cuchara, se reunieron para participar a los trabajadores que...”.

terratenientes vs campesinos

¿Cuándo abandoné la idea de juntar dinero para comprar una carpa? ¡No lo sé! Ahora sólo me interesaban los problemas agrarios y experimentaba un verdadero afán por conocer las causas que los producían. Cientos de campesinos, miles, por cierto, eran víctimas de un flagelo común: miseria.

Encontré que, con algunas variantes, el problema de uno era el de todos y por eso leía y releía el Artículo 27 de la Constitución —que es el que se refiere a las cuestiones de la tierra y del que emana el Código agrario—, pensando: la solución debe estar aquí, es la ley y ésta no puede fallar.

¿En qué consistían estos problemas? Carencia de tierras. Carencia de agua. Carencia de créditos. Tierras incultivables. Favoritismo a influyentes. Exceso de burocratismo... y los hilos que tiraban de todo esto, en un puño del sinuoso, escurridizo y demagógico Departamento Agrario.

En este tiempo yo conocía a muchos latifundistas y también a muchos campesinos. Podría ver, sin tener que esforzarme, a los que tienen todo y a los que no tienen nada, más que la razón de su lucha.

Un latifundista cualquiera posee miles de hectáreas, varias casas con todo el confort, carro para su uso personal, camioneta, avioneta, cuenta corriente en el banco local, depósitos en el extranjero, expone grandes sumas en los juegos de azar, consume vinos importados, toma el aperitivo en elegante club, dedica muchas horas al juego de dominó y se proporciona una vida de lujo y abundancia en todos los aspectos. Su mujer jamás trabaja —es un parásito presuntuoso—, tres o cuatro sirvientes no le faltan, no se pierde fiesta donde pueda lucir la ropa que adquiere en el extranjero, consume perfumes caros y cosméticos de exótica elaboración, también tiene carro para su uso exclusivo y cuenta personal en el banco, disfruta anualmente su infaltable período en Europa y gasta tanto en la alimentación del perro como en los libros que compra por metros, para adornar la biblioteca que nunca lee.

En contraste, una familia campesina viste harapos, los niños y la mujer generalmente van descalzos, habitan en chozas de paja y adobes, con piso de tierra, comen miserablemente y si alguno

enferma habrá que caminar en las condiciones de inclemencia que el tiempo dé, hasta el poblado más próximo —que a veces no es nada próximo— para consultar un médico al que no tiene con qué pagar. En su casa no hay luz eléctrica, agua, ni drenaje; y solo tiene un maestro para los únicos cuatro grados que se imparten en las escuelas rurales.

Según el decir de los ricos, o de los coveros [sic] que defienden esta capa de la sociedad, los campesinos cuando se emborrachan deben a ello la causa de su pobreza. Pero los ricos también se emborrachan con no menos frecuencia, y sus fortunas no dejan de incrementarse. ¡Como si el campesino se embriagara para olvidar la explotación que sufre y el rico para celebrar el enriquecimiento gracias a esa explotación!

La vida de unos es totalmente distinta a la de los otros. ¿Por qué?

Las tierras buenas están en manos de los latifundistas. El campesino no tiene tierra, trabaja la ajena —como peón o como mediero— o si la Reforma agraria le ha dado una parcela, ésta se localiza en una ladera, en un pedregal o en el desierto. En cuanto a los sistemas de riego, no escatiman el agua para las tierras del latifundista, ni el banco el crédito, las semillas y el fertilizante. El campesino, en cambio, no obtiene crédito, ni agua, ni semillas, ni fertilizante... ¡Ni tierra!

La suma de todo esto nos da, por una parte, latifundistas en la opulencia y por otra, campesinos en la miseria.

¿Y el Departamento Agrario?

Cuando un terrateniente plantea conflictos en relación con sus propiedades de tierra, sí hay personal que se aboque a solucionarlos, pero cuando se trata de un campesino, el despotismo de los funcionarios, empachados de burocracia, se volcará sobre él, diciendo: "No hay personal, espere".

Esperando transcurre un año, cinco, diez, veinte o treinta, y los problemas del campesinado se vuelven cada día más agudos.

Esto es así, porque las mismas autoridades agrarias, encargadas de impulsar la marcha de la Reforma agraria, otorgan certificados de inafectabilidad —instituidos por Cárdenas— que convierten en intocables los latifundios por un término de 25 o 30 años. Existe así, por un lado, la ley de Reforma agraria con la que se abanica a los campesinos haciéndoles creer que los latifundios serán repartidos; y por el otro, la reglamentación de inafectabilidad del latifundio —ésta sí es efectiva— para contrarrestar la Reforma agraria. Por eso, la mayoría de los campesinos mexicanos lo único que han visto de la reforma es su repelente cara burocrática.

“habrá que ponerle balas a nuestro argumento”

Un grupo de solicitantes de tierras de por allí, del ejido de Santa Rosa, estaba integrando un nuevo centro de población y me invitaban a formar parte de él.

—Pero yo soy periodista. ¿Acaso la ley permite que sea también una solicitante de tierra?

—¡Claro que sí...! Fíjese lo que dice la ley agraria.

Pues dice que todo ciudadano tiene derecho a obtener tierras siempre y cuando las solicite a través de un nuevo centro de población y formule adecuadamente su petición a las autoridades agrarias.

—Pos está claro, ¿qué no?

—Pues sí, es muy claro. ¿Y si nos dan tierra, cuánta nos darán?

—La ley dice que diez hectáreas; pero a lo mejor sólo nos dan cinco o tres.

—¿De manera que a cada uno de nosotros, si nos va bien, nos darán diez hectáreas? ¿Y si pidiéramos cincuenta?

—No, el máximo son diez. Tener más es acaparamiento.

—¿Y por qué Miguel Alemán y los Quevedo, los Ciénega, los Gavilondo, los Borunda y hartos gringos tienen miles de hectáreas, y la ley no les pone tope? ¿Qué diferencia hay?, ¿acaso nuestra nacionalidad se divide en mexicanos de primera y mexicanos de segunda?

—Pos ahí es donde entra eso de la propiedad privada. Todos esos gallos que usted menciona, tienen lana y compran la tierra o se apoderan de ella. Desde ese momento es su propiedad y ni quién se las toque. Nosotros no tenemos con qué comprarla, entonces la Reforma agraria nos la da, sólo que no nos la da como propiedad sino pa'que la trabajemos nomás.

—Eso quiere decir que la Reforma agraria considera que la tierra no debe ser propiedad privada...

—¡Cierto...! La tierra, como decía Zapata, debe ser para el que la trabaja.

—Todo un argumento contra el latifundismo...

—Y es un argumento en que nos apoyamos pa'la lucha, pero solo como una forma, porque en el fondo, nosotros luchamos contra el sistema capitalista, que es el que permite todas esas injusticias.

Yo estaba maravillada: un campesino analfabeto me estaba dando estas lecciones.

—Excelente, compañero, excelente... Pero habrá que estar prevenidos porque me temo que tarde o temprano tengamos que ponerle balas a nuestro argumento.

solicitante de tierras

El día que firmé los papeles como solicitante de tierras del nuevo centro de población Liberación, regresé a mi casa, en el callejón de Las golondrinas, verdaderamente feliz.

—¿Sabes mamá?, ¡el gobierno nos va a dar una parcela!... Y nos iremos a vivir al monte. Desde ahora empezaré a juntar para el enganche de un tractor, luego dejaré el periódico y la publicidad y nos iremos, aunque en un principio tengamos que vivir bajo una lona... Hoy me reuní con los campesinos y firmamos los papeles. Seguramente mañana se les dará curso... ¡Estoy muy contenta! —mi madre, contagiada de entusiasmo, repetía:

—Ojalá... Ojalá...

—Tendremos al fin un lugar fijo donde podamos arraigar como los árboles con raíces muy profundas... ¡Ah, me gustaría ser una raíz...!, pero no la raíz de un encino, porque el encino empieza como raíz ¡y acaba como bellota en el hocico de los cochinos! Bueno, mami, no te fijas en mis bromas... Mira, hablando en serio, te aseguro que se acabaron los viajes. ¡Pobrecita de ti...! De los tres hijos que trajiste al mundo, yo soy la que te ha hecho trotar de norte a sur; pero ahora sí, en cuanto nos den la tierra, ¡se acabaron los viajes! Tu hija *Judas* se convierte en campesina como su abuelo y en ejidataria como su padre.

Ya me veía yo sumergida en el verde de los montes y con la ligereza de una cabra, recorriendo la ensurcada tierra, resortera en mano, para espantar a los pájaros que vinieran a robarnos las semillas.

Muchos días viví en estado indudablemente febril, con la ilusión de la parcela. Si tal efecto me producía a mí —pensaba— ¿cuántos campesinos habrán experimentado esta especie de embriaguez motivada por la idea de que se vive en vísperas de una gran realización?

el diente de Josué

Un día llamaron suavemente a la puerta de mi casa. Al abrir, encontré un niño que me preguntó:

—Señora, ¿está Josué?

—Si está, ¿para qué lo quieres?

—Vengo a decirle que dice mi mamá que ya no quiero el diente.

—¿El diente...? ¡Caray!, cómo quitan el tiempo estos escuincles. Josué, aquí te buscan —dije considerando que el asunto no me incumbía. Y volví a mis tareas, no obstante, hasta mis oídos llegaba el diálogo:

—Josué, dice mi mamá que me devuelvas el dinero porque siempre no quiero el diente.

—¡Voy...! Cómo serás rajado. ¡Ahora te aguantas!, ¿para qué me lo compraste?

—Mi mamá me regañó y si no regreso con el dinero, me va a pegar... —consideré necesari intervenir y entré al quite.

—A ver, Josué, explícame cómo está eso del diente.

—Pos cuando se me aflojó se lo enseñé a Rodrigo y él dijo, *Ay, chispas, ¿qué vas a hacer con él cuando se te caiga? Te lo vendo*, le dije, y ayer se me cayó y se lo vendí....

—¿En cuánto?

—Le di cincuenta centavos y mi mamá me regañó —y dirigiéndose a mi hijo, suplicante repetía —aquí está tu diente, Josué, devuélveme la lana porque si no me van a pegar.

—Devuélvele el dinero, hijo; es tu amigo y no querrás que su madre lo castigue, ¿verdad? —resignadamente, Josué sacó del bolsillo secreto de su pantalón los cincuenta centavos y los devolvió.

No se aflija mijo, yo le compro su diente —dije acariciando su cabecita—. ¿Para qué quiere el dinero?

—Pa'ayudarte a comprar el tractor, mamá —respondió con la ingenuidad de sus nueve años.

la lección de Gámiz

Una vez, en colaboración con estudiantes de secundaria, integramos un comité para la Navidad del Niño Pobre, en Parral. Reunimos y restauramos un sin fin de juguetes desechados por otros niños. Era admirable ver cómo Queta Licon, esposa de Salustio González, después de atender a los ocho diablillos que a lo largo de su matrimonio trajo al mundo, aún tenía ánimo para lavar y pincelar las caritas de docenas de muñecas, terminando por confeccionarles vestiditos plenos de fantasía.

La nochebuena la pasamos recorriendo barrios arriba, barrios abajo, entregando a los niños más pobres un presente de Navidad.

Magaly, que era una jovencita y participaba con el grupo estudiantil, salía visiblemente impresionada de aquellas estrechas y fétidas viviendas en las que se apilaban hasta catorce personas entre adultos, enfermos, niños, gatos y perros.

—Son muy pobres mamá... ¿verdad? —decía conturbada.

Esa noche vimos transcurrir la navidad de los indigentes en los nauseabundos recovecos urbanos; entre sombras, lamentos y desesperanza.

A las once de la mañana del día siguiente, no habíamos terminado aún la repartición. Dimos muchos juguetes y sólo sentimos que no fueran tantos como para que alcanzaran todos. En una de aquellas viviendas la casera nos dijo:

—L'otro día vino una comisión de señoras para enseñarnos el hábito del ahorro...

¡Carajo!, pensaba yo, esta pobre gente no tiene un quinto para comer y vienen a proponerles que abran cuenta en el banco.

—Pues eso de los juguetitos que usted regala tampoco va a solucionar nada —me dijo Arturo Gámiz, cuando le comenté de la campaña de ahorro, en una de esas veces que cayó por Parral.

—Mire —prosigió—, el cristianismo tiene dos mil años predicando la caridad y los pobres del mundo siguen muriéndose de hambre y los ricos enriqueciéndose más. No es la caridad lo que acabará con la miseria, sino el cambio de sistema y si ya entendimos esto, tenemos el deber de demostrarle al pueblo su fuerza para tomar los medios de producción. Entonces será dueño de su destino y podrá librarse de sus explotadores...

Había conocido a Arturo en ocasión de un congreso campesino que organizamos en Parral, Álvaro Ríos, Salustio González, Pablo Gómez y yo, a iniciativa de la UGOCM*, cuyo dirigente nacional trató de anular los trabajos a última hora y sin explicación alguna. Pasados algunos años, Arturo Gámiz integró un grupo guerrillero y pereció en el asalto al cuartel de ciudad Madera, Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965, episodio del que nos ocuparemos más adelante.

lucha libre en la secundaria

En una asamblea de la Sociedad de Padres de Familia, de la escuela en que Magaly hacía la secundaria, se puso a consideración la necesidad de construir un edificio en virtud de que la enseñanza les era impartida en local prestado.

—Si alguien tiene una idea que pueda aportar fondos, favor de manifestarla.

Viendo que nadie proponía nada, tomé la palabra:

—Creo que, si organizáramos espectáculos, obtendríamos ganancias...

* UGOCM: Unión General de Obreros y Campesinos de México

—Si es una proposición, le rogamos concretarla con más claridad.

En ese momento no tenía una idea precisa acerca de lo que pudiera ser, así que con cierta turbación insinué:

—Si consiguiéramos el auditorio municipal podríamos presentar funciones de lucha libre...

—¿De lucha libre? —se hicieron oír en extraño coro los asambleístas. Los jóvenes recibieron con entusiasmo la idea.

—Yo puedo ocuparme de la contratación de los luchadores, de conseguir el local y montar la propaganda. Para las cosas del dinero, ustedes nombrarán a otra persona.

A medida que se discutía la forma de realizar el plan, aumentaba el interés y finalmente la asamblea aprobó unánime. Inmediatamente nos abocamos a los preparativos y cuando considerábamos que todo marchaba bien, surgió una voz femenina calificando el espectáculo como “impropio de las buenas costumbres”, usando toda su influencia para que los dirigentes de la sociedad desautorizaran su realización.

—Y yo, ¿qué hago ahora con la propaganda tirada y el compromiso con los luchadores? ¡No puedo darles un plantón, señora!

—Pues nosotros no vamos a patrocinar un espectáculo inmoral.

—Señora, por favor, dígame ¿qué tiene de inmoral la lucha libre? En las principales ciudades de la República se presenta con la autorización de la Oficina de Espectáculos. ¿Por qué la considera inmoral?

—Porque los luchadores enseñan las piernas...

—Pero usan mallas, señora.

—Pero van pegadas a las piernas.

—Señora, no pretenderá usted que para luchar ¡usen calzones de gaucho!

—No tiene caso discutir —cortó ella—. La sociedad desautoriza el espectáculo.

—Sí tiene caso discutir, porque la asamblea tomó un acuerdo y no ha sido revocado, para eso tendrá que reunirse y reconsiderar la cuestión... Y hay que tener presente, señora, que se han contraído compromisos y no es honesto jugar con el trabajo ajeno. Están contratados diez luchadores y sus ayudantes... Creo que debemos convocar a la asamblea.

—No... Acordemos un término congruente: que se realice el espectáculo por esta vez, pero que se diga lo menos posible que es para la construcción de la escuela.

Se trataba de la secundaria Valentín Gómez Farías.

toma de un latifundio

Una mañana, campesinos integrantes de un nuevo centro de población, me comunicaron haber tomado el acuerdo de invadir el latifundio de El Ocote City, que habían denunciado para su afectación, muchos años atrás.

—Ya nos cansamos de gestiones que no conducen a nada. ¡Pura entretenedera! El Departamento agrario nomás archiva los papeles y nos da largas, por eso vamos a invadir.

—Y venimos a pedirle, a nombre de los compañeros, venga con nosotros a la ocupación de la tierra.

—Encantada de ir y además haré un reportaje a ver si me lo publica la Revista de Chihuahua, de Jesús Gómez Ochoa—. Luego, recordando la acción represiva del gobierno cuando la toma de Santo Domingo, agregué:

—Pero necesitamos el apoyo de los periódicos chicos (tabloides) para contrarrestar las informaciones tergiversadas con que se luce la “gran prensa”...

—El periódico Índice da bandazos, pero en la lucha de los campesinos su posición es buena.

—Muy bien, ¿hay que publicar algo ahora?

—No, ahora no... Después de la invasión sí.

—Claro, porque si ahora publicamos algo, pondríamos sobre el terreno, los latifundistas se inquietarán creyendo que el fantasma de Zapata viene a echarles abajo la alambrada... ¿Y qué tengo que hacer yo cuando el Ejército llegue y nos eche?, porque nos echará...

Simplemente me iré en busca de los periodistas para proporcionarles la mayor cantidad de datos sobre lo que para entonces se habrá convertido en noticia.

En los días siguientes a esta acción de lucha rural, se elaboró el instructivo —inspirado fundamentalmente por Álvaro Ríos— que normaría la conducta de todos: nada de bebidas alcohólicas, ni barajas, ni riñas, ni discusiones personales; no dañar la finca, no maltratar árboles ni animales, respetar y proteger a las mujeres, a los ancianos y a los niños; no llevar armas de ninguna clase, no enfrentarse al Ejército, no discutir con la tropa ni la oficialidad. De lo que hubiera que informar a la prensa o a las autoridades que arribaran, sólo lo harían los compañeros seleccionados, el resto simularía ignorar detalles.

En cuanto a las actividades a realizar durante el tiempo que ocupara la invasión, éstas consistirían en analizar el problema inmediato, o sea el de ellos, y los problemas nacionales e internacionales con la participación de todos.

La víspera de la invasión, nos reunimos al anochecer en las inmediaciones de una iglesia. Ya habíamos pintado en un lienzo de manta conceptos como “La tierra debe ser para el que la trabaja” y en numerosos banderines triangulares “Viva Zapata” y otras consignas de nuestra conciencia de lucha. En más de una ocasión tuve que corregirles el haber escrito libertad con v.

Después de la media noche emprendimos a pie la marcha por el monte y al amparo de las sombras penetramos al latifundio, algunos arrastrándonos bajo la alambrada de púas.

A nuestro paso íbamos colocando mantas y banderines en profusión, como se hace en las celebraciones septembrinas. Finalmente, clavando en tierra la bandera mexicana, acampamos en torno a sus colores, y enredados en nuestros sarapes, aún tuvimos tiempo echar un sueño antes del amanecer.

Al alba, tras los movimientos realizados en las sombras y el letargo reparador del cansancio, el conjunto humano que realizaba esta pequeña gesta campesina, ofrecía una impresión imborrable.

Hoy puedo decir, por experiencia, que la lucha junto al pueblo proporciona grandes momentos de felicidad, de íntima satisfacción, sobre todo cuando —como en el caso señalado— un pueblo se despierta y se encamina hacia la recuperación de su dignidad. Tal certidumbre y la participación en dicho proceso, me ofreció un regocijo que ningún atropello de los sicarios del régimen me podrá hacer olvidar.

Por la noche, cuando acampamos, no estuve consciente de que lo hicimos sobre un montículo. Me di cuenta cuando el fresco de la madrugada me despertó. Abrí los ojos y vi el cielo de un azul tan puro que ni la menor nubecilla se atrevía a manchar; mientras abajo, en el verde esmeralda del bosque, se agitaban como alas de paloma en vuelo, las múltiples banderitas blancas con las letras rojas de la libertad.

Dos compañeros habían hecho el café y empezaban a distribuirlo, seguidos de otros dos que pasaban ofreciendo, en una canasta, tortillas con chile y queso. Tomábamos el almuerzo sentados en el suelo, sobre una piedra, en un tronco caído o en cuclillas, a poca distancia de la fogata, cuando a lo lejos divisamos un par de jinetes levantando polvareda. Regulando su avance

con la mirada, observamos que de pronto, rayando sus caballos, se quedaron perplejos ante las banderas, sin atreverse a tocarlas. Luego volvieron a avanzar al trote y se detuvieron más perplejos aún, a un centenar de metros frente a nosotros, y seguramente calculando cuántos éramos. Revirando, se alejaron a galope.

La sabiduría campesina se hizo notar cuando alguien sentenció:

—Dentro de una hora volverán con el dueño del Ocote City. Terminemos el almuerzo.

Tal como se había dicho, una hora después, con la consiguiente estela de polvo en el camino, haciendo las mismas paradas que habían hecho los caporales, una camioneta se aproximaba con varios individuos acompañando al dueño del Ocote. Tampoco éste retiró ninguna bandera. Cuando lo tuvimos cerca se limitó a decirnos con arrogante voz:

—¡Güevones paracaidistas...! —y volvió a embutirse en la camioneta, seguido de los suyos que repitieron:

—¡Güevones paracaidistas...!

El mismo campesino de la vez anterior atinó otro presagio:

—Antes de dos horas llegará el ejército. Sigamos con lo nuestro.

—Tenemos algunos informes pendientes de los compañeros del ejido de Las Margaritas y del Nuevo Centro de Población, El Colorín.

Cada comisionado fue dando a conocer el resultado de sus gestiones para preparar planes conjuntos que golpearan el latifundismo que desde hacía 25 años estrangulaba sus esfuerzos por conquistar la tierra.

Al filo de las once horas vimos en la distancia dos jeeps y un transporte de tropa en dirección nuestra. Venían deteniéndose a lo largo del sendero y desprendían, estrujando con violencia, las

alegres banderitas blancas. Cuando llegaron a nuestro campamento, un puño de soldados saltó del vehículo como si un resorte los hubiera impulsado y en operación envolvente, en menos que canta un gallo, sus fusiles nos tenían encañonados. El latifundista desbordaba su prepotencia al sentirse secundado por la fuerza militar:

—¡Chinchosos muertos de hambre! ¿Pues qué se estaban creyendo?... ¿A poco creen que voy a dejar que mi tierra la conviertan en camino real?...

Ninguno de nosotros se movió, pero tuve la impresión de que el general podía registrar cada estremecimiento nuestro como si fuera sismógrafo. Ante el silencio, increpó impaciente:

—¡Punta de cabrones! ¿Qué están haciendo aquí? —nadie respondió— ¿No saben que ésta es una propiedad privada? —mutismo total— ¿No saben que el respeto a la propiedad ajena es una de las bases en que se apoya la paz de la gran familia mexicana...? ¿Quiénes son ustedes para pisotear el derecho? —ante el silencio de todos, el militar proseguía más exaltado— ¿Saben a lo que se exponen con esta conducta vandálica? ¿De dónde vienen, quién los indujo? ¿Dónde están los dirigentes...? ¡Tarados...! ¡¿Por qué no hablan...?!

El tono amenazador del general crecía tanto como su impaciencia, mientras los soldados, como si fueran de plomo, mantenían con firmeza la mira de sus fusiles sobre nosotros.

—Señor general, ¿me permite? —dije con voz cauta, confundida entre el grupo.

Dirigiéndome una mirada enemiga, avanzó dos pasos y se detuvo con las piernas en compás de medio metro, respondiendo secamente:

—¡Diga!

—Pues, señor general, tuve la suerte de llegar antes que usted y he logrado que los campesinos me digan el porqué de esta ocupación. Si usted gusta, y tómelo como una colaboración de mi parte, yo responderé a las preguntas que usted ha formulado y si altero algún concepto, aquí están los campesinos para corregirme.

Parecía que no aceptaría el convite, pero luego de un breve titubeo, expresó:

—Muy bien; dígame quiénes son estos cabrones.

—Si con lo de cabrones se refiere usted a estos campesinos, le diré que me dijeron que pertenecen a un Nuevo Centro de Población, en el municipio de Parral.

—¿Y qué están haciendo aquí?

—Me dijeron que vinieron a invadir.

—¿A invadir una propiedad privada?

—Aseguran que es un latifundio de 36 mil hectáreas y lo consideran inconstitucional, porque la tierra debe ser para el que la trabaja y el latifundista no...

—¿Y no saben que hay canales adecuados para denunciar un latifundio y gestionar su afectación por la Reforma agraria?

—Así mismo se los dije y respondieron que hace muchos años hicieron la denuncia sin ningún resultado y se cansaron de esperar.

—¡Esa no es una razón para venir aquí como vándalos! Lo que tienen que hacer es dirigir sus escritos al Departamento Agrario.

—Dicen que han enviado por lo menos una tonelada de escritos, pero que los escritos no sirven para nada.

—¿De manera que para estos culeros las autoridades no cuentan? ¿Creen que pueden hacer lo que les venga en gana como si no hubiera leyes? ¿Quién los indujo a cometer este atropello al patrimonio de un ciudadano?

—Ellos aseguran que tomaron el acuerdo entre todos.

Las respuestas anulaban la función intimidatoria del general, habituado a imponerse por presencia y no por argumentos. De modo que se sintió más irritado que el propio latifundista, por lo que acrecentó los denuestos con la consabida exhibición demagógica ya en estilo cuartelero.

—¡Lo que pasa es que son una punta de güevones sin el menor respeto a las leyes! Pero los responsables son esos agitadores comunistas que lo que debían de hacer es estudiar nuestra Constitución y dejarse de andar leyendo libros de ideas exóticas que afectan nuestra mexicanidad. A ver, ¡vamos a ver! ¿Dónde están los dirigentes...? —ante el silencio, completó— ¡Claro, no hay ninguno!... A la hora de dar la cara ellos desaparecen y dejan a los pendejos en la estacada... ¿Y usted, qué está haciendo aquí con todos estos pelados...?

—Yo soy periodista, señor general, y vine a recabar información para *El Monitor*.

—¿Usted periodista? ¡Qué periodista ni qué ocho cuartos! Lo que pasa es que usted es una mujer a la que le gusta el cuento. Usted es una entrometida y zafia, una revoltosa. Usted es una agitadora comunista, y una puta, eso es, ¡una puta...!

—Oiga, general —le dije, armándome de calma ante el inesperado insulto—, míreme, yo soy una mujer joven y bien pudiera, si quisiese, ser eso que usted dice. La forma de expresarlo lo pone en evidencia, ¿acaso a usted no le gustan las putas? Ha cometido un error mi generalísimo, porque en adelante, nadie dudará cuando el maricón que usted sabe, siga desparramando por allí la versión de sus relaciones con usted. Lo cierto es que a su edad y con el uniforme que lleva... ¡a usted sí que no le queda lo puto, general! ¿pos qué es eso?...

Se puso furioso; en este punto el diálogo se había convertido en motivo de diversión para los presentes. En realidad,

yo sólo estaba devolviéndole el ultraje. ¿Con qué derecho estos hombres llaman «putas» a las mujeres que participan en una acción política? ¿Con qué derecho dicen «pendejos», «cabrones» y «güevones» a los campesinos que luchan por obtener aquello que el mismo gobierno dice que les pertenece? ¿Creen que portar un uniforme militar, tener mando en una delegación policiaca o ser cualquier mínima rata de comisaría les da patente para faltar el respeto a aquellos a cuyo servicio debieran de estar? Pues no, al que me diga puta le diré puto y con el que me miente la madre haré lo mismo, sin importarme la jerarquía. ¡Faltaba más...!

Esta actitud de aplomo me dio un aire de victoria; el general se turbó y soldados y campesinos le vimos titubear.

La escena fue captada por fotógrafos de prensa y en algunas impresiones, aparecen los campesinos con el rostro placentero y los soldados esforzándose por disimular la risa.

—¡Esto les puede costar muy caro! Reportaré a la Zona que están en actitud rebelde —amenazó el general, que volvió a trepar al jeep y partió, dejando un oficial al mando de la tropa.

—Ahora sí se va a poner el kilo de caca a peso —dijo un campesino.

Mientras, yo calculaba: no traen aparatos de radio; una hora para ir, otra para volver; y pongamos quince minutos para recibir instrucciones. Tengo dos horas para cantar.

—¡Échenme la guitarra, compañeros! —diciendo esto, me encaramé en la parte delantera del transporte militar.

Como acostumbraba entonces, empecé con aquello de, *Yo soy soldado de Pancho Villa*, y viendo que a la tropa le gustaba, les invité a acercarse para no esforzarme, dado que cantar al aire libre y sin micrófono requiere mayor volumen de voz. Además, a mí siempre me gusta cantar muy cerca de la gente.

—Relax... relax... Pónganse cómodos porque la función empieza —les dije para disipar un poco las diferencias.

Después de dos canciones relamidas por la demagogia de sesenta años de frustrada y exaltada revolución, continué con mis corridos que tratan los problemas del México contemporáneo. Entre canción y canción explicaba a los soldados que ellos son instrumento de los ricos contra la justa lucha de los pobres; que en ese momento no estaban sirviendo a la Patria como creían, sino a los latifundistas y que el latifundio, hoy, descansaba en la punta de las bayonetas del ejército, igual que en tiempos de la dictadura de Porfirio Díaz.

Los soldados me escucharon con atención, pero ninguno hizo preguntas o comentarios.

—¡Bravo, compañera! —decían los campesinos.

Transcurrido el tiempo previsto, la polvareda que se alzaba en el camino nos advirtió del regreso del general. Rápidamente descendí del vehículo y cuando los soldados volvieron a sus puestos, uno de ellos me dio su nombre al pasar y dijo insinuante:

—Quisiera que un día fuera a buscarme al cuartel.

—Cálmese, Liborio, en el cuartel no podríamos hacer un mitin como éste. ¿Qué diría el general?

Éste, al bajar del jeep, encontró las cosas de tal manera como si todo el mundo se hubiera mantenido inmóvil desde su partida. Sus órdenes fueron precisas:

—¡Oficial, a todos estos güevones me los echa de la propiedad a como dé lugar! Y en cuanto a usted —agregó dirigiéndose a mí—, tendrá que presentarse en la comandancia de la Zona.

—¿Que qué?! —respondí a la orden inaudita, mientras veía cómo los soldados a culatazos arremetían contra los campesinos que, sin abandonar la bandera, traspusieron a saltos de chapulín la alambrada, en medio de los disparos. ¡Linda tremolina que

armaron los militares! Al bailoteo de las botas rompieron las ollas, perforaron bultos, desbarataron la hoguera, se apoderaron de nuestros sarapes y trataron como trapos inmundos las mantas donde habíamos dibujado “Viva Zapata”. Para la bandera mexicana no tuvieron el menor respeto.

No hubo muertos o heridos. Los disparos fueron para amedrentar. Es de norma quemar siempre un poco de pólvora para causar impresión y cuando la impresión debe ser mayor, entonces se mata directamente.

—Mire, general, yo pertenezco a la población civil y a mí no me da órdenes ningún militar.

Al tiempo que lo decía, recordé el compromiso de entregar la información —desde el punto de vista campesino— a los periódicos y la ciudad de Chihuahua estaba a casi 400 kilómetros. Cambié mi táctica aparentando obediencia:

—La verdad, señor general, es que yo no quiero tener problemas con las autoridades; pero no puedo reportarme a la Zona, porque no tengo en qué ir.

Se dispuso mi traslado en un jeep y cuatro horas después entraba, voluntariamente, por una puerta del edificio, en cuya parte alta se halla la comandancia de la 5ª Zona Militar, y salía con disimulo por otra.

Cumplida mi tarea informativa, inmediatamente partí hacia donde se había efectuado o estaba a punto de efectuarse la invasión de otro latifundio. La llegada del ejército y la desocupación del predio por medio de la violencia se repitió. En esos días se invadieron, casi en forma simultánea, 54 latifundios. Calculamos que habría una inmovilización de 30 mil campesinos sin tierra sobre el vasto océano del latifundismo chihuahuense. En consecuencia, un graneado desplazamiento de soldados para garantizar “la paz que disfruta esta gran familia mexicana”.

los hijos de Tacha

Los latifundistas, en complicidad con autoridades venales, siempre encuentran la forma de burlar las luchas campesinas. Una de sus maniobras consiste en simular la división de extensas propiedades, haciendo figurar —sólo en los documentos— diversos propietarios, generalmente familiares, y en la práctica no es más que un terrateniente. Así pues, no resulta extraño que un niño de tres años de edad sea dueño de miles de hectáreas. Algo como esto sucedía en el predio de Agua Nueva.

Durante otro período de invasiones, en el cual yo seguía acompañando al campesinado —dada mi condición de solicitante de tierras—, nos hallábamos ocupando un latifundio en el que las vacas se paseaban como majestades orgullosas de poseer para pastar más hectáreas que los campesinos para cultivar. Habían pasado tres días sin que fuéramos expulsados. Parecía que las fuerzas armadas no se hubieran percatado de nuestra presencia.

En períodos como éstos, breves y de aparente calma, la convivencia entre los campesinos permitía en cada uno poner de relieve la riqueza de espíritu o las características de su personalidad, en cuanto seres humanos no amantes de la violencia. Tendido sobre el césped, bajo un árbol, un compañero fumaba con expresión nostálgica.

—¿Qué te pasa, Abel? Parece que estás triste.

—No estoy triste, sólo pensaba en Tacha...

—Yo creo que Tacha estará bien; según dijiste, tus padres se quedaron con ella.

—Sí, pero como hace ocho días que no estoy en la casa, se me figura que pasa las noches en vela...

—Tranquilízate. Alguien le habrá informado que no hemos tenido incidentes.

—No es eso, es que... es que a mi mujer yo la duermo en mis brazos desde que nos casamos —y flexionaba el brazo como si en él apoyara la cabeza de Tacha.

Semanas después fui a pasar unos días con ellos. Al llegar a la humilde vivienda de adobe, sin enjarrar y techo de láminas (que en algunas partes estaban sostenidas con piedras), Tacha salió a mi encuentro y me dijo casi a manera de saludo:

—Compañera, fíjese que ya estoy otra vez...

—¿Otra vez, Tacha...?

—Sí, compañera... ¿Por qué Dios nos dará tantos hijos?

—Dios no te los da, sino tu marido. ¿Cuántos chamacos tienes ya?

—Pos ocho. ¿Qué puedo hacer para evitarlos?

—Tendrás que consultarlo con el médico cuando vayas a verlo. En esto no puedo aconsejarte.

en marcha a Durango

Partiendo de Canutillo, Durango, la hacienda donde vivió pacificado Pancho Villa los últimos años de su vida, alrededor de 600 personas emprendimos la marcha a pie hacia la capital del estado.

En el lugar de reunión, efectuamos un acto político, para lo cual convocamos al pueblo. Luego, en filas de cuatro, echamos a andar por la carretera portando en alto mantas con inscripciones que sintetizaban la naturaleza de nuestra lucha. Hacíamos una hora de camino y diez minutos de reposo. Jornadas de seis a seis; sólo para la comida del mediodía nos tomábamos más tiempo. Por la noche nos dispersábamos hacia uno y otro lado de la carretera, buscando cada quien el pedazo de tierra que mejor le acomodaba para dormir. Ahora que formaba yo parte de la colmena, trataba de que mi conducta no se diferenciara de la de mis compañeros,

pero no lograba despojarme de detalles de coquetería personal, como aplicarme crema en la piel y rojo en los labios; y para dormir, como lo hacíamos a la intemperie, siempre cubría la piedra que me servía de almohada con una pañoleta de articela.

—Buenas noches, compañeros, que duerman bien —les dije a los campesinos que se ubicaban en mi derredor.

—Buenas noches, compañera, que descanse —decían en coro—. Haciéndome ovillo dentro de mi jorongo, me dispuse a soñar, echando a un lado las piedritas que se me clavaban en las costillas.

Pasados unos momentos y seguramente creyendo que dormía ya, un compañero se acercó con suma cautela y desplegó sobre mí una cobija. Dejé de tener frío y me quedé profundamente dormida en medio de los campesinos. Al despertar por la mañana, no podía abrir los ojos porque los tenía hinchados y pegados por las lagañas, quizá a causa de la insolación. Me trajeron un pañuelo húmedo para limpiarlos y cuando los pude abrir, notaron que los tenía rojos como los de los conejos.

—Dichosos los ojos que los ven —dije haciendo broma mientras plegaba las cobijas, advirtiéndoles que durante mis sueños habían agregado dos sin que me percatara. Esta delicadeza estimuló mi ternura y me sentí verdaderamente envuelta en el cariño de los compañeros.

Una lugareña llegada al campamento para curiosear, me preguntó:

—¿No tiene miedo de pasar la noche en medio de tantos hombres?

—No, señora, éstos me respetan y me cuidan. En los años que tengo de andar entre campesinos, jamás vi uno que fuera irrespetuoso con las compañeras.

La marcha prosiguió a hora temprana y así, con las manos hinchadas, los pies ampollados, los ojos enrojecidos por el sol

y bañados de sudor y tierra, hicimos alto en un caserío en las proximidades del río Nazas. Enseguida las comisiones empezaron a actuar: unos hacían el llamado a los pobladores para lograr “quórum”; otros colocaban los carteles y las mantas; otros más improvisaban la tribuna y yo afinaba la guitarra ante la mirada curiosa de un grupo de gitanos que habían parado en el mismo punto. Una gitana gorda y vieja, me dijo a voces:

—¿Pa’dónde los llevas, mujer...? En el sur no hay nada, llévatelos al norte a las pizcas de algodón. Allá hay dinero ahora —pancarta en mano, Óscar González Eguiarte dejó escapar su risa juvenil y en tono humorístico comentó:

—La húngara cree que llevas gente enganchada para trabajar. Se ve que tienes cara de *capataza* —Óscar era un estudiante de Economía.

Pasado el mitin, echamos taco. Los gitanos hicieron lo mismo. Poco después reiniciamos la marcha cada grupo por su lado.

—Llévatelos al norte —seguía advirtiendo la gitana—. En el sur les va a ir mal.

Los alumnos de las escuelas primarias de los poblados que bordeaban la carretera, salían a recibirnos con el estandarte tricolor en alto; a veces, un ramo de flores y casi siempre los escasos ahorros de sus alcancías. Pero los niños no venían solos, sino acompañados de los vecinos del lugar, principalmente mujeres del pueblo con canastas de tortillas y panes con los que contrarrestábamos la escasez de nuestros recursos. La respuesta popular hacía verdaderamente conmovedor el encuentro en aquellos apartados parajes.

Una vez nadie salió a recibirnos. Entramos chasqueados por las calles desiertas de una pequeña ciudad. El comercio estaba cerrado, así como las puertas y ventanas de todas las casas. Por lo visto, era aquel un pueblo sin gente: nadie que pudiera leer nuestros carteles, nadie con quién efectuar el mitin acostumbrado a

lo largo del trayecto, dado que la caravana utilizaba su paso para informar y crear conciencia entre la población.

Álvaro Ríos se puso a investigar lo que ocurría en este pueblo aparentemente abandonado y descubrió que los jefes del PRI —latifundistas de la región— habían propagado una noticia que hizo cundir la alarma: “Ahí vienen los comunistas, no salgan a la calle, no lean los papeles que reparten, enciérrense dentro de sus casas y cuiden a sus mujeres y a sus hijas porque las violan y se las llevan”.

La marcha proseguía expuesta a no pocas peripecias. Nunca olvidaré a don Ignacio Valencia, tarahumara campesino de las Nieves, que quedó sin vida en el camino cuando un autobús, al pasar violentamente, lo golpeó provocándole la muerte.

¡Cómo gastamos la suela de los zapatos en esta marcha! Algunos se quedaron sin huaraches. Al quinto día de caminar y casi no podía dar un paso; mis pies estaban llenos de ampollas. Para entonces habíamos llegado a la altura del río Nazas, a donde, sin decir agua va, se presentaron las autoridades del estado.

Un carro se anticipó al cortejo y descendieron dos individuos que a zancadas llegaron hasta la arboleda donde reposábamos. Rodeada de compañeros, estaba cantando con mi guitarra cuando los desconocidos ordenaron:

—¡De pie! ¡De pie todos! ¡Llega el señor gobernador...!

—De pie, ¡madre! —dije, acentuando lo de *madre* con un acorde musical— Nosotros estamos cansados, el gobernador viene en coche —y seguí cantando.

Aún estaba con mi tonada cuando Dupré Ceniceros arribó. Era la primera autoridad de Durango y de acuerdo a su investidura, llegaba con numeroso séquito y escolta de la 10ª Zona Militar. Nosotros permanecemos inmóviles porque consideramos indigno levantarnos para doblar el espinazo en abyecto saludo de siervos.

El gobernador, recorriendo con una mirada de pretendida amistad al conjunto, saludó y a coro respondimos a sus buenos días; algunos campesinos se apartaron, él resolvió venir hasta mí y sentándose en el suelo, a mi lado, dijo:

—Cántame una canción...

—¿Cuál quieres?

—El «Corrido de Cananea».

—¡Zas! —respondí.

—Me agarraron los *cherifes* —al estilo americano— por ser hombre de peligro, todos con fusil en mano —así decía mi estrofa cuando volvieron Álvaro y los demás dirigentes que habían ido a bañarse al río, ignorando que habían llegado tan importantes visitas.

Compartimos nuestra comida con el gobernador, que la tomó sin remilgos: frijoles, chile, tortilla y agua con pinole.

Después se iniciaron las pláticas sobre los problemas de los grupos representados. Las promesas y amenazas hechas por las autoridades obraron el milagro de disolver la caravana. Creo que se dieron por resueltos la mitad de los problemas expuestos, entre ellos el de Torreón de Cañas. En consecuencia, el resultado de la marcha se consideró positivo.

¿Por qué un gobernante de tan alto rango se había desplazado hasta el río Nazas para efectuar una entrevista con campesinos que habitualmente fracasan en sus propósitos de que las autoridades los reciban y escuchen? ¿Acaso porque a nuestros gobernantes les preocupa la injusticia y el hambre que nos afecta? No. Lo que entonces preocupaba al gobernador de Durango era la visita del presidente de la República, porque lo establecido es que al presidente no se le deben amargar las recepciones con cosas tan desagradables como los problemas del pueblo. Cuando se convoca al pueblo a recibir a un mandatario, debe ir a vitorearlo, no a plantearle problemas; en caso de que se aluda a problemas,

serán únicamente los seleccionados por el PRI. El fracaso de los emisarios de Dupré Ceniceros para convencer a los campesinos de que no llegarán a la ciudad en fecha coincidente con la visita de López Mateos, fue lo que le hizo intervenir directamente.

—Oiga, *Judí*, ¿qué usted conocía al gobernador? —me preguntaron después los campesinos.

—No, ¿por qué?

—Pues porque le hablé de tú...

—Pues él me habló de tú y yo le respondí igual. He llegado a la conclusión de que en “el usted” se pierde mucho el tiempo.

La actitud de los altos funcionarios como la de sentarse a comer entre nosotros —los campesinos— revelaba una hábil artimaña típica, a fin de conquistar políticamente para, en caso contrario, imponerse por la fuerza.

Respecto de la corrupción y la modalidad de comprar a la gente, evidencia que las autoridades creen que todo militante está dispuesto a venderse. Muchos oportunistas naturalmente se venden, sobre todo en el ámbito sindical. Baste decir que a mí en ésa y otras ocasiones se me hicieron ofertas; incluso me quisieron inducir a aceptar tierras en forma individual, a lo que yo respondí que la tierra que llegara a poseer sería la que obtendría luchando, como derecho legítimo, al lado de mis compañeros.

profesor José Santos Valdés

Con el objeto de reponer energías, acepté la invitación de los estudiantes de una escuela rural, cerca de Torreón, la escuela de Aguilera.

Dos días después, fui a la ciudad de Lerdo a saludar al profesor José Santos Valdés, al que encontré en su biblioteca. Observando mi aspecto aún cansado, detuvo la mirada en mis pies, diciendo:

—¿Cómo puedes andar así? —mis pies quedaron tan lastimados al reventarse las ampollas, que la sangre al escurrir había manchado el piso. La caminata de 240 kilómetros, hecha en cinco días, me había trizado las plantas.

—Toma, ve y cómprate unos zapatos, porque con éstos no puedes andar —me dijo, dándome un billete de cincuenta pesos.

En verdad, mi nivel económico seguía siendo muy bajo; mis comisiones por la publicidad vendida y un tanto abandonada, habían disminuido. Algunas veces los anunciantes me pagaban con productos, con medicinas o con... ¡cajitas para niño muerto!

Cierta vez, refiriéndose a mi liquidación, me dijo el dueño de *El Monitor*:

—Oiga, Judith, ésta es la tercera vez que hay una cajita de muerto a su cargo. Me gustaría saber qué le pasa...

Nada, señor Salayandía, a mí nada. Lo que sucede es que a veces el hijito de un campesino se muere, vienen a verme en procura de ayuda y sólo se me ocurre telefonar a la funeraria para que nos den a crédito la cajita; luego, cuando mensualmente liquida lo de las esquelas de defunción hacen el descuento que, a su vez, entra en la liquidación de mis comisiones... Es triste otorgar una ayuda de esta índole, pero cuando es necesario ¿qué otra cosa podemos hacer...?

Considerando el asunto de que la parcela se llevaría algunos años, me trasladé con la familia a la capital del estado. La principal motivación del cambio era fundar un periódico tabloide que fuera tribuna para denunciar injusticias y arma al servicio exclusivo de los que, por falta de dinero, no lograban que la gran prensa apoyara sus demandas.

Allí quedaron en Parral mis experiencias sobre la organización de espectáculos como la lucha libre y los toros; que también sobre esto presenté una que otra corrida con novilleros modestos.

¡Ah... los toreros! No quiero meterme a hablar de la mentalidad de algunos, pero baste decir que, vinculado a los latifundistas —por cuestiones de cuernos—, ven con desprecio a los campesinos, porque suponen que la marcha de la Reforma agraria limita la extensión de las grandes haciendas, necesarias para la cría del ganado de lidia y las tradicionales tiendas, que son la escuela en que se foguean para la ejecución de su sangriento arte.

voz revolucionaria del pueblo

El periódico que fundé se llamó *Acción. Voz Revolucionaria del Pueblo*. El primer tiro fue de mil ejemplares y poco después aumentamos a tres mil. Normalmente llegó a ser de cinco mil, pero durante la campaña del Frente Electoral, tirábamos 22 mil. Se repartía gratuitamente.

Para las notas de redacción contaba con la colaboración espontánea de algunos colegas. Como artículos de fondo, más de una ocasión publicamos los escritos de José Santos Valdés por considerar que conocía como pocos la realidad rural de México.

El sostenimiento de *Acción* se lograba de una manera un tanto particular. Al recurrir a los eventuales anunciantes, les argumentaba que su firma y su prestigio eran ya suficientemente conocidos, y que su inserción en nuestro periódico no ayudaría a aumentar nada; en cambio, nosotros sí necesitábamos de un apoyo. El ocasional interpelado, entre receloso y divertido por tan desusada petición, terminaba por dar su contribución y con la suma de ellas lograba los recursos necesarios. Fue así como llegó a mantenerse en vida un periodiquito que sin lugar a dudas resultó un azote para el latifundismo, especialmente de Chihuahua.

El 2 de noviembre, fiesta macabra de gran arraigo en México, escribí las calaveras políticas.

El día que obtuve el registro de *Acción* fue tanta mi alegría que me hubiera gustado celebrarlo. Había cumplido con la norma de entregar los ejemplares de ley a la Hemeroteca Nacional y el hecho de que mi periódico figurara entre todos los que se publicaban en el país y pudiera ser consultado, me daba una gran satisfacción.

Un día, estando en la capital y cuando precisaba de consultar sobre algo que habíamos publicado, me dirigía a la hemeroteca. Me encontré con que *Acción* ya no estaba a la vista de los lectores. Incomodada, solicité a alguien del personal:

—Señorita, necesito ver *Acción*, de Chihuahua.

—Un momento —dijo y desapareció. Pasados unos minutos, regresó asegurando:

—No existe “*Acción*” de Chihuahua.

—¡Cómo no va a existir, señorita, si yo lo publico y entregué a la hemeroteca los ejemplares de ley!

—Tendrá que hablar con el director.

Me dirigí a su oficina cuando un empleado, procurando no ser notado, me hizo señas de acercarme.

—Dígame —pronuncié, sin poder disimular mi fastidio.

—A principio de la semana vinieron dos norteamericanos, pidieron *Acción* de Chihuahua y tomaron fotografías a distintas páginas. No puedo decirle más, pero como usted ve, su periódico ya no figura en la hemeroteca.

Si retiraron mi periódico —pensé— porque es un periódico mal hecho, estoy de acuerdo, porque yo nunca me preparé para hacer las cosas que hago, simplemente las hago. ¿Pero qué explicación tiene que le hayan tomado fotografías? ¡Ah, esa fue la CIA!, me dije.

Considerando que los informes se me daban con vistas a obtener alguna gratificación, como es usual, saqué cinco pesos de la bolsa y se los di al empleado.

—Muchas gracias, señor —dije buscando la puerta de salida.

—Pero, ¿qué no va a ver al director?

—¿Para qué...? En realidad, no tiene importancia que el periódico siga estando aquí. Para mí los campesinos son más importantes que la hemeroteca... y los campesinos seguirán recibiendo Acción. Gracias y adiós.

En este período yo visitaba mucho las prisiones porque los campesinos eran encarcelados por cualquier pretexto. Por ejemplo, una de las más conocidas maniobras de los latifundistas consiste en hacerlos encarcelar en el tiempo apto para las siembras. Pasado éste, son liberados. La repetición constante de tal atropello hace que el campesino vea transcurrir los ciclos de siembra sin poderlos aprovechar. El caso de Secundino López fue uno de los que más me conmovió.

Secundino era un ejidatario de Zaragoza, en el Municipio de Galeana: analfabeto, 70 años, regular estatura, piel muy morena, pelo cano, los dientes superiores le faltaban, calzaba huaraches y usaba sombrero de palma.

Su mujer, Belem Millán, de 38 años, esbelta, de rostro agraciado, morena, muy talentosa, sabía leer y escribir y poseía un carácter dispuesto siempre a la sonrisa y a la amistad. Producto de su matrimonio eran cinco hijos, el menor de los cuales, Timoteo, contaba catorce años.

La mayor parte del tiempo Secundino lo pasaba en la cárcel. Ello era debido a las maniobras de una señora que se decía dueña de la tierra que por cinco años había cultivado Secundino.

La parcela, efectivamente, estaba a nombre de la señora, pero la había abandonado en virtud de que tenía mayores intereses de tierras y negocios en otra parte. Era “colona” y la ley establece que no puede ser al mismo tiempo ejidataria. Para ser poseedora legítima de la parcela de Zaragoza, debería vivir precisamente allí.

Pero su ambición impediría que escapara de sus manos una parcela que no podría cultivar. Por eso utilizó a Secundino, proponiéndole:

—Usted haga aquí su casita; le ayudaré con semillas, cultive la tierra y vamos a medias.

Pero solamente dos veces aportó su contribución, no obstante, cosecha tras cosecha era reclamada por sus enviados. Cuando Secundino protestó por su falta de cumplimiento al compromiso, ella usó todos los ardides para ahuyentarlo contando con un balance que le favorecía: la tierra ya estaba desbrozada, cercada y la casita erigida con el esfuerzo de aquellas manos campesinas. Entonces empezaron las calamidades para Secundino. Sobre las tiernas sementeras aparecían hatos de cerdos, ganado o tractores arrasándolo todo. Cuando esto no ocurría y la siembra prosperaba, hasta la cosecha que era guardada en la troje llegaban las autoridades, se apoderaban del producto y Secundino iba a parar a la cárcel, acusado de “robo de cosecha”. El argumento era “si la parcela es de la señora, lo que se da allí le pertenece”. En tal virtud, Secundino era un ladrón: un delincuente común.

Secundino hizo del conocimiento de las autoridades agrarias el conflicto y con base en que la ley establece que después de cultivar tres años consecutivos una misma tierra, el campesino tiene derecho a su posesión y probando además que, de acuerdo al Código agrario, nadie puede ser colono y ejidatario al mismo tiempo, cursó los trámites correspondientes para usufructuar la tierra que por cinco años ya estaba cultivando. Fue entonces cuando le conocí junto con Belem, porque yo reportaba para Acción y ellos andaban *de la ceca la meca* con el papeleo ilusorio que les hacen correr las dependencias agrarias a los campesinos. Hubo ocasiones en que fue aprehendido al salir de las oficinas de la Delegación agraria. Yo me enteraba de estas cosas e intervenía y no sólo en el caso que relato sino en el de muchos otros compañeros; por

eso mi casa se convirtió en el apeadero de tantos que del interior venían a tramitar sus asuntos.

—Si hubiera visto qué chula cosecha levantaron mis hijas —me dijo Secundino refiriéndose a una de las veces en que, por estar en la cárcel, ellas y Belem tuvieron que barbechar, sembrar y cosechar para que el tiempo propicio no se desperdiciara.

Un día un grupo de mujeres me dijo: “Es injusto lo que hacen con Secundino. El comisario ejidal, el comisario de policía y el juez están contra él porque la señora tiene influencias y desparrama dinero entre ellos para hacerlo salir de Zaragoza. Hemos tomado un acuerdo, a ver si nos da resultado”.

Pregunté en qué consistía tal resolución y respondieron:

—Mire, *Judí*, en esto los hombres nada tienen que ver y tampoco queremos que Belem lo sepa, pero pensamos ir a echar abajo la cárcel para sacar a Secundino, ¿cómo la ve? —La sorpresa me dejó muda, en tanto que ellas agregaron:

—¿Usted cree que se atrevan a disparar sobre nosotras si vamos puras viejas?

—Sí, dispararán sobre nosotras y matarán a Secundino —dije espontáneamente “nosotras”, porque sentí que era partícipe del drama que afrontaban—. Pero veamos con calma, ¿queremos ver libre a Secundino o queremos verlo muerto?

—Lo queremos libre.

—Entonces no es cuestión de lanzarnos así nomás pretendiendo derribar las paredes de la prisión con nuestro propio cuerpo. Si hemos de hacer algo semejante, habrá que preparar un plan de acción doble y simultánea, que ofrezca mayores probabilidades de éxito. Ustedes, por su parte, analicen la cuestión; yo haré otro tanto y dentro de 100 días estaré de regreso en Zaragoza.

En el curso de la semana recibí la visita de un “propio” que me comunicaba que Secundino había sido liberado, por lo cual,

—pensé— por esta vez desaparecía el peligro de que las mujeres campesinas atentaran contra la cárcel. Pero la libertad que disfrutaba Secundino se hallaba amenazada siempre. Se le provocaba, se le hostigaba en todo momento y se le perseguía. Esto lo orilló a irse al monte para proteger su vida.

En tales circunstancias Belem viajó a la Ciudad de México procurando la intervención del Departamento agrario. Pasó días enteros haciendo antesala sin ser recibida, en tanto procuraba conciliar el hambre y el sueño como podía, siempre aguardando la posibilidad de que las autoridades agrarias de la capital contemplaran su problema, dado que la representación estatal sólo daba largas al asunto. Era chocante el contraste de la presencia de esta campesina con su conocimiento del ámbito rural —que en este caso de nada sirve— ante la selva de cemento de la gran ciudad. Con su inexperiencia de la vida de la gran urbe, Belem veía multiplicarse las dificultades.

Por su parte, Secundino, preocupado por la ausencia de Belem, bajó furtivamente para ver a sus hijos. Su presencia no pasó inadvertida para algún ojo delator, que dio aviso con la consecuencia de que, a poco rato, cuatro vehículos motorizados, rompiendo la tranquilidad de la tarde, cruzaron a saltos los matorrales rumbo a la casa de Secundino.

—¡Son las autoridades y van armados...! ¡Santo cielo! ¿Qué va a suceder? —exclamaban con azoro los campesinos.

Rodeada la casa, empezaron los disparos conminándolo a entregarse. Secundino resistió y contestó al fuego. Los agresores arrojaron llantas en flamas para que el humo le hiciera salir. Secundino capeaba las llantas y las devolvía hacia afuera. Finalmente, una de sus hijas, poseída de pánico, salió corriendo, resultando capturada y utilizada como rehén.

—Tenemos a tu hija, Secundino, si no te entregas ¡la matamos!

Así cesó la resistencia de Secundino. Abandonó su morada seguido de hijos y nietos, entre los que había un niño de tres años. Los agresores prendieron fuego la casa, ante la mirada de sus recientes moradores.

Cuando al otro día regresó Belem de la Ciudad de México, a su desilusión por el fracasado intento de hacerse oír por los jefes del Departamento agrario, debió sumar el espectáculo macabro del solar en que se hallaba su casa y que no volvería a ver: sólo encontró cenizas y restos de palos calcinados.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué ha sido de mi marido? —sus gritos desesperados se proyectaban en todas direcciones mientras avanzaba conmovida hacia el monte—. ¿Por qué nos hacen esto? ¿Por qué no nos dejan vivir? —repetía acongojada creyendo que en las cenizas de su casa se hallaban también las de sus familiares.

Luego pudo saber por información de los vecinos, que sus hijos habían sido repartidos en diferentes familias del ejido y que su marido estaba en la cárcel acusado de lesiones y resistencia a las autoridades.

Cuando Belem llamó a mi puerta, el llanto no le permitía articular una frase coherente. Fue al cabo de un rato que pudo decirme con amargura:

—Compañera *Judí*, ¡mejor me volviera perro! ¿por qué no nacimos perros? —fue en ese momento que a través de su relato me enteré del vandálico episodio.

—Hay que poner la queja con las autoridades —le dije.

—¡Pero si son las autoridades las que nos han hecho esto! ¿Con quién vamos a quejarnos...?

A partir de entonces, Belem y sus hijos se fueron a vivir conmigo y cuando Secundino volvió a estar libre, yo tenía otra canción escrita sobre las penalidades de los herederos de la lucha

de Zapata; cuando la cantaba, Secundino y su familia lloraban copiosamente. En mis andanzas por el norte esta canción arrancó muchas lágrimas a la gente del medio rural y fue así como, compartiendo su lucha y sus penas me fui metiendo más y más en sus filas notando como, al hablar, empezaban a dar sus palabras un dejo de rebelión.

*Solicitando parcela
los años fueron pasando
Cárdenas daba la tierra
y Alemán la iba quitando.
Inafectabilidades
que nos mandaron al cuerno
a mí me dejó sin tierra
este bárbaro gobierno.*

Alicia y Chemita habían conseguido trabajo como cuidadores de la finca-hotel de una rica negociante de la ciudad de Chihuahua. La finca estaba en las afueras.

No era fácil para esta pareja encontrar colocación, porque él no podía desempeñar labores pesadas a consecuencia de los años que trabajó en las minas y que le ocasionaron una silicosis que lo condenó por el resto de su vida. Por eso fueron a cuidar esta casa en el campo, recibiendo a cambio una modesta remuneración.

Un día, haciendo una reparación de carpintería, Chemita se accidentó hiriéndose un pie.

—Fue un accidente de trabajo, señora. Yo no quisiera molestarla, pero tendrá usted que ayudarme porque con lo que gano, no puedo pagar un médico.

—Despreocúpese, eso no es nada, mañana estará bien.

Pero la herida se fue infectando y la patrona, bajo la presión de su empleado, muy a su pesar, tuvo que hacerse cargo de la situación.

—Tenga —le dijo entregándole una tarjeta—. Localice a esta persona. Como va de parte mía lo curará sin cobrarle nada.

En la tarjeta se leía el nombre y dirección de un profesionista, bajo la cual decía veterinario. “¡Carajo con estos ricos!”, exclamé con arrebató cuando Chemita, cojeando, llegó por mi casa y me lo contó. ¿Cuándo nos levantaremos contra esta parte de la sociedad que sólo sabe escupir sobre los pobres sin el menor remordimiento?

—Estoy furiosa, Chemita. ¡A los obreros quisieran ponerlos bajo el cuidado de los veterinarios y a los campesinos quisieran oírlos mugir y bramar para arrearlos como ganado! ¡Ricos de mierda! ¡Y el gobierno que no remedia estas injusticias también es una mierda!

un motín por el candidato

A mediados de 1964, el partido oficial anunció la visita de su candidato a la presidencia de la República. La maquinaria estatal del PRI empezó a moverse. Carteles, letreros, retratos, consignas, banderas, canciones. Chihuahua estaría de gala. La propaganda se desbordaba por radio, prensa y televisión. ¿Cuesta caro? No importa. Hay fondos.

En lo alto del cerro del Coronel apareció un gigantesco letrero en verde, blanco y colorado. Eran los colores de la Patria, las siglas del partido y el nombre del candidato. Cada letra medía noventa metros. Según dijeron, tenía un valor de cien mil pesos. Para darle iluminación nocturna instalaron una planta de energía eléctrica. ¡Qué lindo se veía! Sólo que de día y de noche tenía que ser vigilado por el Ejército para que el pueblo no lo destruyera.

En las faldas peladas del cerro Coronel, suelen habitar en cuevas naturales, muchos de los tarahumaras que bajan de la sierra a pedir córima*, otros a vender sus artesanías y de paso, si se ofrece, posar para los turistas. Viven constreñidos, debido a un proceso histórico de represión, discriminación y explotación, a un estado de atraso lamentable.

Allí vi a niños semidesnudos, llenos de granos y piojos y sus barrigas abultadas a causa de los parásitos, pero en lo alto de aquel cerro, justo sobre sus cabezas, había cien mil pesos desparramados en el calor de un letrero tan ridículo como afamado e inútil.

Generalmente los candidatos al PRI, aunque sean a la presidencia de la República, son repudiados por el pueblo. A esto se debe que el partido gaste harta plata en el acarreo de gente a sus manifestaciones. A esto se debe también que a los burócratas y trabajadores sindicalizados bajo el control patronal-gubernamental, se les descuente uno o más días de sueldo si no asisten “voluntariamente” a los actos que organiza.

En el año de mi relato, a los acarreados en zona fronteriza se les ofrecía 40 pesos y su torta†, y solo 20 a los enganchados en el interior. En su mayoría, estos contingentes son reclutados entre la masa rural. La gente es muy pobre, hay desempleo, y ganarse una corta feria a nadie la cae mal. El PRI lo sabe y así forma sus multitudes.

Claro que no le faltan problemas con estos “voluntarios”, porque algunas veces se niegan a bajar de los transportes si no se les paga por adelantado el favor. Así sucedió aquel día, cuando Gustavo Díaz Ordaz, candidato del PRI a la presidencia, visitó la ciudad de Chihuahua.

* CÓRIMA: Limosna.

† TORTA: Pan con carne, jamón u otro alimento.

En la planta baja de céntrico hotel, improvisaron una oficina con teléfonos y máquinas de escribir a disposición de los representantes de la prensa nacional y local. ¡Claro, había que boletinar cuanto se relacionara con tan importante suceso!

Yo era corresponsal de la revista Política, que dirigía el ingeniero Manuel Marcué Pardiñas, actualmente prisionero político en la cárcel de Lecumberri en el Distrito Federal.

Esta revista tenía una amplia circulación. Era la única tribuna de la izquierda mexicana. En aquella oficina me encontraba con los colegas cuando uno llegó con la insólita noticia:

—¡Muchachos! ¡Muchachos! ¡Ya se armó el pedo...!

—¿Dónde? —preguntamos con sorpresa.

—Allá afuera. ¡Están apelando a Díaz Ordaz!

—¡Pues esto no me lo pierdo! —dije y salí atropellando cuanto a mi paso encontré.

Había terminado el mitin dejando una multitud colérica frente al Hotel Fermont. ¿Por qué la ira...? ¿Qué estaba sucediendo?

Me puse a averiguarlo y supe que un estudiante de nombre Jesús Mariñelarena trató de plantear al candidato oficial los problemas que en esa etapa afrontaba el estudiantado chihuahuense. Mariñelarena subió a la tribuna y el candidato bajó de ella con los hombres de su comitiva. Al mismo tiempo, bocinas, silbatos, matracas y cuanto instrumento de ruido se usa en estos eventos, atronó el espacio de manera ensordecedora.

¡Claro!, el PRI no iba a permitir la intervención de nadie fuera de su control. Se había invitado a la ciudadanía a aclamar al candidato, no a plantearle problemas. Pero los dirigentes de la tramoya electoral no pudieron prever que, frente a la actitud despectiva de los políticos visitantes, los asistentes a esta “fiesta cívica” reaccionarían en favor de Mariñelarena.

Gritaron vivas al estudiante y conceptos injuriosos al candidato, que se dirigió presuroso al Fermont, seguido de una multitud irritada. Recuerdo el llamado drástico de la gente para que saliera, pero él se resistía. La inconformidad crecía como la espuma y finalmente reapareció diciendo:

—¡Señores, este lenguaje de violencia que ustedes hablan, yo no lo entiendo! ¿Qué es lo que quieren?

Si efectivamente se interesaba en saber qué quería el pueblo, ya era tarde. Una lluvia de palos, cáscaras y pancartas fue la respuesta. Había dejado pasar el momento oportuno para mostrar interés por los problemas de los chihuahuenses expuestos sin el artificio de los jilgueros oficiales.

Los dirigentes estatales del PRI no sabían qué hacer. Hasta ahora todo marchaba sin complicaciones por los rieles que habían tendido. La escena del candidato mostrándose amoroso frente a la niñez descalza y hambrienta, estaba bien; y aquélla donde abraza a una anciana de rebozo y blanca cabellera; y las otras estrechando la mano de un obrero o mostrándose paternal frente a las carencias de un campesino. Todo había tenido su curso normal. Qué buenas fotografías se habían tomado en cada ocasión. ¡Pero aquel desbordamiento de repudio popular no estaba programado!

¡Qué conflicto, señor...! Esto podría proyectarse en el futuro de los políticos y caciques locales; ponía en juego su carrera política y los privilegios que el indudable presidente podría dar... o quitar.

Mientras tanto, llegó la hora en que el candidato debía trasladarse al cine Chihuahua, para recibir las alabanzas del Sector Femenil del PRI, que había convocado a la población femenil local.

El vehículo que le conduciría estaba cerca, pero para abordarlo tenía que abrirse paso en medio de aquella multitud. El candidato pasó junto con parte de su comitiva también. Lo hicieron

alzando los brazos, pero ya no para saludar demagógicamente sino para proteger sus cabezas.

¿Escaparon al manoseo de los electores? No, claro que no. Llevaban en la ropa y en la piel señales del baño de basura que recibieron. Todavía en el estribo del autobús, con el traje maltrecho y en el rostro una mueca que pretendía ser sonrisa, el candidato ensayó un saludo levantando el brazo al estilo de los boxeadores, siempre bajo una lluvia de cáscaras.

La puerta del vehículo se cerró violentamente y partió sin que Carlos Trouyet alcanzara a subir, quedando en la calle cortado de la comitiva. En medio de la rechifla, este acaudalado hombre de la banca mexicana tuvo que volver sobre sus pasos y refugiarse en el Fermont.

Entonces regresé a la oficina de prensa. El momento era propicio para los comentarios. Todos hablábamos de la pelotera.

—¿Viste el golpe que llevaba en el pómulo?

—¡Peor que eso! ¡En el cuello una rozadura le manchó de sangre la camisa!

—¡A mí lo que me gustó fue que al general Mendoza le estamparon una cáscara de plátano en la cara!

¡Caramba!, pensaba yo, ¿cómo irá a terminar este gobierno si tan mal empieza?

De pronto llegó un compañero diciendo que la gresca cobraba nuevos ímpetus y que las eminencias políticas del partido oficial no lograban salir de sus dificultades con el pueblo.

Bolso y libreta en mano, abandoné la sala y me lancé a la calle. Era cierto. Todo el mundo gritaba lanzando lo que encontraba a mano contra la sede provisional del cortejo propagandístico del PRI.

—¡Chanchulleros! ¡Farsantes! ¡Tramposos! ¡Cabrones! ¡Putos! —de todo gritaba la gente. Una periodista inexperta como

yo, pensé, ¿cómo debe reseñar esto? ¡Mejor me voy a la capital y se lo cuento a Marcué!

Mientras tanto la tormenta crecía y crecía. ¿A dónde iría a parar? Yo estaba desconcertada en medio del despepente cuando distinguí una voz que gritó:

—¡Arriba, Judith! —y por rumbos distintos otros vocearon igual y otros más agregaron:

—¡Arriba el FEP!

El FEP eran las siglas del Frente Electoral del Pueblo. Era la oposición de la izquierda independiente que me había postulado candidata al senado de la República, por el estado de Chihuahua. Este frente fue creado por el Partido comunista porque, aunque las leyes mexicanas dicen permitir la expresión de todas las ideas políticas, en la realidad, a los comunistas no se les permite, como partido, participar en las elecciones.

Y fuimos a la contienda sin ilusiones de tipo electoral —porque en México el resultado del escrutinio ya se halla determinado por el gobierno antes de la propia campaña—, pero necesitábamos la tribuna callejera para hablar al pueblo de los fraudes del régimen y lo injusto del sistema, dado que todavía hay muchos que dicen:

—Vamos a las elecciones, tal vez con el cambio de gobierno cambie nuestra situación.

Pensando así el pueblo ha visto pasar sexenio tras sexenio. Gobernaron los Ávila Camacho, los Alemán, los Ruiz Cortines y otros, pero para los pobres, la miseria, el desempleo, el analfabetismo y la injusticia no cambiaron. El único cambio fue el nombre de los presidentes en turno, para distinguir en la historia sus respectivos períodos, igualmente infamantes.

Ávila Camacho fue “el presidente caballero” y Miguel Alemán “el cachorro de la Revolución”.

—El maestro habrá querido decir “cacharro” —me dijo un campesino refiriéndose en lo de maestro a aquél que reptaba siempre a la sombra de los gabinetes presidenciales.

Porque a través de todo el tiempo, los gobiernos del PRI han tenido cuidado de que no les falten sus aduladores. Son cortesanos parlanchines con pretensiones de marxistas, condición que les sirve para navegar lo mismo entre la corriente de la izquierda que dentro de las aguas gubernamentales. Estos “marxistas-gobiernistas” siempre encuentran la forma de justificar los actos de barbarie que cotidianamente se cometen en contra de los estudiantes y los campesinos. De la izquierda activa, dicen que es la izquierda delirante, que somos aventureros, que estamos acelerados, que somos provocadores y cosas así. Pronostican “que el socialismo vendrá sin necesidad de bochinchas ni mitotes”. Aseguran que estamos en pleno desarrollo y que la economía del país se desliza con la gracia de una danzarina en línea ascendente hacia el desarrollo total. Luego, pretendiendo frenar la acción reivindicadora de las mayorías, advierten que tenemos dos mil kilómetros de frontera con los Estados Unidos y que si nos alebrestamos, los yanquis pueden invadirnos en cualquier momento. ¡Puf...! Los Estados Unidos no tienen frontera con Vietnam y el mundo es testigo de cómo invadieron este país que se encuentra a miles de kilómetros de su territorio. Además, la vecindad con los gringos no vamos a evitarla nunca. ¡Ni modo de llevarnos a México para otra parte!

Y como a una concubina vergonzante, los gobiernos del PRI le pagan en secreto la casa a esta izquierda domesticada.

Hay otros aduladores que no se inclinan ni a la derecha ni a la izquierda. Son simplemente serviles de quienes están en el poder. ¿Pero quiénes son los que están en el poder...? ¡Pues los hombres de la derecha! Porque al triunfar la Revolución, en cuanto pudo, la derecha se puso el sombrero de Zapata —al que

asesinaron— y las pistoleras de Villa —al que también asesinaron— y desde entonces posa con petulancia para que el mundo le mire su cara “revolucionaria”. Esta derecha mañosa, hipócrita y rastrera, se apoderó de la Revolución para inmovilizarla y convirtió la Constitución del 17 en una pieza de museo. Por eso, cuando los obreros, los campesinos, los estudiantes e intelectuales reclaman su aplicación, van a parar en las mazmorras del régimen, si es que salen con vida del empeño.

Mientras tanto, para demostrar la prosperidad que produce la “Revolución mexicana”, los políticos del PRI se autoagasajan y nos apantallan con el despilfarro de sus campañas electorales.

Una vez, en Cuauhtémoc, vi cómo se dieron un banquete sobre largas mesas de manteles blancos. Entre música de mariachis y flores se hartaron de pollo, vinos y cervezas. Hubo discursos, aplausos y vivas. Al final, armonizando eructos y palmadas, ofrecieron al pueblo los platos con los restos de comida, particularmente a los niños que presenciaban el festín tras las cuerdas con que habían circundado el lugar del agasajo. Lágrimas de indignación y dolor nublaron mis ojos al ver la ansiedad con que la chiquillería hambrienta tendía los brazos para alcanzar aquellos huesos.

Le habían concedido al pueblo el privilegio de verlos comer. ¡Ah, detestable partido oficial! El partido de las mayorías, dicen ellos; pero los que lo dicen, son la élite del PRI; millonarios todos.

Todos los latifundistas que conozco pertenecen al PRI.

Los dueños de los aserraderos pertenecen al PRI.

Los capitalistas del monopolio camionero pertenecen al PRI.

Los dueños de las grandes negociaciones muebleras pertenecen al PRI.

Los dueños de los grandes fraccionamientos pertenecen al PRI.

Los dueños de las cadenas de radio y televisión pertenecen al PRI.

Los dueños de las cadenas de periódicos y revistas pertenecen al PRI.

Los regentadores de lupanares pertenecen al PRI.

Los dueños de hipódromos, galgódromos y casinos pertenecen al PRI.

Los acaudalados generales pertenecen al PRI.

Los hombres de la banca mexicana pertenecen al PRI.

Son la élite del partido, cuyos peores ejemplares escogen para llevarlos al poder. Cada sexenio escupe una nueva “familia revolucionaria”, porque cuando el candidato llega al poder, no llega solo, trae consigo un equipo devorador de los tributos del pueblo, incluyendo a los familiares que gravitan sobre las espaldas del sufrido contribuyente mexicano.

Estos priistas, frente a la masa rural gritan emocionados. ¡Viva Zapata!, pero si el campesino lucha por arrancarle un pedazo de tierra al latifundismo institucionalizado y ocioso, no titubean en aplicar la implacable sentencia del porfiriato: “mátalos en caliente”, para que nadie trastorne el orden establecido.

Cada sexenio tenemos una Primera Dama que siempre es condecorada por algo que jamás hizo, y nunca faltará un hijo, sobrino o yerno que sea ingeniero y esté dispuesto a “construir para la patria”.

Los jugosos contratos para la construcción de obras suntuosas, los inmensos latifundios, los monopolios y las concesiones son, a no dudarlo, para esta “familia revolucionaria”: ¡Qué caray, para eso llegaron al poder!

Las elecciones nunca han cambiado este estado de cosas, antes bien, han servido para consolidarla: un periódico espolvoreo de la fachada de una estructura decrepita.

Todo esto era lo que yo precisamente me encontraba cavilando, confundida en aquella hora con la muchedumbre. De pronto se alzó una voz que me aludía arrebatándome del mundo de las reflexiones:

—¡Que cante!

—¡Que suba al templete! —las voces se sumaban.

—¡Échate la de «Los influyentes»!

En un buen lío estaba metida. Yo no podía cantar y tampoco subir a la tribuna del PRI, porque como militante de la izquierda y candidata de la oposición, tendrían el pretexto para decir que andaba allí en plan de provocadora, cuando sólo trataba de cumplir con mi ocasional tarea de periodista. Disculpándome, busqué la forma de escabullirme. Así llegué a la parte trasera de la tribuna, que coincidía con la puerta de entrada a la Presidencia municipal.

—Necesito entrar por asunto del periódico —expliqué a los policías de custodia.

Franqueáronme la puerta y crucé el umbral. En el pasillo de la segunda planta había un escritorio y una silla; como nadie la ocupaba, me senté nerviosa y pretendí escribir en mi libreta. De pronto, levanté la vista y vi la alta figura de Roberto Ortiz, presidente municipal, que tranquilamente inquirió:

—¿Qué estás haciendo?

—Mis notas...

—¿Quieres un café?

—¡Oh, sí, me caería muy bien! —le agradecí y pasamos al salón de cabildos.

Era una sala amplia y limpia; del techo pendían antiguas lámparas de cristal y la luz del exterior destacaba la belleza de las figuras y los colores de los vitrales de las ventanas que daban a la calle. Bajo el impacto de los sucesos tomábamos

el café en la mesa de deliberaciones, cuando un empleado municipal anunció:

—¡Señor, están destruyendo los carteles y las mantas de la propaganda!

Roberto, incomodado, respondió:

—Lo siento, pero yo no puedo hacer nada. Sírvenos otra taza de café —no la habíamos terminado cuando el empleado acudió nuevamente:

—¡Están rompiendo el retrato de la fachada y ya bajaron todo el ornamento!

—Déjalos, ya se cansarán. Yo no puedo hacer nada —seguimos con nuestro café teniendo como fondo los murmullos del descontento callejero, pero el empleado por tercera vez insistió alarmado:

—¡Señor, con toda la propaganda que arrancaron prendieron fuego bajo el templete!

—¡Llama a los bomberos! —ordenó Roberto.

No tardó en oírse el silbar de las sirenas de los bomberos que al llegar fueron recibidos a pedradas. Por lo visto, el gentío estaba resuelto a que el fuego consumiera la tribuna del PRI y obstaculizaba las maniobras. No obstante, el fuego fue extinguido. Nosotros, desde las ventanas contemplábamos los estragos y el empleado, por su parte, ya no esperó ninguna orden y nos sirvió otra taza de café.

Pero los teléfonos sonaban insistentemente y pude darme cuenta que, unas veces de la 5ª Zona Militar, otras de la Procuraduría, presionaban a Roberto para que, en su condición de alcalde, tomara medidas enérgicas para apaciguar el tumulto.

—¿Qué piensas hacer?

Roberto, dudando en comentarlo conmigo, expresó finalmente:

—¡Nada! El problema no es mío. ¡Que lo resuelvan ellos! No quiero que el día de mañana se diga que yo lancé a la policía contra el pueblo. Si ellos quieren intervenir, será de su responsabilidad —y dado que no había nada qué hacer, seguimos tomando café. De pronto reapareció el empleado y con voz y cara de desgracia, anunció:

—¡Señor, otra vez prendieron lumbre bajo el templete y está ardiendo todo!

Rápidamente se consumió la tribuna del PRI y en rabiosa danza de fuego las llamas lamieron e incendiaron la Presidencia municipal. No tardaron en arder los marcos de las ventanas, las puertas y los pisos de madera. En la planta baja se consumieron algunos escritorios y libreros, estallaron vitrales y de pronto nos encontramos envueltos en el humo más denso que he respirado en mi vida. Parecía que nos hubiéramos sumergido dentro de la chimenea de una vieja locomotora en acción. Yo no sentía el calor sobre la piel, lo sentía en el torrente de la sangre. Lo sentía en la médula de los huesos.

Buscando salvación, bajamos al primer piso, pero el ambiente era irrespirable. Subimos y parecía que con nosotros también subía el fuego. Estábamos atrapados en aquella hoguera catorce empleados de la presidencia, el alcalde y yo.

A fuerza de buscar, alguien encontró un tablón y trató de apoyarlo en una azotea vecina. Parecía que por allí podríamos escapar, pero no, no alcanzaba.

—¡El más fuerte que sostenga un extremo y el otro procuremos fijarlo enfrente! ¡Sí! ¡Así está bien! ¡Pásale Judith!

—¡Paso madre! —les dije— ¡No quiero reventarme como sapo en el pavimento! —veía tan angosto y tembloroso el tablón que más parecía una serpentina. En aquel momento recordé un episodio de mi vida, cuando traté de aprender a caminar sobre el alambre.

Con desaliento me alejé del sitio de maniobras y, temerosa de que no saldría viva de aquella experiencia, me dejé caer resignada en un banco de piedra. El fuego crecía. Trepaba devorando. Quería consumirlo todo.

Pensé que no había escapatoria; que pronto sufriría la muerte por quemaduras y que había llegado el momento de despedirme del mundo. ¡Adiós a mi padre y a mi madre! ¡Adiós a mis hijos y a mis hermanos! ¡Adiós campesinos y estudiantes de Chihuahua y Durango, ya no cantaré para ustedes ni mis canciones podrán apoyar sus luchas! ¡Adiós, Chihuahua, querida tierra que adopté como mi tierra...! ¡Aquí quería morir!

Así pensando, me sentía invadida de una gran calma y conformidad. De pronto, escuché:

—¡Este tablón si alcanza...! ¡Pasemos por aquí!

Sin pérdida de tiempo fuimos pasando uno a uno, lentamente y sin mirar hacia abajo. En un santiamén estuvimos a salvo en la azotea de una institución bancaria situada a la izquierda de la presidencia y desde allí pude ver las calles bloqueadas por la muchedumbre que contemplaba el siniestro. El cuerpo de bomberos desempeñaba sus funciones por segunda vez, ahora sin ser obstaculizado. ¡Qué grata sensación experimenté al sentir en el rostro la fresca salpicadura del agua!

Cuando por la tarde del mismo día volví por allí, observé que las bancas de la plaza habían sido arrancadas. Los edificios próximos a la presidencia tenían los vidrios rotos y las paredes ahumadas. La propaganda oficial había desaparecido. No se veía ya ni un solo retrato de Díaz Ordaz y del templete del PRI quedaban únicamente las cenizas.

Por la noche, la Unión Ganadera ofreció un banquete al candidato. La ciudad quedó patrullada por el ejército.

en la cárcel

Cuatro semanas después, guitarra en mano, me pusieron en la cárcel. Los interrogatorios eran largos y estúpidos. Algunas veces pretendían ser capciosos esperando que me metiera en la trampa. Me interpelaba uno y luego otro. Ocho horas al hilo cada quién y machacando siempre sobre la idea de que yo había llevado tres mil estudiantes a darle fuego al templete. Y decían poseer 248 fotografías que lo probaba. ¡Qué exageración! ¡Ni en mi mejores tiempos de artista se me retrató tanto!

La acusación que se me hacía era absurda, porque si alguien había llevado gente a aquella “fiesta cívica” había sido el PRI, no yo, y si los acarreados para aclamar al candidato le habían dado la espalda a la hora de las dificultades, me imagino que fue por la sencilla razón de que les pagaban para aplaudir y no para jugarse el pellejo.

Frente a mis inquisidores empecé a sentirme fatigada. Uno de ellos puso ante mis ojos un documento, vociferando:

—¿Qué es esto?

—Yo no sé.

—De nada le va a servir negar su vinculación con esta gavilla.

—Ignoro de quienes habla y desconozco el contenido de ese documento...

—¡Pues léalo! —ordenó impacientándose.

El encabezado decía «Ejército Popular Mexicano». Recuerdo que el texto hablaba de la corrupción del sistema, de la burla que se hace de los campesinos a través de una Reforma Agraria manejada por los latifundistas; de la venalidad de los líderes “charros” que han contribuido a que el sindicalismo en México sea un medio de control del Estado; de la falta de garantías individuales y la farsa electoral; se invitaba a la rebelión y rubricaba diciendo: “dado en la sierra de Chihuahua”.

Guardé silencio evidentemente impactada, no sólo por haber llegado al conocimiento de que había alzados contra el gobierno, sino porque descubrí que los que habían tomado el fusil, luchaban los mismos motivos por los que luchaba yo con mis canciones.

—¿Qué grado tiene usted en el Ejército?

—¿Yo...? ¿Grado en el Ejército? ¿Está usted loco?

—¿Qué grado tiene en el Ejército Popular Mexicano?

—Yo sólo conozco el Ejército Nacional Mexicano y... el Ejército de Salvación, y le aseguro que no pertenezco a ninguno de los dos —terminé diciendo esto de pie.

Entonces, el sujeto me dio un empujón tan fuerte que rodé junto con la silla y ésta se rompió. No pude levantarme luego, sino pasados unos minutos, durante los cuales tuve que soportar una retahíla de improperios.

—¡No se haga pendeja! Nosotros conocemos todos sus pasos.

—Y todas mis canciones —le respondí—. Es por mis canciones que me vigilan, me persiguen y me encarcelan. Estoy segura de que si pudieran prohibirme cantar, lo harían...

Los interrogatorios policiacos son, como dice Pepito de la chinche: un animalito que jode y jode y jode... Por eso birbiquean [sic] con sus acusaciones horas y horas, tratando de restarle a uno la resistencia para ver si por cansancio acabamos admitiendo o contradiciéndonos en algo. Luego cambian repentinamente el tema con algo insólito, como en esta ocasión sucedió, al poner frente a mí cinco artefactos de forma cilíndrica:

—¿Qué es eso?

—Yo no sé; pero usted que lo sabe, dígamelo porque me muero de curiosidad.

—Guárdese los chistes para otra ocasión. Esto es serio. ¿Qué tiene que decir acerca de estas bombas?

—¿Acerca de estas bombas? ¡Pues nada! —dije sintiendo que el estómago se me ponía al revés—. Si usted dice que son bombas, no lo discuto. —Seguramente mi rostro reflejó miedo porque mi interlocutor precisó.

—¡Estas bombas pueden estallar!

—...y volaremos con todo el changarro —agregué recuperándome de la sorpresa.

—Mire, Judith... si usted colabora se ahorrará muchas dificultades y molestias. Piénselo bien y diga quién puso esas bombas.

—¡Pues usted! Recién las trajeo ¿ya se le olvidó?

—Quiero decir que ¿quién las puso en Casas Grandes? Afortunadamente las descubrieron antes. Querían volar la tribuna, ¿verdad?

¡Pácatelas! Estaba obteniendo en fuentes policiacas una información que no había trascendido. ¡Ah!, esto también tendré que contárselo a Marcué, ¡faltaba más!

No sé cuánto tiempo transcurrió entre preguntas, respuestas y silencios; lo cierto es que llegó el momento en que el cansancio empezó a hacerme vacilar sobre la silla, los párpados se me cerraban y la cabeza se me había convertido en un peso desproporcionado a mis fuerzas.

—Tráete la toalla —oí que ordenó a uno del equipo— ¿Conoce el tratamiento de la toalla? —prosiguió sacudiéndome por los hombros.

No, yo no conocía el tratamiento de la toalla y no supe si la trajeron porque una voz desde las sombras, dijo:

—¡Llévensela!

Sobre la dura banca de una oficina desierta me acurruqué con mi cansancio. Mas pronto vinieron por mí y el interrogatorio recomenzó. Evidentemente fracasaron en su intento de encontrar

elementos para responsabilizarme de la chamusquina, pero insistían en que debía conocer a los responsables.

—Sí, —les respondí finalmente— hay un responsable y voy a señalarlo —el secretario manipuló su máquina de escribir dispuesto a consignar mi declaración.

—El responsable de los sucesos que han trastornado a la ciudad de Chihuahua es el candidato del PRI a la presidencia de la República, Gustavo Díaz Ordaz.

—¿Cómo se atreve? —respondieron escandalizados de tal forma que temí me estrangularían. No obstante, insistí:

—Pues me atrevo, sí señor, y acuso a Díaz Ordaz de ser el responsable del incendio de la Presidencia municipal, donde yo estuve a punto de perder la vida —y fundamentaba mi acusación más o menos así:

—Se supone que un candidato conoce los problemas de las diferentes entidades que visitará durante su campaña. En el caso de Chihuahua ¿ignoraba a qué grado llega el enfrentamiento entre campesinos y latifundistas? ¿Desconocía el clima de tensión causado por el sitio y patrullaje militar que se ejercía alrededor de las escuelas normales rurales; a las que no es fácil el acceso debido a la prohibición dada al transporte de pasajeros para que no suba o baje pasaje en las proximidades de dichas escuelas? ¿Ignoraba que el pueblo está harto de las autoridades que le imponen y que el PRI es un partido por el que nadie siente el menor respeto? ¿Qué diferencia hay entre lo que promete este candidato y lo que prometieron otros y jamás cumplieron? Ninguno de la camarilla gobernante desconoce las necesidades del pueblo a lo largo y ancho del país, pero les importa un cuerno porque para ellos, el sentido real de una gira política es el recorrido de la tierra sobre la que señorean. En Chihuahua, los campesinos han logrado el apoyo estudiantil y juntos están luchando por el respeto a la idea que

heredamos de Zapata y, cuando más fuerte es la protesta, llega el señor Díaz Ordaz con una comitiva integrada por latifundistas. Luego, para colmar la medida, algunos de esos terratenientes son consejeros del Departamento Agrario, lo cual quiere decir que son los encargados de vigilar que la Reforma Agraria se cumpla, cuando en realidad, lo que ellos vigilan es que la Reforma Agraria no afecte sus latifundios. ¡Pobres de los mexicanos!... ¿Qué mal habremos hecho para que se nos castigue con estos Díaz?

Respondieron que yo no tenía derecho a emitir juicios sobre la conducta del que iba a ser nuestro presidente, porque él y los que con él gobernarían estaban muy por encima de los amargados que como yo, pretendíamos restarle méritos a la obra revolucionaria que realizan.

A empellones me sacaron de aquel recinto y en la misma forma me hicieron caminar por un pasillo, luego atravesamos varias puertas y finalmente me arrojaron en una celda en las que habría unas catorce mujeres. Eran prostitutas que habían reñido.

Desde la puerta, uno de los policías dijo a manera de presentación:

—Aquí viene una nueva, pero ésta es de las apretadas.

En México se les dice apretadas a las que presumen de decentes. Generalmente, cuando el pueblo alude a las esposas de los ministros y funcionarios mayores, dice: “esas viejas apretadas”. El guardia pretendía poner en mi contra a las chicas de la celda, por lo que tomé actitudes muy al estilo de la cinematografía mexicana, diciendo:

—¡Ábranla que vengo herida, no las vaya a ensangrentar!
—y busqué el rincón más horroroso para echarme en él.

A mi paso las chicas se apartaron sin decir palabra. Me acosté en el suelo haciendo almohada con el brazo y conservando cerca mi guitarra, cuando me detuvieron y de la que extrañamente no

me separaron. Los orines corrían por todo el piso, pero yo no dejé ver mi repugnancia. Recibía la humillación sin externar debilidad o remilgo. Una chica desparpajada y sucia, con un abrigo en la mano se me acercó diciendo:

—Toma, cúbrete. Aquí se siente mucho frío.

—No puedo aceptarlo, muchas gracias... A ti te hará falta.

—Olvídalo —respondió—, yo estoy acostumbrada.

Aquel saco hediondo me proporcionó algo de calor y apenas empezaba a adormilarme, cuando dos policías me despertaron groseramente para conducirme a otra parte.

Devolví agradecida aquella prenda, tomé la guitarra y otra vez a empujones innecesarios me llevaron, ahora a una celda exclusiva para mí. Había allí tres camas de piedra que parecían catafalcos. Al fondo un agujero servía de letrina; no podía usarse sin exhibición, pues el interior quedaba totalmente a la vista de los celadores.

Seguramente que, para molestarme, habían acumulado allí excrementos secos y frescos, y trapos sucios de menstruación. Las moscas volaban dibujando círculos obstinados de la mierda a mí y de mí a la mierda. Toda la noche estuve tratando de protegerme del aterrizaje asqueroso de aquellos bichos y amanecí tirando manotazos para que no se posaran sobre mi rostro. Era imposible dormir.

A la mañana siguiente, los periodistas que me visitaron constataron las condiciones de mi prisión. Aunque muchos eran mis amigos, los periódicos me atacaban. No importa, yo conozco la diferencia que hay entre los dueños de los periódicos y los reporteros. Los primeros son mercaderes, defienden intereses; los otros son trabajadores aunque, claro... los que nacieron castrados no escapan a la corrupción del sistema.

Una comisión integrada por periodistas, maestros y estudiantes se ocupó de llevarme alimentos. Esto me permitió dejar

de lado la escamocha de la cárcel, que me servían en una vieja lata de sardinas.

Cada vez que llegaba un amigo o compañero del Frente Electoral, palabra que sentía ganas de llorar, tal vez porque eran los primeros golpes que recibía. Nunca olvidaré que allí, al otro lado de mis rejas, estaban Pedro Muñoz Grado, sin su característica sonrisa; Federico Guevara, solemnemente callado; y el profesor Antonio Becerra, a quien los policías obligaban a probar los alimentos que me llevaba porque, al decir de los mismos policías, el Partido Comunista quería envenenarme para culpar al gobierno de mi muerte.

Más tarde llegó Jesús Manuel González Rayzola, *Gonzalitos*, y mi compadre Ismael Villalobos, fotógrafo de prensa que presume de tarahumara y poeta.

Mientras tanto, en la ciudad de Parral, habían encarcelado a otro queridísimo amigo, el licenciado Salustio González, aquél a quien la naturaleza dotó de un ingenio tan grande que si fuera azucarero, sería millonario.

Se había desatado una ola de represión sobre la izquierda chihuahuense. Álvaro Ríos, Arturo Gámiz y Mariñelarena estaban en la penitenciaría y Guillermo Rodríguez Ford, Pablo Alvarado Barrera y otros eran torturados en los sótanos de la cárcel municipal, donde me tenían a mí. ¡Vaya campaña presidencial la de don Gustavo...! Y no faltaron las protestas, claro. Protestaron los estudiantes y los campesinos.

Todavía se podía protestar. Era el año de 1964.

Mi campaña iba viento en popa. En Chihuahua, el Frente Electoral del Pueblo le estaba dando una buena batida al PRI. Por eso me encarcelaron. Lo demás, era pretexto.

Una de las presas me preguntó:

—¿Te robaste la guitarra?

—No.

—Entonces, ¿por qué te trajeron?

—Por lo de Díaz Ordaz —dije rencorosa.

—¿A poco por lo del borlote del incendio? Hum... yo creía que ya se habían olvidado de eso. Oye, ¿es cierto que ya mero se achicharraba?

—Él no, la que me iba a achicharrar era yo.

—¿Y entonces por qué te traen?

—Cosas de la campaña electoral. Mira, yo estoy contra su candidatura y le compuse un corrido, pero esta gente del PRI no aguanta nada. Si quieres que te explique más, llámalas a todas y platicaremos y cantaremos hartito.

—¡Boinas!

Al poco rato estaban frente a mis rejas hasta las niñas de la prisión. Empecé como solía entonces: “Yo soy soldado de Pancho Villa...” y luego siguieron mis canciones con los problemas locales y su correspondiente explicación.

—¡Esa cantadora, échese otra rola*! —gritaban desde las crujías de los varones y yo, palabra que me daba vuelo cantando contra el gobierno...

Entre nosotras se produjo una corriente de confianza y empezaron a externar quejas. Creo que si hay algo que a uno le hace hablar sin temor a la cárcel, es el hecho de estar en ella. Cuando les pregunté si habían notado que los dueños de los burdeles se jactaban de pertenecer al PRI, de ser amigos de los policías y de autoridades de mayor talla, dijeron que sí y empezaron a relatar los escándalos de algunos influyentes ciudadanos de la localidad. Señalaron también que don fulano o don mengano no iban en busca de prostitutas sino de homosexuales.

* ROLA: Copla.

Pero esos *batos*^{*} escandalizan y cometen abusos sin pisar las cárceles; por el contrario, cuando llega la *chota*[†] es para ponerse a sus órdenes.

—Claro —asentí—. Para eso son influyentes. Algunos son muy ricos; otros solamente riquillos, pero de todos modos tienen dinero y el dinero es poder. ¿Ustedes creen que están aquí por putas? No. Ustedes están aquí por pobres; porque si ser puta fuera en verdad un delito castigado por la ley, en la cárcel estarían muchas que han hecho grandes fortunas y no precisamente trabajando. Además, a esta sociedad le conviene la existencia de mujeres como ustedes, porque les permite resaltar, por comparación o contraste, la supuesta virtud y decencia de las apretadas “damas de la alta”. Ellas son respetadas generalmente porque llevan el nombre de alguno con influencia, pero sin ese respaldo y si tuvieran que enfrentarse solas a la vida, ¿serían tan virtuosas como aparentan serlo? Yo creo que hay muchas que son virtuosas sólo por falta de oportunidades o por miedo a perder la herencia.

—¡Sí, cierto! ¡Sí, cierto! —gritaba una robusta reclusa mientras mi particular auditorio aplaudía— A ver... vamos a ver. ¿Por qué están aquí estas dos criaturas?

—Una señora las acusa de que le robaron sus joyas —respondió una oxigenada, sentada en el suelo con sus largas piernas dobladas como grillo.

—Bueno, no sé lo que ustedes piensen, pero yo creo que los pobres no tenemos la culpa de que a los ricos les sobre el dinero y lo gasten en piedras que dejan regadas por cualquier parte.

—¡Bravo!

—¡Así se habla, doña!

* BATOS: Tipos, fulanos.

† CHOTA: Policía.

—¡No se oye! ¡Que hable más fuerte! —reclamaban desde las crujías lejanas.

Y yo hablaba más recio, qué caray; me importaba un cacahuete el disgusto de los celadores que ordenaban también a gritos:

—¡A ver si se callan, viejas alharaquientas!

Para terminar mi charla, solicité a las detenidas:

—Muchachas, ahora que nos entendemos, quiero pedirles un favor.

—¡Suéltelo, doña!

—Ayúdenme a repartir unos volantes. No son muchos, pero necesito distribuirlos. Ustedes que pueden ir y venir por la crujía, háganselos llegar a los presos para que los peguen en las paredes.

—¡Juega, doña! —aceptaron entusiasmadas.

Y frente a las reclusas, saqué de la figura combada de mi guitarra, un pequeño rollo sujeto con una liga. Contenía los volantes del FEP, con el retrato de Ramón Danzós Palomino, nuestro candidato a la Presidencia de la República.

Los días que estuve allí no cejé con la propaganda. Empezábamos a las seis de la mañana y era la media noche y junto con las reclusas enronquecía haciendo política y jarana.

¿Cuántos candidatos del Frente Electoral fuimos encarcelados? Creo que varios, pero se cuidaba que el conocimiento de tales hechos no trascendiera. Mientras tanto, los del PRI continuaban con su campaña de mentiras: ¡en México no había oposición!

Debido al efecto que producían mis corridos dentro de la cárcel, el latifundista Teófilo Borunda, comentaba: “No comprendo por qué le han dejado a esa mujer la guitarra”.

Desde la campaña electoral del 64, Danzós Palomino ha estado privado de su libertad; primero en la penitenciaría de Puebla, después en Sonora y finalmente en Lecumberri, en la Ciudad de México.

Dentro de mi prisión, en todos los sitios que pude, dibujé letreros un tanto bravucones como aquello de “Giner me tiene miedo a mí y Díaz Ordaz al Frente Electoral del Pueblo”, “Díaz Ordaz no es un candidato: es el heredero de López Mateos”, “El gobierno hace campañas de reforestación para que sembremos arbolitos y al mismo tiempo otorga licencias a los talabosques para que arrasen los bosques de México”, “Era tan inexperto Giner cuando fue a la revolución, que cada vez que oía decir ¡fuego!, encendía un cerillo”.

En el tiempo de mi relato, el general Práxedes Giner era gobernador de Chihuahua y se distinguió por ignorante y descortés, profiriendo en más de una ocasión conceptos injuriosos contra el magisterio chihuahuense.

Los policías que hacían el servicio de vigilancia dentro de la cárcel daban la impresión de ser animales en brama. Yo vi una grotesca escena cuando dos de ellos trataban de desahogarse sexualmente con un par de reclusas. Las prostitutas mostraban más escrúpulos que los representantes de la ley y se negaban en presencia de las niñas; pero parecía que a ellos la posibilidad de dar un espectáculo los estimulaba.

El paso de tres días en aquella cárcel me dejó memoria de hechos infames, cosas que golpeaban la razón y producían desgarraduras muy dentro de la conciencia.

Un día, por la mañana, oí gritos de increíble acento. No parecía que salieran de gargantas humanas. Casi enloquecida de terror me lancé contra las rejas inquiriendo desesperada:

—¿Qué pasa?... Por favor, díganme ¿qué pasa? ¡Déjenme salir! ¡Quiero ver qué es lo que pasa allí afuera!

—¡Cálmate, no puedes hacer nada! —respondió una de las detenidas.

—Pero yo quiero saber qué son esos gritos... ¿Quiénes gritan? ¿Quiénes lloran...?

—Son los niños que recogen por vagos. Estos policías hijos de puta los encierran en una jaula y como los domadores con las fieras los azotan sin piedad. Algunos logran treparse a lo alto, pero finalmente ninguno escapa al castigo de estos bárbaros.

—¡Cabrones...! ¡Malditos...! ¡Pinches policías! ¿Por qué golpean a esas criaturas? ¿Acaso ustedes no tienen hijos? — aquello trastornaba mi razón, porque el llanto de los niños a mí me duele en las entrañas. No sé cuánto tiempo lloré frente mis compañeras de prisión, gritando mi dolor con odio e impotencia.

Cuando me calmé, pensé que lo menos que podía hacer era denunciarlo cantando, y porque he procurado que mis canciones salgan del marco sentimental, la que escribí fue dedicada a los niños trabajadores, inicualemente explotados, injustamente tratados, sin que la cacareada revolución institucional del PRI se ruborice siquiera.

El mismo día que recuperé la libertad, fui a ver a Roberto Ortiz y protesté por el encarcelamiento de los menores y la conducta de la policía en relación con el trato que les dan.

Recuerdo que Roberto, con una voz que no admitía réplica, respondió:

—En la cárcel Municipal de Chihuahua no hay niños...

está muy pelón que me callen

—¡Ya se va la doña! —gritaban en derredor el día de mi salida.

—¡Adiós, ¡Adiós a la doña!

—¡Sígales echando rolas a esos del gobierno! —me recomendaban a voces desde las crujías de los varones.

—Pierdan cuidado; soy muy poca cosa para ellos, pero está muy pelón que me callen —respondía con seguridad.

Custodiada me llevaron a través de los pasillos entre adioses, aplausos y vivas. Afuera me esperaban algunos colegas y compañeros del Frente Electoral que habían llevado a mis tres hijos. Esto me conmovió. Magaly, Josué y Berenice recuperaban a su madre, que había sido arrancada del hogar sin que pudieran comprender porqué.

Abordamos el carro del profesor Becerra rumbo a casa. Yo aspiraba profundo para llenar mis pulmones con aire de libertad. Ahora comprendía por qué el hombre lucha tanto por ella... Y desde entonces se agregaron a mi conciencia nuevas inquietudes y rebeldías.

Al pasar frente a la plaza que está junto al Palacio de Gobierno, vi que todavía estaban allí numerosos campesinos. Eran los que días antes se habían instalado en parada permanente, reclamando la solución a sus problemas de carencia de tierra. También protestaban porque su líder, Álvaro Ríos estaba preso. Era 1964. Cuando en 1970 escribo estas memorias, Álvaro continúa preso, sólo que ahora en la penitenciaría de Durango.

Los campesinos también protestaban por mi detención. Al verme se alegraron:

—¡Qué bueno, ya salió la compañera *Judi*!

El profesor Becerra detuvo el carro.

Me rodearon, me abrazaron y pidieron que cantara. Y yo me puse a cantar, qué caray, para eso traigo siempre la guitarra.

—¿Qué escándalo es el que se oye afuera? —preguntó el general Giner en su despacho de Gobernador.

—Es Judith, señor...

—¡Cómo que es Judith! Hace media hora que la dejamos libre y ya tiene un mitin en la calle... ¡Ordéneles callar!

No hubo necesidad de represión alguna porque cuando el comisionado llegó, me estaba despidiendo ya de los compañeros.

De acuerdo con lo programado, reiniciamos los trabajos de la campaña por el rumbo de Balleza. Integrábamos el grupo tres campesinos, un minero y dos estudiantes. Nos trasladábamos en autobús o en tren, otras veces a caballo o a pie, ya fuera por falta de dinero o de carreteras. Cierta vez, llevábamos diecisiete kilómetros andando bajo un sol abrasador, cuando nos dieron el encuentro unos ejidatarios con un mulo.

—Sólo tenemos este —dijeron—, pero aunque sea para que la compañera no camine de aquí al ejido.

Prontamente subí a la bestia y viendo que no necesitaba ayuda para trepar, comentó Polonio:

—¡Qué candidata tan *chirota* tienen los del Frente!

—soltamos la risa y entre bromas llegamos al ejido donde realizaríamos un mitin.

Hacia las 4 de la tarde habrían llegado muy cerca de 400 personas. Algunos escucharon el acto sin apearse de los caballos. En un momento de pausa, uno de los asistentes, aproximándose con discreción, me dijo:

—*Judí*, que la saludan los Mendoza. Dicen que perdone que no se le acerquen ahora porque entre la gente hay muchos perros, pero que ya sabe que puede contar con ellos pa' lo que se le ofrezca.

Los Mendoza eran nietos de un viejo luchador agrario que murió acribillado por pistoleros de los latifundistas, mientras dormía en la estación de Jiménez, en espera de un tren. Los Mendoza siguieron luchando contra las injusticias y se aludía a ellos como que habían agarrado el monte fusil en mano.

No fue ésta la única vez en que los rebeldes de la sierra bajaron a los actos del Frente Electoral, por lo menos en los que yo intervine. Sucedió en Parral, en San Juanito y en Casas Grandes.

Muchos de estos rebeldes han llegado a tal condición, no obviamente porque tuvieran vocación para ello —por cuanto el

campesino es por naturaleza pacífico y respetuoso de los demás— sino debido a la injusticia, al despojo y a la persecución de que son objeto durante toda su vida por parte de los terratenientes a cuyo servicio se encuentran corruptos representantes de las fuerzas policiales y del poder judicial. La mejor demostración de que los constreñidos a rebelarse no son gente mala, es que los campesinos no les temen, mientras que —¿no es curioso?— los latifundistas sí.

Al llegar a otro de los ejidos de aquella comarca, uno de los campesinos encargados de recibirnos, me dijo a manera de saludo:

—¡Compañera, ahora sí le tenemos a uno que canta y toca la guitarra! ¡Cuco, ven a saludar a la compañera *Judí*!

Cuco era un muchacho de diecinueve años, de cara morena y sonrisa espléndida, pantalón y camisa de mezclilla azul, sombrero de palma y huaraches. Solamente en un día memorizó cuatro de mis canciones y a mí me sabía a premio escucharlas en aquella voz con acento de pueblo sin mistificaciones.

Cuando al regresar pasamos por este mismo lugar, ya no efectuamos ninguna asamblea, nos limitamos al cambio de saludos. Yo no recordaba los nombres de cada uno, pero salvaba la situación derrochando a diestra y siniestra un ¿cómo le va compañero? ¿Cómo le va compañera?

—¿Y Cuco? Denme razón de Cuco —lamentándose, un campesino exclamó:

—¡Ay, compañera, Cuco está en la cárcel!

—¡Cómo que está en la cárcel! ¿Pues qué hizo?

—Nada. Sólo estaba cantando las canciones que usted le enseñó, vino la chota y... y lo embotaron.

elecciones

Como es de costumbre, desde hora temprana se instalan en las casillas electorales las representaciones de los diferentes partidos. En la práctica no existe ninguna contienda, por cuanto partido político propiamente dicho se presenta uno solo —el PRI—, los otros, tanto a derecha como a izquierda, no son otra cosa que apéndices del primero, creados y mantenidos oficialmente para simular la existencia de una “oposición” y asegurar la farsa democrática. Estos partidos de oposición fingida actúan como instrumento del poder a base de canonjías y responden con total acatamiento a todo tipo de manipulaciones en tanto actúan bajo control.

Si no es bajo el control del régimen no se puede participar en las elecciones. Por eso, desde las esferas oficiales se dice, como se ha señalado, que existe libertad política porque se permite la existencia de un partido comunista, pero en la realidad, éste sólo posee una realidad ficticia. A esto se debió que la campaña del Frente Electoral del Pueblo estuviera plagada de incidentes, con provocaciones, abusos, persecuciones, atropellos y con la mayoría de nuestros dirigentes en más de una ocasión encarcelados.

El FEP se hallaba en la particular posición de ser la única agrupación verdaderamente opositora del régimen y por lo tanto punto de convergencia y catalización de los reclamos y aspiraciones populares, sobre todo de los campesinos que se sintieron identificados en sus postulados de lucha.

De las elecciones de aquel tiempo es esta anécdota: llega un campesino analfabeto a la mesa electoral. Titubeante, papeleta en mano, duda, mira en derredor y tímidamente termina por decir:

—Pos... ¿por quién voto?

—Por los colores de la bandera —le sugiere incitante al oído el representante del PRI.

—¡No! ¡Por los colores de la virgen! —le suelta con no menos sugestión al otro oído el representante del PAN*.

Dilema para su conciencia. Por una parte, no quiere que se piense que está contra la patria. El verde, blanco y colorado de su bandera los tiene metidos hasta la médula y él es muy mexicano. Además, en la Liga de Comunidades Agrarias, le dijeron que si votaba por el PRI, le darían la tierra y él, ¡ha luchado tanto por ella! Se la han prometido tantas veces que a lo mejor ahora se la dan.

¡Ah!, pero la virgen pensará que le hace un desaire si no vota por el partido que lleva los colores de su vestido y de su manto. ¿Qué hacer?

—Pos señor, yo venía a votar por el Frente Electoral del Pueblo...

Al oírlo, uno de los representantes en la mesa reacciona:

—¡Pues aquí sólo se vota por el PRI! —Y advirtiendo su indiscreción, da a su voz un tono más comedido— El voto es libre, usted puede votar por quien quiera, sólo que, para votar por el Frente Electoral, tendrá que ir hasta Parral.

¡Y Parral se encuentra a 300 kilómetros! Luego, anticipándose a la eventual aparición de otro votante “extraviado”, remacha:

—¡A todos los que quieran votar por el Frente Electoral se les avisa que tienen que hacerlo en Parral!

Cuando fuimos al ejido Zaragoza, en ocasión de la misma campaña, arribamos a las 11 de la noche. La ausencia de la luna en el cielo nos hacía ir dentro de la más cerrada oscuridad. Al aproximarnos, vimos titilando varias lucecitas que pensamos fueran luciérnagas. Eran los cigarrillos de los campesinos que,

* PAN: Partido de Acción Nacional

fumando, esperaban inquietos nuestra llegada a la entrada del pueblo.

—¿Qué les pasó, compañeros?

—Tábamos a puntos de salir a buscarlos porque les esperábamos desde las 5 de la tarde.

—El camino está muy malo y el carro anda fallando. Por dos veces nos metimos en una rodada profunda y después casi no logramos subir la pendiente.

—Caray, ¿y ahora qué hacemos? —manifestó apenado el profesor Becerra.

—Pues la gente esperó en la plaza hasta las 10... los llamaremos ahora y haremos el mitin.

—¿Cómo?... ¿A las 11 de la noche? —intervine extrañada— Nadie vendrá y mientras se instala todo nos darán las doce.

—Ya verá que sí vienen, compañera. Lo primero es que el cura nos preste el aparato de sonido.

—¿Vamos a despertar a un cura para pedirle el equipo de sonido? Bueno, yo no comprendo nada.

—Mire compañera, el cura no nos quiere, pero él sabe que aquí somos la mayoría y estamos organizados. Se cuidará muy bien de ponerse en mal con la mayoría, ¿comprende?

No obstante la hora, el sacerdote facilitó los aparatos.

En un chasquido quedaron instalados los micrófonos en el kiosco y los magnavoces en lo alto de los árboles. No tuvimos el alumbrado público, pero a los primeros llamados se iluminaron las casitas de los alrededores y el pueblo de Zaragoza se levantó a la medianoche para asistir a oscuras al mitin del Frente Electoral. Algunos demostraban verdadero regocijo porque no nos había pasado nada.

—Es que el Ejército patrulla los caminos, luego los perros de los latifundistas aparecen por todos lados; además, todo el

trecho está arruinado por el zoquete*. ¡Ah! ¿Cuándo construirán verdaderamente una carretera para llegar a Zaragoza?

En el invierno éste es un lugar que queda aislado cuando las nevadas son copiosas; entonces, el zigzagueante camino, que tiene un largo tramo bordeando el precipicio, se torna sumamente peligroso. ¡Ah, camino invernal de Zaragoza! Bellotas de pino y nieve para los pies descalzos de los campesinos.

Varios gobiernos han dicho que aquí han construido una carretera, pero lo que hay es sólo el trazo, o si queremos ser más exactos, sólo abrieron una brecha en la montaña.

Anteriormente, a fines de enero, yo había ido a Zaragoza acompañando a Danzós Palomino en su campaña. Los caminos estaban enfangados y varias veces nos atascamos. Al descender del vehículo para aligerar su peso, sentíamos bajo nuestros pies la capa de hielo que se rompía. Danzós, como los demás, acarreó yerba para colocarla bajo las llantas y así evitar que patinaran; se hundió hasta las rodillas en el lodo empujando el carro y, cuando los habitantes de Zaragoza dieron la bienvenida a su candidato a la Presidencia de la República, éste llevaba el barro hasta en las pestañas. No pude menos que decirle:

—¡Ay Danzós, qué decepción para las muchachas! ¡Has llegado sin “glamur” a Zaragoza!

los mariachis

Cuando nos presentamos en Cuauhtémoc, que está a una hora de la ciudad de Chihuahua, encontramos gran animación como consecuencia de una feria pueblerina.

* ZOQUETE: Fango, lodo.

Cauhtémoc es relativamente una ciudad nueva. Fundada en zona desértica se convertiría en emporio en virtud del perseverante trabajo de los menonitas. Ésta es una secta religiosa cuyos integrantes son de origen europeo, preferentemente nórdico, si bien los actuales menonitas de México provienen del Canadá. Se dice que buscando un país que los eximiera de participar en acciones de guerra, solicitaron al gobierno de Álvaro Obregón, allá por el 1924, una zona para instalar su comunidad.

Los menonitas poseen sus propias autoridades, escuelas, iglesias y lengua, así como formas particulares de administrar su vida. Se trata de una sociedad cerrada y, por lo tanto, sus integrantes no se confunden con los de otras comunidades. Los jóvenes se hallan exentos del servicio militar.

Con el correr del tiempo han ido agrandando sus campos convirtiéndose en latifundistas y son un pilar del latifundismo en Chihuahua. Los menonitas son, ni más ni menos, que otro estado dentro del Estado Mexicano.

Pues allí, en Cauhtémoc, hicimos un mitin. Desde lo alto de un camión de redilas salían al viento nuestros discursos y canciones. De pronto llegó un grupo de mariachis tocando las trompetas tan fuerte, que nuestras voces resultaban anuladas.

—Señores, por favor, váyanse a tocar en otra parte; están interrumpiendo un acto político.

—Nos pagaron por tocar aquí una hora sin parar y tocaremos.

—¿Pero a quién se le ocurrió esto? —reaccioné incomodada.

—El que paga, manda —respondió el jefe del grupo.

A mí me llamó un señor y me dijo: “si la gente va allí para oír a la que canta, es porque les gusta la música, y si les gusta la música, ustedes van a tocar allí una hora”. Y embocando la trompeta me lanzó en el rostro todas las notas de la escala musical en desbandada. El motivo de esta intromisión era fácilmente

identificable en intereses latifundistas u oficiales que también se hallaban en contienda electoral. Las vicisitudes de esta intensa campaña obviamente no tuvieron su fructificación en el resultado de las urnas y ello es porque en México, el resultado de las urnas no determina nada. Siempre hemos sabido que la sucesión presidencial, así como la elección del resto de los hombres que administran el poder, son cuestiones que se cocinan en las altas esferas del gobierno. Esta maniobra la encubren diciendo que, la comisión “auscultadora de la voluntad popular” determinó tal o cual. Así, no obstante tener un gran apoyo en la masa campesina y considerando que aún en México el 58% de la población es rural, ninguno de nuestros representantes resultó electo.

—No ganamos, pero nos divertimos —dijo el periodista y poeta Renato Leduc, al conocer el resultado de las votaciones.

Y habló con razón Renato porque, entre las palizas que nos propinan, es raro que falte motivo para reír a veces a carcajadas. Recuerdo una manifestación estudiantil frente al Palacio de Gobierno. Los granaderos lanzaron gases lacrimógenos contra los manifestantes para dispersarlos, pero algunas bombas no estallaban y entonces, los muchachos, mirándolas con recelo terminaban por alzarlas y velozmente las proyectaban de regreso. Una de éstas explotó entre las piernas del general Mendoza, estimulando su ferocidad. Luego el mismo general acusaba a los muchachos de haber lanzado bombas, pero se cuidaba de aclarar que eran las mismas que el cuerpo de granaderos había lanzado contra la manifestación.

En otro enfrentamiento estudiantil similar, recuerdo que al ser atacados los estudiantes por el frente, retrocedieron encontrándose con que otro contingente policiaco los repelía. Viéndose a dos fuegos, no se les ocurrió otra cosa que quedarse inmóviles, muy tiesos, y cantar a todo pulmón el Himno Nacional. Los granaderos,

identificando el canto, se inmovilizaron a su vez, cuadrándose reverentes. Aprovechando esta momentánea pasividad, los estudiantes volvieron al ataque y reaccionando los granaderos reiniciaron el combate. La extraña escena se reprodujo tres veces, ante lo cual, los que presenciábamos con los ojos llorosos por efecto del gas, reíamos a carcajadas alineados en la banqueta.

Pero sí había represión callejera, no faltaba la vigilancia policiaca individual.

Mi casa estaba ubicada en una esquina, por lo que era espiada desde dos puntos. Por un lado había una carpintería y un policía con apariencia de carpintero vigilaba desde allí; por otra calle, al abrigo de una casa en la media cuadra, mantenían una guardia que era cambiada cada ocho horas. Lo más probable es que pensarán que yo no lo sabía.

Una vez, por la noche, regresaba a casa caminando. De improviso, un hombre apareció frente a mis ojos sujetándome con fuerza, mientras otro que no supe de dónde salió, me golpeaba. Aturdida por los golpes fui a parar al suelo. Intenté levantarme y volví a caer dos o tres veces más; cuando al fin pude caminar trastabillando, los desconocidos habían huido.

Al verme llegar con visibles huellas de la agresión, mi familia se asustó mucho. Yo les decía que no era nada, aunque el golpe del pecho me dolía tanto que me producía sofocación, no obstante, ya no sentía las terribles palpitaciones de los primeros momentos en que me pareció tener el corazón atravesado en la garganta.

A la mañana siguiente fui al Palacio de Gobierno, para quejarme con Hipólito Villa, un hijo de Pancho Villa, que entonces era Procurador de Justicia del Estado.

—¡Mire lo que me hicieron, licenciado!

—¿Qué le ha sucedido? ¿Quién...?

—¿Quién? ¿Y todavía me pregunta quién? ¡Pues ustedes!

—¿Está formulando una acusación al gobierno?

—No. No puedo decir que el gobierno, como persona, me agredió; pero sí que es responsable de la agresión porque ustedes vigilan mi casa de día y de noche y me siguen los pasos; entonces, licenciado, ustedes deben haber visto a mis agresores.

Me retiré de la procuraduría luego de recibir promesa de que se haría una investigación y se castigaría a mis asaltantes, pero antes de trasponer la puerta, meneando la cabeza me despedí con estas palabras:

—¡Ay, licenciado Villa, que cosas tiene la vida! ¡Su papá luchó contra éstos y usted está codo con codo con ellos!

Aparte de la vigilancia y la cobarde agresión con carácter intimidatorio, los designios de esbirros del régimen no se detenían allí. Un día, al volver de noche de la fronteriza Ciudad Juárez, encontré a mi madre asomada a la ventana.

—Han venido los soldados a buscarte cinco veces, la última dejaron esta tarjeta.

Con palabras muy corteses se me invitaba a presentarme en la Comandancia de la 5ª Zona Militar. El mensaje estaba escrito de puño y letra del general Antonio Gómez Velasco, Comandante de la Zona.

Empecé a temer por la seguridad de mi familia, impresionada porque allá en Morelos el líder agrario Rubén Jaramillo, recientemente había sido masacrado por el Ejército, junto con sus tres hijos y Epifania, su mujer, en avanzado estado de embarazo.

En cuanto pude, hice el traslado de mi madre, Magaly, Josué y Berenice al puerto de Veracruz, para que vivieran con mi hermano Pablo.

Dentro de este clima de permanente atisbo policiaco y luchando contra problemas de diversa índole, continuaba publicando

el tabloide *Acción* y a veces sentía encontrarme sola en la tarea. Mis críticos eran muchos, mis ayudantes, muy pocos.

Sánchez Lozoya, el viejo revolucionario que comandó la toma del latifundio de Santo Domingo, un día mandó a Juanito Sáenz, un campesino de sabia experiencia para que se mantuviera vigilante cerca de mí.

—Hay que cuidar a la compañera y ayudarla —le dijo—. Se excede en el trabajo.

Sánchez Lozoya se hallaba realmente preocupado por mi seguridad física, aunque ciertamente si algo no me faltaba era, precisamente, trabajo. Yo sola me ocupaba de reportear, conseguir publicidad, redactar notas en serio y en broma (mi columna *Taconazos* pretendía ser irónica), tomaba fotografías, atendía la formación, corregía pruebas y hacía distribución local y foránea, excepto, por supuesto, la que iba a través del servicio postal.

El primer ejemplar que salía de la prensa me parecía espléndido y en tono festivo lo chuleaba diciendo: “¡Qué lindo eres, ahora te irás a recorrer el campo!”.

Luego preparaba mi carga y me lanzaba por los ejidos: aquí diez, allá 20 o 30. Siempre gratuitamente. Los campesinos a su vez, hacían circular los ejemplares y en algunos lugares adquirieron la costumbre de reunirse para que uno que supiera leer, leyera en voz alta para los que no sabían. Mientras tanto, decenas de paquetes llegaban por el correo a distintas partes del país.

Cada número de *Acción* era el producto de muchas horas de desvelo, trabajo, hambre, viajes, incertidumbres y amenazas. Por eso me dolió mucho saber que en los estados de Sonora y Sinaloa, algunos dirigentes medios del partido de la izquierda domesticada, arrojaban al cesto de basura los paquetes sin abrir. Lo supe porque no faltaron campesinos que lo vieron y, además de rescatarlo, lo hicieron de mi conocimiento.

Mis fuentes permanentes de información eran precisamente ellos: los campesinos. Creo que jamás existió un periódico con tantos corresponsales. Esto fue así porque siempre encontramos espacio para ocuparnos de sus problemas, cuya información de primera mano nos llegaba desde 26 de los 30 estados de la República.

el encuentro

Y así mi vida transcurrió de la ciudad a los montes, con un paquete de periódicos en una mano y la guitarra en la otra.

Un día recibí un mensaje telegráfico de Veracruz, lugar donde, como he dicho, residían ahora mis hijos y mi madre. Se me pedía una entrevista en mi próximo viaje a la capital, para tratar un asunto de carácter privado. Firmaba Narciso Valerio, un ingeniero náutico, teniente de marina.

A la cita convenida se presentó acompañado de mi hermana Emma y de Magaly, llena de timideces.

—Señora —me dijo con la severidad característica de los militares—. Magaly y yo nos amamos y solicitamos su consentimiento para casarnos.

—Mire usted —le respondí—, no quisiera que actuaran bajo la influencia de un sentimiento pasajero. Sería lamentable. ¿Por qué no ponen su cariño a prueba por un tiempo? Magaly es una chica a la que le falta madurar, es perezosa y la administración de una casa y una familia requiere cualidades que ella aún no ha adquirido.

—Somos jóvenes y con la ayuda de Dios haremos una familia feliz.

—Bien, yo no seré obstáculo para la felicidad de mi hija, doy mi consentimiento, pero tenemos que consultar el de su padre también —y fuimos a buscarlo... ¿Dónde estaba? ¿Qué era de su vida? ¿Se acordaría de nosotras?

Lo encontramos trabajando como pianista en un elegante club por el rumbo del Ángel de la Independencia. Al vernos mostró cierta emoción y como un renuevo de primavera, asomó a sus ojos el cariño olvidado; pero cuando solicité su ayuda para casar a la hija “como Dios manda”, nos confesó sus problemas económicos y el derrumbe de su salud.

Nueve meses después murió. Nosotros nos enteramos por las esquelas en los diarios, cuando ya había sido sepultado.

Por entonces tuve muy diversas noticias de mis parientes; una se había casado con un gringo; otro con una alemana; tres eran ejecutantes en la sinfónica de Jalapa; la prima María había resuelto: “si mis hijas no tienen vocación para el estudio, yo me encargo de meterles la vocación a fuerza” y logró que cuatro se titularan de maestras; Josefina, después de experimentar con siete maridos por lo menos, ya vivía en paz con don Pedro, un ambulante vendedor de lonches; mi tío Margarito, soldado de Zapata en su juventud, se había convertido en predicador; mi primo Lorenzo no pudo renovar su contrato para irse de bracero a los Estados Unidos; mi papá era un sufrido trabajador transitorio de Pemex*; pero lo peor era el caso de mi tía Toribia, para quien más importante que comer, era conseguir dinero para las flores y las ceras de sus muertos el uno y dos de noviembre.

—¡Ay...! —suspiraba— Como toda la familia se hizo protestante, nadie les prenderá velas a mis difuntos cuando yo me muera. Sólo por eso no me quisiera morir.

Mi tía había alcanzado los 80 años y naturalmente carecía de trabajo y de fuerzas para trabajar. Supe que en los últimos tiempos vivía implorando la caridad en la vía pública.

* PEMEX: Petróleos Mexicanos.

Chiapas

En ocasiones sacaba números extras de *Acción*, pero la salida corriente era mensual, por lo que contaba con tres semanas para hacerlo circular antes de que apareciera el siguiente. Así fue como impulsando la circulación entre los campesinos de otros estados, recogía las informaciones de las que no se ocupaban los grandes rotativos de la burguesía. Este afán me llevó muchas veces hasta las proximidades de la zona lacandona, donde los indígenas viven con atraso de centurias. Esos días dormía en hamaca, bajo el follaje, comía maíz quebrado mezclado con cacao, agua y azúcar, y carne asada muchas veces sin sal. Sólo cuando estaba en Ocosingo, Comitán o Tuxtla Gutiérrez, había forma de comer frijoles con chipilín*.

De Ocosingo tengo recuerdos que quedaron en mi conciencia como cicatrices que duelen toda la vida. Un día, una viejita tzeltal, con el rostro más ensucado que he conocido, se me acercó llorando y diciendo:

—Prendecita, l'otro día me metieron en la cárcel que por taladora. Me quitaron la leña que levanto pa'vender y pa'luego comprar el maicito pa'mi gorda. Ora tengo miedo porque el presidente† dijo que si me encuentran otra vez rejuntando la leña, me güelven a meter en la cárcel. ¡Yo les tengo mucho miedo! Antes levantábamos la leña del monte sin que nos dijeran nada, pero hora ya no se puede, porque aquí dueño y acá también dueño — señalaba a derecha e izquierda— nosotros nomás camino... ¡y en camino no hay leña! ¿De qué voy a vivir?

Ante casos como éste, que se cuentan por millares, ¿acaso podemos responder?

* CHIPILIN: Arbusto del sur de México. Sus hojas se usan como condimento.

† PRESIDENTE: En este caso alude al presidente municipal de Ocosingo.

—Señora tzeltal, tenga usted paciencia y fe en la revolución que a otros les ha dado nivel de vida superior.

—Señor tarahumara, usted tiene que reconocer que la comodidad que disfruta se la debe a la atinada administración de los gobiernos revolucionarios.

—Señor indio del Mezquital, usted puede dormir tranquilo porque el Ejército vela porque nadie altere su forma de vida.

—Señor indio yaqui, no sabe valorar el hecho de que las inversiones extranjeras se deben a la estabilidad social que disfrutamos.

—Señor otomí, ¿cómo es posible que no le entusiasme el aumento de nuestras divisas? Lo que sucede con ustedes, mexicanos amargados, es que están pobres porque no saben ahorrar cuando hoy es tan fácil abrir una cuenta en el banco. ¿Por qué no se hacen inversionistas?

¡éste es para Fidel!

El ritmo de trabajo que llevaba era tan intenso que prácticamente no paraba en mi casa de Chihuahua. Las únicas horas de sueño eran las que podía dormir mientras esperaba en una terminal de transportes o durante los trayectos y mis comidas se hicieron tan ligeras que cuando Víctor Rico Galán, periodista y compañero de grupo lo supo, exclamó:

—¡Esto es una locura! ¿Cómo es posible que la compañera coma sólo un tomate? —uno o dos, no me importaba, lo importante era poder viajar del norte al Distrito Federal y de aquí al sur y viceversa; distribuyendo el periódico y recaudando fondos para financiar el disco, que un grupo de personas amantes de la expresión popular me ayudaría a promover.

La primera edición fue de mil y pronto se agotó. Cuando tuve el primer disco en mis manos lo contemplé emocionada y

exclamé: “Éste es para Fidel”... y se lo mandé a Castro. No supe si lo recibíó.

Casi transcurrió un año para poder hacer el segundo, pero antes, di mi primera audición para un público capitalino, a iniciativa de los estudiantes de la Academia de San Carlos. Esa noche, cuando estaba cantando, a través del tragaluz dejaron caer sobre mí una paletada de tierra. Los autores: una pandilla de la reacción.

Arturo Gámiz: la guerrilla

El 23 de septiembre de 1965, hallándome en la Ciudad de México, me enteré por la prensa que Arturo Gámiz y otros conocidos, habían perecido en el asalto al cuartel de ciudad Madera, Chihuahua. Esa mañana, al entrar a las oficinas de redacción de la revista Política, Marcué (Pardiñas) solicitó con precisión:

—Vete hoy mismo a Chihuahua y tráeme información y fotografías de todo lo relacionado con Gámiz y el asalto al cuartel.

Esta tarea periodística se hallaba muy de acuerdo con mi necesidad de desplazarme a aquellos lugares. Los sucesos me habían conmocionado igual que a cientos de chihuahuenses, por lo que era difícil quedarse aislada de dicho escenario en un momento tan grave.

En los últimos tiempos yo había tenido dificultades con Arturo por asuntos de carácter privado; no obstante, la última vez que salió de una larga permanencia en la penitenciaría, volvió a frecuentar mi casa, lugar en el que siempre hallaban hospitalidad solidaria muchos de los activistas de la izquierda mexicana. Luego Arturo desapareció y los vientos de la sierra empezaron a hacer circular rumores de que con otros, se había levantado en armas en una lucha que sería llevada hasta sus últimas consecuencias. Arturo estaba convencido de que al campesino mexicano no le quedaba otra cosa que tomar

el fusil y a la brava recuperar la tierra que la revolución del 17 le había dado y que los terratenientes —que habían tenido como sus representantes a todos los gobiernos sucesivos— le habían quitado.

A algunos les costaba trabajo creer que aquel muchachito sereno, que obtuviera diploma de primer lugar en aplicación y disciplina en la escuela Insurgente Morelos, de la Villa de Guadalupe, en el Distrito Federal, se hubiera convertido en un rebelde con causa. Antes, ya de maestro, fundó una escuela que funcionaba al aire libre por falta de local, sin pizarrón, sin pupitres, sin emolumento alguno, sin bombos ni platillos; pero con la responsable intención de enseñar a leer y escribir a los niños tarahumaras y pimas de la región. Arturo tenía 24 años cuando cayó.

Y cayó también en el asalto al cuartel de Madera, Salomón Gaytán, aquél de nariz aguileña y mirada insondable que no había olvidado cómo un día, hombres violentos irrumpieron en su casa y a rastras sacaron a su padre conduciéndolo a lugares desconocidos. Se pretendía hacer un escarmiento para ahuyentarlo de la tierra que cultivaba. ¿Le habrían hecho —se preguntaba— lo que a otros campesinos que atados de los pies y suspendidos en el aire desde una avioneta los pasaban a lo largo de la montaña para aterrorizarlos? Salomón era entonces un pequeño de ocho años de edad; pero nunca olvidó que la agresión partió de un latifundista de apellido Ibarra que, contando con la tolerancia de las autoridades de la región, habíase convertido en el azote del campesinado. Salomón tenía escasamente 18 años cuando murió.

Otro de los guerrilleros caídos esa madrugada fue el doctor y profesor Pablo Gómez Ramírez. Un hombre todo coraje, valor y honestidad. “Su rifle fue poca cosa, para un corazón como él”, dice mi canción. Recuerdo su consultorio, en Buenaventura primero, y en Delicias después, sumamente modesto y frecuentado de humildísima clientela. A los pobres no les cobraba las consultas

y aún les daba las medicinas si las tenía. Se trataba de una verdadera profesión médica al servicio del pueblo. Vivía de su trabajo magisterial. Muchas veces me invitó a cantar para sus alumnas y jamás se olvidó de una audición entre los peroles y las cacerolas de las cocinas, para el personal que no podía abandonar el servicio. En la Escuela Normal Rural de Saucillo, la cocinera tomaba mi guitarra y también se ponía a cantar. Nos movíamos en un clima de excelente camaradería.

Pablo era el mayor de los guerrilleros, tenía 35 años. Del resto ninguno rebasaba los 25.

Otros que perecieron fueron Antonio Scobell, primo de Salomón; Emilio Gámiz, hermano de Arturo, ambos estudiantes, y los profesores Valdivia y Quiñones. Hubo otro más del que por el momento no se supo el nombre.

Mientras el ronroneo del motor adormilaba a los pasajeros del autobús que me conducía a Chihuahua, yo iba sumergida en los recuerdos que me ligaban a ellos.

A principios del 65, uno que creo era agente judicial, me preguntó:

—¿Sabe, comadre, quién cayó anoche? (Ahora pienso que nunca supe por qué me decía comadre).

—No —respondí aparentando indiferencia.

—Arturo Gámiz —completó como si no importara la cosa.

—¿Arturo? ¿Y dónde lo tienen?

—No lo tenemos, lo dejamos ir.

—No haga bromas, cuénteme lo que pasó.

—Se lo voy a contar porque lo que el güero pelea es justo, pero no raje porque ya no le vuelvo a decir nada.

—¡Claro que no raje, suéltela!

—Era medianoche, Arturo iba por la calle Allende cuando mi compañero y yo le caímos diciéndole: “Sabemos quién eres, el

gobierno te busca, pero te vamos a dejar ir. Eso sí, nos entregas el dinero y la pistola que traes”.

—¡Ay carajo, pero ustedes no dan paso sin huarache!

—No sermonee. . . Usted sabe que las cosas son así.

—Bueno, ¿y él qué dijo?

—Trató de hacernos creer que era un forastero cualquiera, pero tuvo que convencerse de que no le quedaba otra salida que entregar el arma y confiar en que le dejaríamos marchar o arriesgarse a ser presentado en la delegación. De dinero no traía gran cosa, 20 pesos.

En otra ocasión me informaron que, en un punto de la sierra, la guerrilla de Arturo había sorprendido a una patrulla militar apoderándose de las armas y los aparatos de radio; esta hazaña la efectuó dos veces consecutivas. Éstas y otras operaciones empezaron a ser conocidas por la opinión pública en mengua de la tranquilidad de los terratenientes, que consideraron necesario tomar medidas para eliminar el brote armado que se alzaba con el beneplácito de los campesinos.

¿Acaso no era latifundista el general Práxedes Giner Durán, gobernador del Estado y presidente de la Unión Ganadera? ¿No era un rico maderero el tesorero del mismo gabinete, así como el dirigente estatal del PRI, el de la Liga de Comunidades Agrarias, el jefe de la Oficina de Hacienda, la mayor parte de los diputados y senadores, los alcaldes de Delicias, Ciudad Juárez y tantos más? Esto, con todo, es un poco de la realidad dentro de los poderes civiles, pero dentro de los militares, ¿acaso el general Olachea, ministro de la Defensa, no era un próspero latifundista igual que otros viejos generales y coroneles de la Revolución que tanto cacareaban?

Arturo conocía la dimensión de los enemigos del pueblo y yo le oí decir muchas veces: “Del pueblo mismo extraeremos las fuerzas para cambiar este sistema injusto de explotación

del hombre por el hombre...”; “Ayudaremos al pueblo a adquirir conciencia de la fuerza que tiene, nos organizaremos y daremos la pelea para abatir este sistema que aplasta nuestros derechos”; “Nuestra bandera será la de Zapata, la tierra debe ser para el que la trabaja”; “Ellos usan la violencia impunemente contra nosotros, por eso, nosotros sólo podemos responder con la violencia”; “Sólo un sistema socialista podrá darle justicia al pueblo”.

Cuando ya se hallaba alzado en la sierra, recibí escritos de su puño y letra, declaraciones de la guerrilla para conocimiento de las autoridades y la opinión pública, pero desde que fundé Acción, Arturo aparecía en el directorio como colaborador. Yo insertaba en el periódico los textos íntegros que la guerrilla daba a conocer. Tal vez esto fue lo que la CIA fotografió en la hemeroteca.

Un día supe que cinco mil soldados empezaron a peinar la sierra y que la policía montada de Texas se internó en Chihuahua para colaborar con la nuestra “en la persecución del abigeato”. La verdad era que las fuerzas del gobierno golpeaban parejo a los pacíficos pobladores de la serranía. No había consideración para ancianos, mujeres o niños y empezaron a concentrar campesinos en aldeas improvisadas.

Una mañana llegó a mi casa Salvador Gaytán, hermano de Salomón, acompañado de un niño de diez años.

—Mire lo que le hicieron —dijo señalando el cuello del chamaco. José María, que así se llamaba el chico, tenía rozaduras de sogas y señales de golpes en distintas partes del cuerpo.

—Amarrado a un árbol me suspendían en el aire y cuando empezaba a “ogarme” me bajaban terqueando en que yo sabía dónde se escondían los guerrilleros. A mi abuelita la amarraron enfrente de mí para que viera que ellos no estaban jugando y para que se supiera lo que les iba a pasar a los que ayudaran a los guerrilleros.

José María estuvo en mi casa ocho días, después volvió a la sierra y no volví a saber nada más de él.

los ministros

Por aquel entonces, un acaudalado terrateniente del norte era ministro de la Defensa, como ya sabemos, el general Agustín Olachea, el mayor productor de uva y trigo en Baja California.

Durante una de sus visitas a Chihuahua en calidad de ministro, yo fui descaradamente espiada todo un día, detenida y conducida al Hotel Fermont por agentes de la Policía Judicial Militar. Allí me sometieron a un interrogatorio y finalmente me hicieron una proposición:

—El señor presidente (López Mateos, Díaz Ordaz aún no asumía) se encuentra verdaderamente interesado en la solución de los problemas de Chihuahua, pero le preocupa la actitud de esos muchachos que traen en la sierra cien campesinos levantados en armas. Conociendo su influencia sobre Arturo Gámiz, creemos que usted es la persona indicada para decirle que el gobierno le dará lo que pida a cambio de entregar las armas. ¿Quiere dinero? ¿Un puesto público? ¿Seguridades para su gente? ¡Se le darán! ¡Dígaselo! Nosotros podemos facilitar una entrevista con el presidente y nos encargamos del traslado.

—Señores, se han equivocado; yo no soy la persona que ustedes necesitan.

—Mire, Judith, vamos a dejarnos de rodeos. Nosotros sabemos que usted sostiene a esos rebeldes con la pantalla del periódico y los discos.

—¿Creen acaso que yo puedo vestir, calzar, armar y dar de comer a cien hombres? ¡Si supieran con cuánto esfuerzo apenas puedo mantener a mis hijos y solamente son tres!

Siete horas se prolongó su inútil labor de persuasión. Cuando me dejaron marchar, me topé a boca de jarro con cuatro del gobierno: el general Práxedes Giner, gobernador de Chihuahua; el general Manuel Mendoza Domínguez, jefe de la Policía del Estado; el general Antonio Gómez Velasco, comandante de la 5ª Zona Militar; y el general Olachea, ministro de la Defensa Nacional.

Recapitulando en mi memoria tales precedentes se produjo mi arribo a la ciudad de Chihuahua. Al descender en la terminal del autobús, casi me cortó el paso el licenciado Terrazas, que entonces ocupaba un alto puesto en la Policía.

—¿Me está esperando, licenciado?

—No, ¿pero a qué viene Judith?

—Vengo a recabar información sobre el asalto al cuartel para la revista Política. Además, usted sabe que vivo en Chihuahua, sólo que ahora no iré a mi casa. ¿Hay alguna objeción?

—No.

—Entonces, con su permiso —di la media vuelta y seguí mi camino.

¡Gloria a los jóvenes guerrilleros de Chihuahua!

El asalto al cuartel de Madera tuvo lugar la madrugada del 23 de septiembre. 125 soldados respondieron al fuego de los guerrilleros. Murieron ocho de cada bando, según informes oficiales.

Todavía se respiraba el humo de la pólvora cuando los cuerpos de los revolucionarios fueron puestos sobre la tarima de un camión y paseados calle por calle de la ciudad “para escarmiento de los campesinos”. (En algunos lugares de Chihuahua, cuando el ejército o la policía mata un delincuente, acostumbra exhibirlo como escarmiento).

Mientras en Madera las autoridades hacían esta macabra exhibición, en la capital del estado, un grupo del magisterio gestionaba los permisos sanitarios y hacía una colecta para alquilar un avión y trasladar los cuerpos de cuatro de los guerrilleros que eran maestros. Al conocer tales diligencias, Giner, a través de la radio, se apresuró a ordenar al oficial que comandaba la tropa:

—¡Exhúmelos sin pérdida de tiempo!

—No puedo, señor...

—¿Por qué no puede? ¡Son órdenes!

—Porque para exhumarlos, señor gobernador, ¡hay que inhumarlos primero!

—No me venga con palabritas, usted sabe lo que quiero decir. ¡Échelos en la fosa común! ¿Querían tierra? ¡Pues deles tierra hasta que se harten! Y pronto porque hay unos maestros que intentan traerlos para hacer agitación.

Los cadáveres fueron bajados del avión cuando ya estaban dentro de sus sacos, listos para el traslado. En forma irrespetuosa y grosera, los soldados arrebataron aquellos cuerpos y los llevaron al cementerio donde fueron arrojados en la fosa común.

—Así no habrá tumbas y dentro de un año ni quien los recuerde —aseguraba Giner.

Solamente Salomón Gaytán, recuperado a tiempo por su familia que vivía en la localidad, fue sepultado en fosa individual. Mientras tanto, batallones de paracaidistas se dispersaban por la sierra en busca del resto de la guerrilla, pero no lograron capturar uno solo, no obstante que algunos, según supimos, iban heridos.

Regresé a la capital con la información solicitada por Marcué, material que me sirvió también para escribir el «Corrido Arturo Gámiz», que años después grabaría en París.

¡Honor y gloria a los jóvenes guerrilleros de Chihuahua!

Marulanda

Pasadas unas semanas, andaba yo por la sierra de Durango y al llegar a casa de una familia campesina, mi primera impresión fue que les encontraba de fiesta, pues notaba una concurrencia muy animosa. Al verme trataron de que me apresurara, diciendo:

—¡Córrale, compañera! Estamos oyendo Radio Habana y acababan de presentar a Marulanda, el de su canción. Usté no sabe cuánto gusto nos da oírlo hablar y saber que existe porque la verdad, compañera *Judí*, no se vaya a ofender, pero nosotros creíamos que usté lo había inventado.

Lo que estaban escuchando era una cinta magnetofónica grabada al guerrillero Manuel Marulanda, en las montañas de Colombia. Ellos me habían oído muchas veces la canción «Marquetalia» a través de la cual conocieron la historia de aquellos campesinos que fueron masacrados por el Ejército en las montañas de El Pato. Sabían también cómo se había organizado la resistencia guerrillera para defender lo que se conocía como *Repúblicas Independientes*, emergiendo entonces la heroica figura de Marulanda:

*Son dieciseis mil soldados
contra Marquetalia entera
y aunque están asesorados
hay respuesta guerrillera*

*Porque Manuel Marulanda
y ciento cincuenta bravos
se le enfrentan en Colombia
a esos gringos importados*

*Guerrillero, guerrillero
no habrá quién se te resista*

*porque luchas con el pueblo
por un mundo socialista*

un militarote en la familia

El primer niño de Magaly era lindo como un caramelito, pero antes de cumplir tres meses ocasionó serio disgusto entre ella y su marido. Me enteré al llegar casualmente y encontrarla llorando:

—Mamá, Chicho está enojado y me ha reñido porque dice que soy incapaz de imponer disciplina al niño.

—¿Disciplina? ¿Qué disciplina se le puede imponer a una criatura recién nacida?

—No sé; opina que Ichi orina demasiado y a cualquier hora y que debe regular la frecuencia y mantener un horario.

¡Pácatelas! ¡Sólo me faltaba a mí un militarote en la familia!

el chicano

No recuerdo la fecha, pero por aquel tiempo, un día llamaron a mi puerta a las seis de la mañana. Levantándome presurosa me embuté en un pantalón, me puse una chaqueta y salí a ver quién era. Se trataba de un hombre alto, simpático y risueño, como de 38 años. A primera vista advertí que había viajado muchas horas.

—Buenos días, ¿es usted Judith? —preguntó— Yo soy Reies López Tijerina, vengo de parte de X. Acabo de llegar de Albuquerque, Nuevo México. Le ruego perdone la hora de mi visita.

—No importa la hora, bienvenido siempre. Pase, está usted en su casa.

De un portafolios empezó a sacar recortes de prensa, documentos y fotografías, me habló de sus actividades y terminó pidiendo mi colaboración para organizar el recibimiento a una

caravana de chicanos que proyectaban una visita al país de sus antepasados. Estos México-norteamericanos eran en su mayoría descendientes de aquellos que en 1848 quedaron en el territorio del que los Estados Unidos nos despojaron.

—“No creo que jamás haya existido guerra más inicua que la que los Estados Unidos hicieron a México. Me avergüenzo de mi país al recordar aquella invasión”, general norteamericano Ulises Grant, ¿correcto?

—¡Correcto! —respondió, agregando— Yo sé que no ignoras muchas cosas de las que te voy a hablar, pero quiero destacar el enfoque en que se basan las reivindicaciones de los chicanos, que son las de nuestro movimiento.

Reies continuó expresándose más o menos así:

—Los Estados Unidos, por aquel tiempo, se componían de trece colonias y su ambición expansionista iba a provocar la desmembración del inmenso México. En 1820, Austin obtuvo permiso para introducir 300 familias en el territorio de Texas, que entonces era tierra mexicana. Consiguió también que a cada colono se le dieran 640 acres, 320 para su esposa, 100 por hijo y 50 por cada esclavo. Por su parte los colonos se obligaban a defender el territorio contra el ataque de los indios; y naturalmente, llegado el momento, se produjo el arribo del Ejército norteamericano para proteger a los colonos que se suponía defendían el territorio del acceso de los indios. Pues estos colonos fueron los que conspiraron para la segregación de Texas y los indios a que se referían éramos los naturales de aquel lugar. Después se echaron sobre California con tácticas iguales, llenas de tortuosidad. En las entrañas californianas se acababa de descubrir el oro y era tan rica esta tierra que en sólo diez años extrajeron 27 millones de onzas, según cálculos, dos mil veces más de lo que en 60 años habían producido todas las minas de los Estados Unidos. Además, las costas de California

eran ricas en pesquería de perlas, nutria, ballenato, cachalaza, sardina y concha.

Cualquiera que lea nuestra historia podrá notar cómo esta horda de politicastros, propietarios de esclavos, contrabandistas y asesinos de indios, desde los altos puestos que ocuparon en el gobierno de Washington, desataron la guerra del fuerte contra el débil, usando las formas más bajas que su condición de hombres sin principios concebían. Todo les pareció bueno para apoderarse de nuestra tierra, en momentos en que enfrentábamos grandes problemas, pues no nos habíamos aún repuesto de las guerras de Independencia de España.

Esa mañana, Reies Tijerina y yo desmenuzamos nuestra historia desde las Leyes Indias, y estábamos verdaderamente exaltados frente al proceso que desintegró nuestro territorio y que culminó con la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo.

Cuando México regateaba la firma del tratado, ya los norteamericanos tenían invadido incluso buena parte del México actual, ocasión en que el general Scott manifestó que de Washington le apremiaban para que reanudara las operaciones bélicas, pero que, si se firmaba, cesarían las hostilidades; si no, desconocería al gobierno mexicano, entonces constituido en Querétaro y no le permitiría establecerse en ningún otro lugar. Bajo esa presión, el tratado se firmó el 2 de febrero de 1848.

—Entonces —recordaba Tijerina— quedamos separados de la patria 108 mil mexicanos que en el curso de los años nos hemos convertido en ocho millones de “chicanos”, como ahora se nos llama. Nosotros, incluyo padres y abuelos —recalcó— hemos sido despojados de nuestras tierras, cuyos títulos a muchos nos fueron otorgados por la Corona de España. En virtud de la anexión quedamos en territorio norteamericano, pero el tratado establece que el gobierno de los Estados Unidos respetaría

nuestras propiedades y ¿qué es lo que han hecho? Usando tanto artimañas jurídicas como la violencia, al grado de exterminar familias enteras, nos han arrebatado la tierra legítimamente nuestra, relegándonos a una vida miserable en zonas inhóspitas, nos sembraron de obstáculos el camino hacia una educación universitaria, para que nunca dejemos de ser sólo la fuerza de trabajo que ellos puedan explotar. Se nos ha destinado a hacer los trabajos rudos y se nos ha obligado a ir a la guerra... Ya estamos hartos de tanta infamia y discriminación y por eso nos organizamos para exigir justicia.

—Y estos ocho millones de chicanos, ¿dónde están?

—Principalmente en California, Texas, Arizona, Nuevo México, Colorado, Nevada, Oklahoma, Utah, Kansas y Wyoming, que son los territorios arrebatados a México; pero en realidad estamos dispersos en todo el país. Encontrarás chicanos aún en New York.

—Pues considérenme una chicana más. Me incorporaré desde hoy y trabajaré por la justicia para los chicanos. ¿Cuál es el punto fundamental y concreto de nuestra lucha?

—Por ahora, exigir la devolución de nuestras tierras con base en el tratado de Guadalupe Hidalgo.

—¡Zas!

—Nosotros, los mexicanos de las Mercedes (mercedes se llamaba a los títulos de propiedad otorgados por los reyes de España), hemos conservado nuestra religión, nuestra lengua y nuestras tradiciones.

Y así Reyes Tijerina llegó a concluirme su proyecto:

—Pensamos venir en caravana a México, si es que obtenemos el permiso de este gobierno. El contingente recorrerá desde la frontera Ciudad Juárez hasta el Distrito Federal; me parece que son 1,800 kilómetros; en esa ruta es donde necesitamos que nos pongas en contacto con organizaciones populares. Éstas darán la bienvenida

a los chicanos y a su vez, ellos podrán saludar al pueblo de México. Nuestro programa incluirá una visita a la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac y otra al presidente de la República. Eso es todo lo que queremos... Ya te imaginarás cuánto hemos acariciado la idea de estrechar lazos con los mexicanos de acá, más afortunados que nosotros, sometidos por generaciones al despotismo del yanqui. Para muchos chicanos, conocer México es la ilusión de su vida.

—Pues lo conocerán y si las cosas marchan bien, veremos a la gente de la derecha y de la izquierda mexicanas aclamando su paso. Habrá que trabajar mucho; pero nadie podrá objetar el auténtico mexicanismo de nuestra bandera. Éste es un día memorable, me he entusiasmado tanto que se me hace tarde para empezar... Pero primero, vamos a desayunar. Perdóname Reies, no te he ofrecido ni una taza de café; la verdad es que no tengo noción del tiempo. ¿Qué hora es?

—Las 11. Parece mentira cómo pasan las horas. Bien —agregó sonriente—, si vamos a desayunar, ¿permities que invite a mis hijos?

—¿Tus hijos? ¿Dónde están tus hijos?

—Afuera... esperando.

—Pero Reies, esto no es justo. Me muero de pena; ¿por qué no me habías dicho que estaban aquí?

—No te preocupes, nosotros teníamos que hablar. Ellos están acostumbrados a estas cosas.

Aunque mi casa era chica, pude arreglarles una habitación.

—No es necesario —argumentó Reies—. Hace calor, dormiremos en el patio, en el suelo se duerme bien.

Y a pesar de mis ruegos, durmieron así todos los días de su permanencia en Chihuahua.

No tardó mucho en saberse quién era y qué representaba Reies López Tijerina y empezaron a solicitarlo principalmente los estudiantes interesados en conocer la lucha de los chicanos.

—No sé qué hacer —me decía—. Yo no puedo hablar mucho porque enronquezco luego y se me forma en la garganta una espesa salivación imposible de arrojar.

—Pues te prepararé un batido de clara de huevo con limón y miel; también las pastillas de clorato son buenas, o la leche caliente con coñac.

Un día aceptó dar una plática, casi a manera de información histórica. Recuerdo su alegría al volver a casa con el descubrimiento de que los chihuahuenses que conoció eran sensibles a las penalidades de sus compatriotas. Muy pronto iniciaríamos el recorrido para marcar las etapas que haría la caravana; pero un día después de comer, salió y no regresó más. Casi entrada la noche, me vinieron a avisar.

—Reies fue detenido por agentes de la Secreta. ¡Tenemos que hacer algo!

Lógicamente, sus hijos se asustaron mucho y con ellos salí a indagar su paradero. Nada logramos ese día, sino el siguiente, cuando lo encontramos preso en la Penitenciaría del Estado. Mientras se hacían las diligencias por su libertad, informé telefónicamente a los chicanos de Alburquerque. Tres días después de su detención fue liberado bajo la advertencia de que debía romper vínculos conmigo, porque yo, según le dijeron, era enemiga del gobierno. Mientras me decía esto, llegó un compañero del Frente Electoral a aconsejarme:

—Debes sacar un amparo cuanto antes; sabemos que hay orden de aprehensión en contra tuya.

—¡Coño, carajo! —impiqué molesta— ¿pues qué es lo que se traen conmigo que no me dejan vivir en paz?

—Me gustaría saberlo —respondió Tijerina—. Mira, ahora que estuve preso me dijeron: “Usted como extranjero no sabe cómo andan las cosas en México, pero si quiere evitarse dificultades,

más vale que se aleje de esa mujer...". La verdad, Judith, es que ya no quiero estar ni un día más aquí, mejor vámonos esta noche y empezamos a marcar las etapas de la caravana.

Los compañeros del Frente Electoral me ayudaron a distribuir el número de *Acción* que ese día había salido de la imprenta y por la noche, Reies con sus hijos y yo con los periódicos y la guitarra, partimos con destino a la capital.

En el trayecto fui vinculándolo a mis relaciones; lo mismo hice al llegar a la Ciudad de México. Por su parte, él ya tenía bastantes amistades. Las organizaciones de izquierda y de derecha invitadas a colaborar respondieron con entusiasmo al llamado de Tijerina y todo hacía suponer que la recepción a los chicanos sería un acontecimiento.

Se estaban elaborando los textos para ilustrar los folletos y boletines a través de los cuales se informaría a la opinión pública el porqué de la lucha chicana cuando un sábado, a las ocho de la mañana, Tijerina me telefoneó diciendo:

—Creo que ya nada tengo que hacer aquí, parece que todo marcha bien; por eso he resuelto regresar a Nuevo México y como Chihuahua queda en el camino, si quieres vámonos y por allí te dejo.

—De acuerdo, pero dame dos horas para cancelar los compromisos del día; si hubiera sabido antes...

—OK... a las diez te llamaré para pasar por ti.

Apenas habría transcurrido una hora, cuando al estar cerrando la maleta sonó el teléfono y en el otro extremo del hilo, la voz alterada de una mujer me informó:

—Señorita Judith, soy la dueña de la casa donde se aloja Tijerina; ha sucedido algo terrible... se lo llevó la policía.

—¡No, no puede ser! Hace muy poco hablé con él. ¿A qué hora ocurrió?

—Recién se lo llevaron. Varios individuos armados entraron a la casa y sin dar explicaciones lo sacaron en mangas de camisa. Yo conozco el teléfono suyo porque él me había dicho que si pasaba algo le avisara a usted.

—¿Y sus hijos?

—Ya sabe que hablan poco; pero en la cara se les ve lo alarmados que están. Yo pienso que algo podrá hacerse; mientras tanto, los chicos podrán estar en la casa todo el tiempo que sea necesario.

—Bien, iré a buscar algunos amigos para consultar qué es lo que corresponde hacer. La policía seguramente negará que tiene a Reies en su poder. Cualquier novedad se la comunicaré.

Todo fue inútil, era sábado, ¡sabadazo! Nadie nos daba informes. En las oficinas policiacas, tal como lo había previsto, decían no tener conocimiento de que algún Reies Tijerina hubiera sido arrestado.

—Tendrá que esperar el lunes —repetían con desdén y hasta con sorna.

Esto me hizo cancelar el viaje, y fue bueno, porque al otro día, domingo, recibí una llamada desde San Antonio, Texas.

—Soy Reies Tijerina, me echaron de México. Te encargo a mis hijos, tal vez mi hermano vaya por ellos. Si te interrogan diles lo que tú sabes: que los chicanos sólo queríamos ir a besar el suelo mexicano, visitar a la Virgen del Tepeyac y estrechar la mano del presidente. Adiós, cuídate mucho y buena suerte.

Sobre Reies Tijerina hay más que decir que lo que he conseguido aquí; pero hoy sólo me ocupo del episodio que en esa ocasión nos tocó vivir. Es oportuno agregar que desde 1970, Reies está privado de la libertad en un reclusorio de Missouri, Estados Unidos. Al escribir mi relato conozco versiones de que está padeciendo cáncer y que el movimiento de los chicanos ha manifestado el temor de que

se le haya provocado para causar su muerte, como en anteriores ocasiones habría ocurrido en las cárceles norteamericanas.

En una cafetería de las calles de Bucareli, en la ciudad capital, un colega y yo sostuvimos acalorada discusión que empezó cuando trató de reprocharme.

—Tú, Tijerina y los chicanos están locos peleando por cosas que sucedieron hace más de cien años. Por esos asuntos ya se libraron los combates necesarios, desaparecieron los enconos y hoy, la amistad y las relaciones entre México y los Estados Unidos son ejemplo de buena vecindad y convivencia para el mundo.

—¡Madre! —respondí con arrebatado dando tal puñetazo en la mesa que las tazas del café que bebíamos bailotearon esparciendo el líquido— A esta hora de la historia sólo tú puedes creer en la amistad de los Estados Unidos. Mira, los mismos yanquis se han definido así: “los Estados Unidos no tienen amigos, sólo intereses”. El hecho de que en las embajadas choquen la copa los señores diplomáticos, no significa que a nivel de pueblo las relaciones con ellos sean dignas, y lo sé porque lo he visto y he sido habitante de frontera muchos años. ¿Para ti no significa nada el envenenamiento de la tierra de Mexicali, que viene a ser una muestra de lo que los gringos entienden por amistad? Fueron ellos los que malévolamente convirtieron en páramo 400 mil hectáreas de cultivo de nuestros campesinos; y no desconocerás tampoco cómo a nuestros braceros, que son la emigración que produce la mala administración del gobierno, los tratan de manera ofensiva y criminal, explotando sin consideración la fuerza de sus músculos cuando están sanos y cuando enferman, son echados como perros sarnosos hasta los límites de la frontera. Yo he visto a muchos en los hospitales de Ciudades Juárez, desesperados ante la perspectiva de una mutilación a causa de la gangrena que invadió sus pies cuando tuvieron que trabajar sin protección adecuada. Llégate al

hospital de una ciudad fronteriza y pregunta a cualquier enfermo sobre su caso y te dirá “yo trabajaba en una granja de Texas (o de California o de Oklahoma) y me echaron porque me enfermé. Ni siquiera me dieron tiempo de recoger mis ahorros que se los quedó el patrón”. ¿Quieres decirme a qué gobierno se puede quejar uno de estos infelices? ¿Al de Estados Unidos? ¿Al de México? No. Un mexicano “de segunda” no vale nada ni para el gobierno de los Estados Unidos ni para el de México. Mira, estas cosas suceden a diario, pero para el mundo diplomático no existen ni como tema de conversación.

—Pero también hay hechos que son de la historia, no son problemas de ahora.

—La historia que nos hacen conocer es sobre una valoración que quita importancia a los sucesos fundamentales. Que la lucha de los chicanos es justa y necesaria no nos lo vas a quitar de la cabeza ni a mí, ni a ellos. Ciertamente que ha pasado una centuria y los programas escolares, elaborados por mexicanos tibios y puestos en práctica también por gobiernos claudicantes, han barnizado el infame episodio con una interpretación que resta importancia al hecho histórico. Así, se trata de dejar a salvo la “dignidad nacional” y se procura atenuar el lógico encono que el pueblo mexicano siente hacia el yanqui imperialista. De modo que los Estados Unidos nos robaron el 51% de México y es nada menos la escuela del gobierno del PRI la que nos inculca el concepto de la “recíproca amistad”. Mira tú, el daño hecho entonces a México no ha quedado en el pasado, porque hoy lesiona la vida y la dignidad de ocho millones de chicanos que están cobrando conciencia de sus derechos, pisoteados por los Estados Unidos y cómodamente silenciados por nosotros. ¿Cuándo, dime tú, cuándo el gobierno mexicano ha reclamado al de los Estados Unidos el respeto al Tratado de Guadalupe Hidalgo? ¡Ah, pero eso sí,

el 16 de septiembre no faltará jamás el mensaje patriotero del presidente para nuestros compatriotas “allende el Bravo”, al fin que desparramar cursilería y demagogia no cuesta nada y todo el mundo aplaude!

—Pues el gobierno hizo bien en echar a Tijerina, porque si éste u otro viene a inquietar con sus problemas y se le deja hacer, lesionará las buenas relaciones diplomáticas.

—Sigues con la manía de las relaciones diplomáticas. ¿Qué conocen los diplomáticos de los problemas del pueblo? Perdóname, pero esos plácidos señores... y señoras, responden a un régimen que a su vez representa intereses que son totalmente contrarios al pueblo.

la compositora y el general

En este período mi producción de corridos fue muy abundante, porque con ellos les contaba a los campesinos las luchas de otros pueblos. Debido a esto, en las asambleas que efectuábamos aparecía junto al problema agrario de México, el relato de la agresión de los marines de USA a los estudiantes panameños cuando en 1958 colocaron 75 banderas de su país en la zona del Canal; por eso, junto a un corrido de crítica a la represión que sufríamos, aparecía otro que hablaba de la lucha sandinista de Nicaragua o del bombardeo del Ejército norteamericano a la ciudad de Guatemala, en 1954; otro que hablaba de las represalias en el Golfo de Tonkín o la invasión preparada por los yanquis a Playa Girón. A mi musa revolucionaria no escapó la Conferencia de Cancilleres en Punta del Este, Uruguay, o la salida del Che Guevara de la vida pública cubana. En ese tiempo, nos desayunábamos con las más diversas versiones en torno al paradero del Che y yo aludía particularmente a las que hacía circular la UPI.

*Hoy dicen las noticias
que el Che Guevara anda por Perú,
yo sé que está en mi tierra
pero cubano, ¿qué dices tú...?*

*Digo que el gringo dice
que el Che Guevara anda por Vietnam
y en una hermosa bala
escribió su nombre para el Tío Sam*

Yo comprendía que el Che Guevara estaba presente en cada uno de los revolucionarios que, renunciando a las comodidades de la vida urbana, habían tomado el camino de la montaña para hacer valer sus palabras con el fusil en mano, contra el imperialismo. La canción terminaba diciendo:

*Tiembla el imperialismo
por la reunión Tricontinental.
Yo como el Che Guevara
soy guerrillero internacional...*

Pero las gentes, en su mayoría, se mostraban temerosos de poseer mis discos y solamente los tocaban cuando los presentes eran de confianza. Mis grabaciones se adquirían en secreto, como en un mercado negro; no obstante, hasta muy altos personajes del gobierno pagaban su precio.

¿Y a dónde iba a parar este dinero? Porque muchos «revolucionarios» bien colocados recomendaban: «no le compren discos a Judith porque se está haciendo rica». ¡Ay!, los que hablaban así, lo hacían seguramente ignorando lo que cuesta sostener un periódico que, por servir a los campesinos, se repartía gratuitamente. Porque

los que inicialmente me ayudaban fueron retirándose poco a poco, otros murieron y a principios del 66 ya no tenía el mínimo ingreso por concepto de publicidad. Por otra parte, siempre había que auxiliar a un compañero preso, otro perseguido, uno más que tiene que viajar o que está enfermo y, de vez en cuando, a un guerrillero venido de otros países.

Hubo un día en que en mi pequeña casa de Chihuahua, nos alojábamos 18 compañeros, todos con apremios económicos. Considerando esto, los campesinos enviaban alguna vez un saco de papas o de frijol o una caja de huevos; pero a pesar de la escasez, la satisfacción de que mis compañeros de lucha compartieran mi comida y mi vivienda, era muy grande.

Si, como dije, la gente escuchaba mis discos tomando precauciones, algún militar llegó a sentir preferencia por mis obras, que resultó, como se verá, una preferencia un tanto particular.

En efecto, cierto general envió un emisario pidiéndome una entrevista. Yo me alarmé y viendo esto el enviado me tranquilizó diciendo:

—Sólo se trata de que el general desea que le componga un corrido a su pueblo.

—Siendo así, —acepté metiéndome por curiosidad en la trampa— iré a buscarlo el lunes a las 8.

—Señorita, si puede, vaya antes; el general se levanta a la seis.

—Bien, estaré allí a las 7.

Llegado el día fui a la residencia indicada y sin dilación el general me recibió en la sala. Empezó hablándome de sus hazañas y de su amor al pueblo. Decía también que toda su vida había estado consagrado al servicio de la Patria.

—Lo creo, lo creo... —asentía yo—. ¿Y cómo es que no le han premiado conforme a sus merecimientos, señor general?

—Tengo algunas medallas y diplomas, mire usted —me dijo conduciéndome a donde se hallaban las pruebas de sus triunfos.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Aun así, creo que no le han hecho justicia, señor general!

—Ejem...—reaccionó aclarándose la voz— Por eso quisiera que usted me compusiera un corrido, pero que actuara con discreción para que apareciera como algo espontáneo...

—¡Ya le voy comprendiendo, señor general! Luego querrá que le promueva un homenaje de los campesinos y en un descuido... ¡hasta un monumento le hacemos!

Su rostro se mostraba muy ufano.

Para esto, habíamos empezado a recorrer la casa y llegamos a la sala de armas, en donde había también algunas de caza. Él, como experto artillero, me fue instruyendo en el funcionamiento de aquéllas y yo mostré asombro por una carabina de dos bocas, asegurándole que jamás había visto otra igual.

A través de los ventanales se divisaba la huerta y pude apreciar el trajín de los soldados que, a medio uniformar, hacían faenas agrícolas. Esto no me extrañaba, porque en Chihuahua otros generales también empleaban a la tropa en los trabajos de sus latifundios y hasta con fuerzas militares protegían la entrada de sus manzanas.

—Señor general —le dije por conocer la dimensión de su vanidad— ¿pagaría usted el precio que yo le pida por el corrido?

Sus ojos denotaron sorpresa y titubeando un poco, resolvió al fin:

—¡Así me gustan las cosas! ¡Claras y derechas! ¡Derechas! ¡Bien derechas!

—Bueno, señor general; deme unos díftas para resolver...



NO ES UNA CANTANTE DE
LA COASTA MUSICAL DE
POPULARES DEL MEXICO
CONTEMPORANEO.







GRAL. OLACHEA AVILES

ACCION

voz revolucionaria del Pueblo

40
CENTAVOS

DIRECTORA: JUDITH REYES - Septiembre 28 de 1964 - Chihuahua, Chih. - AÑO II No. 31

¿Es Latifundista el General OLACHEA?

Información página 3

GINER DURAN CONTRA LA EDUCACION

Información página 3

GANGSTERIL ACTUACION DE FRANCISCO JAVIER ALVAREZ

Como Cuando Luis XIV
OPINOSA CRUELDAD BURGUESA EN LA COLONIA ANAHUAC

El centro comercial de Colonia Anahuac, cabecera del latifundio Bosques de Chihuahua, "legalmente" creado por decreto presidencial de Miguel Alemán Valdez y fundado con dinero del purlo (Nacional Financiera) para la mayoría de unos cuantos pillos de origen extranjero, es nuevamente escenario de discriminaciones al pueblo miserable. El medio día del sábado anterior, los mercados de nuevo año, o sea los miembros de la "marcha Nacional" de Comercio inaugurada por López Mateos, fueron agastados espléndidamente con un banquete servido en Colonia Anahuac.

ACCION

voz revolucionaria del Pueblo

Directora: JUDITH REYES Núm. 18 Chihuahua, Chih., Octubre 3 de 1963. Año 2

¡¡CUMPLA, DON PRAXEDES!!: LOS CAMPESINOS

En su número anterior "ACCION" señaló al Gobernador del Estado, no solo como demagogo, sino como mentiroso.

Tal afirmación por haber sido presentada descaradamente abierta y cruda como lo ameritaba la ocasión, produjo a los elidos oficiales del régimen que preside, el re-

PRIMER ANIVERSARIO

"ACCION", Voz Revolucionaria del Pueblo, saluda al pueblo de Chihuahua, a las fuerzas progresistas, a sus anfitriones y amigos, en ocasión del PRIMER ANIVERSARIO de vida independiente y combativa. Nuestra indeclinable línea política es:

Es Un Vil Sabotaje a Giner

Indigna al magisterio que las Autoridades Estatales de Educación se "inmiscuyan en su puesto interior sindical, que actualmente se está llevando a cabo para designar el nuevo Comité Ejecutivo de la Sección Cuaternaria.

Señalan los maestros, que el profesor Francisco Javier Alvarez no coniente con utilizar su puesto de



Adán Nieto Castillo al centro (sexta persona de izquierda a derecha) en la cárcel de Lecumberri. Además: el Dr. Miguel Cruz Ruiz, Gerardo Peláez Ramos, Fabio Barbosa Cano y otros presos, 1970 • Autor desconocido. [APJR]



3

El país de las **conjuras**

[LAS VÍCTIMAS DEL SISTEMA]

¿qué puede gustarle a una revolucionaria?

Así transcurría mi vida, cuando en abril de 1966 leí en los periódicos capitalinos que el abogado Adán Nieto Castillo había sido secuestrado. El suceso adquiría mayor interés por el fondo político que ocultaba, era el asesor del sindicato de choferes de la línea Peralvillo-Cozumel.

Cuatro semanas antes, los trabajadores habían iniciado un movimiento de huelga que afectaba los intereses del monopolio del transporte en el Distrito Federal. Repasaba esta noticia mientras Manuel J. Santos me servía un plato de menudo en la fonda Coahuila, que era de su propiedad.

—Yo lo conozco —me dijo refiriéndose al abogado—. Es mi amigo. Ojalá que no lo maten porque lo que sea de cada quien, Adán es hombre que vale mucho y la gente lo quiere.

Poco después, en otra de mis estadías en la capital, caí por la fonda, inquiriendo:

—Oiga, compa Santos, cuénteme, ¿qué pasó con el asesor de los choferes?

—Ya está libre, pero espéreme tantito; nomás déjeme servir aquella mesa y platicamos. Mientras, vaya leyendo los periódicos. Aquí se los tengo.

Las informaciones no eran muy completas, pero trascendía que a Nieto Castillo lo habían conducido al Campo militar No. 1, donde lo torturaron para que abandonara el asesoramiento a los huelguistas. Ante su firmeza, toda coacción resultó vana y tuvieron que liberarlo, porque los trabajadores de los 18 sindicatos del USTIC* preparaban una acción conjunta para protestar por el atropello. De efectuarse la protesta, significaría el ensanchamiento del conflicto que podía desembocar en la paralización de buena parte del servicio de transporte en la ciudad.

Astutamente, el monopolio (léase gobierno) cedió. Tenía que esperar otro poco, hasta desintegrar el USTIC, para que Nieto Castillo se quedara sin fuerza de apoyo.

—¡Cabrones! —murmuraba yo intuyendo las maniobras.

—Bueno, ¿ya leyó todo? —preguntó el compa, una vez cumplido el servicio de los “clientes”.

—Sí, ¿hay algo más?

—Pues verá usted, cuando vi que el licenciado Nieto estaba libre, fui a saludarlo y le obsequié su disco; a los pocos días me telefoneó preguntando, *Oye, Santos, ¿esa mujer existe...? ¿Cuál mujer? La de las canciones del disco que me regalaste... ¡Pues claro que existe! ¿Dónde está...? Me imagino que en Chihuahua, uno nunca sabe dónde está. Pues cuando venga me lo dices, porque la quiero conocer... ¿Y si no viene? Entonces iré a buscarla... Se lo cuento tal como sucedió. Ahora usted dirá si lo quiere conocer.*

* USTIC: Unión de Sindicatos de Trabajadores Independientes Camioneros.

—Hasta la pregunta es necia, compa, ¡claro que lo quiero conocer!

Mi encuentro con Adán tuvo lugar en la fonda del compa Santos y desde ese día descubrí nuestra afinidad en la mayor parte de las cosas que me eran esenciales. Su trato dulzón y comedido tiñó de rosa mi horizonte. Sentí como si una ventanita se abriera en mi corazón y por allí escaparan los recuerdos del pasado para dejarlo entero al cariño que, a los 38 años de mi vida, llegaba para compartir el destino.

Aunque estaba segura de que mi amor por él sería para siempre, yo no quería casarme, *Vivamos juntos, nomás*, respondía cada vez que me hablaba de matrimonio; entonces él argumentaba, *Cuando un hombre ama y respeta a una mujer, la coloca en el primer plano de su vida*. En realidad, para mí carecía (y carece) de importancia la confirmación del juez en este aspecto. Creo que si entre un hombre y una mujer nace el amor verdadero, es insuperable el lazo para que la unión perdure; y en cuanto al respeto, fidelidad y tolerancia mutuas, sólo puede haberlas como consecuencia del amor. De todas maneras, acordamos esperar un poco, antes de dar el paso definitivo.

Un día, al sonar el timbre del departamento que ocupaba a mi paso por la Ciudad de México, fui a abrir y encontré a Adán, muy tieso, con las manos echadas hacia atrás y al verme me preguntó con ansiedad:

—¿Te gustan las flores?

—Sí, me gustan mucho —suspiró con alivio y me tendió una mano ofreciéndome una orquídea lila.

—¿De veras te gustan las flores?

—Claro. Todas las flores me gustan. Esta orquídea es muy linda, muchas gracias.

—Lo celebro, porque toda la mañana estuve preocupado preguntándome, ¿qué puede gustarle a una revolucionaria?

—La lucha en primer lugar; pero también nos gustan las flores, la música, los libros y la artesanía popular, por lo menos a mí.

—Felizmente veo que puedo enamorarte con flores mejor que glosando el artículo 27 de la Constitución, ¿sabes...? ¡Porque yo me especialicé nomás en derecho obrero! —dijo bromeando.

El día que fuimos al teatro no lograba acomodarme en la butaca. Me revolví constantemente y hasta sentía impulsos de marcharme. Él, entonces, posaba con ternura su mano sobre la mía, como para transmitirme el gusto que perdí no supe cuando, por muchas cosas de la vida.

Hacía bastante que no concurría a espectáculos de diversión. En casa ni siquiera tenía radio y mucho menos televisión. No experimentaba pesar por eso, porque todo mi tiempo estaba consagrado al periódico y las audiciones, actividades que me permitían ir a lo ancho y largo del país, estableciendo vínculos entre campesinos, estudiantes y trabajadores. Consideraba tiempo perdido verme sentada dos horas en una sala cinematográfica, porque estaba convencida de la necesidad de que los revolucionarios dediquemos nuestro tiempo entero a la lucha; solo el trabajo continuo e intenso nos permitirá superar las trabas que crean las intrigas y críticas de quienes se consideran con derecho a calificar nuestras acciones como militantes... *Son tantos los obstáculos contra los que tenemos que forcejear*, pensaba mientras las coristas se contoneaban con ritmo y sensualidad en el escenario.

Mi pensamiento retrocedió hasta el día en que, buscando a Álvaro Ríos, llegó a mi casa un dirigente nacional del partido de la izquierda oficialista.

—El “maestro” está preocupado porque sabe que aquí en Chihuahua todos son lo mismo.

—No comprendo —le respondí.

—Sí, que los del PPS* y los comunistas del Frente Electoral actúan de común acuerdo.

¡Zas! ¿De manera que al "maestro" le preocupaba que en el norte pudiera producirse un principio de unidad de la izquierda mexicana? Esta actitud me demostró cuán alejada se hallaba de la base la dirección del partido, que tan buenos quites le hacía al gobierno.

Traté de ahuyentar estos recuerdos y disfrutar las canciones fragorosas que en ese momento cantaba el Charro Avitia... pero, ¿a qué hora entró al escenario, que no me di cuenta?

Esa fue la única ocasión que Adán y yo fuimos al teatro.

¿exceso de precauciones?

Por julio del 66 hice el último número de *Acción*. Ocupada en su distribución, me dirigía en autobús de la ciudad de Chihuahua a la capital de la República. Tomé la corrida nocturna y cuando a las siete de la mañana desperté en Querétaro, oí que uno de los pasajeros comentaba que una conjura había sido aplastada por el gobierno. En la primera plana que leía, destacaba el nombre del periodista Víctor Rico Galán. También se decía que estaban involucrados Raúl Ugalde, Gumersindo Gómez Cuevas, el doctor Miguel Cruz, Isaías Rojas Delgado y otros. A Álvaro Ríos y dos campesinos más, los trasladaron desde Durango, atados de pies y manos en un transporte de ganado.

El hecho de estar inmediatamente detrás del viajero que leía las noticias me permitió ver una gráfica en que, según la policía, se mostraba el arsenal descubierto; además, 300 discos del primer

* PPS: Partido Popular Socialista (izquierda gubernamental).

long-play que hice y una pila de cajas que contenían seis mil de los que dediqué al Che Guevara.

No necesitaba más para comprender que si en ese momento la ley me echaba el ojo encima, sería también detenida y consignada. ¡Pues no! —me dije— bajaré de este cacharro con ruedas antes de llegar al término del viaje, porque con la cacería de brujas que están haciendo, habrá harta “plaga” en todas las terminales. El equipaje lo recogeré después.

En calidad de mientras, empecé a destruir y arrojar con disimulo por la ventanilla todos los papeles que pudieran ser inconvenientes si cayeran en otras manos. ¿Exceso de precauciones? Mejor que sobren y no que falten.

En las proximidades de la ciudad, descendí del autobús preocupada por la avalancha de problemas que sentía caer sobre mí. ¿A dónde ir? En ese momento no tenía dinero para movilizarme ni me podía acercar a las personas que normalmente frecuentaba. Algunos amigos míos, teóricos, “eminentes revolucionarios” de quienes es frecuente leer enjundiosas declaraciones, en más de una ocasión me habían dicho:

—Judith, mejor no vengas a mi casa; yo tengo una familia constituida y mis hijos están a punto de terminar su carrera.

Otras veces me decían:

—Perdona que te reciba en la cocina; si nos sentamos en la sala no sabría cómo explicar tu presencia si llegara alguien.

A estos amigos les facilitaba las explicaciones yendo vestida en la forma más humilde posible, con zapatos de piso, delantal y una bolsa para el mandado en la mano; luego, cuando me abrían la puerta, procuraba decir con voz recia para que oyera cualquiera que en ese momento pasara o se hallase en las cercanías: “Sé que necesitan una señora para lavar ropa; vengo a ver si nos arreglamos”, y así pasaba.

Entre los campesinos nunca tuve que disimular.

Pensando todo esto vagaba con pasos indecisos entre los basureros de la periferia buscando ansiosamente una cabina telefónica.

—¿Pero qué pasa conmigo? —me dije— ¿Cómo van a tener teléfono los infelices que viven en covachas de tablas y cartón? —Ellos, los miserables, me miraban con recelo y curiosidad, como a una intrusa en sus terrenos.

—Señor —dije dirigiéndome a uno—. Estoy perdida, quise cortar camino para llegar a la carretera y creo que me he alejado. ¿Puede decirme cómo ir al centro? —el interpelado siguió chupando su cigarro, luego lanzó un salivazo y respondió socarrón.

—Pos depende...

Saqué unas monedas y se las di. Entonces me dio las señas y después de regular caminata, pude abordar un transporte urbano. No bien divisé una cabina de teléfono, descendí, y al dirigirme hacia ella, podía ir leyendo en los grandes titulares de los diarios el escándalo creado en torno a lo que se presentaba como conjura.

Era sábado, la una de la tarde. Había vagado tres horas por la periferia; pero estaba libre y esto era lo importante, porque tenía una tarea que cumplir: poner a salvo el directorio del periódico que consignaba datos de compañeros dispersos por centenares en 22 estados, quienes podrían ser vistos como implicados en los sucesos, como se urde con tanta frecuencia en los manejos policiacos.

Si al igual que los discos, caían estos nombres y direcciones en poder de la policía, fácilmente podrían decir que era la enorme red clandestina de la organización. Fue allí que advertí que de mi responsabilidad dependía la suerte de cientos de campesinos, estudiantes, maestros, empleados federales, obreros y uno que otro intelectual y artista.

—Si logro ocultarme 24 horas y rescatar el índice de direcciones, la policía no tendrá la satisfacción de fabricar nuevos conjurados.

A las 3 de la mañana del domingo, el directorio estaba a salvo. Sólo entonces pude relajar mis nervios y procurar un poco de reposo a mis cansados músculos.

Tres meses permanecí oculta, ni mi familia conocía mi paradero; porque tengo como norma alejarme lo más posible de ellos cuando sospecho que los perros andan tras de mis huellas.

Aquellos fueron días difíciles y a los sobresaltos diarios tuve que sumar la amargura de saber que uno de los procesados había dado instrucciones a algún emisario para que recogiera el dinero de mis discos distribuidos, a fin de que me quedara privada de recursos, lo que me obligaría a dejar mi preventivo escondrijo y de este modo, la policía podría echarme el guante también.

¿Esta es conducta propia de un revolucionario? A mí me dolió mucho, pero no le guardé rencor; por el contrario, me apenó que pudiera llegar a tamaña baja.

matrimonio

En diciembre de ese mismo año, Adán y yo nos casamos y nos fuimos a vivir en las calles de Insurgentes y Baja California. En adelante sólo me ocupé de las tareas domésticas, convencida de la imposibilidad de seguir publicando *Acción* y recorrer los ejidos con la guitarra a cuestas.

Recién casada me di cuenta de que Adán me hacía objeto de un paternalismo tal, que le resultaba intolerable que yo pensara, decidiera y actuara por mí misma y de un tajo me hizo cortar con todas mis relaciones. ¿Era una forma de protegerme de las constantes amenazas, espionaje y persecución que sufrimos todos los

militantes de la izquierda mexicana? Tal vez. El resultado fue que del 16 de diciembre de 1966 al 17 de julio de 1967 viví el único período de mi vida en que no tuve que enfrentarme a ningún problema económico ni de trabajo.

Pero las maniobras del monopolio camionero en el Distrito Federal muy pronto pusieron término a la indolencia de mi vivir.

huelga de choferes

La huelga de los choferes de la línea Peralvillo-Cozumel tenía ya un año y cuatro meses. Esto extremó la pobreza de las familias de los trabajadores que, para ayudarse un poco en tan prolongado conflicto, se organizaban en brigadas de a tres, abordaban los autobuses de otras líneas del servicio urbano y haciendo una breve exposición de su problema, solicitaban la ayuda pública.

Había que hacerlo así; era la única forma de que el pueblo conociera desde el punto de vista de los trabajadores un conflicto que era dolosamente falseado por la prensa capitalista.

Esta manera de informar se acostumbra en México, porque cuando la gran prensa se ocupa de las luchas de los obreros, los estudiantes y los campesinos, generalmente lo hace en forma sucia para crear un clima contrario a sus reivindicaciones.

Los choferes de la Peralvillo-Cozumel eran aprehendidos por la policía, despojados de sus ánforas, encarcelados y multados porque “en México está prohibida la mendicidad”. Mientras tanto, por las calles de las más importantes ciudades mexicanas pululan los verdaderos mendigos, parias del régimen “revolucionario”.

Yo tenía conocimiento de estos hechos a causa de Adán, que como abogado de los huelguistas iba frecuentemente a pagar las multas para sacarlos de la cárcel.

A las 8:30 de la noche del 17 de julio de 1967, llegaron con gran alarma dos amigos nuestros, el Lic. José Rojo Coronado y el Prof. Ignacio González Ramírez para decirme:

—Judith, Adán fue sacado de su despacho, seguramente por agentes de las Comisiones de Seguridad y en un carro con placas de Texas se lo llevaron con rumbo desconocido.

Lo sorpresivo del golpe me dejó aturdida.

—Todo está muy callado. Parece que hubo otras aprehensiones y como más vale estar advertido, creemos que tú debes ocultarte —concluyeron.

Sí. Siempre que sueltan a los perros corremos a los escondites. Unos por lo que hacen, otros por lo que no hacen. De cualquier manera, el gobierno nos vigila el pensamiento a todos.

—Esta embestida le viene a Adán del monopolio del transporte —apunté precisa—. Como no pueden quebrantar la resistencia de los trabajadores intentan acabar con el problema en la única forma que saben: con la violencia, la represión y el crimen. ¡Vámonos pues!

Cambié de domicilio muchas veces, pero no me recluí. Al día siguiente empecé a ocuparme de vender mis discos «Los restos de don Porfirio» para enfrentar la situación económica, porque el día que el gobierno privó a Adán de su libertad, teníamos como capital solamente dos pesos. Troqué mi apariencia y vestida de enfermera, jeringuilla en mano entraba y salía por doquier.

Tres días después, Adán me mandó una esquelita apresuradamente garabateada: “Con el recuerdo de tu amor lleno las horas de mi prisión. Pensar en ti me fortalece. Te quiero”. El siguiente mensaje llegó henchido de optimismo: “Nos veremos pronto. Me dejarán libre. No tienen nada contra mí”.

Pasados cuatro días desde su arresto, las fuerzas represivas cayeron sobre los huelguistas, se apoderaron de los autobuses, que

eran la garantía laboral de los trabajadores, e hicieron desaparecer hasta los permisos de ruta.

Para cometer este incalificable atropello a los derechos obreros, se prestó el Banco del Transporte aduciendo que la empresa le debía, por tal motivo se hacía pagar embargando los vehículos y que no admitía alegatos porque el banco no tenía nada que tratar con los trabajadores ni los trabajadores con el banco. Tales argumentos fueron apoyados con porras, culatazos y disparos, porque así es como se resuelven los problemas en la actualidad mexicana.

En vano los trabajadores de la Peralvillo-Cozumel recurrieron en su oportunidad al Congreso del Trabajo, institución creada precisamente para asistir a los obreros en sus conflictos laborales y que en la práctica sirve a los intereses del patrón.

Así fue como luchando por la revisión del contrato colectivo de trabajo, un salario de garantía y una jornada laboral de ocho horas, los choferes de la Peralvillo-Cozumel se quedaron en la calle y mi marido en la cárcel.

Ya solucionaron el conflicto de la Peralvillo-Cozumel, ahora dejarán libre a Adán, pensé... Pero no; él era un elemento que, empeñado en la organización del sindicalismo independiente del control patronal-gubernamental, denunciaba, exhibía y combatía implacable la venalidad de los que durante décadas han traficado con los intereses de los trabajadores.

A los 14 años empezó a trabajar en las húmedas profundidades de las minas de Pachuca y Real del Monte y llegó a ser Secretario General del Sindicato Nacional de Mineros y Metalúrgicos de la República Mexicana, en el período 1946-50. Con el producto de su trabajo como minero se costeó los estudios de la carrera de abogado, constriñéndole a épocas de duro trabajo, intenso estudio y múltiples privaciones.

la caravana del hambre: mineros en huelga

A fines de 1950, Adán colaboró, con toda la pujanza de sus convicciones, en la organización de la “caravana del hambre”, integrada por cinco mil mineros huelguistas de Nueva Rosita, Palau y Cloete, que llegara a la Ciudad de México para solicitar audiencia al presidente de la República.

Algunos venían con sus familias. Recorrieron a pie, en jornadas de 25 kilómetros, los 1,400 del trayecto, a veces subiendo cumbres hasta de tres mil metros y soportando temperaturas de diez grados bajo cero. Eran cinco mil víctimas del “régimen revolucionario”, que usa con frecuencia la fuerza armada para someter al pueblo toda ocasión que se apresta a la defensa de sus derechos.

El 16 de octubre, estos trabajadores de las minas, —cuyos pasajes subterráneos tienen apenas 60 centímetros de altura, por lo que el minero debe trabajar doblado— habían iniciado un movimiento de huelga para reclamar el cumplimiento del Contrato Colectivo de Trabajo, violado por las subsidiarias de la *American Smelting & Refining Co.*

Simultáneamente, siguiendo instrucciones de la Secretaría del Trabajo, la empresa imperialista desconoció la representación legal de los auténticos dirigentes sindicales. Así, por decisión del gobierno, se inauguraría una etapa infamante de la vida sindical mexicana, que dura hasta nuestros días: la interferencia oficial de los sindicatos, negando la propia autodeterminación de los trabajadores. El libre ejercicio de la función sindical resultó castrado. De esta manera se consolidó aún más el descarado maridaje entre los intereses de la iniciativa privada y el imperialismo, los sindicatos y el gobierno, oprobioso contubernio del que se hace víctima a nuestro pueblo.

He aquí el documento en que los trabajadores denunciaron los hechos que cubren una de las páginas más vergonzantes de nuestra historia:

La violación fundamental consistió en que la empresa minera, obedeciendo instrucciones de la Secretaría del Trabajo, desconociera la personalidad legal de la Sección 14 y de la Fracción 1 del sindicato en que estamos agrupados y negaron a estas entidades sindicales facultad para administrar el contrato colectivo de trabajo, con lo que destruyó en la base la resolución normal entre los trabajadores y la empresa.

Las autoridades de trabajo dieron esa orden a las compañías como represalia porque nosotros nos negamos a reconocer al Comité General del Sindicato, que había sido impuesto por las propias autoridades. Es decir, la Secretaría del Trabajo había previamente interferido y de modo ilegal, la libertad de asociación y la independencia sindical.

Después de haber recibido el pliego de peticiones con aviso de huelga y haber ordenado su notificación a las empresas, la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, rompiendo todos los precedentes, atentando de manera inaudita contra los preceptos de la Constitución y la Ley Federal de Trabajo, tuvo por no presentado el pliego de huelga y por no hecha la notificación del mismo y mandó archivar el expediente, lo que equivalió a calificar la huelga antes que estallara.

Con este proceder, las autoridades de Trabajo no sólo atacaron los intereses de los trabajadores de Nueva Rosita y Cloete, sino que lesionaron gravemente los derechos generales de la clase trabajadora y especialmente el derecho de huelga.

En el período de huelga, los trabajadores sufrieron la persecución más enconada de que se tenga memoria, y no faltó la campaña calumniosa de la prensa capitalista. Naturalmente, esta prensa jamás informó al pueblo de México que a los hijos de los huelguistas les fue negado el derecho de asistir a las escuelas y todavía siete años después, para muchos estaba cerrado el acceso a las secundarias. Tampoco informó que la Cámara Nacional de Comercio ordenó a todos los comerciantes que no vendieran víveres a los huelguistas, mientras que la cooperativa de propiedad de los trabajadores fue clausurada y el fondo de resistencia congelado por la Secretaría del Trabajo. A muchos huelguistas les fue cortado el suministro de luz y agua; las órdenes de “arriba” también dictaron el cierre de la clínica y los médicos recibieron instrucciones para que no prestaran servicios profesionales a los huelguistas y a sus familiares. Por su parte, los bancos se negaron a descontar cualquier documento suscrito a favor de los huelguistas, o de uno solo en forma personal.

Mientras tanto, en las calles de Nueva Rosita, la población civil estaba a merced de la acción prepotente de los soldados y no podían transitar dos personas juntas sin ser agredidas a culatazos. El registro personal de los transeúntes era corriente y, por si fuera poco, habían emplazado ametralladoras en las azoteas de los edificios públicos.

“El sometimiento de la clase obrera es necesario para la industrialización del país”, era la tesis del presidente Miguel Alemán.

Los que tantas injusticias habían sufrido, llegaron por millares, hambrientos y cansados, en increíble caravana. Al entrar en la capital, con respeto se quitaron el sombrero. Cientos de capitalinos se agrupaban en las aceras a verlos pasar.

“¡Arriba Coahuila!” gritaban para estimularlos. En el Zócalo les aguardaba una multitud.

—Los periódicos nos han llamado asaltantes, comunistas, robagallinas, pero nadie podrá decir que les hayamos robado algo. ¡Venimos a ver al presidente para pedirle justicia y estaremos aquí hasta que nos oiga!

Cinco mil manos se elevaban al grito de ¡JUSTICIA! ¡JUSTICIA! Pero los balcones del palacio presidencial no se abrieron ese día ni algún otro para los caravaneros.

A las 5 de la tarde del día que entraron a la ciudad terminó el mitin en la plaza y, en seguida, los cinco mil mineros fueron conducidos al Campo Deportivo 18 de Marzo, de donde no podrían salir en grupo “para que no hicieran manifestaciones públicas de sus demandas” ni se presentaran como núcleo organizado. Desde ese momento los trabajadores quedaron bajo la vigilancia del ejército.

Pero si los huelguistas de la caravana no podían romper el cerco, los trabajadores capitalinos sí podían desplazarse y efectuar un mitin de solidaridad, frente a aquel campo de concentración. El pretendido acto fue disuelto por la tropa con la inevitable secuela de varios heridos y muchas aprehensiones.

En procura de algo con qué alimentarse, las mujeres de la caravana iban al rastro de la ciudad a implorar la sangre y las tripas de los animales sacrificados, porque la Secretaría de Salubridad y Asistencia proporcionó ayuda tan mezquina que apenas cubría una tercera parte de las necesidades. 42 días después, el 20 de abril de 1951, lo único concreto que tenían como resultado de su lucha, era que el presidente Alemán, a través del dictamen emitido por la comisión que nombró para que estudiara el caso, «sancionaba la injerencia de la Secretaría de Trabajo (es facultad de la Secretaría de Trabajo reconocer o vetar a los comités ejecutivos de las organizaciones de los trabajadores) y establecía como válida la violación al derecho de huelga”.

Desde este momento ya no podía hacerse nada más, por lo que acordaron el retorno a sus lugares de origen. Para acelerar la partida, el gobierno puso a su servicio un tren de jaulas en las que se transporta ganado. Los trabajadores, a través de sus dirigentes Pancho Solís, Manuel J. Santos, el compa, y otros, protestaron por el nuevo ultraje, hasta que se les dio una forma de traslado más digna.

El convenio firmado ante la comisión por las empresas *Carbonífera de Sabinas* y *Mexican Zinc Co.*, subsidiarias de la *American Smelting & Refining Co.*, estipulaba que reinstalarían, “desde luego”, a mil trabajadores. Tal punto fue cumplido en partidas hasta pasados tres años y en forma amañada, pues los candidatos a la reinstalación tenían que firmar un papel en el que se leía estaban de acuerdo en renunciar a sus derechos de antigüedad, categoría, departamento y escalafón. Si no firmaban, ¡no había trabajo! Era la alternativa. Fue así como un maquinista o mayordomo con quince años de antigüedad, era tomado como de nuevo ingreso y en calidad de peón o barrendero; y acerca de esta maniobra no tenía que chistar, pues precisamente para acallar reclamaciones, le habían hecho firmar la renuncia de sus derechos. ¿De qué sirve entonces que la Constitución y la Ley Federal de Trabajo diga que los derechos de los trabajadores son irrenunciables si precisamente los encargados del respeto y aplicación de las leyes son los primeros en pisotearlas?

Pero si aún en las condiciones dichas reinstalaron a unos pocos, ¿qué fue de los miles que restaban? Formaron una larga cordillera de nombres en las listas negras que fueron giradas incluso a las granjas de los Estados Unidos, para que se les tuviera como “comunistas peligrosos” y no encontraran colocación.

“Somos proletarios convertidos en mendigos por la persecución sistemática de las autoridades de trabajo”, decían de

sí mismos. Y por allí andan hasta la fecha, regados por todos los rumbos de la patria, haciendo trabajos de ocasión, sufriendo por siempre “la osadía” de haberse lanzado a un movimiento de huelga. Algunos, como Pedro Rodríguez Hernández, encontraron un trágico destino: Pedro se dedicó a llevar leche a la ciudad, pero un día, durante una campaña contra la “leche bronca” (no pasteurizada), los gendarmes lo detuvieron, lo golpearon, lo ataron al carromato y con él vivo, le prendieron fuego.

En 1959, el presidente López Mateos acordó una ayuda para los huelguistas no beneficiados con la reinstalación. Se trataba de cinco millones de pesos del fondo del Seguro Social para ayuda de los desocupados. En la entrega intervino el vivales Filiberto Ruvalcaba, servil a las compañías norteamericanas no obstante su posición de dirigente sindical. Intervinieron también los abogados de las empresas mineras y las autoridades de la Junta Federal de Conciliación No. 17, todos los cuales no componían precisamente un conjunto de samaritanos.

¿Por qué los abogados de las compañías yanquis tenían que inmiscuirse en la repartición de un dinero que pertenecía a los derechohabientes mexicanos?

Para entonces, los mineros de la caravana estaban en la miseria más extrema, por lo que acudieron jubilosos a recibir “la derrama”; pero menuda sorpresa se llevaron al ver que para recibirla debían firmar antes dos documentos que no se les permitía leer. Si alguno pretendía conocer el texto, resultaba reprendido así:

—Si no quieres el dinero, no firmes. ¡El que sigue!

Se trataba de documentos de acuerdo con los cuales la cantidad que recibían era una indemnización que la empresa pagaba a los huelguistas de 1950 a cambio de los derechos que aún les asistían. Mientras tanto los periódicos publicaban que estaban recibiendo una generosa ayuda del presidente. Siempre es así. Los

periódicos le dan harto vuelo a la información oficial sepultando los deshonestos manejos bajo toneladas de palabrería.

Esto es así porque en México el total de la prensa cotidiana está regimentada y controlada por el gobierno. Todos los matices, desde la más acre reacción hasta el “progresismo” son dosificados por el régimen, para sustentar su demagogia y consolar las insatisfacciones de los distintos estratos sociales que surgen de las naturales contradicciones del sistema.

¿Acaso no resulta grotesco que Fidel Velázquez, ya para entonces dirigente máximo de la Confederación de Trabajadores Mexicanos e inamovible hasta nuestros días, le diera a Miguel Alemán el título de *Obrero No. 1 de México*? Porque este crimen, cometido contra la sección de un sindicato minero, es un crimen contra los derechos de toda la clase obrera mexicana y cuya responsabilidad recae totalmente sobre el gobierno alemanista.

Pero viéndolo bien y haciendo a un lado al gobierno en turno, el artículo 123 sólo es el instrumento burgués que mete en un marco conveniente a sus intereses de clase la lucha de los explotados trabajadores mexicanos.

Pues bien, entre las acciones que colocaron a Adán en la mira de las represalias constantes, figura su participación en aquel conflicto, participación de sobra justificada, en primer lugar por su origen minero y luego como Secretario de Trabajo y Conflictos de la UGOCM, período 1950-1952. Para el año 1967 en que fue encarcelado, él había organizado tanto a los choferes del USTIC, como a buena parte de las trabajadoras de la confección (costureras) y de los vendedores ambulantes del Distrito Federal. Un elemento así, para un régimen oligarca como el nuestro, incomoda, turba la tranquilidad del sueño a la élite de millonarios sólidamente enclavados en los altos puestos públicos y en la institución militar.

Los intereses privados de los funcionarios de gobierno, políticos y militares, constituyen precisamente el monopolio del transporte. Pero a ellos no les convenía presentar a Adán como un luchador sindicalista, sino como un conjurado y para esto se valieron de que en el estado de Guerrero, manos desconocidas volaron un convoy militar. Aprehendieron a algunos en aquella zona, a otros en la capital y los torturaron, lo que no es nada excepcional dentro de las normas de la policía mexicana. ¿Será para asesorar torturas que está en México la CIA (Servicio de Inteligencia de los E.U.A.) actuando a lado de los enfermos mentales que constituyen los cuerpos represivos del país?

En consecuencia, algunos de los arrestados declararon que Adán estaba involucrado. En el expediente obran los certificados médicos del penal, confirmando las torturas a que fue sometido, entre otros, Pablo Alvarado Barrera, al que destrozaron un riñón a patadas, operación dirigida por el capitán de artillería, Nazar Haro, subjefe de la Policía Política de México (Policía Federal de Seguridad). Con base en tan anormal procedimiento se dictó la formal prisión de Adán.

Lecumberri

Pasaron días y semanas. A los tres meses, Adán consideró que no había peligro para mí y por primera vez consintió que fuera a visitarlo a la cárcel. Llegué vestida de carmelita, peinada como solterona antigua, con anteojos claros de armazón negro y no declaré mi nombre ni mi verdadera dirección. Hubiéramos querido detener la marcha del tiempo en aquel instante de felicidad que fue nuestro encuentro; yo quería con mi cuerpo traspasar el suyo y envolverlo en mi libertad.

Cuando Rius entró esa mañana a saludarlo, lo menos que esperaba era verme y sorprendido dijo:

—¿Y tú...? ¿Qué está haciendo aquí vestida de doña Eme?
—Doña Eme personificaba a la beata puritana en las historietas de este genial caricaturista. Soltamos la carcajada a un tiempo porque en verdad resultaba burda mi caracterización de una cristiana pía.

Yo bordaba almohadones para Adán y les ponía letreros en colores vivos con mensajes de mi cariño. Tres veces a la semana le llevaba la portavianda con los guisos de su predilección y los domingos comía con él. Mi vida se desenvolvía en torno a la prisión de Lecumberri. Diariamente estaba allí haciendo cola para verlo.

A los familiares de los prisioneros políticos, previo registro fotográfico, de huellas digitales y domiciliario, se nos ponía en formación aparte del resto de los visitantes al penal y con la evidente intención de molestarnos, nos hacían esperar a la intemperie principalmente cuando llovía o más calcinaba el sol. Algunas de las celadoras nos trataban sin manifestar odio, pero la mayoría eran déspotas, ofensivas, groseras y vulgares, sin que faltara alguna aparentemente lesbiana, con tendencia a excederse en el registro personal.

Una vez se les ocurrió que llevábamos el vestido muy corto y nos hicieron soltar el dobladillo de la falda. Tampoco me permitieron jamás pasar con el cabello trenzado y una ocasión en que llevaba puesto uno de los huipiles mexicanos que suelo usar, me detuvieron tirando de él:

—¿Y esto que lleva encima qué cosa es?

—Es una blusa mexicana...

—¿Mexicana? ¡Vaya a tomarle el pelo a su abuela! ¡Esta es una camisa de cosaco ruso!

—No lo es, pero si lo fuera, ¿qué tiene de malo?

—Pues no puede pasar —y me negó la entrada.

Los domingos la visita a Lecumberri se inicia a las 9 de la mañana. A esa hora, principalmente en el invierno, aún no se

ha secado el agua con que los presos lavaron las losas del piso. Llegando una vez con mi hija Berenice, que tenía siete años, la celadora nos recibió vociferando.

—¡Esa niña no puede pasar con botas!

—Pues son los únicos zapatos que tiene, señora.

—Entonces que entre descalza.

De nada sirvieron mis ruegos porque hasta a los niños les está prohibido entrar con botas a la prisión. Esto es porque en dicho tipo de calzado podría pasarse droga. Respecto a los prisioneros políticos, yo le aseguré a la celadora:

—Tranquilícese, señora, porque los revolucionarios ni siquiera en prisión necesitamos estímulos de esa clase.

Todo fue inútil. Mi pequeña Berenice atravesó los largos pasillos de Lecumberri chapaleando el agua helada con los pies desnudos. Al verla llegar así, Adán salió a nuestro encuentro bastante extrañado.

—¿Por qué viene descalza m'ija? Pobrecita, está aterida.

Le conté la negativa de la celadora mientras sacaba, de la caja de cartón en que guardaba su ropa, unos calcetines y sus tenis deportivos. Con ellos en la mano, se dirigió a Berenice:

—Le van a quedar un poco grandes, pero se le van a calentar los pies.

¿Un poco grandes? Al verse calzada así, Berenice se echó a llorar diciendo:

—No quiero que me vea nadie con estos zapatotes. Se van a reír de mí.

—Se ve chistosa m'ija —le dije— pero no haga caso. Nadie se va a reír de usted, al contrario, le van a decir con asombro, que ninguna otra niña tiene zapatos como los suyos. ¿No ve que son zapatos de “siete leguas”?

—Bu, bu... por eso no los quiero; porque son de siete leguas ¡y parezco Tribilín...!*

900 petroleros en marcha

Le llevé a Adán la guitarra que me obsequiaron los estudiantes de una de las facultades de la Universidad de Jalapa. Posteriormente me sirvió para cantar dentro de Lecumberri para los presos políticos y sus familiares. Por lo menos 16 canciones estrené dentro de la prisión. Una de ellas fue el corrido que compuse para los trabajadores transitorios de la industria petrolera, que en número de 900 integraron una caravana que estuvo caminando dos meses para llegar a la Ciudad de México. Venían de Tamaulipas, Tabasco, Veracruz, Oaxaca y San Luis Potosí, para solicitar una entrevista al presidente Díaz Ordaz.

Estos caravaneros representaban una importante masa que se localiza entre los trabajadores de la industria petrolera.

Muchos trabajadores transitorios envejecieron trabajando en los campos petroleros sin dejar de ser transitorios, que significaba trabajar eventualmente, sin obtener derechos jamás. Durante años, han sufrido la explotación más inicua, por una parte a manos de los líderes del Sindicato Nacional de Trabajadores Petroleros y por otra, de los contratistas, de los que integran las comisiones de contratos, de los intermediarios y de la empresa petrolera. Una de las injusticias que se cometen con los trabajadores transitorios, consiste en que el sindicato, pasando por encima de sus derechos, proporciona el personal requerido entre familiares, amigos y recomendados de influyentes. Muchas veces, los transitorios, para verse favorecidos con algún contrato tienen que trabajar en forma

* TRIBILÍN: Personaje de cuentos infantiles.

privada y gratuita en la construcción de las casas de los líderes sindicales. En cuanto a la explotación inicua de que son objeto, estriba en que con estos procedimientos han creado un auténtico mercado negro en que los trabajadores transitorios pasaron a ser mercancía de segunda clase.

En este mercado del trabajo funciona una tarifa que varía según la zona. Por una plaza permanente de peón se dejan pedir 25 mil pesos; plaza temporal, cinco mil; una carta de recomendación, tres mil; y se trabaja de sol a sol sin prestación asistencial alguna.

Para defenderse de las sanguijuelas de PEMEX —Petróleos Mexicanos, empresa estatal— los transitorios se organizaron en enero de 1945, creando el Sindicato de Trabajadores Transitorios Sección I, pero para conseguirlo debieron librar una batalla contra los intereses creados, dando como resultado que la Suprema Corte de Justicia resolviera dar por constituido el sindicato. Los transitorios llegaron a integrar 30 secciones que agrupaban a 45 mil trabajadores, representados en los 900 que el 9 de agosto del 67, arribaron en caravana a la capital.

En septiembre de ese año, estos obreros interpusieron denuncia del tráfico de que se les hacía víctima, ante la Procuraduría General de Justicia de la República, con tanto acopio de pruebas contra los líderes del Sindicato Nacional Petrolero, que hizo que estos sintieran amenazado su *prestigio*, sus entradas económicas y el monopolio del trabajo que tenían establecido. Ante este peligro, movieron influencias y la denuncia de los trabajadores no prosperó; pero volvieron a la carga y entonces el Sindicato Nacional de Trabajadores Petroleros demandó la cancelación del registro del Sindicato de Trabajadores Transitorios. El atropello fue consumado en contubernio con la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje (grupo No. 7) en septiembre de 1966.

Con la destrucción del sindicato se extremaron las dificultades económicas de los transitorios y por eso organizaron la caravana que pretendía apelar a la justicia del Primer Mandatario de la Nación. He aquí lo que solicitaban:

- 1) Liquidación del sistema de concesiones a contratistas e intermediarios;
- 2) Que PEMEX contratara directamente con los trabajadores transitorios de acuerdo con su antigüedad y sin intermediarios;
- 3) Liquidación del monopolio del trabajo y del mercado negro de las plazas;
- 4) Respeto a los derechos de antigüedad de los trabajadores transitorios.

El presidente Díaz Ordaz no concedió la entrevista; lo que hizo fue echarles a los soldados y a los granaderos, que arremetieron hasta contra las familias de los transitorios y aprehendieron a sus líderes. Éstos fueron Augusto Danglada Ríos, Santiago Sánchez Bautista, Ramón Sánchez Maza y Pablo Ramírez Salazar, quienes estuvieron cerca de tres años en las mazmorras del “régimen revolucionario”.

En la cárcel los conocí. Pablo Ramírez compartía la celda con Adán. Conocí a sus esposas, a sus hijos, a sus madres... Supe del sacrificio de aquellas mujeres que de lejanos lugares de la patria venían a ver a sus seres queridos privados de la libertad. Verlas llorar abrazándose a aquél que ya no podía estar en casa participando de las cosas amargas y dulces del diario vivir, me hizo llorar y quererlas; por eso a ellas y ellos, que tan desventajosa lucha libraban contra la injusticia y la corrupción institucionalizadas, les compuse un corrido. La primera vez que se los canté, ¡cuántas lágrimas rodaron en aquella celda 13 de la crujía N, por entonces morada del amor mío!

Yo tenía más voluntad que capacidad para ayudar a Adán en los asuntos del despacho. Él, desde la prisión, formulaba las demandas y yo corría a presentar o recoger los escritos a los juzgados y tomaba también los datos de los nuevos casos que se presentaban. El período de enero a abril de 1968 transcurrió así: la casa, la oficina, la cárcel, los juzgados. Se trataba de una rutina sólo turbada por los llamados telefónicos que me hacían para molestarme o la visita perversa de una mujer que me decía:

—¿Usted es la esposa de Nieto Castillo? ¡Joy, joy! —y bajaba riendo por la espiral de la escalera, como una loca escapada del manicomio. Hoy comprendo que era una policía que iba a provocarme.

anemia

Para entonces había restablecido lazos con los estudiantes que, conociendo mis visitas diarias a Lecumberri, no tenían la menor dificultad para localizarme; por eso resultó que, a la sombra de los muros del penal, organizaba el rol de mis audiciones.

Fueron diarias en mayo. Correteaba arrastrando la guitarra del Instituto Politécnico Nacional a las distintas facultades universitarias, a las escuelas normales, a la escuela de Agricultura de Chapingo, a la Academia de San Carlos o a la Preparatoria Popular de Liverpool, por la que sentía especial cariño. Y como nunca he sabido organizarme, no lograba controlar mi programación; entonces, dos estudiantes del Politécnico se abocaron a preparar mi calendario de actividades, tanto para el Distrito Federal como para el interior del país. Huelga decir que todas mis actuaciones fueron absolutamente gratis.

Pero el exceso de trabajo me ocasionó un agotamiento cada día más acentuado. Siempre que iba a ver a Adán, bastaba

que reclinara mi cabeza sobre su pecho un rato para quedarme dormida. El expresaba su inquietud preguntando:

—¿Por qué te destruyes así?

—No me digas eso. Estoy un poco cansada, nada más.

—No. Has bajado de peso y esto no puede continuar; prométeme que hoy mismo irás a consultar sobre tu salud —luego, acentuando la ternura con que siempre me trató— No quiero que te enfermes, no quiero que te pase nada; me trastorna sólo pensar que te sucediera algo y yo no pueda estar a tu lado para protegerte.

—Gracias, amor; no quiero que te preocupes tanto, iré a que me hagan un chequeo médico y ya verás que no es nada. Estoy sana y fuerte y es por eso que tengo una gran capacidad de trabajo. Cansarse por trabajar, es natural.

El médico me mandó al laboratorio para que me hicieran análisis cuyos resultados después llevé a Lecumberri para que los vieran los doctores Balam y Miguel Cruz.

—Anemia —dijeron ellos—. Un poco de anemia; pero no te alarmes Adán, Judith no se está muriendo.

conflicto médico

A los doctores Gilberto Balam Pereira, Miguel Cruz Ruiz y Rolf Mayners, compañeros de crujía de Adán, los había conocido años atrás debido a mi interés en escribir un corrido sobre el conflicto médico, asunto que ellos conocían muy bien. Fue aquel conflicto el primer problema grande que encaró el gobierno de Díaz Ordaz.

Se produjo cuando a los becarios del Hospital 20 de Noviembre —personal base del establecimiento— no se les dio la gratificación de fin de año que el resto del personal había recibido. Se les dijo que la gratificación era sólo para los trabajadores, no

para los becarios y que éstos, aun siendo el personal en que se apoyaba el funcionamiento del hospital, no eran trabajadores. A esto se sumó el hecho de que muchos médicos debían trabajar percibiendo menos del salario mínimo.

Cuando los médicos agotaron todos los canales de posible solución a un problema que fue extendiéndose a otros hospitales, sanatorios y clínicas —no sólo del Distrito Federal sino también del interior—, intentaron exponer el caso a la más alta autoridad y apelar a su justicia, no obstante existir el precedente de que, al inicio del conflicto, precisamente la más alta autoridad, en vez de escuchar sus demandas, se ocupó sólo de regañarlos.

El presidente, se dijo, no tenía tiempo para escuchar las instancias de los médicos; sin embargo, en esta etapa y otras de crisis, sí lo tuvo para atender la plática insulsa de un artista, torero o boxeador, o para felicitar a una Miss México que iba a los Estados Unidos a “poner en alto” el prestigio anatómico del país, en un concurso que impulsa la venta de trajes de baño.

Los médicos fueron a la huelga cuidando que no faltara la asistencia para los enfermos más delicados.

Un día presenciábamos un bellissimo desfile: cinco mil médicos y enfermeras con uniforme, carteles en alto y marchando en perfecta disciplina, se desplazaban por la avenida Juárez. Su paso nos emocionó, porque en aquella manifestación se canalizaba la expresión de una lucha que vilmente la prensa calumniaba.

Y para que no quedaran dudas acerca de la calidad moral de las autoridades, éstas enviaron a los trabajadores del servicio de limpia a que lanzaran tomates, huevos podridos, piedras y basura, al grito de:

—¡Fuera la huelga! ¡Asesinos! ¡A trabajar güevones!

Una doctora sufrió un terrible impacto en la cara y perdió un ojo.

Otra ocasión, médicos y enfermeras quedaron secuestrados dentro del auditorio del hospital en que efectuaban una asamblea, porque los granaderos y el ejército llegaron para tomar el hospital, clausurando la sala a sabiendas de que aquellos se hallaban dentro. Luego se ocuparon de tomar fotografías donde la prensa mostraba cómo los granaderos trasladaban a los enfermos en camillas, apuntalando el embuste con un pie de foto que exaltaba su abnegación por servir al pueblo y condenando a los médicos por el supuesto abandono de los enfermos.

También se dijo que a causa de tal abandono había muerto alguno de los pacientes: otra falsedad, porque si algún deceso se produjo, ello debía ser forzosamente inevitable ante los comprensibles casos de desahucio. El único momento en que los enfermos quedaron abandonados, fue al arrestarse a los médicos. En conclusión, una farsa más urdida por la opresión del gobierno contra los intereses del pueblo mexicano.

Finalmente, los médicos fueron amenazados de ser sometidos a proceso por homicidio, si no levantaban la huelga en determinado plazo. Así como se sofocó el movimiento.

Pues allí, en Lecumberri, estaban cumpliendo una condena de ocho años los doctores Gilberto Balam Pereira, Miguel Cruz Ruiz y Rolf Mayners, involucrados, según informaciones difundidas por la prensa, en la conjura del 66. Y digo la del 66, como podría decir la del 67, 68, 69 ó 70, dado que es de norma, de parte del “régimen revolucionario”, presentar como conjuras las postergadas reivindicaciones del pueblo.

las escuelas agrónomas

En mayo y junio de 68, mis sesiones musicales cobraron mayor incremento a pesar de que nos saboteaban en las formas más

diversas. A veces nos cortaban la corriente eléctrica, pero yo continuaba cantando a oscuras, sin atemorizarme, porque sabía que los estudiantes formaban un cordón para que nadie se acercara al escenario y protegían el paso de las puertas. Lo más frecuente era que polizontes disimulados lograsen mezclarse entre la concurrencia y a distancia me hicieran ademanes con cuchillos, navajas o cadenas. El clima era tenso, pero no pasaba de allí.

Fue en ese tiempo cuando escribí el «Corrido de Chapingo y Gil Preciado», que trataba de un conflicto entre los estudiantes de la Escuela Nacional de Agricultura y la SAG —Secretaría de Agricultura y Ganadería— originado en la escuela agrícola de los hermanos Escobar en Ciudad Juárez, en la que tenía intereses el Ministro Gil Preciado.

La situación asumió caracteres tan graves, que en el momento en que los estudiantes de Chapingo manifestaron su apoyo a los del norte —al igual que los alumnos de las escuelas similares de todo el país— el ejército circundó los terrenos escolares estableciendo un sitio que impedía, en especial, el ingreso de comestibles, calculando, seguramente, que los 1,500 muchachos, debiendo alimentarse a diario, pronto agotarían las reservas y se rendirían por hambre.

Adivinando la maniobra, los estudiantes anunciaron que si el ejército impedía el aprovisionamiento, optarían por comerse los finos ejemplares de ganado y aves del corral de la institución... ¡Y se comieron un caballo! Mi corrido relataba esa historia... incluyendo el caballo.

El día que llegué a Chapingo para cantárselos, los estudiantes interrumpieron la proyección de un filme en el cine de la escuela. Nunca imaginé que el nombre de aquel muchachote serio que manejaba los aparatos de sonido, pocas semanas después iba a sonar como uno de los más vapuleados del glorioso movimiento estudiantil: Luis Cervantes Cabeza de Vaca.

Mi participación, modesta pero activa, en todas estas gestas populares en que se sentía el estimulante palpitar de un pueblo deseoso de emerger de la opresión, no lograba hacerme olvidar de mi estado de salud que continuaba empeorando. Nuevos exámenes resultaron concluyentes: precisaba de una intervención quirúrgica de carácter ginecológico. Ante la creciente preocupación de Adán, yo retrasaba la fecha de hospitalización para no eludir tantos de mis compromisos.

julio 26: los estudiantes

Jamás olvidaré el 26 de julio de 1968. Ese día, a las 11 de la mañana canté en la explanada de la Universidad; a las 3 de la tarde en la escuela de Antropología, de Chapultepec; mi tercera audición sería a las 7 de la noche, en un acto preparado por los estudiantes de la Escuela de Economía del Instituto Politécnico Nacional; y la cuarta en la Ciudad Universitaria, también organizada por estudiantes de la Facultad de Economía. Pero esta ya no la pude dar.

En efecto, serían las 7 al arribar al Casco de Santo Tomás. Pensando que llegaba retrasada, me causó sorpresa ver que el salón donde iba a tener audición estaba casi vacío. Habría entre 15 o 20 estudiantes; uno de ellos tenía el encargo de recibirme y explicarme que seguramente los muchachos no tardarían en llegar, pues habían ido unos al Zócalo para protestar contra los granaderos, otros al Hemiciclo a Juárez para un acto de solidaridad con la Revolución Cubana en el XV Aniversario del asalto al cuartel Moncada.

—Pero vendrán —me aseguraba—. Están avisados; sólo tenemos que esperar un poco.

—No me importaría esperar si no fuera porque aún debo ir a la Universidad; pero en fin... haremos lo que se pueda.

Media hora después, sugerí:

—¿Por qué no comenzamos? No tenemos teatro lleno, pero hay suficiente para empezar —el chico aquel lo consultó y resolvieron que era buena idea.

Calculo que estaría cantando la sexta canción cuando un grupo de jóvenes, en jadeante carrera, irrumpieron en la sala que poco a poco se había ido llenando, cambiaron frases con algunos de los presentes y finalmente se acercaron al escenario, diciéndome:

—Tenemos que interrumpirte porque en el Zócalo nos atacaron los granaderos y a patadas mataron a uno de los nuestros. Necesitamos el micrófono.

—¿Mataron a un estudiante?

—Sí, quedó tendido en el pavimento.

Una oleada de murmullos y movimientos se produjo porque muchos se habían acercado para oír. En tanto que yo bajaba del escenario, los estudiantes subieron y tras exponer los hechos, tomaron el acuerdo de constituirse en asamblea permanente.

Al día siguiente busqué en la prensa la información del estudiante asesinado, pero no se hacía la menor alusión. No se debe alterar la paz burguesa con notas de mal gusto, como publicar los nombres de las víctimas de la represión.

Los acontecimientos del 26 de julio, se produjeron así: partiendo del Salto de Agua, un grupo de estudiantes inició una marcha de solidaridad con la Revolución cubana, que concluiría en un mitin en el Hemiciclo a Juárez. En otro punto, un grupo de estudiantes del Politécnico protestaba por la acción de los granaderos que, tomando como pretexto un pleito callejero de jóvenes inadaptados, habían pretendido pacificarlos introduciéndose a las vocacionales 2 y 5, y golpeando como locos a maestros y estudiantes —ajenos al suceso— dentro de las aulas. Justamente indignados, los politécnicos organizaron la manifestación de

repudio, pero un líder estudiantil de nombre Cebreros, manejado por el PRI, pretendía que ésta no rebasara el ámbito escolar, a lo que la mayoría respondió que la protesta en el patio de la escuela no tenía caso; debía ser ante las autoridades y el pueblo. Por eso fueron al Zócalo.

Estando por concluir el acto que conmemoraba el asalto al Moncada, un grupo de estudiantes que se manifestaba en el Zócalo llegó al Hemiciclo a Juárez a solicitar ayuda porque habían sido agredidos por la policía, parapetada en las calles y callejones adyacentes. Así fue como los manifestantes por la Revolución cubana se sumaron a los politécnicos. Este conjunto de diez mil muchachos unidos para defenderse, sufrió la embestida feroz de los granaderos. La prensa presentó a los uniformados como “salvadores de la civilización” y “patriotas que aplastaban una conjura internacional”.

Se estima que los combates callejeros produjeron ese día un saldo de 500 heridos, cientos de encarcelados, innumerables allanamientos de domicilios, cateos y acusaciones contra los “agitadores profesionistas”.

En conferencia de prensa convocada por el jefe de la Policía Preventiva del Distrito Federal, general Luis Cueto Ramírez, dijo: “la Policía intervino para salvaguardar el orden y la seguridad pública” y calificó los hechos como “un movimiento que tiende a crear un ambiente de hostilidad a nuestro gobierno y nuestro país en vísperas de los juegos de la XIX olimpiada”.

Fue a partir de esa declaración que los voceros oficiales hicieron de la olimpiada una razón para justificar hasta la masacre.

Dos días después, en la Escuela de Economía del IPN, se reunieron representantes de las escuelas politécnicas, universitarias, normales y la Nacional de Agricultura, para analizar la posibilidad de efectuar una huelga general hasta que fueran satisfechas sus

demandas, que incluían la indemnización a los estudiantes heridos y a los familiares de los muertos; la libertad de los prisioneros; la desaparición del cuerpo de granaderos; y la derogación del Artículo 145 del Código Penal, del que Luis Farías, diputado del PRI declaró —antes de ir a reposarse por el esfuerzo mental— que “era legal, aunque fuera inconstitucional”.

“el orden quedó establecido”

En respuesta al hostigamiento de la Policía, los estudiantes empezaron a efectuar asambleas, huelgas, paros y protestas. Capturaron autobuses y con ellos bloquearon avenidas, formando barricadas protectoras del ámbito escolar y cuando el día 29 pretendieron efectuar un mitin en la Plaza de la Constitución —el Zócalo—, fueron dispersados con bombas de gas lacrimógeno arrojadas por los granaderos que manaban de diez camiones de la institución. El tránsito en el radio céntrico de la ciudad fue desviado y el servicio de transporte público, suspendido. La Policía del Distrito afirmaba que la muerte del estudiante Federico García fue a causa de “hemorragia cerebral no traumática”.

A las 0:40 del día 30, hizo su aparición un batallón de la brigada de infantería y dos secciones de paracaidistas. En las primeras horas de esa madrugada, los soldados, al mando del general José Hernández Toledo, integraban un convoy con tanques ligeros, jeeps, bazookas y cañones de 101 milímetros y cargaron contra las escuelas Preparatorias y la Vocacional 5, a bayoneta calada.

La vieja puerta de la Preparatoria Nacional —testigo de más de 200 años de azarosa vida de la ciudad de México— fue abatida a tiro de bazooka. La enfermería de la escuela quedó tinta en sangre, que se esparció dejando sus señales en paredes, pisos, techo, mobiliario, puertas y ventanas.

Esa madrugada, el taconeo devastador de las botas militares retumbó implacable en la Ciudadela, donde la Vocacional 5 fue profanada por el ejército; igual suerte corrieron muchas otras escuelas en distintos rumbos de la capital: todas sitiadas por la Policía y los granaderos.

El número de personas lesionadas y encamadas en los hospitales sobrepasaba los 400 y se estimaba que en los establecimientos de la Policía Judicial, Jefatura de Policía y prisiones militares, había unas mil personas.

¿Hubo acaso una palabra de justificación, consuelo o esperanza para las miles de madres mexicanas que veíamos con horror cómo nuestros hijos se dirigían a sus escuelas expuestos a las balas de un ejército dirigido por enfermos mentales?

No. «El orden quedó restablecido», informó el ministro de la Defensa Nacional, agregando «...que no se había disparado un solo cartucho, ni se trató mal a los estudiantes...». Para remachar, en conferencia de prensa, precisaron que la acción del ejército tuvo como base tres puntos: 1) fue razonable; 2) sirvió a los intereses de la colectividad; 3) estuvo apegada a la ley.

Así quedaron definidos los campos: por un lado, el gobierno —manejando con sombría intención la triquiñuelería jurídica—, el ejército y demás cuerpos represivos; y por el otro, 200 mil estudiantes, muchos de ellos casi niños, todos pertenecientes —obviamente— a la “conjura extranjera”, en un esfuerzo supremo por atraer al pueblo mexicano a su causa.

alianza estudiantil

Para esa fecha, quedaron suspendidas las clases en todas las escuelas politécnicas, así como en los colegios y facultades de la Universidad. Los estudiantes ocuparon los locales de día y de

noche. Al mes de julio aún le faltaba un día: el 31... Les tocó el turno a 73 alumnos de la Escuela de Arte Dramático del Instituto Nacional de Bellas Artes, que efectuaban una asamblea dentro del edificio escolar, precisamente para analizar los sucesos y fijar su posición. En forma intempestiva, soldados y granaderos se les echaron encima con perros amaestrados. Alumnos y maestros fueron conducidos a la delegación policial a culatazos y al ser liberados horas después, ya no tuvieron que analizar mucho las cosas para determinar su postura.

Al día siguiente, primero de agosto, mientras el rector de la Universidad encabezaba una marcha que fue calificada por los estudiantes como oficialista, la radio transmitía los conceptos del señor presidente, que al fin daba señales de vida en Guadalajara, pronunciando el famoso discurso de la mano tendida: «Hay una mano tendida —se refería a su derecha—; los mexicanos dirán si esa mano queda en el aire o se ve acompañada por millones de manos que entre todas quieren restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias». Los estudiantes respondieron que estaban dispuestos a estrechar esa mano, siempre y cuando se le hiciera *la prueba de la parafina...*

Ocho días después, el general Corona del Rosal, regente de la Ciudad de México, en un discurso dirigido a los trabajadores del servicio de limpia, les decía que los sucesos “habían sido planeados para atacar a México en su tranquilidad”. Extraña declaración ésta de tan alto personaje gubernativo, por lo cual formulaba una evidente autoacusación que ya era del consenso popular, dado que el propio gobierno fue el que desencadenó el conflicto.

Con argumentos así, de tan inhábil factura, se trataba de contrarrestar el avance en la conciencia del pueblo de 500 brigadas políticas estudiantiles que diariamente se desparramaban entre los sectores obreros, en sindicatos, fábricas y centros de trabajo en

general; hacían pintas*, pegas† y distribuían millares de volantes en autobuses, plazas, terminales de transportes y mercados, a la puerta de los cines, de las iglesias y centros de reunión.

*Para explicar a la gente
nuestra lucha estudiantil
a la calle nos lanzamos
en brigadas trabajamos
y el pueblo nos pudo oír.*

Por su parte, las brigadas médicas, compuestas cada una por cinco estudiantes de medicina, se ocupaban de atender a centenares de estudiantes y gente del pueblo que habían sido heridos o golpeados, porque en el período de agosto y septiembre, fueron diarios y múltiples los choques entre estudiantes, la policía y el ejército. La acción de las brigadas médicas llegó hasta las zonas campesinas de los estados de Hidalgo, Oaxaca, México, Nayarit y Morelos. También funcionaba un bufete jurídico popular; y los artistas, cantantes de protesta, poetas y pintores, hicieron su aportación a este momento histórico. De las obras ejecutadas por éstos últimos en la Ciudad Universitaria, se recuerda cómo volcaron su inspiración en aquellas tablas que desde hacía años cubrían pudorosamente la estatua del ex presidente de México, Miguel Alemán, semidestruida por una bomba con la que se manifestó el rechazo a su figura en aquella institución.

Los líderes de la Confederación de Trabajadores Mexicanos —a los que sería más adecuado llamarlos *funcionarios del aparato gubernamental* o *alcahuetes patronales*— hacían campaña en

* PINTAS: Pintar consignar en las paredes.

† PEGAS: Fijar propaganda.

todo el país para que los trabajadores denunciaran a cualquiera de sus compañeros que manifestara simpatía por el movimiento estudiantil, amenazándolos con rescindirles el contrato. Ésa fue la maniobra del líder Jesús Yurén, mientras el otro dirigente a perpetuidad de la CTM, Fidel Velázquez, intentaba organizar grupos de trabajadores para enfrentarlos a los estudiantes.

De las muchas manifestaciones populares que se sucedieron, cabe mencionar la del 13 de agosto, en la que 300 mil personas de diversas ideologías llegaron a la Plaza de la Constitución exhibiendo infinidad de mantas, carteles y pancartas, en algunas de las cuales se leía: *"PUEBLO, SI AMAS LA VERDAD, NO ESPERES ENCONTRARLA EN LA PRENSA"*.

La manifestación del 27 del mismo mes fue colosal. Sólo el paso del contingente duró cinco horas y media, del Museo de Antropología al Zócalo. Allí vimos cómo los estudiantes seguían pidiendo *"¡DIÁLOGO, DIÁLOGO!"*, diálogo público con las autoridades para solucionar el conflicto. Desde las ventanas y azoteas de los edificios, hombres y mujeres arrojaban confeti y flores al paso del contingente estudiantil que, tan incrementado con la participación del pueblo, ya era más que estudiantil. Esta multitud que habita o labora en los edificios, cuando llovía lanzaba material de plástico para que los estudiantes se protegieran del agua, en tanto que arrojaban macetas o cualquier otra cosa sobre los granaderos al ver sus acometidas. Seguramente a este público "de las alturas" iban dirigidos aquellos mensajes escritos por los estudiantes en los techos de autobuses y tranvías.

Ya en el Zócalo, los estudiantes encendieron el alumbrado público y echaron a repique las campanas de la Catedral Metropolitana. Eran más de medio millón de personas con los ojos puestos en el balcón del Palacio Nacional. *¡DIÁLOGO...! ¡ DIÁLOGO...!*, repetían. Pero los balcones del Palacio no se abrieron. Al

terminar la manifestación, en la que se oyó la voz proletaria de los obreros de la fábrica de loza El Ánfora, quedó una guardia de tres mil estudiantes que cantaban, tocaban guitarra, pintaban carteles, leían poemas, encendían antorchas, etc. Todo ello en torno al asta central, donde por la tarde habían hecho ondear la bandera rojinegra. Así dieron las 10, las 11, las 12 de la noche.

A la 1 de la madrugada, un batallón de paracaidistas y los batallones de infantería 43 y 44; doce carros blindados, cuatro de bomberos, 200 patrullas azules, cuatro batallones de tránsito y otros elementos, se lanzaron sobre los estudiantes que, a rápidas zancadas lograron abandonar la plaza bajo la intermitente luz de los carros de policía y el hiriente ulular de las sirenas.

*Córranle compañeros
es un ataque vil
frente a tanques blindados
no tenemos ni un fusil.*

Esa noche se libraron combates en distintos rumbos de la ciudad, porque los estudiantes y la gente que se les unía hacían su defensa de la mejor manera posible; y en su huida cruzaban tranvías y camiones para obstaculizar el avance de las tropas.

El día 28, el Departamento Central organizó un acto de desagravio a la bandera nacional a raíz de que, según las autoridades y el croar de la prensa reaccionaria, se le había ofendido colocando en el asta la bandera rojinegra.

En esta ocasión, como en días precedentes y posteriores, se obstaculizó la tarea de los reporteros y fotógrafos, pero no para todos. ¿De qué funcionario de gobierno partió la orden para que los granaderos dieran protección y vía libre sólo a los periodistas y fotógrafos de los Estados Unidos? En una ocasión, los estudiantes

indignados por tan descarado favoritismo, se apoderaron de un periodista gringo, comprobando que su equipo fotográfico mostraba el escudo de USA y decía “Servicio de Información del Presidente Lyndon B. Johnson”.

Para el citado acto de desagravio, acarrearon a los burócratas y a los trabajadores del servicio de limpia, pero en el momento de izar la bandera, los escogidos para hacerlo maniobraron con tal torpeza, que se les atoró a la mitad del asta. Los estudiantes, que se habían infiltrado en el conjunto, propusieron: “Que se quede a la mitad en señal de duelo por la intervención del ejército”. ¡Sí! ¡Sí!, asentían unos a coro. ¡No! protestaban otros. Al punto se produjo una terrible disputa en la que todos defendían su propio criterio sobre la situación.

Los granaderos, que estaban a la expectativa, entraron a “pacificar” la multitud a macanazo limpio. Por si fuera poco, del Palacio Nacional salieron —con amenazador ronroneo— un sin número de tanques que avanzaron sobre la plaza provocando tremebunda desbandada. Así fue como, golpeando a la burocracia, falló el intento de ponerla contra los estudiantes. Pero aún había otro recurso: la iglesia.

Se montó una campaña para incitar a los católicos a que protestaran porque los estudiantes, al entrar al santo recinto, “habían cometido sacrilegio”. Y para darle espectacularidad a este nuevo desagravio, anunciaron que los *Boy scouts* desfilarían frente a Catedral. Mucho cacareo hubo en torno a la entrada en escena de los *Boy scouts*, pero sucedió que la Mitra Metropolitana declaró que, dado que los estudiantes en ningún momento pisaron el altar mayor, la iglesia no había sido profanada. Por su parte, el sacerdote Jesús Pérez nunca negó haber dado permiso a los muchachos para entrar al templo, siendo él mismo quien los condujo por las escaleras hasta el campanario para efectuar los repiques.

una voz solidaria

Entre consultas médicas, análisis y tratamientos, seguí todo este proceso y concurrí a algunas asambleas, no porque mi presencia ayudara a solucionar algo, sino porque yo era una voz solidaria en aquel océano de rebeldías, cuyo encrespado oleaje fue suscitado por el grandioso movimiento estudiantil del 68.

La víspera del día que debía someterme a la operación que finalmente se hizo necesaria, fui al mercado de Portales a comprar ropas imprescindibles para mi hospitalización: una bata y sandalias. Cuando abordé el camión, una brigada estudiantil efectuaba un mitin dentro del vehículo. Denunciaban la demagogia e irresponsabilidad de todo el aparato del gobierno, la falta de democracia, la conducta de los líderes charros que por entonces incitaban a los trabajadores en su contra, la bellaquería del PRI que acostumbraba usar a los jóvenes militantes de sus filas como policías espiones y provocadores; y sobre todo, decían que la prensa era una inmundicia, por lo que ellos se habían organizado para informar al pueblo. Los pasajeros lanzábamos vivas, siempre mirando de reojo hacia afuera, por si algún policía se aprestaba a subir “para pacificar”. También contribuíamos con dinero. Independientemente de lo que en la vía pública pude dar en mis ocasionales encuentros con las brigadas, cooperé con mis discos, entregándolos a los diferentes grupos, aquí cinco, allí diez, allá veinte; les di lo que pude. Una vez, los muchachos me informaron —saltando de alegría— que un automovilista pagó \$300 por uno de mis discos... Obviamente no pretendo que valgan tanto, sólo es para ilustrar el apoyo a la causa estudiantil, que era la causa de las mayorías.

Y esta ocasión, con el producto de mis discos se compró pintura y cola para hacer pintas y pegas; igual los hubiera dado si me hubieran dicho que el producto era para comprar fusiles, porque una de las reacciones más elementales de la naturaleza humana

es defenderse cuando se es atacado. Cuando un pueblo indefenso es vilmente agredido por la fuerza militar y su aplastante poderío bélico —cuya razón de existir no debería ser otra que la de servir precisamente al pueblo con cuyos recursos económicos se sustenta— la reacción más lógica y más humana es la de proveerse de armamento para resolver un tanto la situación de desventaja. Es decir: antes ser víctimas por haberse defendido con dignidad de hombres, que caer como ovejas en el matadero. Si se considerase esto en el plano ideológico, con más razón aún porque el pueblo está siendo blanco de una salvaje agresión imperialista por parte del régimen y de las fuerzas armadas a su servicio. Sobran razones patrióticas para levantarse en defensa de la dignidad y soberanía nacionales.

Los estudiantes también integraron duetos, tríos y conjuntos musicales que subían y bajaban de los transportes, cantando canciones populares y principalmente políticas.

Llegué al mercado de Portales en el momento en que un autobús del IPN se detenía, saliendo de él como pajarillos alegres los integrantes de una brigada. Grandes y chicos divisamos el camión al grito de “¡LOS ESTUDIANTES! ¡LOS ESTUDIANTES!” y en un tris los rodeamos en espera de aquellos discursos improvisados al calor de su lucha. Rápidamente tendieron un cable conectándolo a los ya instalados, para tomar energía eléctrica; treparon al techo del vehículo y, micrófono en mano, decían que salieron de sus escuelas para encontrarse con el pueblo que estaba siendo engañado por el régimen, a través de la prensa arrodillada. Desde la banqueta, sumaba mi protesta a la de las mujeres que a esa hora andaban en el mandado y gritábamos cosas contra el gobierno de Díaz Ordaz y el resto de mafiosos.

¡Qué bello gesto el de los locatarios! Muchas veces los vi abriéndose paso hasta llegar al camión, cargando cajas de

legumbres, frutas y carne que regalaban a los estudiantes, porque sabían que en las escuelas ocupadas por los alumnos desde la suspensión de clases, se cocinaba para muchos.

Con lo relatado hasta aquí, compuse dos canciones: «Corrido de la represión estudiantil del 26 de Julio» y «Corrido del desagravio». El primero lo grabé apresuradamente en cinta magnetofónica y lo entregué a los estudiantes con el resultado de que, mientras yo era conducida a la mesa de operaciones, el corrido vibraba al viento, en una de las asambleas llevadas a cabo en la explanada universitaria.

Todo esto acontecía a finales de agosto y temporalmente dejé de tener conocimiento de los sucesos a causa de mi debilidad. No pude leer periódicos y para no excitarme, mis visitantes rehuían hablarme de política. Lo que no podían evitar era mi angustia, dado que el presentimiento de cosas graves era incrementado por la frecuente estridencia de las sirenas a lo largo de avenida Insurgentes. Bajo esta pesadumbre, como una cantilena preguntaba a mi amiga Pin Galindo.

—Dime, por favor, ¿qué ha pasado con los estudiantes?

—Nada... todo se resolvió.

—¿Y los presos?

—Ya están libres.

—¿Está libre Adán?

—No, están libres los estudiantes apresados últimamente. Se dice que los otros también van a salir.

—¿Se reanudaron las clases?

—Sí, todo se resolvió, no te preocupes más.

Pero yo veía húmedos los azules ojos de Pin y se afianzaba mi convicción de que algo grave nos estaba pasando a los mexicanos. Entonces ya no podía impedir que mi llanto rodara abundante hasta mojar la almohada. Ése fue el período de mayor sensibilidad de mi vida.

4º informe, en cuarentena

Cuatro semanas después salí del hospital, pero aún no estaba restablecida, me habían extraído un tumor del uraco provocando también la extracción de un pedazo de vejiga, razón por la cual tuve colocada una sonda cerca de tres meses, con la necesidad de mantener la continuidad de mis visitas al médico. A pesar de las limitaciones impuestas por las circunstancias, empecé a seleccionar, entre lo publicado y cuanta información directa obtuve, los acontecimientos más importantes para escribir el resto de los diez corridos que dedicaría al movimiento y lo que fermentó en torno a éste.

Supe del gran interés que hubo por escuchar el cuarto Informe de Gobierno de Díaz Ordaz; porque somos tan cándidos que siempre esperamos algo bueno de los tradicionales informes, aunque por lo general, sólo dejan esparcido en el aire el tamo de la demagogia. Este informe fue algo muy especial, no sólo por los conceptos, sino por la forma de emitirlos. Había en aquella voz un tono de odio concentrado, amenazador y funesto; era un anatema para los estudiantes y el pueblo que los apoyaba. Jamás escuchamos informe más indigno y afrentoso que el correspondiente al cuarto año de ese gobierno. Y no obstante haberle dedicado una hora al conflicto estudiantil, sólo se ocupó de dos de los seis puntos planteados por ellos.

«No admito que existan presos políticos», dijo Díaz Ordaz en tan deplorable documento y, sin embargo, eran impresionantes las filas que formábamos principalmente en Lecumberri para ver a nuestros compañeros. Madres, hijos, hermanas, esposas y amigos permanecíamos diariamente largas horas ante los muros de la prisión para ver a nuestros seres queridos, de quienes gritábamos a los cuatro vientos que no eran delincuentes sino ciudadanos dignos que procedían con un criterio diferente al oficial.

En esos primeros días de septiembre, seis sacerdotes jesuitas hicieron pública su solidaridad con las demandas estudiantiles, en tanto que la Ciudad de México, de hecho, no sólo seguía en manos del ejército, sino que éste impedía la salida de los estudiantes al interior del país y la entrada de los de provincia al Distrito Federal. A despecho de las medidas tomadas para aislar el movimiento, ya se le habían incorporado varias escuelas de las universidades de Sinaloa, Baja California, Oaxaca, Tecnológico de Veracruz y las veintinueve Normales rurales de los estados.

En el boletín informativo del Comité Coordinador de Huelga, se leía que los cuerpos de los estudiantes muertos habían sido cremados en el Campo de Marte [sic] (campo militar). El *Daily News*, de Nueva York, por su parte, exhortaba al gobierno de los Estados Unidos a derrocar a Fidel Castro, a quien responsabilizaba de los disturbios estudiantiles de México.

La manifestación del 13 de septiembre fue precedida de una intensísima campaña oficial para desorientar a los estudiantes, mas ellos lograron demostrar su gran capacidad organizativa al hacer desfilar a un número mayor de 400 mil personas, en el orden y silencio más impresionantes. «HA LLEGADO EL DÍA EN QUE NUESTRO SILENCIO SERÁ MÁS ELOCUENTE QUE LAS PALABRAS QUE AYER ACALLARON LAS BAYONETAS», así decían las pancartas y el comunicado del Consejo Nacional de Huelga.

Cinco días después, sin explicación alguna, dejó de transmitir Radio Universidad. La Universidad Nacional Autónoma de México había sido tomada por el ejército. Para esto, el cerebro planificador de la estrategia consideró necesario enviar diez mil soldados e innumerables tanques de guerra, para asegurarse la captura de 500 personas, entre maestros, estudiantes y padres de familia, que en esos momentos efectuaban una asamblea. Éstos, naturalmente, no ofrecieron la menor resistencia. El comunicado de la Secretaría de

Gobernación (Ministerio del Interior) explicaba que la extraordinaria medida se debió a que la Universidad “había sido ocupada y usada para actividades ajenas a fines no académicos”. Por supuesto que nadie creía tal cosa y la indignación que provocó este atropello a la cultura de un pueblo no se hizo esperar. El radio de la protesta se ensanchó, abarcando diversas formas de influencia. En avenida Insurgentes, se suscitó una formidable refriega entre militares y civiles. Sobre ello, el ministro de Defensa declaró a la prensa: “las tropas ya no están para aguantar cosas como éstas”.

Mientras el ejército nos hacía la guerra, individuos “desconocidos” —bandas fascistas de enmascarados armados por funcionarios del gobierno— ametrallaban impunemente las escuelas y amenazaban a los militantes de la izquierda mexicana. Vivíamos en un estado de terror inenarrable. En la provincia, los brotes — como dicen los partes militares— habían sido controlados y las diferentes comandancias de zona reportaban “sin novedad”. No obstante, la Defensa Nacional prometía a la avalancha deportiva y turística, que el ejército protegería las instalaciones olímpicas y los entrenamientos de los deportistas, que estaban ya en prácticas preliminares.

Pero los deportistas de la olimpiada no necesitaban que se les protegiera de los estudiantes, sino de los soldados, policías y granaderos, quienes hacían uso alocado de bombas, fusiles y ametralladoras. Nuestras fuerzas armadas se habían convertido en un verdadero peligro público. Si no lo hubieran considerado así, no hubieran amenazado algunas delegaciones con retirarse de la olimpiada. Éstas protestaron por la presencia del ejército en el predio universitario, no por la presencia de los estudiantes.

Pero no hubo sólo voces de indignación, también las hubo que aplaudieron con demente entusiasmo la toma del máximo establecimiento educacional por parte de la tropa.

El licenciado José de las Fuentes Rodríguez, presidente de la Cámara de Diputados, dijo: “¡Señor rector, qué afortunado es usted, qué feliz momento le ha tocado vivir! Debe de estar orgulloso del auxilio que se le ha dado para el rescate de las propiedades universitarias, de la institución descentralizada del Estado [sic]. Ahora, por primera vez, vemos que un rector ha sido distinguido al proporcionársele todo el apoyo...”. Por su parte, el diputado Luis M. Farías, presidente de la Gran Comisión de la Cámara baja, expresó “La medida fue necesaria (...) ahora sólo resta que el señor rector, en vista de que no le fue posible por sus propios medios restablecer el orden, agradezca la medida adoptada por el Gobierno Federal”. Y el PRI, en un desplegado, declaraba: “No es acto excesivo de fuerza ni es atentar contra la libertad el uso de las facultades de que la autoridad dispone para restablecer la verdadera función de la Universidad”. Con estos conceptos justificaban lo dicho por el ministro de Defensa cuando advirtió “... la tropa actuará enérgicamente, en virtud de que ya no está en condiciones de aguantar insultos y agresiones de los estudiantes...”.

La tensión aumentó en los días subsecuentes, así como la simultaneidad de los choques. Algunos grupos estudiantiles empezaron a responder con cocteles molotov a las bombas de gases lacrimógenos usadas en el acoso de los granaderos.

El Colegio de México fue atacado “por desconocidos” con ráfagas de ametralladoras y varias escuelas politécnicas también fueron blanco de impunes descargas de metralla.

En la Unidad Tlatelolco se produjo otra refriega descomunal, porque los habitantes de aquellos edificios echaron mano de macetas, palos y piedras para ayudar a los estudiantes. Esto hizo perder el control a los granaderos que lanzaron bombas de gas que fueron a estrellarse en los cristales de la Secretaría de Relaciones

Exteriores, en tanto que Ariza, teniente del Ejército, mataba a tiros a un granadero y hería a otros de los que en grupo atacaron a su madre, en el momento en que la acompañaba a visitar a un familiar en Tlatelolco.

Así llegó el día 23 de septiembre. A partir de las 7 de la noche se iniciaron los combates en el Politécnico, donde, a diferencia de lo acontecido en la Universidad, los estudiantes ofrecieron resistencia.

El Instituto Politécnico Nacional se caracteriza por un componente estudiantil de extracción social popular con relación al alumnado universitario. Mientras la Universidad recoge la expresión de la clase media, burguesía media y burguesía alta, en el Politécnico convergen los hijos de los trabajadores, dentro del muy reducido acceso que a la enseñanza superior tiene la gran mayoría del pueblo mexicano, de condición social rayana en la miseria. Por eso, la participación humana del Politécnico —reflejo al mismo tiempo de una expresión de clase— estuvo desde el comienzo a la vanguardia de esta bella gesta de recuperación de la dignidad ciudadana.

Ese día, el Casco de Santo Tomás —sede del Politécnico— fue escenario de una violenta batalla. Los estudiantes habían secuestrado 30 autobuses que colocaron estratégicamente en torno a las escuelas. Abrieron zanjas y derribaron postes para obstruir el paso de los vehículos policiacos y cuando 1,500 granaderos pretendieron tomar los planteles, se encontraron con que delante de sus ojos se levantaba una muralla de llamas impidiendo su avance: los estudiantes habían dado fuego a los autobuses. Luego se produjo un corto circuito y la zona quedó sumida en la oscuridad. Al tiroteo cerrado de los granaderos, los politécnicos respondían con bombas molotov. Se estima que hacia las 9 de la noche, había seis granaderos e igual número de civiles heridos. La ofensiva estudiantil logró que los uniformados se replegaran;

después, en las arboledas se intensificó la balacera y estudiantes y policías se tiroteaban pecho a tierra. Hubo muchas jovencitas en este combate.

Al filo de la medianoche, reforzados los granaderos y apoyados con tiros de fusilería, lograron tomar las escuelas del Casco de Santo Tomás y cuando a las 3 de la mañana llegaron 600 efectivos del ejército y policías de la judicial con M-1 y lanzagranadas, de nuevo se inició la balacera entre estudiantes parapetados en la Escuela de Ciencias Biológicas y las fuerzas militares.

Simultáneamente, otro intenso tiroteo se efectuaba en la Vocacional 7, ubicada entonces en la Unidad Tlatelolco. Decenas de familias se apresuraban a buscar refugio seguro dentro de sus casas, porque las balas se filtraban por las ventanas. Entre tanto, en la Unidad Profesional Zacatenco, los estudiantes dejaron de responder al ataque del ejército cuando éste irrumpió con la prepotencia de su superioridad bélica.

Con su inveterada actitud de bromear a expensas del pueblo, la Secretaría de la Defensa (¿de qué y de quién?) declaró que el ejército intervino “con el fin de evitar actos de violencia”.

En uno de los mítines que posteriormente se efectuaron, la inquilina de uno de los departamentos de la Unidad Tlatelolco, en representación de todos los vecinos, anunció que suspenderían los pagos del alquiler hasta que se solucionara el conflicto estudiantil y a pesar de que la represión aumentaba su ferocidad, las brigadas juveniles continuaban haciendo llamadas al pueblo, para que les dieran su apoyo moral y económico.

La policía y las bandas fascistas persistían disparando sus armas en distintas partes de la ciudad. Por ello, los estudiantes la emprendieron a pedradas contra la delegación policial de Iztapalapa.

Tal era el clima precedente a la trágica jornada del 2 de octubre. A lo largo de tres meses de represión aguda, los estudiantes

estuvieron pidiendo diálogo público con las autoridades para solucionar el conflicto, pero el gobierno fue haciendo cada día más difícil el diálogo en virtud de haber girado órdenes de aprehensión contra los miembros del Consejo Nacional de Huelga.

El Partido Comunista denunciaba la actitud intervencionista del embajador norteamericano Fulton Freeman, quien había manifestado “su absoluta confianza en la capacidad y habilidad del gobierno para resolver el conflicto estudiantil”. Nueve días después...

dos de octubre

Mujeres con pequeñuelos en brazos, jóvenes, señoras, ancianos, niños, —eran muchos los niños— y hombres de todas edades, por centenares se reunieron en la Plaza de Las Tres Culturas, lugar conocido también como Tlatelolco.

Todos los mexicanos conocimos en la escuela que allí, cientos de años atrás, los españoles capitaneados por Pedro de Alvarado, asesinaron a nuestro pueblo que caía defendiéndose del golpe artero de los conquistadores. Hoy, 2 de octubre de 1968, año de las olimpiadas, Tlatelolco volvió a empaparse con la sangre de los mexicanos que cayeron cuando cumplían con el ejercicio de un derecho, sólo que hoy no fueron las armas extranjeras las que nos agredían, ni los capitanes de otras razas, sino las armas nuestras. Hoy esas armas disparaban sobre nosotros balas de nacionalidad mexicana. Eran las armas de la patria.

Tiros de metralleta, rifles de alto poder, *bazookas*, tanques blindados, pistolas y helicópteros que vomitaron fuego, un infierno de fuego y sangre a lo largo de 29 minutos. Era el Ejército nuestro el que nos hacía la guerra. ¡Ejército nuestro...! Fuerza emanada del pueblo para protección del pueblo; fue un concepto que aprendí en mis primeros días de periodista. Nunca hay que hablar mal del

Ejército —me dijeron— ni del presidente de la República: “esas son cosas que todo buen ciudadano debe tener como sagradas”. Pero esto, que en una época creí como tantos otros mexicanos, ellos mismos lo fueron destruyendo.

De la revista *Por qué?*, cuyo director Mario Menéndez Rodríguez es hoy otro de los presos políticos de Lecumberri, extraigo un párrafo que relata una dantesca escena: “Cuando el pánico se produjo, muchos pequeños fueron separados de sus padres. Un grupo de estos niños enloquecidos pasó frente al lugar donde el reportero se hallaba refugiado. De pronto, el cráneo de uno de ellos pareció estallar, tal vez alcanzado por una bala expansiva, y el pequeño rodó por el suelo. Un chiquitín de seis años, estupefacto y seguramente sin saber lo que es la muerte, trataba de reanimarlo gritando: *Beto, Beto, ¿qué te pasó?* La voz se fue quebrando, convirtiéndose en un ronco bisbiseo hasta que se apagó por completo. Los dos cuerpecitos quedaron allí en el pavimento”.

*Doce años tiene un chiquillo
que muerto cae a mi lado
y el vientre de una preñada
cómo lo han bayoneteado.*

Por el oriente de la plaza avanzaba la tropa, por el poniente, los carros ligeros; la gente gritaba histérica bajo el fuego graneado de las ametralladoras, *bazookas* y mosquetones, y cuando algunos creían encontrar salida por una callejuela, recibían el encuentro de compactas columnas de soldados que avanzaban a bayoneta calada y disparaban en todas direcciones.

*Zumban las balas mortales
rápido el pánico crece*

*busco refugio y la tropa
en todas partes aparece.*

“Las primeras descargas de los soldados —añade la revista— abrieron enormes claros en la multitud. Los cuerpos caían tronchados como espigas de trigo ante la hoz. Pero todos los caminos estaban cerrados por las tropas, que abrían fuego contra la multitud, la hacían recular y correr en otras direcciones para hallarse otra vez ante las bocas de los fusiles y ametralladoras”.

*Qué fuerzas tan desiguales
hartos tanques y fusiles
armados los militares
desarmados los civiles.*

En uno de los edificios del ISSSTE* la gente se arremolinó; ya casi la mayoría alcanzaba el primer tramo, cuando llegaron dos soldados con rifles automáticos y sin compasión abrieron fuego. Todos los que se hallaban entre el piso bajo y la primera curva de la escalera, quedaron allí, arracimados. La sangre bañó la banqueta y luego escurrió hasta la calle. Los soldados siguieron disparando, hasta que nadie se movió...”.

*Qué cruenta fue la matanza
hasta de bellas criaturas
¡Cómo te escurre la sangre
Plaza de las Tres Culturas!*

* ISSSTE: Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado.

El ataque a Tlatelolco fue dirigido por el general José Hernández Toledo y su talento de estrategia lo indujo a emplazar y movilizar las tropas en círculo de modo que muchos soldados debieron haberse baleado entre sí. El mismo general recibió, según se dijo, un balazo en el pecho que le atravesó el pulmón y necesitó de una operación quirúrgica. No obstante, la misma noche estuvo concediendo entrevistas de prensa.

Para justificar la arremetida de los militares se dijo que “francotiradores” desde el tercer piso del edificio Chihuahua —en que estaban los líderes del Consejo Nacional de Huelga— habían atacado al ejército. Entonces, ¿por qué no se tomó el edificio dejando a salvo la multitud? ¿Por qué se disparó sobre la gente indefensa? De todas maneras, nunca supe que los estudiantes hubieran ido a acosar a los cuarteles, de modo que las autoridades, para justificar la masacre, emplearon el conocido sonsonete que les ha enseñado el amo imperialista. En efecto, toda vez que los norteamericanos invaden territorios y exterminan a sus poblaciones, se quejan porque en el momento de invadir resultan agredidos.

Los días siguientes vivimos sumidos en la más negra zozobra y pesadumbre, en un estado tan lastimero, que sólo comentar los desgraciados sucesos hacía asomarse el llanto. ¡Cómo dolía la muerte de los muertos y la vida de los vivos! Éstos, amenazados constantemente en su integridad física.

A Luis Cervantes Cabeza de Vaca, estudiante de Chapingo y miembro del CNH, los militares lo habían golpeado con fiereza, pretendiendo castrarlo, y le formaron cuadro de fusilamiento con disparo de armas por dos veces. Todos los aprehendidos, hombres y mujeres, fueron maltratados; a muchos se les mantuvo desnudos por días enteros, sin comer e incomunicados. Fueron humillados y vejados de mil maneras. Había dos mil detenidos y un número de muertos jamás revelado. En las comisarías, cruces roja y verde,

hospitales y la morgue, era incesante el desfilar de ciudadanos de rostros patéticos, en busca de sus familiares desaparecidos.

En esos días supe que Óscar González Eguiarte y dos estudiantes más, Galdino, del Distrito Federal, y Armendáriz, de Chihuahua, habían sido capturados, torturados y fusilados en la sierra. Óscar era aquel que, pancarta en mano, reía cuando la gitana en el camino de Durango me decía a gritos: llévatelos al norte; en el sur les va a ir mal.... Sólo habían pasado poco más de tres años.

Hoy sabemos que Óscar, junto con Juan Antonio Gaytán y Guadalupe Scobell Gaytán, reorganizaron la guerrilla diezmada el 23 de septiembre del 65 y, bajo el nombre de *Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz* realizaron, entre otras acciones, el asalto al aserradero Maderas de Tutuaca en las cercanías de Tomochi, Chihuahua, para castigar a la empresa forestal que hacía víctimas de escandalosa explotación a los ejidatarios de la zona. Por otra parte, en el estado de Guerrero crecía el Ejército Libertador del Sur. Tal vez éstos son los brotes que los partes militares decían haber sido controlados.

Canadá

—Un viaje al extranjero te hará bien —me dijo Adán, preocupado por el derrumbe de mi sistema nervioso y agregó—. Sé que en Canadá habrá un congreso por el fin de la guerra en Vietnam. Cueste lo que cueste, irás.

—Pero no estoy en condiciones de viajar, mi operación es muy reciente y apenas me quitaron la sonda; además, ¿con qué dinero? —Adán se llenaba de deudas para que yo recuperara la salud.

En Canadá me tocó presenciar un incidente en el que, tomando partido, participé con mis gritos trepada en una silla. Sucedió que los representantes de los *Black Panthers* habían tenido problemas

para viajar a Montreal y necesitaban de la colaboración económica para que su líder, Bobby Seale, pudiera estar presente en aquel evento. Para hacer un llamado a la solidaridad de los congresistas, se encontraron con la negativa de parte de los organizadores para hacer uso de la tribuna, por lo que debieron ocuparla por la fuerza. Cuando los asambleístas apenas empezábamos a enterarnos de lo que micrófono en mano planteaban los panteras, empezaron a recorrer las filas de derecha a izquierda para dar instrucciones. Yo me encontraba en la sección de las delegaciones latinoamericanas cuando uno de aquellos individuos se acercó diciendo:

—¡Protesten! ¡No los dejen hablar! ¡Son de la CIA!

—¡No! —vociferé indignada— ¡Son los Panteras Negras!

—Pero son de la CIA. No los dejen hablar. ¡Es el colmo que esos negros imperialistas vengan a pedir que los ayudemos!

—¿Está usted loco? ¿Cómo se atreve a llamar imperialistas a los negros? ¿No sabe en qué condiciones viven y por qué luchan los negros en los Estados Unidos? ¡Largo de aquí, racista provocador! ¡Los de la delegación mexicana sí queremos oír qué dicen los Panteras Negras! —Y como ninguno de nuestra delegación expuso una idea contraria, el tipo se alejó.

Yo volví a encaramarme en la silla, porque sólo así podía ver qué pasaba en el púlpito. Estábamos en una iglesia. Entonces vi cómo pretendieron arrebatarnos el micrófono al militante de los Panteras que estaba hablando. De este forcejeo se pasó al cambio de golpes y, finalmente, a una verdadera batalla. A todo esto, los representantes vietnamitas permanecían imperturbables a pesar del zarandeo inevitable de las sillas en que estaban, en razón de los puñetazos que se entrecruzaban por sobre sus cabezas. Bueno: la guerra era en Vietnam, pero la pelotera estaba en Montreal.

Al otro día llegó Bobby Seale y pude conocer y admirar la gran capacidad política de este dirigente de los Panteras, hoy

prisionero en los Estados Unidos y cuyo infame proceso es de conocimiento de todos. En esa ocasión denunció que los yanquis declaran locos a los jóvenes de color y con ese pretexto los encierran en los manicomios. También presencié la quema de cartillas de muchachos norteamericanos opositores a la guerra de Vietnam.

En Montreal di tres audiciones para estudiantes universitarios, transmití un programa a través de potente radio emisora, grabé un disco y, además, una cinta magnetofónica para el pueblo vietnamita en lucha, conteniendo principalmente mis canciones «Vietnam» y «Canto para un niño de Vietnam». Así regresé a México con mi primera experiencia de un congreso internacional... y no me acordé más de mis achaques.

corridos del 68

El 17 de diciembre de 1968, Adán y yo celebramos dentro de Le-cumberry el segundo aniversario de nuestro matrimonio. Él pintó mi retrato y yo le bordé un almohadón que decía "A mi querido esposo".

Después me encerré en casa durante una semana y compuse el resto de los corridos que integran mi crónica del movimiento estudiantil. Hacía una canción diaria y mi problema no era hacerla sino memorizarla, a causa de que no escribo música. Fueron días de abatimiento porque el hacer una canción me torna muy sensible. Tratar temas como los de la mayor parte de mis corridos me abstraen, evidentemente me aparta de las cosas cotidianas y no puedo jactarme de que con facilidad los hago, sino todo lo contrario, me es bastante difícil, principalmente porque sufro cada uno de ellos. Me sucedió con «Marquetalia», «Cimarrón Haitiano» y otras, pero la emoción fue mayor cuando se trató de los diez corridos de la lucha estudiantil.

Aparentemente, la vida capitalina había recuperado su normalidad, pero la realidad era bastante cruel. Teníamos también un saldo escandaloso de cientos de maestros cesados, así como jóvenes que, al no poder continuar sus estudios, buscaban colocación y eran tomados “a prueba” sin sueldo por un mes, al término del cual eran despedidos y reemplazados por otros en las mismas condiciones, porque los empresarios usaban de este ardid para tener empleados gratuitamente. Además, sabíamos cómo éramos vigilados, pero al menos ya no nos empañaba la vista el humo de la pólvora, que unas semanas antes se había quemado.

Un día, en el redondel de la Crujía N, donde repito, está la celda de Adán, canté por primera vez los diez corridos que eran mi homenaje a aquella generación heroica del 68; ocho días después hice lo mismo en la Crujía M, en que estaban la mayor parte de los dirigentes estudiantiles y catedráticos universitarios y politécnicos. Ni qué decir que nos emocionamos todos. El maestro José Revueltas, prisionero a raíz de los sucesos, me abrazó, diciendo preocupado:

—¿Qué precio le harán pagar por estas canciones, Judith?

—El precio de la libertad, maestro. Nosotros sabemos que el hombre paga un precio por su libertad. Ustedes adentro, nosotros afuera, pero entre todos pagaremos el precio de la libertad de nuestro pueblo.

Considerando que era hora de rendir homenaje en gran escala a los jóvenes que tan heroica lucha libraron, reinicié mis recitales el 2 de mayo de 1969, en la UNAM y el IPN. Daba dos y tres audiciones diarias y en cada una se producía un lleno que abarrotaba hasta los huecos de las ventanas. La primera universidad de provincia que visité fue la de Zacatecas, después la de Oaxaca, donde los universitarios habían participado en una lucha semejante a la del Distrito Federal. En el Teatro Macedonio Alcalá tuvimos éxito clamoroso y luego nos ocupamos en recorrer los

mercados en los que efectuábamos ocho mítines en cada uno. Muchos turistas gringos se acercaban, escuchaban y tomaban fotografías, seguramente porque el espectáculo les parecía muy particular; era política con música y, además, política de oposición. Los locatarios trajeron el cajón más alto que hallaron para que trepada en él pudiera cantar a la vista del mayor número de gente posible. De entre los puestos de verduras, frutas, aguas frescas y tacos, partían gritos de ¡VIVAN LOS ESTUDIANTES! ¡VIVA LA REVOLUCIÓN!, a lo que algunos agregaban “¡SÍ, PERO LA NUEVA!”. Ya el pueblo sabía que la otra, la del PRI, era una prostituta de 70 años que no servía para nada.

Una noche los estudiantes me llevaron a la Plaza de la Danza, donde calculamos habría una concurrencia como de seis mil personas; lucía en todo su esplendor la iluminación externa de la iglesia y edificios vecinos; grupos de niños en edad escolar, ocupaban las primeras filas y los magnavoces lanzaban al viento alegre música de folclor.

Impresionada, guitarra en mano, involuntariamente me detuve. Sorprendidos mis acompañantes inquirieron:

—¿Por qué retrocedes...? No te detengas porque vamos a llegar con retraso.

—Muchachos, antes de seguir adelante, por favor, díganme ¿a dónde vamos? Aquí parece que hay un acto oficial.

—Allí vas a cantar —me respondió Moisés González Pacheco, uno de los estudiantes, señalando el entarimado de madera a mitad de la plaza.

—¿Yo? ¿Yo voy a cantar allí? ¿Acaso el municipio dio autorización para iluminar la plaza?

—No, ni siquiera la pedimos. Simplemente prendimos el alumbrado. Por hoy, siendo el día del estudiante, gozamos de esta pequeña concesión.

El día de mi partida, muchos universitarios me acompañaron al aeropuerto. Allí me entregaron un enorme ramo de rosas rojas.

En la bella ciudad de Morelia di 14 recitales. Aquí los universitarios tienen una gran tradición de lucha. En 1966, durante un conflicto, sufrieron la experiencia de ver cómo los soldados, sable en mano, allanaron el recinto universitario, hecho que también mencioné en uno de mis corridos. Las consecuencias de aquella lucha todavía afectaban a los líderes estudiantiles Rafael Aguilar Talamantes y a Capiz, reclusos en la Penitenciaría del Estado, el primero cumpliendo una condena de seis años y el segundo una sentencia mayor.

En la Escuela Normal de la Huerta canté en el acto de clausura de cursos. Ese día, con motivo de haberse destacado en diversas actividades, un cierto número de estudiantes fue premiado con diplomas. Algunos, luego de recibirlos, venían hasta mí para entregármelos como testimonio de identificación de sentimientos y convicciones. Estas pruebas de afecto y adhesión a una labor militante con que he sido honrada tantas veces, las conservo entre lo más preciado de mis recuerdos.

¿cantante de protesta o cronista musical?

Aunque recibía muchas satisfacciones, no todo eran aplausos y flores; en el aspecto familiar, una implacable pena nos acechaba. Mi hermano Pablo empezó a padecer la enfermedad que posteriormente habría de causarle la muerte. Por entonces, renunció a su empleo y muy pronto empezó a tener serios apremios económicos. Por eso recurrió a los servicios del Hospital General donde, con bastante frecuencia, tenía que acompañarle, haciendo largas colas para la diaria consulta o curación.

Con todo, logré mantener el ritmo de trabajo y empecé a preparar la grabación de mi disco número cinco, del que estaba segura tendría gran acogida, a juzgar por la reacción que producían los diez corridos de la crónica del movimiento estudiantil. Hasta entonces, vi claramente que yo no hacía canciones de protesta; ser cantante de protesta no me definía. Si mi obra o mi trabajo es como el de un gacetillero, entonces yo era, simplemente una cronista musical. Precisamente cantando esta crónica de 45 minutos recorría universidades, escuelas normales y hasta secundarias. Tan consagrada estaba en mi labor que dejé de observar algunos signos.

Adán y yo habíamos reñido. Se trataba sólo de un disgusto pasajero, como los que suelen producirse entre parejas que se aman. Tal vez él sentía que yo le abandonaba un poco, tal vez necesitaba que le dedicara más tiempo del que mi empeño militante permitía, tal vez confié demasiado en que tendría suficiente madurez revolucionaria para comprender y aceptar mi participación en la lucha; lo cierto es que dos domingos consecutivos no fui a verlo y nunca imaginé que tal cosa fuera causa de sospechas en las esferas policiacas.

el secuestro

Así llegamos al 21 de julio, cuando —como de costumbre— temprano me metí en la cama; estuve leyendo hasta las 11 y me quedé dormida. De pronto la sonoridad del timbre rompió el silencio y desperté diciendo:

—¿Quién será a esta hora?... Josué, por favor anda a ver quién es. Pocos momentos después, desde el pasillo mi hijo me decía alegre:

—¡Es mi tía Emma, mamá! —y entraron con un par de maletas.

Mi hermana radicaba en Monterrey y venía a participarme el matrimonio de Héctor, su hijo. Como mi departamento es muy pequeño, no podía instalarla aparte, por lo que excusándome le dije:

—Mañana te alojaré mejor; esta noche, acomódate por aquí. Ventrás cansada del viaje.

—No te preocupes, pero Berenice, ¿por qué duerme en el suelo? —preguntó al observar donde dormía la niña.

—Es que está en tratamiento para arrojar parásitos intestinales y el doctor dijo que la pusiéramos aparte. Es sólo por unos días; pero tú, cuéntame de tus hijos.

Tenía interés en conocer las novedades de la familia, en virtud de que en los últimos años hemos vivido tan distanciados y sin siquiera escribirnos. Hay épocas en que respecto de mis hermanos y demás parientes no sé nada, pasamos mucho tiempo sin vernos y el día que nos encontramos, fuera de las cuestiones familiares, no tenemos ninguna cosa en común. Me atrevo a pensar, incluso, que no ven con buenos ojos mi manera de pensar.

—Pues fíjate que Héctor se casa con Lidia, aquella chica evangélica de Veracruz.

—¡Ah, qué bueno! —le respondí sabiendo lo importante que es para mi familia el casarse con personas de la misma religión.

De pronto el timbre volvió a sonar. Y ahora, ¿quién será? Qué raro, ¡son las 11:45! Bueno, a lo mejor llega otro pariente de Tampico o de Veracruz; si se acuerdan que existo y me siguen visitando, tendré que comprar más petates.

Josué salió para abrir de nuevo la puerta de la calle y pasados unos momentos, unos golpecitos se oyeron en la puerta del departamento. Mi hermana se apresuró a abrir y casi al instante oí que daba gritos de miedo y de dolor; suplicante decía:

—¡No la maten, por amor de Dios!

Salí de mi alcoba y encontré que dos enmascarados con metralletas la maltrataban sin piedad; otro husmeaba por toda la casa y yo sólo reaccioné diciendo:

—¿Ustedes qué se traen? —para entonces observé dos detalles más; llevaban guantes quirúrgicos y zapatos con suelas de goma. Y por la puerta que había quedado abierta, se colaron otros dos, igualmente vestidos y armados. Descubriéndome al fondo del pasillo, tres de estos orangutanes vinieron hacia mí, preguntándome:

—¿Tú eres Judith?

—Sí, ¿se te ofrece algo conmigo?

—Nos vas a acompañar... —respondió como si tuviera derecho a darme órdenes. Y a mí, por aquello de que en los momentos difíciles es cuando uno suele lograr una lucidez en que halla que la situación dramática es mejor convertirla en grotesca, no se me ocurrió sino decir:

—Con mucho gusto, ahora traigo la guitarra, ¿en qué tono cantan...? —al tratar de ponerme en movimiento, me clavaron en las costillas los cañones de las metralletas. Uno de ellos estaba muy agitado, resoplaba fuerte por la nariz y tuve miedo de que se “alocara” y pudiera matar a Berenice, que en el suelo seguía durmiendo, sin sospechar que sobre ella un pavoroso ballet de zanzuilargas fieras se desarrollaba. ¡Ah, mi niña! ¡A los ocho años ya tenía oportunidad de conocer lo que es vivir bajo el “régimen revolucionario” del PRI!

Siguiendo con mis imprudencias propias de los momentos de peligro, le pregunté al enmascarado nervioso:

—Y usted... ¿qué pinche tembladera se trae? No me diga que tiene miedo, porque aquí la del miedo soy yo —al mismo tiempo, otro me apremiaba siempre clavándome el arma:

—¡No hables tanto! ¡Camínale!

—¿Estás loco? ¿Crees que voy a salir a la calle en camisón? —la prenda que llevaba puesta esa noche para dormir era de material transparente— Ahora me pongo el abrigo y nos vamos, que no me gusta ni pizca tenerlos de visita en mi casa... —Mi hermana ya no gritaba. Sin dejarme de apuntar, me permitieron alcanzar el abrigo y ponérmelo; luego eché a andar escoltada por aquellos desconocidos.

La puerta de mi departamento estaba custodiada por otro enmascarado con metralleta y a mitad de la escalera, uno más. También advertí a una mujer de deplorable aspecto.

—¿Y esta señora quién es? —sólo cuando estuve junto a ella la reconocí: era mi cuñada Josefina, la hermana de Adán, su hermana consentida. Estaba tan golpeada que a primera vista era irreconocible.

Ocurrió que a las 5 de la tarde de ese día, los enmascarados asaltaron su casa y la secuestraron, torturándola para que dijera dónde vivía yo, dado que la policía no lo sabía. Todas las precauciones que tomé para mantener oculto mi domicilio habían sido efectivas, pero nunca me imaginé que mi cuñada Josefina pagaría por esto. Cuando ella no pudo resistir más el trato bestial, los condujo a mi casa. Ella es quien tocó el timbre esa noche y a quien Josué creyó abrir la puerta.

En la calle, a lo largo de la acera había una hilera de carros negros, grandes —después supe que eran ocho—; en todos había individuos armados y mantenían las portezuelas abiertas, con un pie apoyado fuera del vehículo, prestos para entrar en acción. La manzana donde vivo estaba rodeada de patrullas policíacas y los vecinos habían sido obligados a encerrarse y no salir, oyeran lo que oyesen.

Busqué con la mirada a Josué, al que no había visto desde que salió a abrir. Al no encontrarlo, pregunté:

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo? —me señalaron un carro, donde estaba atado y rodeado de metralletas que le apuntaban.

—Creo que el asunto es conmigo, no con la familia; no doy un paso más si no liberan a mi hijo.

—Bajen al muchacho —ordenó el que parecía ser el jefe, un individuo fornido, de pelo crespo y como no llevaba máscara, pude observar su rostro redondo, un poco colorado.

Así, las imágenes familiares que llevé conmigo eran la de Josué, de pie en la banqueta, con las manos atadas y los ojos vendados; mi cuñada, irreconociblemente golpeada; mi hermana, sometida por un enmascarado y mi hija Berenice, bajo las botas de aquellos bárbaros en mi recámara. Afortunadamente mi madre se hallaba en Veracruz atendiendo a mi hermano enfermo.

Me metieron en uno de aquellos automóviles, me ataron las manos y me colocaron vendas en los ojos, todo esto sin dejar de hacerme sentir sus armas en las costillas, además de apoyarme una pistola en la sien. El encargado de mantener la pistola pegada a mi cabeza hizo varios simulacros de disparar. Yo no oponía resistencia porque consideré que si iban a matarme, ninguna cosa que hiciera o dijera me habría de salvar.

Uno de los enmascarados era estudiante de medicina; renegaba mucho y se daba aires de científico. Por el tono irritado de sus palabras le dije que no debía de estar enojado, si no contento de poder desquitar sin peligro —puesto que se trataba del secuestro de una mujer— el sueldo que cobraba por el trabajo que estaba realizando. Él respondió con inquina: “Por culpa de ustedes no me gradué y ahora quién sabe hasta cuándo... ¿cuándo van a parar...?”.

El recorrido por las calles de la ciudad fue largo, parecía que no acabaríamos nunca de dar vueltas; lo hacían para hacerme perder la orientación, no obstante, me di cuenta que estábamos

en las afueras. ¿Sería hacia Puebla, hacia Pachuca o hacia Toluca? ¿Cómo iba a saberlo?

Las ligaduras me hacían bastante daño y la tela adhesiva en los ojos me tiraba del pelo. De pronto, el carro se detuvo y frente a nosotros oí pasos que identifiqué como de un soldado de guardia, porque los pasos de los soldados y la forma de marcar el alto son inconfundibles, como el ruido de las armas o el peso de un paquete de balas. Escuché el chirrido de una puerta de fierro que se abría. El automóvil recorrió un breve trecho y se detuvo. Ya no estábamos sobre pavimento y advertí un típico olor a caballeriza. Para comprobarlo, dije:

—Señores, quiero bajar para hacer pipí.

—No se puede.

—Entonces hago aquí en el carro.

—¡Ni se te ocurra! —respondió amenazador.

—No es que se me ocurre, sino que yo cuando me meo, me meo y ahora me urge.

—Bájala —indicó otro.

Me ayudaron a bajar y en seguida noté que pasaba sobre las hondas huellas dejadas por los vehículos en la tierra.

—Suélteme las manos, así no puedo.

—Te las voy a soltar; pero cuidado con lo que haces —sin hacer caso de la advertencia, traté de levantar la venda de mis ojos, pero ellos lo impidieron echándoseme encima con violencia y propinándome golpes.

—¡Cuidado con lo que haces! —repitió la voz anterior.

—Pues quiero hacer pipí.

—Haz, nadie te lo impide.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Delante de usted?

—Yo no veo.

—Pero... por lo menos aléjese un poco —en esto me sobresaltó un vibrante relincho y ya no tuve duda de estar en una caballeriza. Los autores de mi apresamiento, que seguramente se habían detenido para recibir instrucciones, volvieron a subirme al carro y reemprendimos la interrumpida carrera. El aire era limpio y fresco: aroma de campo, indudablemente estábamos fuera de la ciudad, al menos de la parte céntrica.

Minutos después se produjo una nueva parada y me sacaron del coche conduciéndome a una sala que sin duda era suntuosa; sentí que pisaba sobre un grueso alfombrado y al tacto pude apreciar el precioso brocado de los muebles; las cortinas, que llegaban hasta el suelo, eran de satín.

Con modales fingidamente suavizados me hicieron sentar en una poltrona. Percibí del arribo de un individuo más, pistonudo había de ser, porque todos rápidamente se ponían de pie, incluso, con suave tirón, me forzaron a levantarme también.

El recién llegado habló con voz muy baja, absolutamente sin matices. No había ira, ni amenazas, ni reproche. Por una pequeñísima abertura que dejaba la venda pude observar los pies de esta persona, que giraba en torno mío; llevaba un pantalón de excelente calidad, color café; del mismo tono eran sus finos zapatos, pero eran de tan pésimo gusto que pensé, *No, no pueden ser de Díaz Ordaz ni de Echeverría...*

El lugar, la conducta de mis captores hacia este personaje y su propia actitud, me hacían presumir que éste era un personaje de los altos, diría más, altísimo... Aludido, quizás, de manera no muy elegante en alguna de mis canciones —irrespetuosidad que alteraba un tanto la triste siesta del servilismo— me habría mandado capturar con una especie de safari, para luego darse el gusto de contemplarme «en exclusiva», en privado y con toda la

impunidad de su poder (que mal podía ocultar su evidente cobardía) para comprobar cómo era ese “monstruo” que debía ser yo.

La presencia del personaje fue breve; se fue, seguramente feliz por dejarme en manos de sus secuaces. Éstos me sacaron de allí y volvieron a meterme en el coche reiniciando las correrías por la ciudad. Finalmente nos detuvimos y sacándome con violencia me llevaron a lo que debía ser la caballeriza; allí me empujaron hasta una celda, construida en los bajos de una escalera, a juzgar por el declive del techo que palpé.

Había en el suelo un pedazo de alfombra vieja, mojada y hedionda, sobre la que caí trastabillando al impulso de los empujones que recibía. Por estar atada no podía contrarrestar el golpe al chocar mi cuerpo contra las paredes o el suelo; tampoco podía ver contra lo que iba a golpear porque seguía vendada. Aquellos brutos me hacían botar como pelota. Se fueron dejando a uno con la orden de mantener la metralleta en dirección a mí.

En medio de todo, procuré dormir: quería conservar lo más posible las energías... Por eso, cada vez que entraban para interrogarme, tenían que despertarme. Tantas veces me molestaron que yo protesté:

—Si este interrogatorio está a cargo de alguna autoridad, cumplo en decirle que está actuando fuera de la ley.

—De acuerdo; tanto nosotros, como tú, violamos la ley.

—No, señores, yo nunca he violado la ley. Yo hago uso de los derechos que la ley me otorga. Estoy aquí secuestrada por ustedes y no conformes con eso, me tienen con las manos atadas y los ojos vendados; bajo tales medidas de violencia no contestaré ningún interrogatorio.

—Pues aquí no se trata de que quieras responder, sino de que hay cargos y pruebas serias contra ti. El día —no recuerdo la fecha que dijo— en las calles —no recuerdo cuáles mencionó— dos

agentes murieron en el cumplimiento de su deber. ¿Por qué los mandaste matar? —se trataba de guardias muertos durante una racha de expropiaciones bancarias realizadas por guerrilleros.

Era tan disparatada la acusación, que tirándolo a chanza le respondí:

—¡Ah, chiquitos! ¿Pos de cuál fuman? ¡Pásenla! ¿No? —pero al tipo no le gustaban las bromas, de modo que me soltaron un par de guantazos. No obstante, insistí:

—Esto está muy truculento, a mí me gusta la alegría... Les voy a contar un chiste para amenizar la noche (no sé si era de noche o de día). Y conté un chiste que ninguno celebró, todo lo contrario, más ariscos aún, me dijeron que yo debía de exigir a los estudiantes que no deformaran mis canciones porque cuando las cantaban, les añadían frases insultando al presidente. Esto me ofreció la coyuntura para preguntar:

—¿A cuáles canciones se refieren?

—A las tuyas. Mira, si te dejas de componer esas cosas y haces canciones de otro estilo, podrás tener tu programa de televisión y hasta en las películas se podría incluir tu música. Obtendrás la libertad de Adán y un buen futuro para tus hijos. Las canciones que ahora haces sólo te acarrearán dificultades y tú aspiras a vivir tranquila... ¿O no?

—Señores, yo he entregado mis canciones al pueblo y hoy son como las hojas llevadas por el viento. Ustedes podrán acallar mi voz, pero de mi obra dispersa no podrán apoderarse para destruirla. Yo no soy una artista de festival, ni existo para los comentaristas de la canción protesta en México, ni en otras partes, pero les aseguro que ni falta me hace porque el vehículo de mis canciones es la revolución y la revolución no la hace la propaganda. Callarme a mí no es muy fácil, no obstante, ustedes lo pueden hacer hoy, estoy en sus manos, reducida a la impotencia y en una celda bajo

la mira de sus metralletas, pero eso no cambia mi destino. Yo nací para cantar y les aseguro que si tuviera que hacerlo ahora lo haría porque las armas con que ustedes me amenazan podrán cortarme la vida, pero no lo que yo significo, que va más allá de mi persona física... —terminé súper-valorándome deliberadamente.

—¡Como si te sintieras muy segura! ¿A poco no tienes miedo?

—Sí, tengo miedo; tengo mucho miedo y en este momento me siento muy sola, pero ésta es mi debilidad corporal a la que opongo la fuerza de mis convicciones.

—¿Cantarías en estas condiciones?

—Sí señor.

—Pues canta.

—Necesito un micrófono —pusieron en mis manos uno, con lo que tuve la certeza de que me estaban grabando.

Así fue como en aquel calabozo canté la «Canción de la Universidad» para un auditorio que me encañonaba con fusiles. Ahora, rezumando mis experiencias, confieso que me infunde más miedo cantar para un público de lo que se conoce como intelectuales de izquierda, que para soldados con bayonetas o bandas de empistolados.

Cuando terminé la tonada, continuaron haciendo preguntas, que *por qué dos domingos falté a ver a Adán*; que *qué personajes del gobierno eran mis amigos*; que *quiénes asistían y dónde se efectuaban las reuniones "secretas" que organizaba con el pretexto de cantar*; que *por qué tenía una cicatriz reciente en la mano derecha*, etc... Y así, preguntas y más preguntas durante horas. A pesar de la presión moral y el maltrato físico, no me hicieron pronunciar el nombre de nadie...

Del incesante transcurrir de las horas no me percataba ni siquiera por el reclamo del apetito, que perdí junto con la noción del tiempo.

Sólo cuando me tomaron fotografías me descubrieron los ojos, pero no me soltaron las ataduras de las manos. Pude ver cómo era mi celda y al fin vi la luz, porque estaba encendida. Advertí que en la puerta habían colocado cortinas negras.

El fotógrafo también estaba enmascarado; en contraste con los demás, era un hombre mínimo, carente de precisión en sus movimientos, es decir, torpe. Seguramente se trataba de un hombre de vida sedentaria.

Siguió transcurriendo el tiempo y yo, pensando en Adán, opté por aplicar su método para ocupar las horas con provecho. Él, aún en la prisión, norma su vida con un horario que mantiene rígidamente. Es más o menos así: a las 7 horas, ejercicios físicos; a las 8, baño; a las 8:30, desayuno; a las 9, contestar correspondencia; a las 10, leer una hora *El Hombre Unidimensional* (era lo que entonces estaba leyendo); a las 11, Judith. Cuando conocí su memorándum, le pregunté extrañada: "Amor, ¿qué quiere decir a las 11 Judith?" y él me respondió: "A esa hora pienso en lo que se refiere a tus necesidades. ¿Necesitas zapatos?, ¿tus manos se han maltratado mucho con el lavado de la ropa...?, entonces anoto, *comprar zapatos y lavadora para Judith en la primera oportunidad*". Pero el memorándum consignaba otro curioso dato: A las 5 de la tarde, ¡cine! "¿Vas al cine, amor?... pero yo no veo que tengan aquí sala de proyección". "No voy a ninguna parte, pero el día que me toca cine, me tiro en la cama y empiezo a recordar de principio a fin, una película que me haya gustado...". Adán es encantador, no hay otro como él...

Volvieron mis carceleros y a puntapiés me ordenaron:

—¡Levántate!

Obedecí con bastante esfuerzo, porque las costillas y el cuello me dolían mucho. Me quitaron la venda y me señalaron una cubeta con agua; debía ponerme a lavar la mierda de aquella

celda ¡con las manos atadas! Yo traté de resistir, pero uno me empujaba constantemente con el cañón de la metralleta. Terminado el trabajo, me preguntaron:

—¿Te gustaría quedar libre ahora mismo?

—No me importa. El problema es de ustedes. Yo no puedo desaparecer nada más así, tengo una programación que cumplir y hay muchos testigos de cómo me sacaron de mi casa, tarde o temprano ustedes tendrán que dar cuenta de mí.

—Pues hoy volverás a tu casa.

—Si mi marido estuviera en casa, yo tendría prisa en volver, pero el gobierno me lo ha arrebatado por nueve años y la casa, como hogar, para mí no existe sin él.

—Tus discursos son muy buenos, habla cuanto quieras, pero te vas a tomar esto por la buena o por la mala —pusieron en mis manos, siempre atadas, un vaso de vidrio. Sentí que me helaba porque me punzó la idea de que me hicieran beber un líquido envenenado. Un fuerte olor alcohólico me golpeó y a pesar de mis temores, todavía quise hacer otro chiste:

—¡Señores, por favor...! Yo no bebo alcohol, le hace daño a mi vesícula. ¿Por qué mejor no me dan un tiro? —impacientes, me sujetaron hasta inmovilizarme y me hicieron tragar, según dijeron, un litro de ron. Todavía antes de la borrachera, alcancé a decirles:

—Por favor, denme pan, no he comido nada... tengo hambre —no era cierto, pero quería tener algo de comida en el estómago para producir la náusea y en algún momento vomitar sobre ellos, pequeña venganza que además me ayudaría a echar fuera tanto ron. Luego entró otro individuo y puso a funcionar una grabadora. Seguramente pensaron que bajo la influencia del alcohol diría yo las cosas que no lograban hacerme decir bajo otras presiones. Entonces propuse un brindis.

—Muy bien —dijeron—, ¿por quién vamos a brindar?

—Por Díaz Ordaz —respondí, mientras redondeaba mentalmente los conceptos que estaba deseosa de externar. Cada frase que pronunciaba me la rubricaban a guantazo limpio. ¿Para qué hablar de mi discurso...?

Zona Rosa

No supe cómo salí de allí. Cuando retorné a mi estado de conciencia —más exacto, de semiconciencia— me encontré dentro de un coche estacionado. Creyendo que estaría sola tuve ánimo para levantar la venda; me encontraba en una zona muy iluminada... Girando lentamente la cabeza, vi una placa que decía, *Niza*. Estaba en la Zona Rosa; pensé que por allí andarían algunos intelectuales de esos que mastican por el lado izquierdo e intenté salir del coche para buscarlos. Tal vez alguno había oído hablar de mí y pudiera ayudarme, pero ¿qué me sucedía?, aunque me encontraba en un mundo de nieblas, podía razonar, pero no podía mover a voluntad uno solo de mis miembros. La náusea me invadió, vomité y volví a perderme en la inconsciencia. Después sentí que me echaban con violencia al piso y dos manazas sobre la espalda me sometían para que no me incorporara. El vehículo arrancó nuevamente desplazándose veloz por las calles, a esa hora solitarias, de la Ciudad de México. Al tomar las curvas, el chirriar de los frenos me hería los tímpanos. Luego me hicieron sentar y poco después el carro se detuvo frente a una puerta de rejas; un uniformado abrió y como si persiguiéramos a alguien, proseguimos a toda velocidad por avenidas bordeadas de árboles muy frondosos. Al parar en seco, mi cuerpo golpeó hacia adelante; volvieron a colocarme en el asiento, me dieron algunos golpes y el individuo que iba a mi derecha me asestó el último con el canto de las manos, exacto contra el pecho.

Estado Mayor Presidencial

En medio del aturdimiento les vi correr con las metralletas en la mano y subirse a un coche que rebasó el nuestro, deteniéndose pocos metros adelante y volviendo a desaparecer en medio del silencio de la noche. Me esforcé por memorizar el número de la placa del carro que levantó a mis secuestradores, pero fue inútil; en mi memoria sólo había lugar para retener tres grandes iniciales que danzaban el ballet de la impresión, EMP... EMP... EMP... Durante el tiempo que estuve en manos de los enmascarados, vi esas iniciales en alguna puerta por la que cruzamos; ¿qué significaban EMP? Ya tendría tiempo para descifrarlo.

Por ahora, estaba sola otra vez en el vehículo. ¿Dónde? Veía árboles por todos lados, muchos árboles, pero también apreciaba arbotantes de luz y pavimentación. Hacia el lado izquierdo divisé un armazón ondulante de acero... ¿La montaña rusa? Sí, era la montaña rusa más grande del mundo, la nuestra, en el Bosque de Chapultepec... Un lugar muy querido por nosotros los mexicanos, pero que yo no miro como un museo con jardines señoriales, sino como ejemplo vivo, permanente y actual de lo que ha significado en la historia: el testimonio y el símbolo de un pueblo que con su rebeldía y su coraje se batió contra el poderío invasor, la prepotencia del imperialismo yanqui y que sus sicarios mexicanos acostumbran a llamar “nuestros buenos vecinos del norte”.

Automáticamente tomé los papeles que había sobre mi regazo y salí del carro con dificultad; me dirigí a la parte posterior y desprendí la placa que encontré sujeta con alambre; trastabillando, eché a andar por la iluminada avenida. ¿Y si los enmascarados regresan por aquí y de pasada me ametrallan? Estos carajos son peligrosos porque representan a un gobierno que habla de cultura con el revólver en la mano. Mejor me salgo de la avenida y me

confundo entre la maleza... De pronto, divisando a un guardia, cobré valor y fui hacia él.

—Señor, disculpe, ¿puede darme una moneda de veinte centavos?

—¿Qué le pasa, señora? —respondió con extrañeza, al tiempo que metía la mano en el bolsillo.

—Sabe usted, unos enmascarados me sacaron de mi casa... me hicieron tomar ron... dijeron que era un litro... no sé dónde me llevaron; señor, necesito veinte centavos para telefonar y saber qué ha pasado con mis hijos...

El guardia me dio la moneda, pero sujetándome por el brazo me impidió caminar, insistiendo en sus preguntas:

—¿Qué está haciendo a esta hora en Chapultepec?

—Yo no estoy haciendo nada... me trajeron en un coche y se fueron con las metralletas... por allí adelante estará el coche abandonado, mire, esta es la placa —dije mostrándosela como si fuera un triunfo.

—Vamos allá —pidió.

Al aproximarnos, otro guardia, emergido de las sombras, nos salió al encuentro y preguntó qué me sucedía.

—La señora dice que unos enmascarados la dejaron en aquel coche, informó el guardia uno.

—Es cierto. Yo los vi bajar con armas en las manos y corriendo se subieron a un carro que se estacionó adelante —respondió el guardia dos.

—¿Y por qué no los detuvo? —reclamé impetuosa— ¿Por qué no tomó el número de la placa? ¿Qué a usted le parece normal que la gente ande con metralletas en la calle? ¡Bah, no me haga caso!, son las bandas del gobierno y atacan con impunidad... compermisito —dije al ver la caseta telefónica que está junto a la montaña rusa—. Telefo-
nearé al licenciado Campos Ponce a ver si me da razón de mis hijos.

Eran las dos de la mañana del 23 de julio.

A pesar de mis protestas, fui conducida a la delegación policial, luego, en los vespertinos publicaron que me presenté a declarar; mentira, la policía me llevó y no me dejó marchar hasta pasadas diez horas. ¿Por qué iba a presentarme voluntariamente en la comisaría? No soy tan estúpida; allí no iría jamás a pedir protección porque nuestra policía no protege: agrede. Esperar protección de los cuerpos policíacos es tan absurdo como esperar justicia de nuestros jueces. Éstos hace mucho que riñeron con la equidad y la rectitud para servir a la clase que nos explota, nos gobierna y nos flagela.

Pues bien, el comisario insistía en que los documentos aparecidos en mi regazo y que hasta entonces tuve conmigo, me pertenecían. Sostuve que los enmascarados me dejaron tales cosas con la intención de dar al Ministerio Público elementos contra mí. Obviamente, aclaré, respecto de la marihuana, yo no fumo ni eso, ni nada.

—Pero los documentos aquí a la vista son suyos.

—No señor, esos papeles no son míos.

—Usted los traía.

—Repito que los enmascarados los dejaron en mi regazo; mire usted —proseguí molesta—, yo estaba dormida y ellos me sacaron en camisón. ¿Acaso usted acostumbra a dormir con documentos en la pijama? Los tipos que allanaron mi domicilio no permitieron que me vistiera y tuve que obedecer, principalmente para salvar a mi familia de las balas de esos salvajes con metralletas y pistolas.

—¿Está segura de que eran pistolas y metralletas?

—Sí. Y me amenazaron varias veces poniéndome la pistola en la sien y cortando cartucho.

—¿Cómo sabe usted que cortaban cartucho?

—Pues porque oía el ¡crack! y sentía el cañón de metal en mi carne.

—¿Y las metralletas?

—¿Las metralletas qué?

—¿Qué le hacían con las metralletas?

—Me las clavaban en las costillas.

—¿Cómo sabe que eran metralletas?

—Se lo diré porque tengo muchas ganas de decirlo: la industria juguetera desarrolla grandes campañas acerca de las armas de juguete destinadas a los juegos de nuestros hijos y en el cine y la televisión, ¡pucha que abundan las aventuras a base de lo mismo! Y últimamente, en las calles de México, hemos visto en manos de policías, granaderos y soldados no sólo metralletas, sino bazookas y hasta tanques...

—¿Tiene idea de a qué sitio la llevaron los enmascarados que dice usted la sacaron de su casa? —preguntó el funcionario dejando asomar su condición de fulero.

—Ya le dije que me tuvieron siempre vendada, pero sentí olor a caballeriza y después escuché relinchos, para entrar hasta allí, un militar nos abrió la puerta que era de rejas... Había unas letras grandes en el portón.

—¿Recuerda qué letras eran?

¡Sí! Ahora recordaba bien; eran las letras que durante horas bailaron en mi cerebro. *Si las digo, capaz que me cuesta la vida, mejor simularé una apreciación confusa...*

—No las recuerdo muy bien, eran tres... creo que una P y una M... la otra sería una H o tal vez una E... francamente, no me acuerdo.

—Si tenía los ojos vendados, como dice, ¿cómo pudo ver las letras de que habla?...

—Por la hendidura que dejaba la venda al pasar sobre mi nariz y dejando caer la cabeza hacia atrás como si estuviera

dormida. También es posible que cuando me emborracharon, en algún momento me quitaron la venda, vi las letras y se me fijaron... Estuve inconsciente un tiempo porque no salí de la celda por mi propio pie y desperté en la calle Niza; después, ya lo sabe, me abandonaron en Chapultepec. Por favor, señor, déjeme marchar a mi casa, yo no puedo decirle más de lo que dije... Mis recuerdos están confusos y muchas cosas no las puedo precisar.

Pero en mi mente se había hecho claridad, ya no tenía duda, las letras que vi en la puerta de rejas custodiada por el soldado que nos dio paso, eran EMP: Estado Mayor Presidencial. Me habían conducido a las caballerizas del Estado Mayor Presidencial. ¿Solamente a las caballerizas...?

Yo insistía con el comisario pidiendo que me dejara volver a mi casa porque estaba fatigada; el sitio en que me encontraba era muy incómodo y los periodistas ni siquiera se interesaban por conocer mi propia versión de los hechos, sólo tomaban nota de lo que el comisario decía; los fotógrafos de prensa, encuadrándome en sus lentes, lograron irritarme. Esto duró diez horas, en el transcurso de las cuales el funcionario aquél se alejó muchas veces del escritorio para hacer llamadas telefónicas y cuchicheos con otros; luego, pasadas las 12, me dijo:

—Preocupado por su seguridad física, el señor Procurador ha dispuesto que, desde hoy, dos agentes del servicio secreto vigilen su casa y la sigan por donde vaya. Estas medidas son para protegerla.

Yo tomé la precaución de avisar a mis amistades:

—Díganle a todos que desde ahora tengo cola. Más vale que nadie me visite.

¿por qué no nacimos perros?

Al otro día fui a ver a Adán, quien ya sabía en qué condiciones me dejaron en el bosque de Chapultepec. Estaba bastante preocupado y el susto nos hizo olvidar los motivos de nuestra riña. Por otra parte, la protesta de los estudiantes no faltó, principalmente de la Preparatoria Popular de Liverpool y dos vocacionales del Instituto Politécnico. Mi compromiso con los universitarios de Puebla quedó pendiente a causa de los sucesos.

Pero desde entonces viví con temor de que volvieran a meterse en mi casa los fascistas del gobierno. Cualquier ruido me sobresaltaba, especialmente el timbre de la puerta, y sólo con la luz encendida podía dormir, dado que la oscuridad me hacía evocar las horas negras de la celda. Mi sistema nervioso estaba tenso; la intranquilidad y la angustia no me dejaban ya, ni de día ni de noche; ni despierta, ni dormida. Era presa del terror. Me sentía como un animalito acosado y sin protección, seguramente como debió sentirse Belem cuando llegó a mi puerta con su tragedia diciendo “¡Mejor me volviera perro...!”. ¿Por qué no nacimos perros? ¿Por qué no nos dejan vivir?».

Sufriendo por mis angustias, Adán resolvió que otro viaje al exterior le daría desahogo y serenidad a mi organismo. Era necesario, por un momento, levantar bandera blanca ante las adversidades; así pues, nos endeudaríamos de nuevo para poder marchar al extranjero y una vez recuperada la salud, regresaría a la patria. ¿Cuál? ¿La patria de los suntuosos palacetes y exóticos jardines? ¿La de los surtidos escaparates y las avenidas por donde cruza la ostentación sobre ruedas de coches importados? No. Mi patria es la lucha; la lucha del pueblo contra el opresor; volvería a reincorporarme a las filas del pueblo en pie de lucha. Allí está mi trinchera.

Tres semanas después abordé el avión hacia Londres. Aún parece que escucho el rugir de los motores del avión estacionado

en el aeropuerto de la Ciudad de México. Luego, el recorrido inicial sobre la maciza pista; y al fin, en hendidura diagonal, nos internamos en el espacio azul. Con los ojos húmedos escruté por la ventanilla buscando abajo la prisión de Lecumberri; nunca la había visto desde arriba... Me parecía que podía posarla entera en la palma de la mano. Allí, en esa prisión, quedaba él, el amor mío... Allí quedaban ellos, mis compañeros de lucha, hermanos queridos.

*Yo ya me voy
desengañada de la ley
porque la ley
a mis derechos no sirvió.*

*Adiós mi barrio
adiós mi Peralvillo
te dejo en mis cantares
entero el corazón.*

*Adiós, Adán,
Adán Nieto Castillo
tú estás en Lecumberri
y yo en la rebelión.*





EXCELSIOR

REDACCIONES Y OFICINAS

— GENERALES —







MEXIQUE

Mexique: les mensonges d'une démocratie



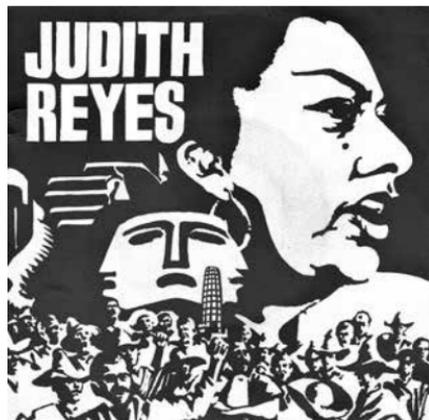
**SOIREE DE SOLIDARITE AVEC
LES LUTTES DU PEUPLE MEXICAIN**

chansons de lutte du Mexique: Judith Reyes
table ronde d'information sur la répression
et les luttes populaires au Mexique avec la participation de
représentants de l'Union de défense paysanne et morale des professeurs politiques au Mexique,
de l'Union des quartiers populaires du Mexique et d'organismes démocratiques français.
44 rue de Rennes 6^e

PAYSANS ET GUERRILLEROS

par
Judith Reyes





JUDITH REYES
CRONICA MEXICANA



JUDITH REYES

COMPONE Y CANTA EN
HOMENAJE A LA JUVENTUD MEXICANA



EL AÑO
DEL DESPERTAR
RESEÑA DEL MOVIMIENTO
ESTUDIANTIL

4

Canci^onero

Letras y música de Judith Reyes

LA OTRA CARA DE LA PATRIA

corrido

*La patria del rico tiene
latifundios y ganado
y cuando habla de la patria
entendamos que es la patria
de los intereses creados.*

*La patria del pobre es tierra
llena de necesidades
sin trabajo, sin justicia
y ahora sin poder quejarse
de las arbitrariedades.*

*Hay unos muy patrioteros
y muy rete gobiernistas
porque a la reforma agraria
le quitaron a Zapata
y se hicieron latifundistas.*

*El rico y todos los ricos
tienen formas peculiares
pa' hacer que sus intereses
aparezcan cual si fueran
intereses nacionales.*

*La patria no es un desfile
de un 16 de septiembre
ése es pa' mostrar las armas
con las que se mata al pobre
cuando protestar pretende.*

*Algunos creen que la patria
se encuentra en las elecciones.
Lo único que allí se encuentra
es el cambio de poderes
con el cambio de bribones.*

*La patria del rico tiene
buena casa, coche y criado
qué distinto con la patria
del que vive en la miseria
la vida del explotado.*

*De la patria de los ricos,
oigan bien lo que les digo,
construyamos una patria
en la que los pobres puedan
ser dueños de su destino.*

*Bajo el símbolo de patria
el rico en su hipocresía
ocultó sus intereses
y agrupó ricos y pobres
en una falsa armonía.*

*Que el pobre nació pa' pobre
lo dicen sin que se ofenda
y tras la palabra patria
bien se esconde el predominio
de la clase que gobierna.*

*Ahora sé porqué en mi boca
la palabra se deshace;
pater, patrimonio, patria,
pertenencias, propiedades,
son intereses de clase.*

*Zapata, dime ¿qué hicieras
si con vida te encontraras,
en cuál patria habría de verte,
en la del rico o en la del pobre,
hablando o echando balas?*

REBELDÍA RURAL

corrido

*Solicitando parcela
los años fueron pasando,
Cárdenas daba la tierra
y Alemán la iba quitando.*

*Inafectabilidades
que nos mandaron al cuerno
a mí me dejó sin tierra
este bárbaro gobierno.*

*Cuando invadí latifundios
me echaron los federales
y a punta de bayoneta
me vaciaron los morrales.*

*Luego fui caravanero
descalzo en la carretera
con cientos de compañeros
solicitantes de tierra.*

*Pasaron cuatro sexenios
y otros tantos presidentes
y todavía en el agrario
estudian los expedientes.*

*Soy campesino y conozco
la ley por muchas razones
pues la política agraria
la han hecho puros bribones.*

*Como aquellos que en Chihuahua
valiente me conocieron
y por pelear mi derecho
a la cárcel me metieron.*

*Mi madre me dijo entonces,
deja la Reforma Agraria,
le contesté que no fuera
contrarrevolucionaria.*

*Traigo chamarra de cuero
y todavía uso huarache
mi sombrero es de petate
y mi cantar es de mariachi.*

*Dicen que quieren matarme
y les parece sencillo
pues que preparen la tropa
que ayer mató a Jaramillo.*

*Constitución Mexicana
válgame tanta belleza,
ya me cansé del gobierno
que hoy paga por mi cabeza.*

*Vuela paloma ligera
ya sabes de qué se trata,
si he de morir que me muera,
gritando ¡Viva Zapata!*

PUEBLO

huapango

*Desde México me llega
una carta por aéreo
y en la carta se me pide
llanamente y sin requiebro
que les diga lo que pienso
yo, de la palabra PUEBLO.*

*Tendré que tomar en cuenta
a quién la palabra diga,
si es un rico o es un pobre
si es de abajo o es de arriba;
unos comen pan del horno
y otros nada más la miga.
Ay, ay, ay, ay, ay, ay...*

*La Revolución Francesa
engendró la ideología
democrático burguesa,
que consiste en confundirnos
con harta palabrería.*

*Nos hicieron ciudadanos
jurídicamente iguales,
pero económicamente
lo sabe hasta el inocente,
somos harto desiguales,*

*Para que esto no se note,
basta con llamarnos pueblo;
es un término común
a todos los individuos
en la boca del gobierno.*

*Se habla en el nombre del pueblo
del bienestar general,
del derecho ciudadano
del progreso de la patria
y la riqueza nacional.*

*Pero el pobre poco alcanza
del bienestar general
no respetan su persona
y el progreso que contempla
siempre es el del capital.*

*El rico tiene la plata
y hasta el gobernante peor*

*y hay que ver las galopeadas
que nos dan, hablando en nombre
de este pueblo aguantador.*

*Manipulan la palabra
Pueblo golpeándose el pecho
pero aprietan el bolsillo
cuando los pobres del pueblo
empiezan a hablar del derecho.*

*Por eso necesitamos
aclarar ambigüedades
y luchar contra un sistema
en que impera la injusticia
y matan las desigualdades.*

*Voy a terminar haciendo
pequeñas observaciones,
si el pueblo son los obreros,
no son pueblo los patronos.
Si pueblo es el campesino,
no es pueblo el latifundista.
Si pueblo es el jornalero,
no es pueblo el capitalista,*

*Si es pueblo el artesano,
no es pueblo el mayorista.
Si es pueblo un camionero,
no es pueblo el inversionista.
Si es pueblo el arrendatario,
no es pueblo el casateniente.*

*Si es pueblo el ejidatario,
no es pueblo el influyente.*

*Si es pueblo cualquier conscripto
no es pueblo el generalote.*

*Si es pueblo el estudiante,
no es pueblo el granadero.
Si es pueblo un limpiabotas,
no es pueblo ningún banquero.
Si pueblo son los civiles,
no es pueblo el militarote.*

*Ahí le dejo la pregunta
a este próspero gobierno
y que el nuevo presidente
nos aclare oficialmente
quién carajos es el PUEBLO.*

CORRIDO DE LA HUELGA PERALVILLO-COZUMEL

*Año de 1966
el mes de marzo yo jamás olvidaré
porque a la huelga fuimos los choferes
de los viejos camiones
Peralvillo-Cozumel
y el planteamiento que entonces hicimos
lo hicimos como dicen,
muy dentro de la ley.*

*La resistencia de mi sindicato fue
un año y medio en lucha siempre desigual
porque el Congreso del Trabajo, infame,
negándome su apoyo
mi huelga condenó
y por andar subiendo a los camiones
pidiendo ayuda al pueblo
la ley me encarceló.*

*Pero en las huelgas nunca falta algún traidor
el Secretario general nos traicionó;
un Camerino Álvarez, vendido,
que Adán Nieto Castillo,
lo desenmascaró,
y todo arregló a espaldas de la gente
y de sus dirigentes, Adán lo rechazó.*

*Sufrió el secuestro allá en el Campo Militar
y amenazado de la vida regresó,
pero él siguió la lucha camionera
la lucha de la Línea Peralvillo-Cozumel,
por eso está Adán Nieto Castillo
en la cárcel de un gobierno
que abusa del poder.*

*A la semana de caer Adán se vio
cómo ese Banco del Transporte nos dio fin
desaparecen hasta los camiones
nos dejan en la calle
todito se perdió
porque los cafres de las leyes
hacen con los trabajadores
lo que clarín se vio.*

*¿Qué es lo que hay atrás de tanta represión
contra el derecho de todo trabajador?
Pos que el poder, las armas y las leyes
apoyan cuanto quiere
la clase patronal,
porque el patrón es hombre poderoso*

*ya veces funcionario
muy institucional.*

*Yo ya me voy desengañando de la ley
porque la ley a mis derechos no sirvió
adiós mi barrio, adiós mi Peralvillo
te dejo en mis cantares
entero el corazón;
adiós Adán, Adán Nieto Castillo,
tú estás en Lecumberri
y yo en la rebelión.*

CORRIDO DE LA REPRESIÓN ESTUDIANTIL DEL 26 DE JULIO

*Soldados y granaderos
macanas, bombas de gas,
bayonetas y fusiles,
tanques de guerra y mastines,
año del 68
y gobierno de Díaz Ordaz.*

*Era un 26 de julio
de gran manifestación
y en el Hemiciclo a Juárez
los jóvenes celebraban
lo del asalto al Moncada
con gusto y veneración.*

*Otro grupo iba derecho
al Zócalo a protestar
porque un día los granaderos*

*asaltaron dos escuelas
allá por la Ciudadela
golpeando en forma brutal.*

*¡Qué noche terrible aquella,
qué saña la del poder!*

Yo desde entonces pregunto

*¿en dónde están los caídos
y los desaparecidos
que no los he vuelto a ver?*

*Se dice que los quemaron
en el Campo Militar:*

*uno, dos, tres, cuatro y cinco,
diga ¿cuántos estudiantes
quemó por manifestantes
Marcelino Barragán?*

La madrugada del 30
un batallón sorprendió
a los de la Prepa uno
que resistieron valientes
hasta que aquel bazucaso
la puerta les destrozó.

Escuelas de Zacatenco
Casco de Santo Tomás:
Politécnico querido
cómo ha golpeado a tus hijos
el gobierno que preside
don Gustavo Díaz Ordaz.

También a la Escuela de Arte
el ejército llegó
y con perros policías
disolvieron la asamblea
de los jóvenes actores
que el gobierno encarceló.
Las escuelas de Chapingo
se vinieron a sumar
con los futuros maestros
dentro del gran movimiento
del Politécnico junto
con nuestra Universidad.

¿Cuánto vale la palabra
de Corona del Rosal?
¿Cuánto vale Echeverría
y la Procuraduría

junto con Cueto Ramírez
y la prensa nacional?

Valen el odio del pueblo
el pánico y el terror
de las madres mexicanas
que vieron por dos semanas
ametrallar a sus hijos
con odio, inquina y furor.

Heberto Castillo pudo
probar en televisión
frente a un par de locutores
que el gobierno mexicano
aunque nos tendió la mano
violó la Constitución.

¡Qué mal quedaste Gustavo!
¡Qué forma de gobernar!
mandas diez mil asesinos
para derramar la sangre
de jóvenes estudiantes
del Distrito Federal.

¿De qué te sirvió la pose
con que apantalló el rector?
Ya nadie lo toma en cuenta
y al volver la autonomía
será por la valentía
de los estudiantes de hoy.
Escucha el clamor creciendo

concédeles atención
procura que tu gobierno
libere a Campa, Vallejo,
Nieto Castillo y el resto
y no más disolución.
Anula de una plumada
la vergüenza de tener
un cuerpo de granaderos
porque son peor que los perros

y a pedradas los queremos
hacer desaparecer.

Palomita guerrillera
repite y repetiré:
¡Qué vivan los estudiantes
aquellos manifestantes
que vimos por nuestras calles
con el retrato del Ché!

CORRIDO DEL DESAGRAVIO

El 27 de agosto
la protesta es colosal
quinientos mil estudiantes
en Palacio Nacional.

Después a la media noche
muchísima tropa vi llegar
eran paracaidistas
con consignas de matar.

Salga, señor presidente,
rapidito a su balcón,
si al diálogo usted se niega
impolítica es la acción.

Córranle compañeros
es un ataque vil
frente a tanques blindados
no tenemos ni un fusil.
A la mañana siguiente
en el asta apareció
la bandera rojinegra
y eso sí que me gustó.

Alguien subió a las torres
y empieza a repicar
luego la prensa dijo:
se agravió a la Catedral.

La bandera rojinegra
es la del trabajador
aunque a don Fidel Velázquez
le moleste su color.

Dos mil hicieron la guardia
que en el Zócalo quedó
unos pintaban carteles
o cantaban como yo.

La prensa mercenaria
mentirosa y parcial
criterio de los asnos
exigió desagaviar.

Y voluntarios a fuerza
renegando hasta del PRI,
los burócratas llegaron
y este desagravio oí:

Si los estudiantes piden
la democratización,
perdóneme el Presidente
pero tienen la razón.

Por eso fue lanzado
otro ataque fatal
tanques y tanques salen
del Palacio Nacional.
Y no olvidaré aquél día
cuando al boy scout yo vi
desagraviando a la iglesia
por un acto baladí.

La Mitra declara al pueblo
"no hubo tal profanación",
si tocaron las campanas
pues para tocarse son.

¿Qué pasa don Gustavo
acaso enloqueció?
diálogo le pedimos
y harta bala nos mandó.

Palomita, palomita,
palomita de la paz,
busca al joven estudiante
en hospitales y demás.

La madre llegó llorando
y sus libros recogió
y con llanto estremecido
del gobierno renegó.

Dizque todo es posible
en medio de la paz
pero al zumbar las balas
otra cosa escucharás.

Que se diga...
que nos digan...
y que me digan ¿cuál paz?...
que se diga...
que nos digan,
y que me digan ¿cuál paz?...

CORRIDO DEL 4° INFORME DEL GOBIERNO DE DÍAZ ORDAZ

Llegado el mes de septiembre
¿qué soluciones darás?

Cuarto Informe de Gobierno

¡Ay, Gustavo Díaz Ordaz!

Desde tu alta investidura

¿ahora que vomitarás?

Dices que en México lindo
presos políticos no hay
y a Vallejo no lo sueltas
por su fuerza sindical.

Hoy repletas los presidios
con la izquierda fraccional.

El odio a ti te obnubila
y te permites decir
que carece de bandera
nuestra lucha estudiantil.
Seis puntos traigo en bandera
y no los quieres ni oír.

Las ofensas no te ofenden
según de tu informe oí;
la calumnia no te llega
ni el odio ha nacido en ti

y aunque lo dices muy serio,
mira tú que me reí.

Y sigues regando chinchas
y no vas a titubear
para echar la fuerza armada
de aire, tierra, tierra y mar,
sobre de los estudiantes
y el que quiera protestar.

Que el 145
no se puede derogar,
porque es el que nos protege
de potencias de ultramar;
ojalá nos protegiera
del saqueo del Tío Sam.

El diálogo rechazaste
y aumentas la represión
con el poder absoluto
vas que chutas pa' Nerón;
pues que te quepa el Informe
allá en la Constitución.

CORRIDO DE LA OCUPACIÓN MILITAR DE LA UNIVERSIDAD

*Diez mil soldados salieron de los cuarteles
con tantos tanques de guerra que daba horror
era en el mes de septiembre, un día 18
año del 68, muy tricolor.*

*Igual que bestias con botas han pisoteado
el libro, el patio, la escuela y la dignidad,
fueron a mearse en las aulas y convirtieron
en un cuartel mi querida Universidad.*

*Estaban en asamblea padres y madres,
estudiantes y maestros sin distinción,
500 son aprehendidos y allá en la cárcel
se les maltrata y acusa de rebelión.*

*Hoy las fuerzas militares, dijo el gobierno,
han restablecido el orden en la ciudad
si hay muertos, presos y heridos sólo se dice
que, en este olímpico suelo, no hay novedad.*

*Pero dos delegaciones manifestaron
marcharse de la olimpiada y marcharse ya
si las tropas del gobierno no se largaban
del área de mi ultrajada Universidad.*

*Protestas y más protestas cómo llovieron
y el mundo vio horrorizado nuestra verdad
seis puntos que le planteamos a este gobierno
demuestran que no hay justicia ni libertad.*

*Llegó el 30 de septiembre y al fin se fueron
los cascos y los fusiles de la opresión,
diez mil soldados regresan a sus cuarteles,
pero creció en Lecumberri la población.
Diez mil soldados regresan a sus cuarteles...*

CANCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

*Un pueblo sin Universidad
no puede subsistir
aquí lo dijo el primer virrey
y lo he de repetir.*

*y una condición
del talento es
aceptar que las ideas
todas son universales.*

*La ciencia es universal
y débese impartir;
un pueblo sin Universidad
no puede subsistir.*

*Un pueblo sin Universidad
no puede subsistir
aquí lo dijo el primer virrey
y lo he de repetir.*

*La Universidad es la institución
que recoge la experiencia y el saber
del mundo entero porque este caudal
es para forjar
a los hombres que mañana
sean ejemplo para el pueblo.*

*La ciencia es universal
y débese impartir;
un pueblo sin Universidad
no puede subsistir
no puede subsistir...
no puede subsistir...*

*La Universidad es la institución
que recoge las ideas y que enseña sus
[bondades*

CANCIÓN DEL POLITÉCNICO

*Instituto Politécnico Nacional
el cultivo de las técnicas es tu
[afán
fuiste creado cuando México
junto con el mundo
creyó que nuestro México
entraba de verdad,
por un camino ansiado
de firmes esperanzas
de limpio desarrollo
y progreso universal.*

*Instituto Politécnico Nacional
eres fruto de imperiosa necesidad
porque tú para los nuevos
descubrimientos tienes
las técnicas precisas
para su ejecución,
y cuando se respeten
derecho y libertades
tu alma polimorfa
estará en la producción.*

*Instituto Politécnico Nacional
Instituto Politécnico Nacional.*

*De combativa clase
obrero y campesina
del pueblo entraña viva
soy politécnico.*

*Al impactar mis aulas
las balas asesinas
muero gritando vivas
al Politécnico.*

*Instituto Politécnico Nacional
Instituto Politécnico Nacional*

*Llanto y crespones negros
ojos enrojecidos
gloria por los caídos
del politécnico.*

*Los que sobrevivimos
para contar la historia
cantaremos la gloria
del Politécnico.*

CORRIDO DE LOS COMBATES DE ZACATENCO

Escuelas de Zacatenco
Casco de Santo Tomás
estoy sufriendo y reviento
si no canto lo que siento
mejor que no cante más.
Para explicar a la gente
nuestra lucha estudiantil
a la calle nos lanzamos
en brigadas trabajamos
y el pueblo nos pudo oír.

Llegó el día 24
de septiembre había de ser
las cosas están caldeadas,
año de las olimpiadas
que el pueblo no pudo ver.
Seis puntos son mi bandera
seis puntos pelea yo
escritos van en un pliego
que al presidente le entregó
y vean cómo contestó.

Un régimen de derecho
un siervo de la Nación
nos manda sus granaderos
y al enfrentarlos lo hacemos
echándole corazón.
Esos mecos policías
no saben el ABC

pero les dimos carrera
cuando entraron a mi escuela
y que digan cómo les fue.

Bloquearon todas las calles
prendieron al que pasó
y yo con mis compañeros
me enfrente a los granaderos
con las bombas Molotov.
Al ver que la policía
con nosotros fue incapaz
nos sometieron con bala
y a bayoneta calada
por orden de Díaz Ordaz.

Un compañero me dice:
nos quieren aniquilar,
se oye la ametralladora,
presiento mi última hora
y ¡Ay, madre, quiero llorar!
Politécnico querido
¿qué cosa va a suceder?
Ayer fue con Ruiz Cortines
y ahora son estos balines
que me hacen estremecer.

No son soldados del pueblo
ni digan que pueblo son
son matones del gobierno

con un salario de acuerdo
a su ingrata ocupación.
Diez mil soldados me llevan
preso a la cárcel me voy,
porque de cuanto delito
que tiene el código escrito,
convicto dicen que soy.

Estuve preso con muchos
en el Campo Militar,

unos eran de Chapingo
de la Esmeralda y San Carlos
y de la Escuela Normal.
Palomita guerrillera
al mundo le has de decir
que ahora contra el tirano
el estudiante mexicano
se juega su porvenir.

COPLAS DE LAS MEDALLAS

Son veracruzano

Ahí vienen las olimpiadas
y podremos comenzar
a repartir las medallas
más olímpicas que hay.
La del servilismo abyecto
bien la puede merecer
el diputado Farías
que la pase a recoger.

Año del 68
todo es posible en la paz
aparte las olimpiadas
¿qué otra cosa quieren más?
Así es como lo decía
ustedes recordarán
ametralladora en mano
Marcelino Barragán.

Hay uno que por 30
siendo líder nacional
trafica los intereses
en materia sindical.
Para golpear estudiantes
brigadas de choque armó;
por eso a Fidel Velázquez
hasta lo colgara yo.

Se dijo de una conjura
y el susto que me llevé
aprehenden a Fausto Trejo
a Revueltas y a Marcué.
Unos dicen que es la CIA
otros que Fidel llegó
y mientras que se investiga
Lombardo se nos murió.

Que Vicente Méndez Rostro
es nefasto director
y en nuestras preparatorias
tiene implantado el terror.
Aunque es una bagatela
el rostro le he de escupir
porque tiene facha de hombre
pero sólo es un reptil.

Medalla de la ignominia
esa ¿a quién se la daré?
si quieren que se la demos
se la damos a Massieu.
Guillermo Massieu se llama
y sólo por lo que oí
se me hace y se me figura
que es el más chiva del PRI.

Hay una medalla negra
y esa es la del deshonor
con gusto se la daremos
a nuestro Procurador.
Para Julio Sánchez Vargas
oprobio de la nación
la medalla del violeo
de nuestra Constitución.

Elí de Gortari es preso
por lo que pueda agitar
como Armando Castillejos
y Adelita Salazar.

Y la fiera se desata
con regocijo oficial
cuando a Cabeza de Vaca
pretendieron fusilar.

La medalla del sadismo
esa es para otro señor
que es el general Toledo
petulante y hablador.
Dice que su sangre riega
por salvar a la nación
pues que el Batallón Olimpia
se la beba en botellón.

Para Martínez Domínguez
una medalla escogí,
la medalla del descaro
para el gerente del PRI.
Solapa a los mandrines
porque mandrines son
esos que venden por kilos
kilos de revolución.

Político y millonario
licenciado y general
a punta de granaderos
manda aquí en la capital.
Merece que lo llevemos
a un juicio popular
y que a palos le quitemos
la Corona del Rosal.

*Medalla del disimulo
para el gran hipocritón
que aspira a la presidencia
por sentirse muy gallón.
Diez burros lo corretearan
adentro de un corralón
a don Luis Echeverría,
jefe de Gobernación.*

*Con un gobierno como este
no puedo colaborar
un embajador lo dijo
al tiempo de renunciar.*

*Por limpio, digno y valiente
paloma le llevarás
la medalla del cariño
que da el pueblo a Octavio Paz.*

*¡Ay, que altas van tus banderas
movimiento estudiantil!
Yo vengo de Topilejo
y tengo mucho qué decir.
Por eso blanca paloma
si aún pudieras volar,
nos vamos a Tlatelolco
donde el mitin va a empezar.*

TLATELOLCO

Corrido

*El 2 de octubre llegamos
todos pacíficamente
a un mitin en Tlatelolco,
quince mil en la corriente.*

*Año del 68
qué pena me da acordarme
la plaza estaba repleta
como a las 6 de la tarde.*

*Grupos de obreros llegaron
y el magisterio consciente,*

*los estudiantes lograron
un hermoso contingente.*

*De pronto rayan el cielo
cuatro luces de bengala
y aparecen muchos hombres
guante blanco y mala cara.*

*Zumban las balas mortales,
rápido el pánico crece,
busco refugio y la tropa
en todas partes aparece.*

Alzo los ojos al cielo
y un helicóptero miro,
luego sobre Tlatelolco
llueve el fuego muy tupido.

Qué fuerzas tan desiguales;
hartos tanques y fusiles,
armados los militares,
desarmados los civiles.

Doce años tiene un chiquillo
que muerto cae a mi lado,
y el vientre de una preñada
cómo lo han bayonetado.

Hieren a Oriana Falacci,
voz de la prensa extranjera;
ya conoció la cultura
del gobierno de esta tierra.

Ya vio que vamos unidos
estudiantes con el pueblo,
contra un sistema corrupto
y la falacia de un gobierno.

Recordará a los muchachos
contra la pared sus caras,
las manos sobre la nuca
y su derecho entre las balas.
Jóvenes manos en alto
con la V de la victoria,
V de Vallejo me dicen
los de la Preparatoria.

Piras de muertos y heridos
sólo por una protesta,
el pueblo llora su angustia
y el gobierno tiene fiesta.

Qué cruenta fue la matanza
hasta de bellas criaturas.
¡Cómo te escurre la sangre,
Plaza de las Tres Culturas!

Y porque en esto murieron
mujeres y hombres del pueblo,
el presidente le aumenta
al ejército su sueldo.

MARCHA DE LOS CAÍDOS

*Honraré a los caídos luchando
Tlatelolco no fue su final,
un glorioso vivir tendrán cuando
construyamos una nueva sociedad.*

*Abolir para siempre queremos
un sistema en que la explotación
que del hombre, por el hombre se hace
no respeta ya la humana condición.*

*Honraré a los caídos luchando,
no conozco sus nombres y sé
que por nombre podría darle a muchos,
el glorioso y bello nombre del Ché.*

*Yo también me incorporo a las filas
del que lucha contra la opresión,
del que lucha contra la injusticia
de un sistema de ignominia y corrupción.*

*Honraré a los caídos luchando,
Tlatelolco no fue su final,
porque habrán de vivir en el triunfo
del que lucha por la nueva sociedad.*

*Adelante, adelante, marchemos,
cada vez con cautela mayor,
en la escuela, en el monte y el pueblo,
movimiento estudiantil, contigo estoy.
Movimiento estudiantil, contigo estoy.*

Apéndice

Cartas de presos políticos de Lecumberri

Cárcel Preventiva del Distrito Federal.
Lecumberri, México, D. F.

México, D.F., 27 de febrero de 1970.

Compañera Judith Reyes:
París, Francia.

Reciba de los presos políticos de Lecumberri nuestros fraternales y cariñosos saludos de lucha.

En México se ha conocido de su labor de luchadora incansable a favor de las causas populares por diversos países de Europa; nos ha llenado de estímulo saber que continúa usted en ese camino de un arte entregado al servicio del pueblo. Con su inspiración y guitarra ha llevado el mensaje de las luchas populares y de los hombres de Latinoamérica que bregan por la independencia económica, política e ideológica en contra del imperialismo y sus lacayos.

Fiel a su tradición y origen rural, usted ha dado a conocer la explotación y el hambre que sufre nuestra clase campesina. Así mismo ha denunciado la represión y crímenes que el actual régimen está cometiendo contra los estudiantes, maestros, escritores, profesionistas y lo mejor del pueblo de México. En forma especial ha relatado la simulación de procesos, las injustas condenas y el cruel trato que hemos sufrido los presos políticos.

Querida Judith, sea portadora en los lugares donde actúe, de los saludos de estos presos políticos de México y reciba al mismo tiempo la ratificación de nuestra decisión de continuar en la lucha. Conserve esta carta como un testimonio de nuestro reconocimiento, felicitación y gratitud a su labor revolucionaria.

Fraternalmente
¡Venceremos!

Cárcel de Lecumberri, México, D.F., 5 de marzo de 1970.

Compañera Judith Reyes:

Desde que usted fue obligada a abandonar el país, la situación política no ha sufrido cambios en sus rasgos esenciales. La lucha de clases continúa desarrollándose en una atmósfera tensa y explosiva. El proletariado poco a poco empieza a sacudirse los efectos de las derrotas de hace una década y se bate, en pequeñas, pero afiebradas escaramuzas, contra la clase capitalista. La potencialidad revolucionaria del campesino empieza a manifestarse en fuertes brotes de descontento. Los estudiantes continúan empeñados en su lucha contra el Estado burgués y marchan resueltamente a la adopción cabal de la conciencia socialista.

La represión gubernamental cobra cada día proporciones mayores. Incapaz de contener la irrupción violenta de las masas, y empeñada en defender su pestilente sistema de la explotación del hombre por el hombre, la clase capitalista, irritada y trastornada, intenta acallar a sangre y fuego toda expresión de ánimo de lucha popular. Hace apenas unas semanas masacró cobardemente a decenas de campesinos que, en Puebla, habían resuelto tomar por sus propias manos la tierra, su medio fundamental de producción y defenderla con las armas.

Los golpes, vejámenes, las amenazas de muerte de que usted fue víctima por parte de la policía política, son síntomas de que este gobierno del capital no permite la mínima expresión del descontento popular. Usted, con sus canciones y en su acción, levantaba algunas de las demandas más sentidas de las clases y capas sociales más oprimidas; por eso fue obligada a abandonar el país.

Otros luchadores por las causas del pueblo han sido asesinados; algunos otros, comunistas, y no comunistas, nos hallamos presos. Pero el gobierno no ha podido con esto, ni con los Tlatelolcos que día con día ensangrientan al país, acallar un momento el ánimo de combate de los oprimidos; el proletariado, los campesinos, los estudiantes, buscan y empiezan a encontrar nuevos y más profundos canales de expresión.

Como militantes del ala izquierda del movimiento comunista y unidos con usted en la amplia corriente que en México quiere cambiar el orden de cosas existente, le enviamos nuestra solidaridad y un saludo revolucionario.

Rubrican esta carta nueve firmas de presos políticos del M.I.R.E.

M.I.R.E.

José Luis Calva Téllez

Hugo David Uriarte B.

Gerardo Peláez R.

Florentino Jaimes V.

Enrique Condés Lara

Mario Rechy Montiel

J. M. Trenn Téllez

Fabio Barbosa

Eduardo Fuentes de la Fuente

Prisión de Lecumberri, México, D.F., marzo de 1970.

Presos políticos que firman el saludo y solidaridad a Judith Reyes:

DIRIGENTES DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Germán Álvarez Díaz de León	José León Pámanes
Eduardo Valle Espinoza	J. Taide Aburto
Raúl Álvarez Garín	Luis Cervantes Cabeza de Vaca
Arturo Zama Escalante	Carlos Martín del Campo
Arturo Ortiz Marbán	

CATEDRÁTICOS

Eli de Gortari (Ex rector de la Universidad de Michoacán)	Fausto Trejo Fuentes
Martín Dozal	Carlos Medina Sevilla
	Américo Saldívar Valdez

ESCRITORES Y PERIODISTAS

José Revueltas Sánchez	Heberto Castillo
Manuel Marcué Pardiñas (Director de revista POLITICA)	Armando Castillejos Ortiz

MIEMBROS DEL PARTIDO COMUNISTA MEXICANO

Gerardo Unzueta Lorenzana	Prisciliano Pérez Anguiano
Ramón Danzós Palomino	Ramón Valdespino García
Fernando Granados Cortés Rafael	Mario Hernández Hernández
Jacobo García	Fidel Valdovinos Vázquez
Joel Arriaga Navarro	Pedro Castillo Salgado
Eduardo de la Vega Avila	Pablo Gómez Alvarez
Félix Goded Andrew	Agustín Montiel Montiel
Arturo Martínez Nateras	Gilberto Rincón Gallardo
Eduardo Montes Manzano	José Oviedo Garza

MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO

Gilberto Balam Pereira

Miguel Cruz Ruíz

Gumersindo Gómez Cuevas

Roberto Miñón Corro.

DETENIDOS DEL 17 DE JULIO DE 1967

Adán Nieto Castillo

Pablo Alvarado Barrera

César Jesús Catalán Sánchez

DIRIGENTES ESTUDIANTILES Y ESTUDIANTES

Federico Emery Ulloa

Zeferino Chávez Alarcón

Ignacio Alfonso Plata Díaz

Salvador Sarco

Mario René Solórzano

Miguel Bejarano

Arnulfo Hernández

Bernard Phillip Ames

William Rosado Laporte

Rigoberto Valenzuela Yepiz

Jorge Abarca Corona

Antonio Pérez Sánchez

Carlos Rolando Segura

Ernesto Olvera Setres

Pedro Estrada Vega

Alfonso Barrios Román

Miguel Alberto Reyna de la Cruz

Mario Rechy Montiel

Daniel Álvarez Lorenzo

Juan Robles Armenta

Servando Dávila Jiménez

Alfredo Espinoza

Alfredo Cabrera Flores

Jesús González Guardado

José Piñeiro Guzmán

Luis González Sánchez

Luis Becerra Guerrero

Antonio Morales Romero

Prisciliano Torres Prieto

Carlos Andrade Ruiz

Leoncio Torres Sánchez

Carlos Sevilla González

Salvador Ruiz Villegas

Mariano Zamorano

José Manuel Hiram Téllez

Índice del álbum iconográfico

La mayoría de las imágenes pertenecen al Archivo personal de Judith Reyes, que consignamos con la abreviatura [APJR]. Reiteramos el agradecimiento a Josué Jorge Alarcón Reyes, hijo de Judith, quien nos compartió el material y la información necesaria.

- p.4 Judith jovencita en Ébano, San Luis Potosí, poblado de su infancia y temprana juventud; años cuarenta (principios). Autor desconocido. [APJR]
- p.10 Cartel promocional de Judith en las calles de Italia, años 70. Autor desconocido. [APJR]
- p.16 En dueto con Eduardo Alarcón, 1945. Autor desconocido. [APJR]
- p.68 Huelguistas de Nueva Rosita, Palau y Cloete en marcha; episodio conocido como “La Caravana del Hambre”, 1951. Autor: probablemente José Mora.
- p.69 [arriba] Judith litiga con el delegado agrario Elfego Peñón Córdoba y un militar, en la exhacienda de Santo Domingo, Chihuahua, 1960. Autor desconocido. [APJR]
- [abajo] Ocupación de la ex hacienda de Santo Domingo, 1960. Autor desconocido. [APJR]
- p.70 Judith —con su guitarra— en medio del grupo y en cuclillas, durante la ocupación de un latifundio, c. 1962. Autor desconocido. [APJR]
- p.72 En la XEX recibiendo la medalla de “Radio popularidad”, con Pedro de Lille, 1948. Autor desconocido. [APJR]
- p.73 En la cárcel de Chihuahua, tras las protestas ocurridas con motivo de la visita del candidato a la Presidencia, Gustavo Díaz Ordaz, 1964. Autor desconocido. [APJR]
- p.74 Judith haciendo campaña por el Frente Electoral del Pueblo, en Chihuahua, 1964. Autor desconocido. [APJR]

- p.202 Judith, años ochenta.
- p.203 [arriba] Arturo Gámiz, Salomón Gaitán.
- [abajo] Óscar Sandoval, Dr. Pablo Gómez y Emilio Gámiz. [APJR]
- p.204 *Acción*, periódico fundado y dirigido por Judith en Chihuahua, 1962-1964.
- p.206 [arriba] Judith con su guitarra en tiempos de la invasión a la ex hacienda de Sto. Domingo; la maestra Carmen, un grupo de alumnos de la escuela rural “Miguel Hidalgo y Costilla”, municipio Villa Ahumada, Chih. Atrás, con sombrero, Dionisio Sánchez Lozoya. Sin fecha. Autor desconocido. [APJR]
- [abajo] Teatro Comunal, Módena, Italia, 1970. Autor desconocido.
- p.207 [arriba izquierda] En italiano: “Una voz de México. Entrevista en Roma con Judith Reyes, cantante y compositora de las luchas de los pueblos latinoamericanos...”. 1975. Revista *Noi donne*, Italia. [APJR]
- [arriba derecha] Diario *El Carabobeño*, Venezuela, 1972. [APJR]
- [abajo] En Francia, años ochenta (principios). “Comité de solidaridad”.
- p.286-287 Escenas del Movimiento estudiantil de 1968. Fondo El Heraldo de México, Universidad Iberoamericana.
- p.288 Judith en una movilización popular en el diario *Excélsior*, Ciudad de México, años ochenta. [APJR]
- p.290 [arriba] Manifestantes en Francia muestran un cartel con la leyenda “Jornada de solidaridad hacia las luchas del pueblo mexicano”.
- [abajo] Discografía de Judith Reyes.
- p.291 Discografía de Judith Reyes.
- p.292 Cancionero, “Reseña del movimiento estudiantil”, 1969. Edición personal, Judith Reyes. [APJR]

de la Patria

La otra cara

Judith Reyes

Ciudad de México, agosto de 2019.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de Navegantes de la comunicación gráfica, S.A. de C.V., ubicados en Antiguo camino a Cuernavaca núm. 14, San Miguel Topilejo, alcaldía de Tlalpan, 14500, Ciudad de México. Tel. 5243 2019.

Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Asap, Asap Condensed y Barrio, diseñadas por Omnibus-Type para Adobe Fonts. Los forros están impresos en cartulina sulfatada de 14 puntos y los interiores en papel bond ahuesado de 90 gramos.





Ella era *La Tamaulipeca* en el medio artístico, pero su camino tomó otros rumbos. Conoció la realidad de los campesinos mexicanos y les prometió, “**Voy a escribir sobre sus problemas. No sólo voy a escribir... ¡Los voy a cantar!**”

Así surge Judith Reyes, compositora de canciones **con sabor a Historia.**

De su garganta brotan las verdades que el poder oculta y los avatares del pueblo mexicano en lucha... Su vida fue también su obra: un legado de signos transparentes para pensarnos como una sociedad **SOLIDARIA;**

propósitos siempre vivos: *justicia, verdad, dignidad, memoria...*

La otra cara de la Patria es un delicioso relato autobiográfico de una mujer que rompió estereotipos. Celebramos esta reedición por la **UNAM**, a la que Judith cantó innumerables veces.

Liliana García Sánchez

TLA
TELOL
CO
centro
cultural
universitario

UNAM
La Universidad
de la Nación



culturaUNAM

